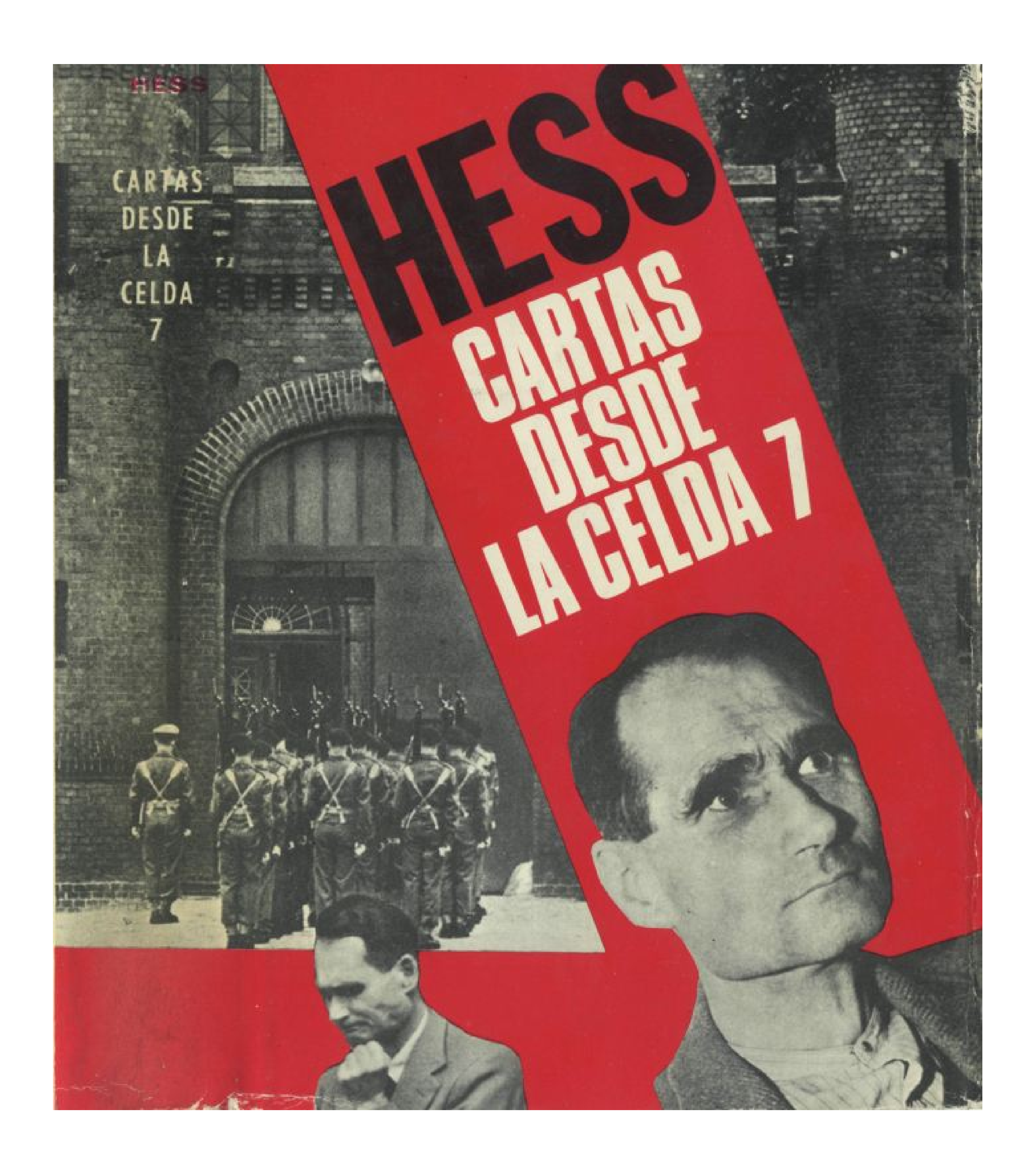

HESS
CARTAS
DESDE
LA
CELDA
7
HESS
CARTAS
DESDE
LA CELDA 7

CARTAS DESDE LA CELDA 7

SELECCIÓN Y EDICIÓN DE ILSE HESS

LUIS DE CARALT
EDITOR

Título de la obra original: ANTWORT AUS ZELLE SIEBEN
Versión española de JESÚS RUIZ
Primera edición: Abril 1970

ÍNDICE

CARTAS DESDE LA CELDA 7

Desde 1966 Rudolf Hess es el único prisionero de la cárcel de Spandau. Condenado a prisión perpetua por el tribunal de Nüremberg, es el único de los grandes jerarcas nazis que permanece encarcelado. La trágica aventura iniciada con su misterioso vuelo a Inglaterra en 1941 —fuga cuya finalidad jamás ha sido aclarada suficientemente— se prolonga ahora, tras casi treinta años de prisión, en la celda solitaria de Spandau. Pocas figuras de nuestro tiempo superan en trágica intensidad a la de este misterioso personaje que fue durante un tiempo el vice-Führer del partido Nacionalsocialista alemán. Esta dimensión dramática y misteriosa aparece reflejada la correspondencia intercambiada desde la celda con su esposa Use y su hijo Wolf, y ahora por primera vez dada al público. Estas cartas constituyen elemento primordial para vislumbrar hasta qué punto fue Rudolf Hess un loco, un alucinado o bien un idealista horrorizado ante la crueldad de una guerra a la que quiere poner fin a cualquier precio —incluso al precio de su vida—. Entre los jefes de la Alemania nazi, Hess era el que disponía de un bagaje cultural más amplio, de una formación filosófica y literaria —no sólo política— más sólida y de una profunda vocación universitaria. En estas cartas, junto a reflexiones políticas que sorprenden por su agudeza, expone Hess una concepción del mundo asentada en las más puras esencias de la tradición alemana. Hess comenta —a veces irónicamente— los últimos acontecimientos políticos, de los que recibe puntual información a través de su esposa Use. Analiza otras veces con agudeza las obras de los más destacados pensadores germanos —Schopenhauer, especialmente— o aborda temas literarios, lingüísticos, musicales. Pero quizá lo que presente un interés mayor con vistas a desvelar el misterio de esta personalidad contradictoria, son las cartas en las que Hess hace balance de su vida, de sus éxitos y fracasos, pide perdón a su esposa por estos largos, años de soledad o aconseja a su hijo sobre las lecturas o los estudios que debe seguir.

En su conjunto, esta correspondencia sostenida desde la cárcel constituye uno de los documentos humanos más impresionantes de nuestro siglo, una obra a la que habrá que recurrir en el futuro cuando se intente penetrar, no sólo en el drama íntimo de Rudolf Hess, sino en la angustia como dimensión última del hombre, en la tragedia de un fracaso purgado hasta su límite más cruel.

Al igual que ocurrió en el día en que fuiste lanzado al mundo el sol estaba allá en lo alto como si saludara a los planetas. Desde entonces has ido desarrollándote cada vez más firme, según una ley íntima que va en ti y que a ti atañe. Tienes que ser tú. No puedes escapar de ti mismo.

Goethe

SOBRE LA VIDA DE MI PADRE

A la pregunta dirigida por carta a Spandau por mi madre sobre si después del 1 de octubre de 1966[1] tan grave para él, no desearía recibir una visita de su hijo, respondió:

«No sería, en realidad, un reencuentro sino un primer conocimiento. Pues del último encuentro, cuando tenía tres años, no puede haber quedado durante veinticinco años más que una sombra como recuerdo del padre. Y el niño de entonces no tiene con la fotografía del hombre crecido de hoy nada en común más que la certeza de que ambos son mi hijo...»

Con excepción de un brevísimo momento, de todos modos bastante nítido, no ha quedado en mi recuerdo nada que pueda semejarse a un contacto personal, a un conocimiento personal con él. Tuve que reconstruir su imagen a través de relatos, anécdotas, informes e investigaciones personales, tal como acostumbra a hacer un estudioso con una figura histórica. Y sin embargo, se hizo sentir y sigue obrando todavía en mí algo singular: la sangre paterna, la herencia que siento actuar en mí, tiende el puente hacia un hombre a quien — por decir así — no conozco personalmente y del cual me encuentro muy próximo. Gracias también, sobre todo, al intercambio epistolar y los debates que en estas cartas se han suscitado sobre diversos temas y problemas, siempre con la rígida censura de Spandau de por medio, ha podido transformarse un,i imagen difusa y poco clara al principio, en una concreta figura de mi padre, a la que ahora creo ver con absoluta concreción. Todas las particularidades restantes que he ido descubriendo — procedentes de años muy lejanos con frecuencia o en papeles amarillentos por el tiempo— han contribuido a trazar esta visión de conjunto de su personalidad.

En el bosquejo de la familia Hess que a continuación se ofrece y especialmente en el que trazo de la vida de mi padre, trato de transcribir este cuadro, por lo menos en sus contornos más precisos.

* * *

Los antepasados de la familia Hess por nosotros conocidos aparecen asentados en la región de Wunsiedel, en los montes del Fichtel. donde según una presunción no confirmada, debieron establecerse alrededor de 1730, procedentes de las zonas germanas de Bohemia. El primero cuya existencia es posible puede seguirse de una manera concreta nació en el año 1740, en Oberredwitz[2]. Sus años de estudios y de viajes le llevaron lejos del país; finalmente, volvió a la tierra natal y se estableció en Wunsiedel como zapatero. El carácter prolífero de la familia — Peter Hess tuvo cuatro hijos y dos hijas y también las siguientes generaciones fueron prolíferas — hizo que la estirpe comenzara a ampliarse. La mayor parte de los hijos y nietos de Peter Hess abandonaron Wunsiedel y emigraron a todos los puntos cardinales del antiguo Reich: como artesanos, médicos, clérigos, funcionarios, químicos, e ingenieros aparecerían en los tiempos subsiguientes.

Sin embargo, nuestros directos antepasados permanecieron todavía por espacio de dos generaciones arraigados en Wunsiedel y también el bisabuelo de mi padre, Johan Hess, fue allá un apreciado maestro zapatero hasta su muerte (1863).

El ansia de lejanías que heredado de Peter Hess, no se había hecho patente al principio más que en otras ramas de mi familia, se reprodujo en la nuestra en la persona de Christian Hess, mi bisabuelo. En su caso, como luego en el de mi padre — cuya capacidad para ello también se puso de manifiesto— no parecieron faltarle resoluciones que llevar consecuentemente a término. Nacido en Wunsiedel en el año 1836, abandonó el año revolucionario de 1848 la casa paterna y atravesando los Alpes con los coches de posta, viajó hasta Livorno, a casa de unos parientes lejanos. La agitación que aquel año reinaba también en Italia no pareció asustar gran cosa al muchacho de trece años que era entonces. Unos años más tarde, tocado otra vez del afán viajero, apareció en Trieste, donde

[1] Véase el epílogo del libro.

[2] Estos datos proceden de un "Árbol genealógico de la familia Hess", en cuyo texto de " Wilhem Hess, hijo de Michael Hess", se dice con el estilo de la ¿poca que "de todo corazón" se desea "que la amada Patria obtenga por largo tiempo hombres y mujeres alemanes. Así lo quiera Dios."

ingresó en la razón social del comerciante suizo Johannes Bühler. Según ha quedado puntual constancia, su principal le tuvo en gran estima por «su capacidad y su «excelente carácter», hasta el punto de serle concedida en 1862, cuando tenía veintiséis años, la mano de la tercera de las hijas de Bühler.

A los tres años de la boda, cuando le habían nacido una bija y un hijo, abandonó Christian Hess la razón social de su suegro para vivir nuevas aventuras: en Alejandría, en Egipto, fundó en el año 1865 la empresa de importación «Hess Co .», que más tarde fue regentada por sus hijos Fritz y Adolf.

Este Fritz Hess —mi abuelo— se buscó novia en la patria: Clara Münch, con quien contrajo matrimonio en 1892, era hija de un industrial procedente de la Franconia septentrional. Su familia aportó a la herencia paterna y mediante una tradición de afición musical, un cierto equilibrio a los caracteres prosaicos y secos de los antepasados de los Hess y los Bühler[3].

El primer hijo de esta unión —mi padre— nació el 26 de abril de 1894 y fue bautizado en el templo alemán evangélico de Alejandría con los nombres de «Rudolf Richard.»

Fritz Hess no solamente había heredado de su padre Christian la competencia y el espíritu de iniciativa, sino una severidad llevada en ocasiones a los máximos extremos. Sobre el orden que por voluntad del dueño y señor de la casa reinaba en el hogar de mi padre, en Alejandría, se contaban en el seno de la familia reveladoras anécdotas. Por ejemplo, las comidas se efectuaban con la máxima puntualidad de que era capaz el reloj. Los miembros de la familia se encontraban ya en torno a la mesa cuando el padre llegaba, procedente de la empresa, en el minuto exacto. Durante la comida, no> se atrevía nadie —ni siquiera la madre— a pronunciar una sola palabra en tanto que el padre no hubiera abierto la conversación. Desde que un día rechazó la ensalada con las palabras «No soy una cabra», no hubo más lechuga en la mesa de casa de los Hess. La existencia de la casa estaba enteramente ajustada a las idas y venidas del padre, a sus horas de levantarse y de comer y sus gustos y sus inclinaciones: era un patriarca, que ejercía la autoridad ilimitada en el seno de la familia. En una de sus cartas desde Spandau recordaba mi padre que el patriarca en cuestión, en el año 1897 y por razón de que el acontecimiento no parecía inminente y en definitiva, tampoco le concernía a él de una manera activa, durmió tranquilamente mientras nacía su segundo hijo[4].

De bastante tiempo después data otra anécdota que caracteriza a mi abuelo Hess: hacia los años 30 y al efectuar un viaje fuera de las fronteras, comprobó que el aduanero alemán había escrito en el formulario su apellido «Hess» con «ss» y le llamó para que rectificara y lo hiciera con doble «s» [5]. El funcionario comentó: «¡Ah! ¿Lo escribe usted como el lugarteniente del Führer?». A lo que respondió Papá Hess: «No; él lo escribe como yo. porque soy su padre.»

A pesar del orden tan severo que reinaba en el hogar, los dos hermanos transcurrieron una infancia feliz; jugaban con amigos en el jardín paterno y aprendían por el contacto de los numerosos sirvientes aquello que no hubieran debido aprender. En especial parecieron haber adquirido una especie de maestría en el uso de juramentos árabes; mi padre contaba luego, no sin un punto de orgullo, que con el natural horror de la madre, podía recitar durante un minuto, sin interrupción ni repetición, aquella estridente parte del caudal lingüístico árabe sólo apto para labios masculinos.

No había en el gran jardín, arrebatado con mil penalidades al desierto y convertido en un mar de flora africana y europea, rincón que no hubiera sido conquistado por los «Oíd Shatterhand», «Winnetous» y «Hadchi-Halef-Omar»[6]. que no hubiera sido transformado en campamento de pieles rojas o guaridas de piratas. Los escorpiones eran algo cotidiano; tan solo cuando de unos matorrales especialmente favoritos y frecuentemente explorados apareció en una ocasión una cobra —que fue muerta por un portero árabe con un palo — se colocó en un gran vaso lleno de alcohol, como símbolo y a manera de advertencia.

Al lado de estos aconteceres infantiles y divertidos, el ambiente oriental, con sus características y peculiaridades, dejó al primogénito una marcada huella, ya en aquellos primeros años. Décadas más tarde escribiría al recordar Egipto desde Spandau que «recibido con la fuerza vital de la juventud» había dejado, como segunda patria «imborrables huellas».

Hacia finales de siglo y con la finalidad de vincular más estrechamente la vida de su familia con

[3] A ellos se refieren las alusiones que en las cartas de Spandau se hacen a los "antepasados suizos", a los que pertenecía el famoso pedagogo Pestalozzi.

[4] Ver carta del 14.III.1954. ("Prisionero de la paz"). En el año 1908 nació una niña.

[5] La doble ese tiene un carácter propio en alemán, procedente del alfabeto gótico. (N. del T.)

[6] Personajes de las novelas de Karl May. (N. del T.)

Alemania, Papá Hess se hizo construir en Reichsgoldgrünn, en las montañas del Fichtel, una gran casa de campo. La casa fue a partir de aquel instante el objetivo de viajes anuales de vacaciones. También estos viajes aparecen evocados en algunas de las cartas de Spandau. Despertaron en mi padre, en años juveniles, el amor por la naturaleza, que tan sugestiva se muestra en aquellos rincones de la Alta Franconia.

La vida cotidiana de su niñez transcurrió, empero, en Alejandría, donde ingresó en el año 1900 en la escuela evangélica alemana. Pero como la tarea escolar estaba al cuidado del escaso número de familias alemanas y el pequeño número de alumnos no parecía de acuerdo con lo que esperaba y exigía Papá Hess, quitó a sus dos hijos de aquel colegio y les puso al cuidado de unos preceptores particulares, que les daban las clases en el propio domicilio, con vistas a prepararles para los futuros quehaceres en la empresa paterna. Porque en este punto no abrigaba el padre la mínima duda: sobre todo su primogénito sería comerciante, continuando los casi cuarenta años de tradición de «Hess § Co.» Aquel hijo experimentó inclinaciones profesionales en otro sentido. En los ensueños sobre el futuro no se veía a sí mismo como comerciante en Alejandría, sino que su interés se centraba en la naturaleza y cuando elevaba la mirada al estrellado cielo que cubría el desierto egipcio, sus aficiones se dirigían a la astronomía; más tarde, experimentó una gran inclinación por las matemáticas y la física. Pero el severo padre no podía aceptar aquellas «diversiones» como una auténtica profesión. Cuando dirigió un día a su hijo la concreta pregunta sobre lo que quería ser «en un tono que por sí solo nos helaba la sangre» [7] no le fue posible a éste más que articular con dificultad la palabra «comerciante».

Con semejante objetivo se le envió en el año 1908 al Pedagogium Evangélico de Bad Godesberg; su retorno a la patria fue para ingresar, pues, en un internado alemán de jóvenes donde —como recordaban luego los propios profesores — se puso de manifiesto su talento y aptitud técnicoma-temática y donde tuvo ocasión de expresar por vez primera su secreto deseo de seguir la carrera de ingeniero. [8] Por desgracia, la voluntad paterna estableció también en ello una frontera: tras conseguir la denominada «prueba de madurez media», tuvo que cambiar el «Pedagogium» por la «Ecolé Supérieur de Commerce» de Neuchatel. El hijo resultaba algo refractario a todo ello — entretanto, el padre se había dado perfecta cuenta — pero se vio obligado a pesar de todo a establecer contacto con la doble teneduría de libros, los cheques y el intercambio, que proyectaron las correspondientes luces sobre el oficio del comercio.

Además del respeto a las opiniones del padre, le había acompañado también a Suiza el recuerdo de la tradición de la empresa paterna; una tradición que no podía interrumpir y a la que estaba dispuesto a sacrificarse. Entre padre e hijo se había creado, a pesar de la rígida y severa dictadura paterna, una relación entrañable, hecha del mayor afecto mutuo. Así como el hijo respetó en los años juveniles la voluntad del padre, en los años últimos del padre ocurrió lo contrario, a pesar de que el hijo había terminado por no ser comerciante, sino haberse dejado llevar por una labor idealista que mereció, en definitiva, el máximo respeto paterno. Ambos experimentaban por su parte la fuerza de una convicción interna; los imperativos de una tarea y la abnegación y entrega precisas para llevarla a buen término. Tales eran las medidas y normas por las que se rigió su mutua relación.

Si la «Ecole Supérieur de Commerce» no consiguió imponer, en definitiva, a mi padre en los secretos del «balance» y «la doble teneduría», aquellos años transcurridos en Suiza tampoco dejaron ninguna huella en su espíritu. Su disposición y habilidad para forjarse un propio mundo interior — que le acompaña en sus dilatados años de cautiverio — tuvo entonces su primera expresión.

También durante su estancia de aprendizaje en Hamburgo, prevista y preparada por su padre, obró como siempre le dictaba su conciencia: a pesar de que no le atraía en absoluto cuanto formaba parte de su actividad diaria procuró, según propias palabras ser «mejor primero que último.» Sin embargo, su verdadera atracción eran los libros: día y noche se entregaba a la lectura con verdadera pasión. Aquellos años estuvo asimismo poseído de un «fanatismo marino»; poseía abundantes catálogos y volúmenes y se había aprendido de memoria listas enteras de armadores, con las unidades, el tonelaje, la velocidad, etc. Al lado de su interés por los aspectos técnicos se ofrecía en ello un primer atisbo de preocupación política: al igual que el hijo de un alemán residente en el extranjero había asociado ya el concepto del Reich con la «bandera alemana», en los años de Hamburgo se acostumbró a asociar el valor alemán en el mundo con las dimensiones de la flota.

En el decisivo mes de julio de 1914, la familia Hess se encontraba en Reichcholdsgrün reunida

[7] Véase carta del 24.11.1954.

[8] Ídem.

para pasar unas semanas de vacaciones: mi padre y su hermano habían llegado de Hamburgo y sus padres de Alejandría (donde no les fue posible regresar hasta 1919).

El entusiasmo bélico de los primeros días de agosto di 1914, significó un punto final para las relaciones entre padre e hijo, en su carácter hasta entonces autoritario. Para el joven aprendiz de comerciante no hubo un segundo de duda: dejó que los estudios continuaran sin él y se alistó inmediatamente y contra el deseo del padre como «voluntario de guerra».

El sentimiento impetuoso que agitaba la entera Alemania, la patria, que era para él patria de sus antepasados y arrebatadamente querida desde el extranjero, hizo que olvidara cualquier otra cosa. Nada hubiera podido detenerle. Se dirigió a Munich, donde ingresó el 20 de agosto de 1914 como recluta de la sección suplementaria del 7º Regimiento de Artillería de Campaña, del que fue traspasado el 18 de septiembre al arma de infantería (Primer Batallón de reserva del Regimiento Bávaro de Infantería número 1) [9]. El día 4 de noviembre de 1914 entró en campaña y fue adscrito finalmente a la primera compañía del Regimiento Bávaro de Infantería número uno, llamado «del Rey». El 21 de abril de 1915 fue nombrado cabo y pocos días después, obtuvo la Cruz de Hierro de segunda clase, siendo promovido algo más tarde — el 21 de mayo de 1915— a la categoría de suboficial.

Su regimiento estuvo a la sazón destacado por espacio de varios meses en el Somme; en el invierno de 1915-16 pasó al Artois y en junio de 1916 lanzado a la batalla de Verdún. Ante el fuerte de Douaumont fue herido, el 12 de junio de 1916, por un casco de granada.

A mi padre le ocurrió lo que a tantos de los jóvenes alemanes de entonces, que se fueron al campo de batalla con el himno en los labios y el ardor en el corazón. La crueldad de las mortíferas batallas de material hizo que aquellos muchachos que apenas habían dejado atrás la adolescencia se convirtieran de pronto en hombres maduros.

Uno de los que fueron entonces sus camaradas en el Regimiento Bávaro de Infantería número 1 me ha explicado: «Tu padre pertenecía a aquellos que tras un breve conocimiento y tras intercambiar las primeras palabras era admitido como un auténtico camarada. No se apartaba un instante de sus hombres y muy pronto se convirtió en uno de los más acometedores soldados. Cuando se trataba de encontrar voluntarios para patrullas de reconocimiento o grupos de asalto, aparecía con frecuencia entre ellos. Durante los ataques era un ejemplo por su sangre fría y su escasa preocupación por sí mismo. Pero no sólo venerábamos a tu padre por su valor personal y su arrojo, sino por sus juicios y criterios sobre los hechos y situaciones de las que éramos protagonistas.»

Tras reponerse de las graves heridas sufridas en Douaumont, pasó a formar parte, el 4 de diciembre de 1916, del Regimiento de Infantería de Reserva número 18, como jefe de pelotón de la Décima Compañía. Le enviaron de nuevo en campaña, aquella vez a Rumania. Del 25 de diciembre de 1916 al 8 de enero de 1917, tomó parte en la batalla invernal de Rimnicul-Sarat y los decisivos combates de persecución; estuvo en la batalla del Putna y en los combates de posiciones del Sereth y fue herido de nuevo, aunque en esta ocasión levemente, por un fragmento de granada en el antebrazo izquierdo, en los Cárpatos transilvanos. En las luchas en el Moldava occidental y la marcha por las estribaciones carpáticas, cuando ponía cerco a Ungureana, un disparo de fusil le penetró en el pulmón izquierdo; en lucha con la muerte fue trasladado al hospital de campaña de Bezdivasarhely, justamente a tiempo para que pudiera salvarse. Siguió una convalecencia de varios meses; mientras se reponía llegó —el 8 de octubre de 1917— su nombramiento como teniente.

Así como había tenido suerte a raíz de su segunda grave herida —una suerte de apenas un centímetro, puesto que de alojarse un poco más allá la bala le habría matado—, el hecho tuvo asimismo en otro sentido una repercusión feliz para él: considerado a partir de entonces no apto para su servicio en infantería, fue trasladado, tras una solicitud largamente expresada, a los servicios de vuelo.

Siguió una brevísima instrucción, en la primavera y el verano de 1918 (Escuela de Aviadores

[9] Sobre la carrera militar de mi padre informo tan sólo de una manera fragmentaria y esquemática, según los datos que he podido procurarme. En una carta dirigida a Spandau le rogué respuesta sobre algunas preguntas que le hice sobre hechos y sucedidos lejanos y obtuve una contestación marcadamente afectuosa: los recuerdos de la juventud y los años adultos le conmovían tanto, según me escribió el 17 de diciembre de 1966 "que la vuelta atrás de la memoria me causa daño, en el estado en que me encuentro. Me resulta tan doloroso, que evito pensar en ello y he conseguido tender un velo que evito tocar en lo posible. Os ruego que tengáis comprensión por ello si no respondo a diversas preguntas que me habéis hecho en la última carta. No se compagina bien haberse sumido en semejante tabú y luego tratar de quebrantarlo. ¡Nada de experimentos!

Y añade que la palabra "sonríe", que tan a menudo aparece entre paréntesis en los párrafos de sus cartas para indicar su visión irónica de alguna cuestión, se refiere a veces a circunstancias que ni para él ni para nosotros tienen nada de agradable. (N. del A.).

número 4) y en octubre de 1918 fue destinado a la escuadrilla número 35, y, finalmente, al servicio de vuelo, tomando parte en los últimos combates aéreos de la Primera Guerra Mundial, del 1 al 10 de noviembre, sobre Valenciennes. Tras el armisticio, la escuadrilla fue pronto disuelta: se le concedió permiso para regresar a Reicholdsgrün y el 13 de diciembre, «licenciado sin destino del servicio militar activo», tal como decía el documento oficial.

La guerra había terminado y quienes habían salido hacia el frente con las banderas desplegadas, regresaban —aquellos que sobrevivían— derrotados y endurecidos. Lo que experimentó mi padre en su interior al enterarse de las brutales exigencias del armisticio, sólo puedo intuirlo. En una carta escrita más tarde —en el año 1927— a una prima, expresó retrospectivamente algunos de aquellos sentimientos.

«Sabes que sufro por la situación a que se ha llevado a nuestra nación antes tan orgullosa. He luchado por el honor de nuestra bandera allá donde un hombre de mi edad tenía que luchar, allá donde resultaba más duro, entre la suciedad y el barro, en el infierno de Verdún, de Artois, y allá donde tenía que ser, arrostré el peligro de la muerte en todos sus aspectos, me sacudió durante jornadas enteras el estrépito del fuego, dormí en un hoyo donde yacía el cadáver de medio francés, pasé hambre y sufrí, como los luchadores del frente sufrieron y pasaron hambre. ¿Tiene que haber sido todo ello en vano? ¿Y los sufrimientos de las personas decentes, en la Patria, tienen que haber sido igualmente vanos? Sé por ti misma lo que vosotras, las mujeres, hicisteis. No; de haber sido inútil, lamentaría que el día en que fueron conocidas las duras condiciones del armisticio y su aceptación, no me hubiera atravesado un proyectil la cabeza. Si no hice los posibles porque así fuera, fue con esta única esperanza: «Puedes todavía tener tu parte en la evolución del destino.»

La fe y la voluntad en «la evolución del destino» fue, a partir de aquel instante, su pensamiento predominante. En la Alemania del invierno 1918-19, sacudida por alzamientos comunistas y atormentada por «consejos de obreros y soldados», reconoció que a pesar de todos estos elementos de derrota, existían todavía posibilidades para su país y su pueblo. Su principal anhelo fue oponerse con todas las fuerzas a la visible situación de servidumbre en que había quedado Alemania: un anhelo que se trocó, paulatinamente, en irritación y concentrada ira.

* * *

La derrota y la subversión de Alemania afectaron también profundamente las relaciones familiares de mi padre. La razón social Hess y Co. de Alejandría fue expropiada, mi abuelo, de sesenta años, tuvo que reconstruirla con grandes sacrificios y no pudo ofrecer así a su hijo un apoyo económico.

Sobre aquellas semanas he encontrado en los papeles de familia indicaciones de que mi padre, en enero de 1919, telegrafió a Potsdam en solicitud de un puesto de servicio: «Ruego información sobre si necesitan instructor aviador, con experiencia del frente.» La respuesta fue igualmente lapidaria: «Todos los puestos de instructores de aviación están ocupados.» Hubo otro intercambio de cartas con Berlín: un conocido de Egipto, que ocupaba un puesto en el ministerio del Exterior, informó sobre la solicitud de mi padre sobre la creación de cuerpos francos para «Defensa de nuestra marca del Este».

Fracasaron públicamente también, en febrero de 1919, sus planes militares, de tal manera que mi padre se dirigió a Munich, para inscribirse en la Universidad como estudiante.

Era aquel un Munich convertido en un hervidero: entre la generación del frente se preparaba el levantamiento contra el dominio de la ciudad por los consejos. Mi padre —que estaba obligado a ganar su propio sustento— no solamente fue empleado por un antiguo camarada de guerra en la pequeña empresa «Munchner Wohnungskunst GmgH.», ejerciendo con ello una actividad remunerada, sino que entró también mediante el jefe de la empresa en contacto con un importante círculo de correligionarios: la sociedad «Thule». Con estos camaradas formó, en los almacenes de la razón social y también en los locales de la sociedad, un verdadero arsenal que jugaría su papel en las luchas decisivas para la liberación de Munich.

Cuando el choque con el gobierno de los consejos llegó a su punto culminante, con el tronar de los cañones en el perímetro exterior de la ciudad, a cuyas inmediaciones llegaban ya las tropas del gobierno procedentes de la Alemania del norte y Wurtemberg, así como el Cuerpo Franco bávaro de Epp, fueron asesinados siete miembros de la sociedad Thule, entre ellos una mujer, la condesa Westarp. Mi padre escapó entonces por milagro de la detención y el fusilamiento e incluso llegó a conseguir, mediante un golpe de mano, un cañón que el Cuerpo Franco en retirada había tenido que

abandonar en el Altheimer Eck, uno de los reductos rojos situados en el centro de la ciudad.

Cuando las luchas en Munich terminaron, mi padre llevó a cabo los planes trazados ya en Reicholdsgrün e ingresó por cinco meses en el «Cuerpo Franco Epp» (5.ª Compañía de Alarma) como voluntario temporal.

Por aquella época se inició asimismo un contacto que sería de fundamental importancia para la trayectoria siguiente de mi padre: su jefe en la «Wohnungskunst GmbH.» le presentó al general Karl Haushofer, que era una personalidad extraordinaria: general del Estado Mayor bávaro, había efectuado con anterioridad a la primera guerra mundial numerosos viajes al Asia Oriental y obtenido, después de tres años de estancia en Japón, extraordinarios conocimientos políticos y geográficos.

Coincidente con Ratzel y en unión del profesor sueco Kjellen, desarrolló Haushofer nuevas ideas sobre la geografía política, sintetizadas bajo el concepto de «geopolítica». En la primavera y verano de 1919 —Haushofer estaba aún encargado de misiones militares —se preparó para su carrera académica y en el año 1921 fue llamado a una cátedra de la Universidad de Munich. En el joven teniente Hess no sólo encontró Haushofer un interesante oyente, sino también un decidido interlocutor. Para mi padre, aquellas conversaciones fueron el primer paso del pensamiento político instintivo al concreto y para ambos hombres, constituyeron el principio de una auténtica amistad que se prolongó durante un decenio.

Todos aquellos acontecimientos y circunstancias habían hecho que los estudios universitarios quedaran en un segundo término. Como se deduce de algunas de sus cartas de entonces, no por ello los abandonó. Además de las asignaturas que más le interesaban, se había decidido también por las leyes y la economía: una última concesión al padre y a la «Hess & Co. siempre amenazadora en el horizonte».

En la primavera de 1920 volvió a producirse una interrupción, cuando fue llamado a prestar servicio en el aeródromo de la Reichswehr de Sleissheim, a raíz del alzamiento de los espar-taquistas en la región del Ruhr, el 29 de marzo de 1920. Una semana más tarde voló —tal como atestigua su documentación militar— para llevar un aparato a la «Escuadrilla Háfner», en la región del Ruhr, y terminó así su servicio militar Queda lacónicamente informado así en la lista del escalafón de guerra: «Separado el 30 de abril de 1920.»

* * *

Debió ser por aquella misma época cuando —al lado de Haushofer— una segunda personalidad influyó en la vida de mi padre. Según el relato de mi madre, fue durante un acto oratorio, en la sala de actos de la «Sternecker Brau», en el Münchener Tal, donde el estudiante Rudolf Hess oyó hablar por vez primera a Adolfo Hitler. Casi inmediatamente se sintió atraído por él.

Unos dos años después, remitió a un concurso convocado por la asociación estudiantil, patrocinado por un alemán del extranjero que vivía en España, un trabajo, que no solamente fue importante por haber obtenido el primer premio, sino más aún: porque —sin citar el nombre de Hitler— describía las reflexiones y esperanzas que habían hecho que mi padre se convirtiera en uno de los primeros partidarios de aquel hombre.

El tema era el siguiente: «¿Cómo tiene que ser el hombre que devuelva Alemania a su nivel?» Mi padre respondió aquella pregunta, en la que se caracterizaba precisamente la situación alemana a la sazón:

«Si queremos buscar lo probable para el futuro, tenemos que mirar atrás, en el pasado. La historia se repite a grandes rasgos. El desencadenamiento de idénticas enfermedades hace que los políticos formados sean igual a médicos.

¿De qué sufre el pueblo alemán?

Ya antes de 1914, el cuerpo no estaba sano. Los trabajadores intelectuales y los manuales aparecían enfrentados, en vez de obrar conjuntamente. El intelectual contemplaba con una cierta soberbia al manual. En vez de dar líderes de sus filas, dejó a los otros abandonados a sí mismos, como pasto propicio a unos cabecillas que aprovecharon las injusticias para hacer mayor el abismo.

Se tomaron el desquite cuando tras el enorme esfuerzo de los cuatro años de guerra, fallaron de pronto los nervios. La derrota fue en primer lugar obra de aquellos líderes y los apoyos que encontraron entre el enemigo. Desde entonces, Alemania aparece presa de la fiebre. Apenas se mantiene en pie. Una hemorragia en sus principales arterias, como consecuencia del Tratado de Ver salles; una administración dilapidadora, con las cajas vacías, y una circulación fiduciaria en-

febrecida, con una grotesca desvalorización del dinero. Entre el pueblo, brillantes fiestas al lado de una miseria clamorosa; buena vida al lado del hambre, usura al lado de la propiedad y la honradez. Las últimas fuerzas parecen haber desaparecido.»

Describía así al «hombre» capaz de dominar aquella situación:

«Con sus discursos lleva a los obreros hacia el nacionalismo, destruyendo la ideología internacional-social del marxismo. En su lugar presenta el concepto nacional-social. Además, educa a los obreros manuales como a los llamados intelectuales: el interés general tiene que superar al interés personal; primero la nación y luego el «yo» personal. Esta conjunción de lo nacional con lo social es el eje de nuestro tiempo, como fueron las reformas del barón Von Stein antes de las guerras de liberación. El jefe tiene que recoger las ideologías sanas de su tiempo y transformarlas en unas ideas incendiarias que vuelvan a ser efectivas entre las masas.»

«Una gran pasión política es el más valioso tesoro; el corazón pusilánime de la mayoría de las gentes ofrece escaso espacio para ello. Feliz el linaje al que una necesidad impone una noble ideología política, grande y sencilla, comprensible para todos y aprovecha todas las otras ideas de la época.»

(Treitschke)

También los pensamientos de Haushofer eran identificables en algunos párrafos:

«El destino de un pueblo se determina por la política sobre la economía. Todas las reformas internas, todas las medidas económicas serán inefectivas mientras estén en vigor los tratados de Versalles y St. Germain. El hombre guía, político-geográfico, deberá tener un concepto general del mundo. Conocer a los pueblos y sus influyentes particularidades. Según las necesidades y circunstancias, tendrá que pisar con botas de coracero o anudar hilos con dedos cautos hasta en el quieto océano.

»Su tarea más destacada será el restablecimiento de la dignidad alemana en el mundo. Saber lo que es imponderable; saber que la antigua bandera bajo la cual se desangraron millones en la fe por su pueblo, tiene que volver a ondear; saber que hay que llevar a cabo la lucha contra la mentira de la culpabilidad con todos los medios. El fuerte sentido nacional en el interior, la fe en sí mismo, fortalece a un pueblo tanto como la salvación del honor en el exterior.»

El trabajo premiado terminaba como una llamada con versos de Dietrich Eckart:

«Todavía no sabemos cuándo el «hombre» intervendrá para efectuar la salvación. Pero millones tienen la intuición de que aparecerá. Habrá llegado el día cantado por un poeta:

Ataque, ataque, ataque.

Suenan las campanas de torre en torre.

Llaman a los hombres, los ancianos, los niños

Llaman a los durmientes en sus estancias

Llaman a la muchacha que desciende la escalera,

Llaman a la madre que está junto a la cuna

Tienen que retumbar y resonar en el aire

Enfurecerse entre los truenos de la venganza

Llamar a los muertos de su sepulcro.

¡Despierta, Alemania!»

(Dietrich Eckart)

* * *

Entretanto, y para facilitar los estudios de mi padre, afectados por la desvalorización creciente del dinero, una hermana de su padre que vivía en Suiza, había decidido remitirle mensualmente cien francos oro. En los tiempos de la avasalladora inflación alemana, aquello permitía llevar un tren de vida efectivo, aunque sin grandes lujos. Así es que pudo despedirse de la «Munchener

Wohnungskunst GmbH», aunque no sin proporcionar al jefe amigo una experta sucesora en la persona de su posterior esposa, mi madre. La tía de Suiza estaba muy lejos de sospechar que en el abundante tiempo libre conseguido, mi padre se dedicaría más a la política que al estudio.

Sobre el principio de esta actividad, ha aparecido al efectuar la investigación de los documentos de aquel tiempo en los archivos oficiales bávaros, una carta de mi padre con fecha del 27 de mayo de 1921. Fue dirigida al presidente del consejo de ministros, Von Kahr. De ello se extrajo que había acompañado ya a Hitler en una audiencia concedida por el presidente del Consejo; en esta carta solicitaba mi padre la confianza de Kahr, ya que escribía lo siguiente sobre la posición política de Hitler:

«El punto central es que Hitler se halla convencido de que solamente es posible un restablecimiento de la postura mundial de Alemania si se consigue atraer a la gran masa, en especial a los trabajadores, hacia lo nacional. Pero esto es solamente concebible con un socialismo razonable y honrado. Por de pronto, antiguos elementos comunistas y miembros del USP han ingresado en considerable número en el «Partido Obrero Alemán Nacionalsocialista». Al final de un arrebatador discurso de Hitler pronunciado en el Circo Krone, unos dos mil comunistas cantaron, de pie, el himno alemán. Las diferencias de clase se han superado y el obrero manual alterna en las asambleas con los oficiales y los estudiantes. Para mí, que como alemán nacido en el extranjero, detesto todos los partidos, este movimiento representa el «partido sobre los partidos», que está llamado a un gran futuro. Conozco muy bien personalmente al señor Hitler, puesto que casi cada día converso con él y también me siento muy próximo a él como persona.»

Al final decía:

«Para dar a mis palabras algún peso más, ruego a Su Excelencia que, en caso de desear informes sobre mí, tenga a bien solicitárselos al general, profesor doctor Haushofer, con el que me une una estrecha amistad.»

La siguiente intervención de mi padre en el acontecer político fue de naturaleza más violenta: pertenecía a la «Defensa de salas del NSDAP», antecesora de las «Secciones de Asalto». En tal condición, tomó parte en el ya famoso encuentro en la cervecería «Hofbrauhaus», de Munich, el 4 de noviembre de 1921, y fue herido, inclusive. Sobre aquel hecho escribió Hitler con posterioridad que aquella noche «había aprendido a conocer verdaderamente a Rudolf Hess».

Más tarde organizó en la Universidad de Munich un «Grupo estudiantil del NSDAP», del que fue jefe hasta los acontecimientos del 8 y 9 de noviembre de 1923. Acontecimientos en los que llevó a efecto una misión especial: tuvo que custodiar, la noche del 8 de noviembre, a los ministros bávaros detenidos en la «Bürgerbräu». Efectuó la tarea de una manera muy cortés. En un libro aparecido recientemente, donde se hace historia de dichos acontecimientos, puede leerse;

«La jefatura de la «Kampfbund» sabía exactamente porqué confió aquel pelotón a un antiguo teniente aviador procedente de una familia de la gran burguesía, que apareció casi tímidamente ante sus prisioneros. A ninguno de los rehenes le ocurrió nada grave.»

De todos modos, aquel episodio tuvo una consecuencia: en un proceso paralelo al gran «Proceso de Hitler», fue mi padre condenado, a finales de abril de 1924, y en unión de cuarenta participantes en el «putsch» de noviembre, a pena de reclusión en la fortaleza de Landsberg.

Siguieron casi tres cuartos de año de forzada holganza, que supo aprovechar de todos modos. Al lado de estudios para la explicación de un curso y actividad deportiva —había montado en el jardín de la cárcel un dispositivo para efectuar saltos de altura—, sostuvo conversaciones con Hitler, que, como es sabido, se hallaba entonces atareado en la redacción del «Mein Kampf».

En aquella época, mi padre escribió a máquina, al dictado de Hitler, el manuscrito del «Mein Kampf». Efectuó, tras cada una de sus conversaciones privadas con Hitler un borrador privado; tan sólo después fue encargado de repasar las correcciones del «Mein Kampf».

* * *

Tras la liberación de Landsberg, en la noche de San Silvestre de 1924, mi padre tuvo que tomar una decisión difícil: el profesor Haushofer ofreció al recién salido de la cárcel, un puesto de ayudante en ciencias, que mi padre aceptó primeramente. Pero cuando, a mediados de febrero de 1925, permi-

tió el gobierno bávaro la nueva fundación del NSDAP y Hitler le ofreció el puesto de secretario particular, se decidió por Hitler. Fue éste un paso que Haushofer no le perdonó por entero. Aunque la geopolítica atraía mucho a mi padre, aunque veneraba y apreciaba al anciano caballero, tan lleno de ciencia y sabiduría, la dinámica y el impulso del joven movimiento político, ejercían una intensa fuerza de atracción sobre él. Terminó sus estudios y se entregó de lleno a su nueva tarea. Iba con Hitler de reunión en reunión —muy pronto los recorridos se extendieron a la entera Alemania—, escribía, organizaba y planeaba conjuntamente con él.

La empresa «Hess & Co.» de Alejandría —a pesar de su reconstrucción— desapareció de su existencia; la vida de aquel hombre de treinta años estaba fundamentada y decidida de otra manera. Podía llevar a cabo los deseos tantas veces reprimidos. En los documentos familiares que todavía se conservan se encuentra una carta, fechada el 20 de noviembre de 1927, dirigida a sus padres, en la que les anuncia su boda prevista para el 20 de diciembre y se hace constar lo siguiente:

«Pero os hablo de boda y viaje de bodas, sin que sepáis siquiera que vuestro hijo mayor piensa casarse. ¿O acaso no tenía que habéroslo dicho? Sin duda, habíais ya contado con que un día me casaría con la buena camarada de tantos años, con la compañera de escaladas y práctica de esquí, con la compañera en los días buenos y malos del tiempo pasado, con le visitante de la cárcel, que me aportaba los domingos un cambio en la monotonía de la vida de cautiverio, con aquélla que era objeto de todos mis pensamientos y acciones, con Use Pröhl, en una palabra. Con ella entro en el puerto del matrimonio: es ese puerto cuyos escollos conozco tras años enteros de estar juntos, como el piloto las aguas, que recorre durante la tempestad y la calma. Por demás, no preciso haceros una larga descripción de «ella»; la conocéis. No necesito convenceros, como un buen hijo, de que es un ángel y por qué es un ángel. O para repetir la imagen utilizada por Schopenhauer en una de sus cartas, aclararos, porque estoy convencido de «haber pescado la mejor anguila en un saco de culebras». Que esta anguila sea seis años menor que yo, tranquilizará sin duda a mi padre, dada su actitud ante este problema. No esperamos necesariamente —la anguila y yo— el cielo en la tierra en todo momento, pues estamos demasiado maduros para ello, pero sí cuanto pueden conseguir dos personas que se conocen y que se aman como no se han conocido otras personas antes del matrimonio y que están decididas a recorrer juntas el camino de la vida..., esto es, con frecuencia, más hermoso que el «cielo» en un sentido estricto. Con el cielo en el sentido corriente no tenemos que ver mucho ninguno de los dos, puesto que no tenemos ninguna relación con las confesiones actuales..., acaso por sentirnos ambos profundamente religiosos. No conocemos aquí ningún sacerdote que coincida con nuestra concepción. Por ello hemos efectuado nuestro matrimonio para nosotros, con Dios y rechazado todas las formalidades externas...»

Sus temores sobre si los padres aceptarían aquel sorprendente escrito, resultaron infundados. El padre envió inmediatamente sus felicitaciones; la madre escribió con una retrospectiva alusión llena de humor al alistamiento voluntario efectuado al estallar la guerra:

«Cuando en el año 1914 fuiste soldado de Infantería, nos escribiste: "Alegraos conmigo; soy de Infantería." Como padres, recibimos la noticia con escasa alegría, pero pusimos buena cara a aquel grave juego. Tu carta actual termina igualmente con las palabras: "Alegraos conmigo..." En la presente ocasión, lo hacemos de todo corazón.»

El 20 de diciembre de 1927, los dos hombres que había escogido como maestros, fueron sus testigos: Adolfo Hitler y el profesor Karl Haushofer. Una fiesta nupcial celebrada en casa del conocido editor de Munich, Hugo Bruckmann. entre un estrecho círculo de amistades, cerró el día que consagró la unión de dos personas que no podían sospechar entonces los acontecimientos adversos a que se vería sometida su unión; unión que ha capeado todos los temporales y no sólo ha crecido, sino que se ha hecho más profunda. Es hoy mucho más fuerte que entonces.

* * *

Los años siguientes, hasta el 30 de enero de 1933, aportaron, como los transcurridos anteriormente, innumerables viajes, asambleas, encuentros violentos, esperanzas, decepciones, derrotas y victorias. Aquéllas eran las señales de una ardua lucha política, llevada con fe fuerte e indomable en la victoria de las propias convicciones, estimuladas y apoyadas por los crecientes triunfos.

Es de hacer notar también que mi padre no había abjurado como «secretario» de su antigua pasión por el vuelo, sino que lo practicaba en su aspecto deportivo como pionero. Pertenecía a los primeros «aviadores privados» de Alemania, tras haber conseguido de la editora del periódico del Partido y con finalidades de propaganda, la adquisición de un «Messerschmitt 25», en cuyo fuselaje

podía leerse, con grandes caracteres, «Vólkischer Beobachter», y cuyos mandos ocupaba el «secretario» volante. Mi padre consiguió convencer a Hitler para no trasladarse a las asambleas o mítines en tren o en automóvil, sino utilizar el «vehículo aéreo», como lo denominaba, para ahorrar tiempo. Pero la técnica imperfecta —de acuerdo con los niveles actuales— de los aviones deportivos, los escasos medios auxiliares para la navegación y el desconocimiento de las condiciones atmosféricas de ello resultante, hacían que mi padre llegara a los lugares previstos después de innumerables aventuras y con considerable retraso o bien le obligaban a aterrizar en lugares no previstos para ello. Hitler llegó a decir un día, irónicamente, a su «loco volador»: «Cuando vuelva a hablar en Hamburgo, le dirigiré a usted a Colonia y en tal caso existirá por lo menos una probabilidad de que tropiece con usted en Hamburgo.» Semejante ironía espoleó el amor propio del aviador, que se esforzó en demostrar a partir de entonces que podía llegarse a Hamburgo cuando se quería ir a Hamburgo. Pero los éxitos permanecieron inciertos, según los deseos del tiempo, el motor o diversas circunstancias.

Mi padre aspiraba también a llevar a efecto grandes designios deportivos; llegó a pensar en replicar a. la primera travesía del Atlántico por Lindbergh, en 1927, con un vuelo desde Europa a América; todavía en el año 1932 —el año decisivo desde el punto de vista interior— obtuvo el segundo premio, que fue el primero en 1934 en la prueba para aviones deportivos «en torno al Zugspitze»[10]. Su mayor hazaña aérea fue también la última: el vuelo solitario a Inglaterra en la noche del 10 al 11 de mayo de 1941.

* * *

Las fechas de la trayectoria pública de mi padre constan en todas las obras de consulta: a las pocas semanas de que Hitler, como jefe del mayor partido alemán a la sazón, fuera llamado a la cancillería del Reich, había encargado a su «secretario» de una importante tarea, al nombrarlo, tras la denominada crisis Strasser, presidente de una «Comisión Política Central del NSDAP», recién creada.

Cómo mi padre valoraba su trayectoria ascendente quedó de manifiesto, ya en aquel diciembre de 1932, en la respuesta que dio a las felicitaciones por su cargo:

«Hacer carrera está emparentado con el «hacer dólares» americano. «Haz dólares, hijo mío, si puedes, honradamente..., pero de todos modos, haz dólares.»

El que hace carrera está con frecuencia muy cerca del chanchullero. Está más próximamente emparentado con el seductor que con el que verdaderamente sabe.

Frecuentar compañías, atar relaciones, aprovechar estas relaciones: estos son los medios del que hace carrera. Se puede bailar carrera, cenar carrera, beber carrera, impulsar carrera hacia arriba, hacerla descender, intrigar hacia arriba y hacia abajo, casarse con carrera y hasta incluso dormir carrera...

«Hacer una cosa por propia voluntad» y hacer carrera se lleva mal una cosa con otra. El que hace carrera lleva a cabo las cosas en pro de ella.

Ante el que hace carrera se halla situado aquél que debe todo a su carácter ascendente. Efectúa su deber, sin pararse a considerar el resultado que tendrá sobre su carrera. También puede cuidar la sociabilidad, si así lo desea; puede bailar, amar, fumar en compañía de otros caballeros, casarse..., pero nunca con el pensamiento puesto en la carrera, sino en primer lugar en aquello que sirve.

Llegar a la cumbre fresco y descansado: he aquí la ambición del que hace carrera y que trata de conseguir a todo trance puesto en el funicular. El otro, en cambio, asciende por su propio esfuerzo: «Llega más alto aquél que no sabe dónde sube.» Aquél que no escoge las etapas de la carrera como punto de orientación, sino que sigue al impulso interno para alcanzar la verdadera creación.»

Tras la toma del poder por Hitler, el 21 de abril de 1933, pasó del puesto de «Presidente de la Comisión Central» al de «Lugarteniente del Führer del NSDAP», al que siguió el nombramiento hecho todavía por el presidente Hindenburg de «ministro del Reich sin cartera». La tarea de mi padre permaneció invariable: tuvo que dirigir en representación de Hitler al Partido Nacionalsocialista, convertido en partido estatal. Con su iniciativa de paz en mayo de 1941 rebasó ampliamente su «competencia». Que tras haber llevado a efecto aquella acción aventurera, con evidente peligro de su vida y tratando de poner fin a los hechos bélicos, fuera condenado en el proceso de Nuremberg por

[10] La montaña más alta de Alemania. (N. del T.)

un presunto «crimen contra la paz» —y solamente por ello— es una de las más amargas «majaderías» que marca la historia de nuestro siglo.

En su declaración final ante el tribunal de Nuremberg, mi padre dijo:

«No me arrepiento de nada. Si volviera a estar al principio, actuaría como lo hice. Incluso si supiera de que al final ardería una hoguera para mi muerte en las llamas. Poco importa lo que hagan los humanos; algún día me sentaré ante el Juez Eterno; ante El me responsabilizaré y sé que me declarará inocente.»

Hoy han transcurrido más de dos décadas desde que fueron pronunciadas estas palabras; más de veinte años largos transcurridos tras gruesos muros, en la celda de una prisión.

No han podido doblegarle, no han podido quebrantarle; sigue con la fe puesta en su derecho rígido y correcto. Rechaza pedir gracia. Y a quienes le encadenaron, les responde: «Mi honor es para mí algo más alto que la libertad.»

Volf Rudiger Hess

CARTAS... ¿SOLO CARTAS?

Spandau, 27-II-1955

Me es tan antipático como a ti el pensamiento en un absoluto determinismo, en la negación de todo libre albedrío [11]. Sería muy indigno ser tan sólo un ciego instrumento, a quien únicamente estaría permitido formarme a sí mismo, obrar y actuar, pero condicionado siempre a una línea trazada de antemano. Creo de todos modos en la influencia de poderes misteriosos —quizás un poco menor que la que el padre que educa quiere tener respecto a su hijo— (sonríe) pero creo con idéntica convicción de que a pesar de ellos —o mejor aún, en actuación conjunta con los mismos— la voluntad humana se transforma en acción. Por lo que esta misma acción queda así influenciada por los propios poderes desconocidos, ya que las personas sensibles determinan siempre, de cualquier manera, lo que tienen que hacer y lo que no.

Los filósofos griegos decían con frecuencia a ello: «El sabio se deja llevar por entero.» Schopenhauer recuerda, debatiendo el fenómeno, cómo muchos que en sus principios no querían aceptarlo, llegaban al convencimiento, tras comprobar que surgían nuevos obstáculos: «Veo que no puede ser.» Y Goethe decía: «Un demonio habla en nuestro pecho, muy quedo, con una gran convicción, para decirnos lo que hay que comprender y aquello de lo que debe huirse.» Sitúas con razón a «Prometeo» y «Fausto» como ejemplos, y yo contesto... «para oponerse con terquedad a todas las fuerzas, para no doblegarse, para mostrar fortaleza, llamad a los brazos de los dioses.»

En este sentido, le agradezco a Wolf Rudiger la referencia. Sin este sentido, ¿encuentras alguno en ti mismo..?

* * *

Al hijo 11. III. 1956

Por tu carta recibida el 29-11, compruebo que entre vosotros, allá arriba[12] es regla la respuesta a los ultrajes con el puño. Y tú opinas que entre nosotros, en Godesberg no debió ocurrir otra cosa. Por cuanto recuerdo, no era norma pegarse, por lo menos en las clases superiores, en la segunda. Pues después de eso, viene a ser obligado el duelo. Es un proceso natural, pero que devuelve a tiempos y formas de cuya superación nos sentíamos orgullosos. Por lo menos, en los tiempos anteriores a la última guerra ocurría así. ¿Ha habido entretanto tal cambio en la juventud que ya no se opina de tal manera? Considero posible que en vuestras montañas, habéis alejado algo la cultura, habéis forjado costumbres algo más rudas que el restante promedio. Considero por lo menos justificado que la clase superior se preocupe de alterar un tanto las costumbres sociales corrientes entre los adultos de su propia formación... los adultos, entre los que os contaréis en cuanto hayáis abandonado la escuela. Ya entre los estudiantes de grados superiores está considerada como inconveniente la «camorra». Más aún: prodigarse insultos inconvenientes. Sería bueno que os entrara eso bien en la cabeza, antes de ingresar en una escuela superior o alternar con gentes adultas y responsables; que os entrara en la cabeza a vosotros, salidos de vuestro mundo selvático (sonríe). Consideraría adecuado que formarais un tribunal de honor escolar, en el que se sancionara con adecuados castigos el comportamiento bajo e indecoroso; quien quebrantara las adecuadas normas, quien afectara la convivencia lógica y normal en una comunidad —pues no es otra cosa cuando ocurren cosas como las que explicas— se vería excluido y rechazado por esa misma comunidad. ¿O crees que entre vosotros no podría darse el suficiente sentimiento cívico para hacer posible lo que en otros lugares

---

[11] En la carta anterior le había escrito:

Trato de impedirme a mí mismo creer en un determinismo; el pensamiento me es antipático... aunque lo considere posible. Pero las palabras escritas por ti sobre la felicidad que a la larga sólo alcanza el razonable y sensato, el valeroso al que Dios ayuda, escapan a mi concepción de la vida. He creído durante un espacio que serías lo suficientemente fuerte para no inclinarte a la convicción de que todas las acciones humanas son inútiles, de que esa fuerza desconocida que está presente tanto en los átomos como en los planetas y traza las leyes eternas e inmutables, sólo presencia sonriente todos estos esfuerzos y puede borrar con un enorme gesto todo aquello por lo que nos esforzamos durante décadas, tal como el hombre puede destruir un hormiguero.

Goethe, al que con tanta frecuencia citas, habló en una ocasión de "las grandes, eternas y férreas leyes", pero también cantó a Prometeo y en ultima instancia y en igual sentido a "Fausto", el hombre que obra según su voluntad. Quizás todavía está por llegarme la "sabiduría de los mayores", pero en algún lugar de mi ser reside indomable esa entera voluntad de acción o ese motor de la acción voluntaria.

[12] Wolf Rudiger Hess se encontraba a la sazón en un internado en el Scharitzkehl, de Berchstesgaden. (N. del E.)

resulta por completo normal?

Hay que tener en cuenta que entre vosotros debe haber algunos que posean más fortaleza que los otros, cuya poderosa constitución física se lo permita todo. Los más jóvenes y por ende, los que son también más débiles, están sin duda indefensos a merced de los fuertes. Estos deben tener como lema «El poder antecede a la justicia.» Un lema lamentable para una institución educativa. ¿No crees tú?

¿De parte de quién estaba la justicia, de acuerdo con tus pensamientos, cuando en tus años más jóvenes fuiste así tratado por un mayor? ¿Se consideran al menos obligados los más caballeros entre los que frecuentan en las clases superiores a defender cuando se hace necesario a los más pequeños y débiles?

* * *

Al hijo 19-V-1956

Me alegra que hayas leído un documentado libro[13] sobre el continente que es el momentáneo objetivo de tus deseos. Con seguridad es bueno, pues conozco al autor y sé que hace bien las cosas. Considero que los estudiantes que regresen de Europa encontrarán difícil volver a la vieja rutina y tratarán de poner en movimiento a los que no han salido todavía de ella. Según antiguas experiencias, los así afectados no serán más felices, sino todo lo contrario. Tampoco serán mejores, sino también todo lo contrario. ¿Por qué les dejan chupetear las más altas civilizaciones? No es de creer que salga de ello más que una aproximación superficial a estas, pues carecen por sí mismos de cualidades creadoras; han permanecido durante mucho tiempo en una idéntica escala cultural primitiva y están siendo arrancados de ésta por la fuerza; apenas termine tal proceso, recaerán de nuevo en lo anterior. Si esos propios «creadores de cultura» consideraran necesario cuantiosas inversiones como las que comenzaron a efectuarse en el Sudán —y tal es el caso, dado el siniestro y potenciado aumento de la población mundial— tendrían que dejar que fueran proyectadas por los ingenieros blancos y dejarles dirigir su ejecución. Otro caso es el de los pueblos que desarrollaron su propia alta cultura, como los indios y los asiáticos del Este, cuya expresión cultural llegó a situarse en parte por encima de la nuestra; si estas culturas reciben el específico suministro occidental de la técnica y utilizan este don con sensatez (con mayor sensatez que nosotros) puede ello servirles para conseguir una mayor prosperidad y riqueza, puede significar los fundamentos para una mayor elevación de su nivel vital. En la segunda mitad del siglo pasado, los japoneses dieron el paso casi súbito desde su Edad Media a la nueva época occidental, cuyo progreso añadieron a su milenaria y alta cultura. ¿Hasta qué extremo han conseguido dominar los peligros para los profundos valores que a ello iba unido? Sobre esto no quiero extenderme, pues carezco de una visión de conjunto suficientemente amplia.

Son éstos algunos pensamientos que me han provocado tus observaciones sobre el libro leído. Acude allá, mira y escucha por ti mismo y es posible que tus pensamientos varíen.

Conocer un país por entero diferente o, mejor aún, varios países de tal índole, no sólo resulta interesante por lo que allá puede verse o experimentarse, sino respecto a las comparaciones que se hacen con la patria. En algunas referencias se obtienen proporciones que sobrepasan las impresiones primeras que se poseían y que adquieren de pronto otras dimensiones. Al regreso puede ocurrir igual, aunque a la inversa: las dimensiones guardadas desde siempre se transforman de acuerdo con otra óptica. Por ello es conveniente el estudio de las estadísticas o por lo menos, llevarse estadísticas al viaje. Tío Karli [14] recomendaba a sus estudiantes que eligieran un país extranjero al que siguieran especialmente vinculados durante toda la vida. Escogió para sí el Japón, una elección que no solamente justificó con su larga presencia allá y que le permitió comprobar las cosas con sus propios ojos, sino profundizar en el ser mismo del país y sus gentes. Quizás recuerdes todavía su estilo. Comprenderás lo que quiero decirte si imaginas una acuarela pintada sobre seda y al hacerlo, no te detienes en considerar su superficie y lo que puede haber en ello grato a tus sentidos, sino que tratas de considerar la obra como producto de una específica esencia.

Tan sólo en contadas veces se tiene la fortuna de encontrar un país con el que se establece una inmediata afinidad. Desde que conozco a los finlandeses (y sólo los conozco a través de los libros) me parecen muy próximos a mí mismo y conste que he efectuado tal descubrimiento muy re-

---

[13] "África del mañana. La vuelta del mondo-mogo" de Giselher Wirsing.

[14] Se trata del profesor Kart Haushofer (1869-1946).

cientemente. Con anterioridad había elegido a Egipto, simplemente porque tenía de allá las máximas referencias, porque había crecido en el país y la fuerza vital de la juventud había contribuido a que dejara en mí, como segunda patria, las máximas huellas; la naturaleza, el paisaje, que obra sobre la vista y en última instancia, también sobre los oídos: una noche de luna llena con el lento oleaje del mar; el monótono canto de los beduinos, el eterno ladrido lejano de los perros que se escucha siempre en Oriente. Conocía también —aunque no mucho— el idioma del país e igualmente la escritura, hermosa y ornamental. Pero el que tuviera a Egipto en mi interior no significaba que lo hubiera dominado por entero, como tío Karli dominaba el Japón; para llevar a efecto algo semejante, mi vida había sido demasiado inquieta y esporádicos en exceso mis estudios, frecuentemente interrumpidos. Así es que al transmitirte el consejo de mi viejo amigo, mi mayor deseo es que tu existencia, en su futuro desarrollo, tenga una trayectoria continua y que tus estudios puedan ser constantes y sostenidos.

* * *

Al hijo 3-6-1956.

Quisiera saber cuáles son tus lecturas. ¿Cuáles están dictadas por el profesor de historia de la literatura y qué otras son de tu propia elección? Desearía que estas últimas, sobre todo, fueran correctas en su estilo, aunque a primera vista vaya tu interés más al fondo que a la forma. Pero se da el caso de que un buen estilo se reflejará en el propio, ocurriendo otro tanto con el que sea desordenado o defectuoso. Al menos, a mí me ocurre así: lo que leo se refleja inmediatamente, de manera positiva o negativa, en lo que escribo. Por otra parte, un buen estilo contribuye a enriquecer asimismo el caudal de los vocablos, tal como puede comprobarse en nuestro poeta que más abundantemente creó palabras, como fue Goethe.

Es algo apasionante volver a dotar a nuestro idioma alemán de toda su riqueza en los medios de expresión, en dar a un gran número de vocablos sus más finos matices... una ventaja que dificulta, por cierto, su traducción a un idioma extranjero con todo el sentido preciso.

Ten en cuenta, tan sólo, lo siguiente: el inglés abarca unas 110.000 palabras; el francés, unas 120.000 (puede que sea al revés) y en cambio, según la valoración del vocabulario de los Grimm, cuando esté terminado (creo que falta el último tomo)[15] elevará el número de palabras en nuestro idioma al medio millón. En parte, se explica por la existencia de tantas palabras compuestas, pero un buen número de ellas no adquieren su verdadero significado con la descomposición en los vocablos originales; precisamente aquí se revelan con frecuencia las más sutiles divergencias A veces nos sentimos satisfechos, tras haber luchado por ello, al escribir exactamente lo que tenemos en nuestra mente, aunque en ocasiones tan sólo lleguemos a intuirlo.

El idioma francés sería por su parte bastante más rico si los profesorales miembros de la Academia Francesa no hubieran tenido la inaudita idea —no sé cuándo— de «limpiarlo». Así es que se dieron buen cuidado en eliminar todo aquello que no consideraban como un francés «clásico»; es decir, una especie de diccionario Grimm en el que se hubieran eliminado lo que había surgido y crecido lingüísticamente en el pueblo llano, con lo que se arrebataba al léxico buena parte de lo vivo y popular. ¡Pobres escritores que se plegaron a las normas decretadas por los sabios e infalibles varones de París! La lectura continuada del expurgado lenguaje —que además, se enseñaba en las escuelas— tuvo como consecuencia su empobrecimiento.

Tenemos que sentirnos satisfechos de que Lutero obrara a la inversa: al traducir la Biblia y sentar con ello los fundamentos del actual idioma alemán, buscó al pueblo, a los campesinos, a los habitantes en pequeñas ciudades para «mirarles el morro»; aprovechó imágenes, neologismos y adagios, que de esta manera ingresaron, salvados, en el lenguaje alto alemán escrito. ¡Si por lo menos existiera la preocupación de seguir cuidando el idioma y preservarle de las mutaciones que para su desventura experimenta! Puesto que tal transformación es para su desgracia: sólo basta comprobar lo que ha sido del alemán luterano o incluso del alto-alemán medio de los siglos anteriores. Que se hayan añadido muchas palabras, es de alabar naturalmente. Pero no es de elogiar que haya perdido su fuerza, que haya empalidecido, que haya abandonado inflexiones, que haya cambiado verbos fuertes en débiles y que se coloque el dativo allá donde hasta no hace mucho tiempo se utilizaba el genitivo. También el abandono del final «ens». Es lamentable el final en genitivo en «s» de los

[15] El Diccionario Alemán iniciado en 1838 por los Hermanos Grimm finalizó en el año 1961 con la publicación de su último tomo

nombres propios. Por ejemplo, «Wolf Hess'Arbeit» en vez de «Hessens Arbeit»[16] ¡Y cómo ha sufrido el sonido! Los tonos en «e» han aparecido en vez de otras vocales y los cantantes tienen que esforzarse en transformarlos en «ó». ¡Cuánto más hermoso y qué mejor sonido tiene «teodisk» que el «deutsch» que hemos hecho de ello y que termina con la horrenda «tsch»! Compara una versión actual del poema de los Nibelungos con un texto en el altoaleman de la Edad Media del siglo XII o los poemas de Walther von der Vogelweide del siglo XIII. Quizás tengas en la memoria el sonoro principio del gran poema épico alemán.

Haz que tía Kate, tan ilustrada en germanística, te facilite el librito con su transcripción de las poesías medievales de Heinrich von Mohrungen[17]; allá consta el temple original del altoaleman; compara el tono. La transcripción está efectuada de una manera perfecta, pero la belleza del tono no se deja transcribir.

Tengo un libro en mi poder: «Recorridos occidentales» de Wilhem Hausenstein. No puedo decir nada del texto; veo que se trata de recorridos por diferentes regiones y paisajes alemanes, pintados por diversos artistas. Me detengo en el capítulo correspondiente a «Wies». ¿Has efectuado alguna vez la travesía de Steingaden? Por esta época deben estar maduras las fresas en la montaña inmediata, que antes nos ofrecía toda su abundancia.

Aparece el lago de Constanza en un gran trecho, con una vista de Meersburg y detrás, lago y montañas en una típica composición del lugar.

¡Qué entrañable puede resultar en determinados momentos todo ello!

* * *

De Ilse Hess a R.H. - Gailenberg, 12.6.1956

Algunas veces pienso por la noche —a pesar de que ahora duermo mucho mejor— que al volante de un «Mercedes» se sienta nuestro señor hijo, a su lado un caballero de más edad y detrás estoy yo; nos vamos, según decimos, a Grecia. Por mi gusto iríamos también a Italia, pero últimamente me he especializado en sueños sobre Grecia, acaso desde que vi un cuadro especialmente bello sobre Cabo Sunion y las ruinas del templo que hay allá. Además, el amigo Alwin[18], que estuvo en aquel lugar durante la guerra con su jefe[19] me contó en una ocasión que a su juicio es uno de los más hermosos parajes de esta esfera terrestre. Situado ante el mar de la Hélade, uno adquiere el convencimiento de que los helenos de aquellos tiempos tuvieron que ser felices. Su felicidad estribaba, sin duda, en la constante contemplación de la belleza. ¿Pero puede acaso ser feliz un ser humano sólo con ello? ¡Bah! ¡Quizás no resulte todo ello más que el ensueño de una atareada hospedera de montaña!

También Suecia sigue atrayéndome cuando veo fotografías de sus paisajes y no puedo perdonar por entero a mi suerte, haber tenido un marido tan correcto y ahorrativo que entonces, cuando Papá Baur[20] estaba dispuesto a volar hacia el sol de medianoche, preguntó con desconfianza sobre el número de kilómetros y luego reconvino a su esposa y Papá Baur por una idea tan alocada y extravagante. ¡Ay! ¿Lamentaría hoy alguien que entonces hubiéramos volado rápidamente desde Estocolmo?

Es curioso que esa fiebre por los viajes haya surgido en mí desde 1943, es decir, desde que me resulta prácticamente imposible satisfacerla. Sé que los sueños no pueden convertirse en realidad, pero es precisamente en sueños como viajo a los puntos más distantes de la Tierra. De haber surgido este imperativo con anterioridad, acaso me habrías facilitado la manera de satisfacerlo. Los recorridos desde Munich a Hindelang no pueden inscribirse, ciertamente, como viajes a través del mundo (sonríe).

* * *

Spandau, 24.6.1956.

Esos sueños de viajes son hermosos; más hermosos serían si pudieran hacerse realizables.

[16] "El trabajo de Wolf Hess", en sus dos acepciones.
[17] Las canciones amorosas de Heinrich von Mohrungen. Recopilación de Kate Hess-Worms.
[18] Profesor Alwin Seifert.
[19] Ministro del Reich, doctor Todt,
[20] Capitán de aviación Hans Baur

Comprendo la sugestión que provoca en ti el país de los helenos. También a mí me gustaría, si el destino lo permitiera, efectuar otra vez un viaje al extranjero, en especial para visitar los templos marmóreos y los dioses de Grecia y apoyarme en el fuste ele una columna para dejar vagar, en la costa, mi mirada sobre el mar y las montañas testigos de tantos capítulos de la historia. De vez en cuando paso revista, serenamente y procurando excluir cualquier nostalgia, a todos aquellos lugares donde me hubiera gustado viajar. La Acrópolis se cuenta en primer lugar. Viene a resultar para mí un lugar de fantasía y me alegro de que no pudieran hacerse realidad ideas tan absurdas y descabelladas como la de elevar allá una enorme construcción contemporánea, un palacio para el bávaro rey de los helenos, Otto, tal como propuso el fantasioso Schinkel [21].

En nuestra juventud, viajamos con mi hermano y mis padres con frecuencia de Egipto a Alemania y hubiera resultado fácil tomar el camino de Grecia en vez del de Italia o Francia. Pero para mi padre, lo que importaba era la rufa más rápida y la idea de dirigirse a Atenas para ver las «viejas ruinas marmóreas» (sonríe) le hubiera parecido un desatino. Mi madre tenía más sensibilidad para todo ello, ya que en una ocasión recorrió sola, con Gretel, el camino que llevaba a Constantinopla y el Mar Negro, para remontar desde allá el Danubio. Pero jamás se atrevió a proponer semejante viaje al severo y rígido cabeza de familia.

Por lo demás, poco puedo añadir al respecto. Tampoco puedo agradecer al destino, como en tu caso, que tuvieras un «correcto y ahorrador» marido. En rigor, no puede achacarse todo ello más que a irreflexión. De haber expresado entonces aquel deseo, con toda seguridad hubieras podido hacer el viaje. Desde el Helesponto, Alejandría quedaba muy cerca y mis padres se hubieran alegrado considerablemente. Claro que no habrías resistido, sin duda, demasiado tiempo en Alejandría, que hubiera resultado en cualquier caso una etapa en el camino de «El Kahira», la vencedora, la ciudad de los califas y los mamelucos. Para seguir luego Nílo arriba, hacia los templos gigantescos de los reyes egipcios. Imagino mi recorrido en una «dahabieye», en embarcación típica del Nilo, con su puntiaguda vela latina y en la que hay que permanecer semanas enteras, tan lenta es su marcha. De esta manera, en pleno silencio y soledad, escuchando el susurro leve de la corriente, mientras las estrellas brillan intensas en el cielo meridional y en las orillas se dibujan los palmerales, se degusta todo el encanto de las noches orientales. ¿Ha leído Buz el libro de Max Eyths, «Lucha por la pirámide de Cheops?» En el libro se incluye una hermosa narración fantástica arabigoíndica llamada «Sakuntala». Le interesará, además, con toda seguridad, el problema central de la novela, que estriba en las misteriosas proporciones matemáticas y astronómicas de la Gran Pirámide. Pero sobre esto podrá leer con mayor placer, porque resulta más científica, la obra del mismo autor «Fuerzas vivientes», de cuya colección le recomiendo además la obra titulada «Un Faraón en el siglo del vapor», la divertida narración del gobierno de un jedive —que creo que se llama Said— que consigue transformar su producción algodonera en una auténtica lluvia de oro, de tal manera que le resulta posible 'a adquisición de toda la producción europea de máquinas agrícolas, arados a vapor y bombas extractoras de agua. La maquinaria termina por oxidarse a orillas del Nilo, pues sus árabes no revelan talento alguno de organizadores ni saben, en definitiva, utilizar todo aquel conjunto de máquinas procedentes de los países de los perros cristianos. La tragicomedia termina con la destitución del progresista jedive, lleno de deudas, por parte de las «potencias» y la instalación de una administración europea, encargada de saldarlas, en la capital del Nilo.

Pero volvamos a lo de antes: no me perdono a mí mismo —no puedo hacer responsable de ello al destino— de que no se me ocurriera entonces viajar un poco fuera de las fronteras, en tanto me fue posible hacerlo. Siento sobre todo de no haber ido en su momento a Italia en tu compañía[22].

Claro que entonces había por lo menos un motivo para no hacerlo. No lo había cuando llevaste a nuestro padre a Ve-necia y por ello sigo sin conocer la ciudad única en su género.

* * *

¿Volvería a Alejandría o mejor me detendría en las catacumbas de Kon-El-Schukafer? Se efectuó su descubrimiento al poco de haber abandonado la ciudad de mi juventud. Ni siquiera las vi, ya que pensé que volvería pronto, pero con los años el regreso se fue aplazando. De haber expresado mi deseo, mi padre hubiera obrado como en el caso de haberle hablado del viaje a Grecia. Claro que por lo menos me mandó a El Cairo y a visitar las Pirámides, por lo que le quedé muy agradecido. De otra manera, un natural de Egipto hubiera desconocido por completo los monumentos más característicos

[21] Karl Friedrich Schinkel (1781-1841) propuso levantar en la Acrópolis el palacio para el rey Otto. La propuesta para esta edificación no se aceptó.

[22] Se refiere al viaje de Mussolini a Roma, en mayo de 1938

de su país.

* * *

De Ilse Hess a R. H. - Gailenberg, 22.7.1956

Quiero hablarte de un libro excepcional. En apariencia es un libro de interés femenino, pero en realidad se trata de bastante más. Por los objetivos que persigue es para nosotras, naturales de la Europa central, un documento condenatorio de una norteamericana de esa tan valorada «american way of life» que algunos comienzan a considerar ya críticamente como última consecuencia de la existencia moderna. En el libro se expresa por sí misma, en una forma clara, excepcionalmente hermosa y casi poética, una mujer americana.

Se trata de la obra de la esposa del aviador oceánico, Anne Morrow Lindbergh, que lleva el título de «Conchas en mis manos» (es éste el título alemán, para mi gusto mucho más bonito que el original de «Gift from the sea»). El título alemán se ha escogido literalmente del libro; Anne Lindbergh sitúa cada capítulo bajo el tema de una concha encontrada en la playa: «Hermosa concha, bella imagen... trato de jugar en pensamiento con ella. ¿Eres el símbolo de un futuro estadio de las relaciones humanas? ¿Podemos nosotros, viejos argonautas, salidos del banco de ostras, anhelar la libertad del Nautilus, que cambió sus conchas por la inmensidad del mar? ¿Pero qué es lo que nos aguarda en la inmensidad del mar? No podemos aceptar que la segunda mitad de la vida nos ofrezca hermoso tiempo y vientos favorables. ¿Dónde está el vellocino de oro para los humanos ancianos?»

Según tus cartas, os facilitan algunos libros; quizás contenga éste vuestra biblioteca; provoca un gozo en el corazón. Es un libro que os relata algo sobre nosotras, vuestras mujeres...

* * *

Spandau, 5.8.1956

Trataré de obtener el libro de la esposa del aviador oceánico Lindbergh, que con palabras hermosas, femeninas y poéticas, contempla críticamente el estilo de vida americano. El tema me interesa extraordinariamente y no sólo por lo que atañe a Norteamérica. Considero que es aplicable esa crítica a nuestras relaciones de vida en Europa y no menos a nuestra estrecha patria, aun cuando sus puntos débiles no aparezcan en tal caso tan crasamente.

Muchos antiguos norteamericanos, es decir, aquellos que hacen recaer su origen en los emigrantes primeros, en los pioneros colonizadores, consideran el americanismo actual como una degeneración de la auténtica americanidad. En todo caso, es ello válido para Lindbergh, que eligió a semejante esposa. Tanto él mismo como su mujer, parecen pertenecer a un primigenio estrato de emigrantes, que transportaron ideal y espiritualmente lo mejor de la Europa de los buenos viejos tiempos y que es a las capas actuales lo que las obras de Beethoven a la música atonal.

Hace poco escuchamos la Novena, grabada por una sociedad vienesa con la colaboración de una de las más destacadas orquestas y coros. La grabación del disco era buena o por lo menos, tan buena como acostumbra a ser algo semejante. ¡Qué arrebatadora resulta esta sinfonía, la más difícil entre todas las de Beethoven! Es una excelente idea la que tienen en Bayreuth, al término de los festivales, de interpretar la Novena, como una incorporación en homenaje a los otros maestros. En realidad, existen razones suficientes para ello, ya que fue Richard Wagner quien por vez primera —creo que como maestro de cámara en Dresden— estudió con todas sus particularidades y llevó a efecto la interpretación de la gran obra de Beethoven, en toda su integridad. También en este aspecto se mostró revolucionario y poco influenciable ante la opinión y los conceptos de los demás. Cosa que a mi entender no hace bien en efectuar el nieto con la obra de su abuelo, al introducir innovaciones no ya en la presentación escenográfica, que se presta a ello, sino en la propia concepción que de las obras tenía el autor. Por ejemplo, en «Los maestros cantores», que tienen que resultar comprensibles y llegar a las más amplias capas del pueblo. Y tampoco me refiero en este caso a las decoraciones que de todos modos deberían devolvernos la imagen del viejo y entrañable Nuremberg, sino sobre todo en el último acto, cuyas escenas hablan al corazón y los sentidos del pueblo, con todo el aparato y pompa festiva de los gremios que desfilan y que hacen que entre así por los ojos el orgullo ciudadano de las viejas poblaciones. ¿Por qué transformar todo en unas formas sólo comprensibles por los intelectuales y aún así, no sin mediar las correspondientes polémicas?

* * *

14.10.1956

Ayer llegó tu carta del 9 del presente con la sorprendente noticia de que Buz se encuentra de viaje a través del «mundo»... el mundo que nos rodea en su inmediata proximidad, es decir un pedazo de nuestra querida Europa[23] (sonríe). He comprobado que en muchos lugares de los mentados estuve yo, aunque acaso algo más despacio que lo que él puede ahora permitirse. Quizás se encuentre también ahora sentado en el hermoso castillo acuático de Chillón, en el «Lac Leman», que a pesar del sombrío recuerdo de un prisionero allá encerrado injustamente[24] está transformado en un café y confieso que a pesar de los cuarenta y cinco años transcurridos (desde mi estancia, no desde que estuvo allá el preso) asocio indecorosamente el histórico lugar con el recuerdo de un excelente pastel de cerezas y unas espléndidas natillas (sonríe). Y Milán es para mí uno de los más lúgubres recuerdos de mi infancia, con su catedral y sus abundantes estatuas de mármol. Entre el recuerdo destaca con mayor vivacidad una de ellas, esculpida en un atroz mármol coloreado que representaba a un hombre que se había arrancado la propia piel, que llevaba como un abrigo sobre el brazo. Aquella aparición sanguinolenta, formada por venas azules y los cordones amarillos y blancos de los músculos, me persiguió mucho tiempo en sueños.

Pero estos recuerdos tienen asimismo su lado opíparo-una menestra tan rica y suculenta como sólo un cocinero italiano es capaz de conseguir, servida en una gigantesca y brillante sopera en el restaurante de la estación del propio Milán, así como un «Risi-bisi» (arroz y guisantes) con pollo; todo ello se ha convertido también en un sueño, pero en un sueño que me hace precisamente mantener despierto (sonríe).

«Viena, Viena tú sola...»[25] Allá surgen los recuerdos de diferentes épocas y etapas de mi vida. El primero no fue muy bonito: pernoctar a la edad del recién llegado a la escuela en el primer hotel de la ciudad imperial... lo que no impidió que aparecieran chinches en la cama (sonríe). Pero no había que hacer responsables de ello a los queridos vieneses, que víctimas de su situación geográfica sostenían una lucha tan enconada como desesperanzada contra aquellos «regalos» de que eran portadores los viajeros procedentes de los próximos Balcanes.

Efectué por aquella misma época mi primera visita a Bozen[26]: la «Rosaleda» en toda su floración alpina... ¡qué hermosísimo recuerdo! Más tarde, en 1933, estuvimos juntos allá, cuando florecían los árboles frutales, una primavera, cuando en casa todavía nos sentíamos envueltos en un ambiente invernal. Fue un afortunado y feliz viaje sin grandes preocupaciones.

Que no se me olvide: tengo que informarte sobre la censura. No está permitido remitirnos prospectos de editoriales, lo que significa que no llegan a mis manos. Igual ocurre con las cartas ciclostiladas, de tal modo que no puedo enterarme de lo que intentas comunicarme con tu vano, esperanzado y abundante correo.

* * *

31.3.1957.

El problema de que madre e hijo se hayan hecho tan «comunicativos» (sonríe) es en verdad importante e interesa al padre, que también tiene algo que opinar. Si Wolf siente inclinaciones hacia la jurisprudencia, me congratulo de ello como signo de una predisposición hacia un concepto claro y consecuente, susceptible de fortalecerse mucho más con la dedicación a la ciencia jurídica. Acepto que también en las Escuelas Superiores Técnicas se ofrecen oportunidades (en el caso de que no acudiera a la Universidad) pues igualmente existen para los técnicos y los graduados que tienen la perspectiva de ascender a directores de una empresa, son de desear los conocimientos jurídicos. También por ello podría —visto desde el punto de vista de una formación general— inclinarse Buz hacia los estudios jurídicos. Pero por el contrario, se ofrecen para un hombre situado en posición directiva una oportunidad tras otra en el caso de haberse formado como ingeniero; puede adquirir por sí mismo idea de los problemas técnicos sin tener que acudir a la consulta de un especialista y también combinar, cuando se le presentan problemas, los diversos elementos y factores en juego

[23] Wolf Rudiger Hess emprendió con unos cantaradas un viaje por el lago Lemán, desde allá a Verona y tras el paréntesis de una larga estancia en el Tirol del Sur regresó por Innsbruck.

[24] En el castillo de Chillón fue recluido en los años de 1530 a 1536 el duque de Saboya, Francois Bonivard, por haber luchado por la independencia de Ginebra. Lord Byron escribió sobre ello el relato en verso "The prisoner of Chillón".

[25] Canción popular.

[26] Población conocida ahora como Bolzano.

para llegar a inmediatas conclusiones. El que no es técnico se ve obligado a acudir a un señor ingeniero diplomado, de cuyas opiniones puede discrepar instintivamente aunque sin estar en posesión de los adecuados conocimientos científicos para oponerse a él, sobre todo en presencia de terceros, como en el caso de que ocurra durante las sesiones relacionadas con la administración.

Aconsejo, por tanto, a Wolf que complemente el estudio técnico con el jurídico y que cargue el acento en el primero, aspirando por ello a pasar los exámenes con todo rigor, en tanto que los conocimientos jurídicos podría adquirirlos de una manera complementaria o bien libremente, sin someterse más que a las pruebas de capacitación requeridas. Los exámenes le obligarán también a excluir muchas cosas superfluas para sus fines, así como eludir el peligro de sumirse en un raciocinio excesivamente formal, con exclusión del verdadero aliento creador.

Sigo con mis recomendaciones de que si quiere alcanzar posiciones de altura, que asista en el transcurso de su tiempo a conferencias y que si le resulta posible, colabore en ejercicios sobre planes y organizaciones. Si siente inclinación hacia ello, tanto mejor, pues esta inclinación se desarrollará posteriormente, se fortalecerá la tendencia a la discusión y al contraste con los planes y proyectos de los demás. A este campo corresponde la dirección de empresas y la asignatura de dirección económica aplicada al terreno de la planificación y al urbanismo. Por ello, considero, por último, del mayor interés e importancia los problemas que plantea el tráfico moderno[27].

Sin duda, le beneficiaría efectuar prácticas en un establecimiento bancario, pero no para entretenerse en los pequeños problemas de la administración técnica, sino para entrar en conocimiento de cuanto concierna a la economía y las prácticas bancarias en el conjunto económico, así como estar informado del sentido del dinero, del capital (en el más amplio sentido del concepto), del crédito y de sus funciones económicas. Sólo así será capaz de dominar las grandes conexiones entre la institución donde efectúe sus prácticas y la generalidad de la economía. Sólo así será capaz de comprender y profundizar en las relaciones entre la actividad que llevara a cabo y todo el hecho económico en sí. Sólo de esta manera resultaría para él fructífera la estancia en un establecimiento bancario. De otra manera carecería de sentido y significaría una pérdida de tiempo.

* * *

8.6.1957

Al pensarlo mejor —o mejor aún, conforme he ido profundizando en mi propio sentimiento— he de conceder que tienes razón en tu opinión de que la inclinación que se siente hacia un determinado paisaje está en íntima relación con el origen de cada cual. A pesar de haber crecido en el mar y haber tenido gran parte de mi niñez el mar ante los ojos, me complazco aún hoy en encontrar algo nuevo en él; pero sólo como manifestación gigantesca y grandilocuente de la naturaleza; en lo más profundo del alma parece resonar algo imposible de aclarar y describir cuando pienso en los oscuros bosques de las montañas del Fichtel y en sus prados, medio ocultos al despuntar el día por jirones de niebla. En este paisaje —incluida Turingia— que rodeó a múltiples e ignotas generaciones de la mayor parte de mis antepasados, se asienta el sentimiento de la patria. Que también la alta montaña obre sobre mí en idéntico sentido, aunque no con tanta fuerza, debe estar relacionado, sin duda, con mis antepasados suizos. Y si bien no me siento atraído por el mar, experimento un gran apasionamiento hacia el desierto, que fue uno de los elementos del paisaje que rodeó mi infancia y que mayor impresión causó en mí.

* * *

Al hijo. 15.6.1957.

He recibido tu obra de aprendizaje, dactilografiada y en el más moderno estilo literario; con desprecio de las mayúsculas y la habitual puntuación, el lector corriente tiene que adivinar dónde comienzan las frases y dónde terminan (sonríe). Pero no te desanimes por causa de las críticas de este severo padre y sigue con las prácticas de mecanografía; mediante sucesivos ejercicios llegarás a ser, si no maestro, por lo menos un oficial o por lo menos un aprendiz que conocerá de manera tan perfecta su actividad manual —o mejor, actividad digital— hasta el punto de no necesitar más lecciones que las previstas en tales casos (sonríe). Trata de pensar constantemente en ello: hay también márgenes, puntos y comas que luego irán colocándose por sí mismos y sin mayor

[27] Wolf Rudiger Hess escogió este camino y actualmente es ingeniero diplomado en problemas de tráfico y urbanística.

preocupación en los lugares que les corresponden (sonríe).

Me preguntas si estoy de acuerdo con tus estudios mecanografiados y la actividad que en materia escolar llevas en la actualidad. Les ocurre a muchos que experimentan dudas y vacilaciones en el curso de sus estudios, sobre si han hecho bien su elección. Cambiar tempranamente de camino es buena cosa —como ocurre contigo— porque por lo menos no se ha experimentado pérdida alguna de tiempo. Claro que no puede, en ningún caso, considerarse como enteramente perdida, puesto que todos los conocimientos que se adquieren resultan útiles en un momento u otro. En caso de que ahora no te des cuenta de esta actividad, lo cierto es que contribuyen a dotarte de un sentido de autodisciplina y responsabilidad que resultan útiles en la escuela del pensamiento y la vida. Considero por ello que tu madre tiene razón cuando considera que en todos los casos debes, dada tu juventud, apretar los dientes y seguir obstinadamente adelante. No es lícito soltarse a sí mismo las riendas, tanto de una manera exterior como interna, con la excusa de que «no es lo que se deseaba». Procura tascar el freno y exclama, dirigiéndote a ti mismo: «¡Contención! ¡Contención!»

Ya te he dicho que la época de los estudios indistintos sirve para completar tu cultura general y no debe considerarse, por ello, como tiempo perdido. ¿Asistes a conferencias sobre temas jurídicos? ¿Tomas parte en ejercicios de oratoria? Es importante alcanzar un alto nivel de formación general, puesto que resulta así bastante más fácil alcanzar más tarde un puesto destacado. En todas las profesiones hay zonas marginales y limítrofes, cuyo dominio se hace mucho más fácil con una formación elevada que posibilite el examen y la ponderada reflexión. Para orientarse en cualquier dirección hay que considerar con atención las cosas y efectuar luego las necesarias combinaciones. Cuanto más alto se llega, más forzosamente se hace ello necesario, si no se quiere ver las cosas desde una perspectiva muy baja y unilateral, como es el caso de tantos especialistas, sino que se desea tender la vista soberana desde los más altos puntos de mira.

Te aconsejo que al elegir tus lecturas tengas siempre presente que han de contribuir poderosamente a la formación general. Las novelas contribuyen tan sólo excepcionalmente a tales finalidades y en mucho mayor grado, las descripciones de viajes, las memorias de personajes importantes, así como algunas vivaces descripciones históricas. De toaos modos, la Historia no tiene que presentarse de una manera seca y difícil. La literatura de vuelos demasiado líricos y considerable dosis de fantasía, solamente puede ofrecer provecho cuando se trata de autores consagrados y tiene una muy patente calidad. Existen también libros de física e historia natural que tienen gran interés; los paralelos trazados con ejemplos de la Naturaleza pueden resultar muy convincentes en una conversación. Si en tu actividad vital te has trazado una meta muy alta, no puedes contentarte con lo que es normal y corriente en todos los órdenes. Ello es válido incluso si los caminos de la vida te llevan a ser comerciante, actividad contra la cual no tengo en rigor nada en contra; en tal caso tu objetivo tendrá que ser alcanzar la categoría de «señor del comercio», es decir, algo así como un «real comerciante». Trazado este camino, no debes creer que resulte fácil, ni mucho menos: la marcha hacia la cumbre obliga a atravesar con frecuencia profundas hondonadas y áridas planicies, cuesta mucho sudor y exige una gran fuerza de voluntad; llegado a la parte superior, la posición resulta en definitiva más soberana que en la mayor parte de las otras actividades o profesiones. Quizás te aclare bastante sobre todo ello el viaje al mundo extranjero, que contribuirá singularmente a ampliar tus conceptos en todo este sentido[28].

Al hijo 22.6.1957.

...piensa siempre: una de las premisas para la actividad intelectual de alto nivel es la capacidad de concentración. Tan sólo la concentración en una actividad permite dominarla en un espacio de tiempo mínimo y llegar a una actividad espiritual auténticamente efectiva. Pero si bien te recomiendo mantenerte alejado de las diversiones, no quiero que te conviertas en un cascarrabias, en un seco ambicioso. Todo lo contrario: precisamente la falta de concentración puede llevar a ello, impulsar al trabajo penoso cuando se desea llevar algo a cabo; se encuentra duro el estudio y surge así la sensación de que la profesión elegida no le cuadra a uno. Pero es el caso de que ocurre igual, en idénticas circunstancias. Solamente la seria introspección de sí mismo, el examen de las propias posibilidades y la concentración absoluta hacen que el fenómeno cambie radicalmente de signo y que se despierte y acreciente el interés. Cuanto mayor es esta profundización, más satisfactorio se encuentra el trabajo, que puede convertirse en auténtica pasión, sea cual fuere la actividad elegida.

[28] Wolf Rúdiger Hess emprendió con un amigo un viaje a África del Sur.

No tienes que esperar, empero, que todo te salga bien a la primera. Quizás resulte mucho mejor conseguir las cosas con esfuerzo, ya que así se valora mucho más su posesión.

Para huir de todas las tentaciones que puedan tenderte los demonios de la distracción, lo mejor sería que te fuera posible frecuentar una escuela superior lejos de todas las «bendiciones» de la civilización, en medio del bosque, si ello existiera o en un convento (sonríe) con muchos libros, donde te sentaras con los oídos tapados para que no llegaran hasta ti los rumores del mundo. Si me fuera posible venir de nuevo al mundo y emprender otra vez mis estudios, escogería el convento... entendiendo por ello «conventos laicos», claro está.

En suma: procura mantenerte alejado de todo durante los estudios; escoge entre el nivel discreto y normal, que le llevará a una existencia gris y sin grandes alicientes o la preparación intensa susceptible de conducirte hasta las altas cimas. ¡Escoge!

* * *

30.6 1957

Aquí ha hecho un par de días de calor tropical, que llega incluso a extinguir con su intensidad el recuerdo del vuelo que mi hijo va a efectuar a África y hasta me llevaba a dar gracias a Dios por no tener que viajar (sonríe). Pero Buz es muy joven y además, «allá abajo» reina el invierno.

Me interesa saber, Wolf, si has efectuado alguna preparación previa con vistas a lo que ibas a ver y oír. En caso necesario, todavía estás a tiempo para pedir prestado este o aquel libro de una biblioteca. Procura llevar contigo un mapa y si es un atlas de proporción aceptable, traza la ruta de aeropuerto a aeropuerto, que es en distancia mínima, ya que generalmente se vuela en línea recta. En el caso de que no la lleves contigo, proporciónate a la salida una carta astronómica del cielo del hemisferio meridional, tanto si sigue o no interesándote la astronomía, pues quizás llegue luego a interesarte. Si no lo haces, quizás te arrepientas luego de haber desdeñado la oportunidad de contemplar estrellas y constelaciones que no pueden admirarse desde nuestro hemisferio.

* * *

Al hijo 7.7.1957

Mi querido viajero: esta es la carta última y breve que, recibirás antes de que desaparezcas volando. Así es que recibe mis mejores votos, que desearía que te siguieran, como ángeles alados, entre los rayos que el sol debe proyectar sobre el estuche de metal en que te encuentras encerrado. Quizás lamentes estos votos míos, a pesar de que los modernos medios climatizadores te defiendan de los rigores del sol tropical.

Procura contemplarlo todo con ojos bien abiertos y escucharlo todo con los oídos prestos; todo resultará, sin duda, del máximo interés. Como medio de recordarlo todo, te recomiendo que lleves un diario y que procures anotar cuanto vayas viendo, aunque no sea más que mediante las más breves frases o incluso por medio de palabras sueltas. Acaso tengas tiempo de ampliar estas notas durante tu estancia en una granja, si el tiempo lluvioso te obliga a pasar unos días en el interior, ya que es posible que veas llover como todavía no te ha sido dado verlo en tu vida (sonríe). O bien al regreso, al lado de mamá, que es sin duda cuando tendrás más tiempo para ordenar todas las experiencias vividas a lo largo de tu viaje. Tus hijos y los hijos de tus hijos encontrarán la mayor satisfacción en repasar estos relatos, pues a pesar de que las distancias se hayan acortado, las diferencias entre los millones de seres humanos que pueblan este planeta son tan grandes, que pueden despertar todavía mucha curiosidad.

Expreso mi mayor gratitud a las buenas y generosas personas que han hecho posible esta experiencia para ti. ¡Muchas gracias por haber dado a mi hijo la posibilidad de recorrer el mundo, un viejo anhelo que, como alemán nacido en el extranjero, tuve siempre! Me hubiera gustado haberte acompañado en esta primera salida; tengo que dejárselo a otros. A ellos les doy las gracias, como se las darás tú. Otra vez: ¡buena suerte!

Ilse Hess a R. H. - Gailenberg, 22.8.1957

Ha llegado la primera carta desde Pretoria; desgraciadamente, sólo son unas cuantas letras, de

las que se deduce que nuestro hijo se ha bañado, vive en casa de unas personas encantadoras cuyo hijo, que es de la misma edad que el nuestro, estudia en la Universidad. Con excepción de este, nada más de particular. Su amigo Harald ha sido algo más explícito con su madre y sabemos así que desde Niza, donde hicieron noche por tenerse que efectuar una reparación en ?1 avión que les transportaba, se detuvieron en Malta y efectuaron un recorrido por la capital; otra escala en un lugar del delta cuyo nombre ha resultado ilegible para la madre de Harald, y luego pernoctaron, tal como estaba previsto, en Entebbe, en el lago Victoria. Todo resultó maravilloso para ellos y Harald no ahorra su entusiasmo.

* * *

Spandau, 25 8.1957.

¡Así es que «él» da vueltas, efectivamente, por África! No consigo hacerme a la idea de que tengo un hijo independiente y volador (sonríe). Un viaje por etapas resulta, como es natural, más interesante y distraído que un vuelo directo desde Europa al extremo sur africano. No me sorprende que ninguno de los dos tuviera sueño durante las escalas para pernoctar, puesto que la mente se encuentra en tales casos sobrecargada de pensamientos y todo sorprende y choca: el clima, la vegetación, el paisaje, las gentes, la cultura; de una etapa a otra, con miles de kilómetros por medio, se amontonan vivencias y sensaciones, de una manera totalmente inorgánica, sin orden ni paulatina sucesión; es ello característico de nuestros tiempos: la moderna prensa diaria, con su caleidoscópico amontonamiento de informaciones y temas procedentes de todas las regiones del planeta, de todas las parcelas intelectuales y todas las formas de pensar; la radio, que supera los conceptos del tiempo y el espacio y que al lado de un disco que mantiene encerradas entre sus estrías *A* pasado, sigue una voz que pronuncia sus palabras en aquel mismo segundo; que mezcla lo que se emite a pocos Kilómetros de distancia con aquello que procede de millares de kilómetros. Todo ello reclama imperiosamente nuestra atención.

Quizá sea también contrario a la naturaleza, incluso, semejante viaje aéreo, aunque ya sabes que considero muy adecuado que el muchacho haya salido al extranjero. Pero me parece que la cultura de la Humanidad no resulta más favorecida por ello. Todo lo contrario: los nervios de los humanos están deshechos, como han tenido ocasión de comprobar muchos de los que han historiado y analizado el presente momento de la Humanidad. Pero retroceder no es posible en ningún proceso de desarrollo y tampoco en éste. Quien lo intentara, sería con toda seguridad objeto de la máxima reprobación, cuando no aniquilado, por lo menos moralmente (sonríe, sonríe con amargura).

Pero ello no obsta para que en el fondo de los propios pensamientos aparezca el anhelo de superar toda esta confusión, que en algunos instantes puede llegar a hacerse enloquecedora. ¿Que ello es situarse frente al desarrollo y el progreso? Esto es lo que precisamente inspira, en el fondo, un temor mayor. Porque, en definitiva, el progreso es un motor cuya marcha resulta imposible detener.

15.9.1957

Sí; es lo que suele ocurrir cuando se ha coadyuvado a la existencia de un polluelo masculino. Al gallito, tal come exige la naturaleza, le ha crecido una cresta y no soporta que se hagan los posibles por conseguir su felicidad; canta con un sonido en el que se advierten aún las vacilaciones del cambio de voz, aletea y, en definitiva, demuestra a la clueca madre que desea ser considerado y tratado como un gallo. Para ello no vacila en emprender un viaje por la mitad del ancho mundo; para sentirse libre de los andadores y tener conciencia de su ser independiente y mostrarse al mismo tiempo, y gracias a ello, autoritario consigo mismo (sonríe). Y la madre hace bien en comprender todas estas cosas y demostrarle su apoyo muy discretamente, aunque sea de manera epistolar. ¡Que vuele libre, el muchacho! En definitiva, resulta imposible que las cosas no sean como son, aunque en muchas ocasiones ello sea causa de nuestra desazón.

¡Que vea y viva todo lo que le sea posible! Precisamente, hace muy poco leí algo sobre las reservas de fieras en África, una de las más importantes es el Parque Nacional Krüger. Es de lamentar que una civilización cada vez más avasalladora (civilización como contraposición a verdadera cultura) tenga que utilizar la solución de estas reservas como manera de proteger a la fauna salvaje de una auténtica extinción. Con su tiroteo indiscriminado, el hombre blanco ofrece un

mal ejemplo al de color, puesto que demuestra que le importan muy poco, en definitiva, las propias leyes que él mismo ha dictado.

Al hijo 25.1.1958.

He recibido la carta en la que me comunicabas que te había sentado bien el remedio contra la malaria, a pesar de haberte tomado una sola tableta y ninguna más. La carta ha provocado en mí alguna preocupación. Permaneciste bajo el sol, al calor de África, abandonado del mundo e incluso de tu propio sentido de raciocinio. ¡Pobre muchacho! Si por lo menos hubieras pensado que la materia química, tu cuerpo, estaba tan sano que pronto dominaría los elementos extraños introducidos en la sangre o algo similar! Pero no pensar absolutamente nada, dejarse llevar por los acontecimientos, es algo que no acierto a comprender.

Con el juicio de los «viejos» ocurre igual que con los consejos y los más jóvenes, los más inteligentes, se comportan de una manera similar, hasta que se dan cuenta de que también entre los viejos algunos son muy inteligentes.

Me satisface que tu penosa experiencia[29] haya contribuido a hacerte más prudente, pero no te haya asustado y, sobre todo, no te haya distanciado de ese continente africano con el que acababas de trabar conocimiento; es posible que haya contribuido a ello la grandiosidad de los espacios y el carácter intacto de esa naturaleza virgen con la que has establecido contacto. Tal era tu anhelo desde hacía mucho tiempo. Es hermoso llegar a ver realizado un anhelo; se desprende de tal experiencia positiva algo santo, por decir así, que nos eleva siquiera momentáneamente por encima de las masas profanas. Claro que experimentar un anhelo profundo significa también sufrimiento, en muchos casos. Soportar el dolor resulta difícil, pero vivir sin dolor significa, por su parte, la eliminación del estímulo y, por la ley de los contrastes, puede representar igualmente la falta de la alegría cuando se alcanzan los objetivos propuestos.

Preocúpate, por tanto, en dominar la existencia con el mismo férreo impulso que se pone en dominar una montura mediante una presión de las rodillas. Es posible que encuentres dificultad en ello y que la existencia se encabrite, como un caballo poco voluntarioso; pero tu voluntad podrá siempre más, a poco que te esfuerces en ello.

* * *

Ilse Hess a R. H. - Gailenberg, 25.3.1958

Me preguntabas en una de tus últimas cartas la razón de que nos hubiera decepcionado la representación de «La muerte de Danton», en Hamburgo. Buz invitó durante dos días a uno de sus antiguos amigos del internado y tuvimos por la noche una conversación muy interesante sobre el tema.

Mi deseo de que Buz asistiera a la representación de un drama clásico tenía su origen en una vivencia semejante experimentada por mí a los dieciséis años, cuando asistí a una representación de «Piccolomini», y del «Wallenstein Lager» en el «Deutschen Theater» de Berlín, con el joven Paul Hart-mann como Max Piccolomini. A la sazón, comenzaba a librarse esta gran dramaturgia alemana del «pathos» y del coturno de los viejos tiempos; se comenzaba a representar con toda naturalidad, tal como luego seguiría haciéndose. Y ahora me he encontrado de nuevo con el «pathos», que ha llegado a alcanzar inclusive una potencia amplificadora que alcanza a destrozar los nervios.

Y eso es lo que la juventud rechaza, pura y simplemente, ya que es contraria a cualquier «pathos». Es sobria, escéptica, desconfiada... comprende un gran sentimiento, un gran pensamiento y, acaso, sabe incluso valorarlo como se merece. Pero no quiere a ningún precio abandonarse a él o escuchar cómo lo expresan con un diapasón de voz más elevado y solemne o un tono enteramente patético.

Buz es bastante sutil; cuando íbamos ya a acostarnos aquella misma noche, hizo notar con ironía que su amigo no se había dado cuenta, en su filípica contra el «pathos», del grado patético alcanzado. Era demasiado tarde para dar a Buz una conferencia sobre la diferencia entre apasionamiento y «patetismo» y hacerle comprender que el «pathos» podía ser también algo

[29] Wolf Rudiger Hess se contagió de una enfermedad tropical durante su viaje africano.

hermoso cuando estaba bien orientado. Pero sí advertí una vez más que es hipersensible a la menor vibración de un falso «pathos» y que personas y gentes que de antemano no saben desprenderse de ello, pueden considerarse como perdidas en su estima y concepto.

Por contra, su reacción es pronta y positiva ante lo que denomina un buen ejemplo humano: hace unas semanas vimos en Munich un filme bastante revulsivo: «El puente sobre el río Kwai»; un hecho de la última guerra entre ingleses v japoneses. La figura del comandante inglés, mezcla de arrogancia, valentía y espíritu (que, al final de la película, todo cuanto ha efectuado sea reducido al absurdo, no tiene, en el fondo, nada que ver), impresionó con su actitud a Buz y, desde entonces, busco una expresión para esta «arrogancia», porque el vocablo no expresa enteramente mi pensamiento.

* * *

Spandau, 29.3.1958.

No se me habría ocurrido pensar que el arte escénico actual sufriera el pecado de la ampulosidad. ¿Cómo puede explicarse tal cosa, cuando las circunstancias —tanto las pasadas últimamente como las del momento— tendrían, lógicamente, que haber llevado a una sobriedad objetiva, enteramente alejada de cualquier «pathos»?

Difícilmente puedo imaginarme una «Doncella de Orleans» rodeada de los últimos progresos en la aniquilación humana: se trataría de unas canciones heroicas declamadas con gran sentimiento, pero nada más. Incluso para mí, que pertenezco a una generación anterior, es el «pathos» algo completamente falso y antipático. A mi entender, lo fundamental del arte declamatorio es que resulte tan expresivo que no se haga monótono y aburrido, pero que al mismo tiempo evite trasponer los límites, situados a considerable altura, en que obre penosamente sobre el ánimo del espectador. Estos límites descienden considerablemente cuando tanto la poesía como la prosa se expresan fuera del escenario creador de ilusión, sin vestuario y de paisano, por decirlo así. Este ejercicio de dominar todas las circunstancias exige una gran sensibilidad espiritual y es un arte extremadamente singular, en mi opinión. El trecho que media entre lo sublime y lo ridículo viene a ser muy pequeño; un matiz tan sólo puede hacer que aquel que representa un héroe se convierta en un comicastro. Y, sin embargo, existen papeles que resultan impensables sin un mínimo de apasionamiento. Pero hay que saber marizar, y precisamente esta cuestión de matiz hace comprensible que sean tan escasos los grandes maestros de la mímica.

No puedo pronunciarme sobre la interpretación de la figura principal de la película que me citas, pues tendría para ello que haberla visto. Resulta significativo, sin embargo, que no encuentres la palabra apropiada para definir sus principales rasgos. No me cabe duda de que debe atenerse, por lo menos en sus líneas principales, al ideal del «gentleman»: se pueden tener sentimientos, pero de ninguna manera demostrarlos, y, si es posible su ocultación tras una fría arrogancia, ante uno mismo y ante los demás, tanto mejor. Es posible que no exista expresión alguna para calificar todo ello; más bien se trata de un estado de espíritu que de otra cosa.



Ilustración 1 - Hess, con un grupo de soldados en 1919.

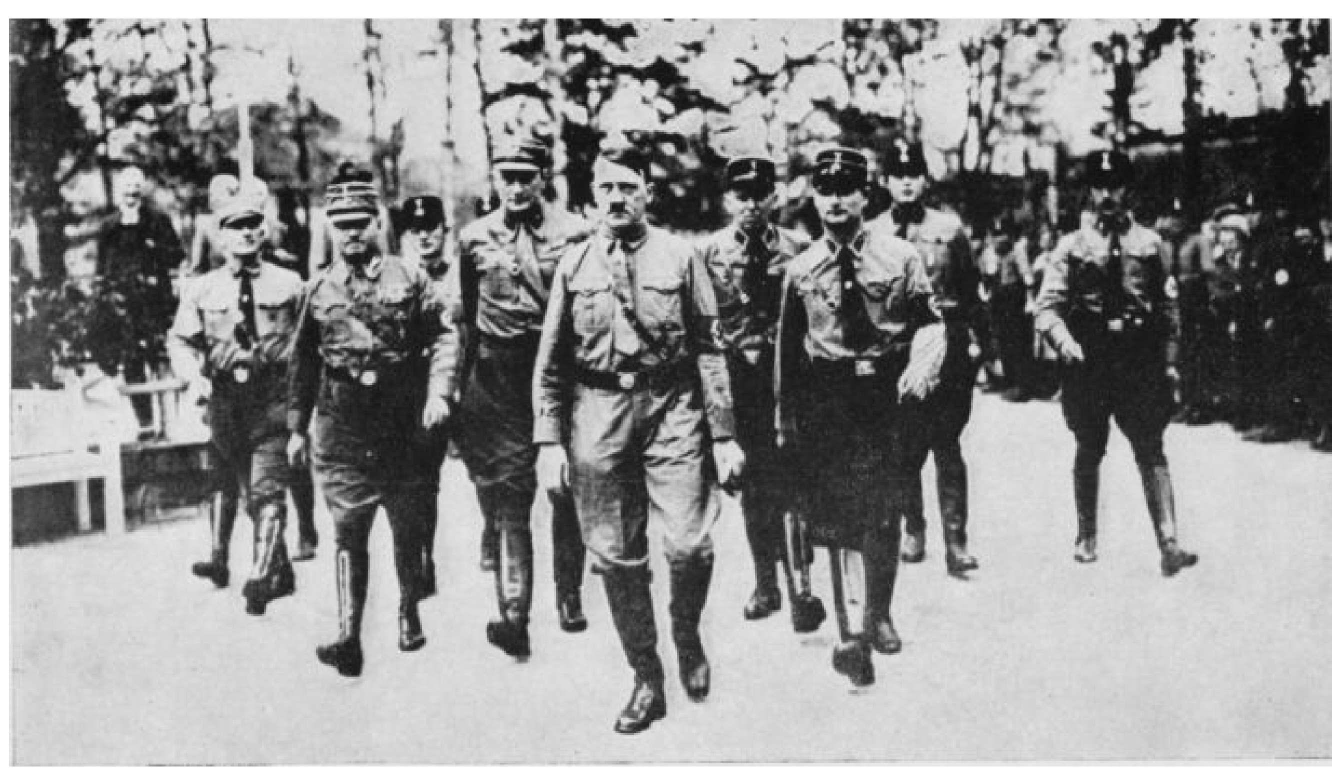


Ilustración 2 - Hitler, seguido de Roehm, Goering y Hess, llegan a Bad Harzdurg en 1931.



Ilustración 3 - Hitler y sus inmediatos colaboradores en la campaña electoral del Reichtag en 1932. A la derecha Hess.

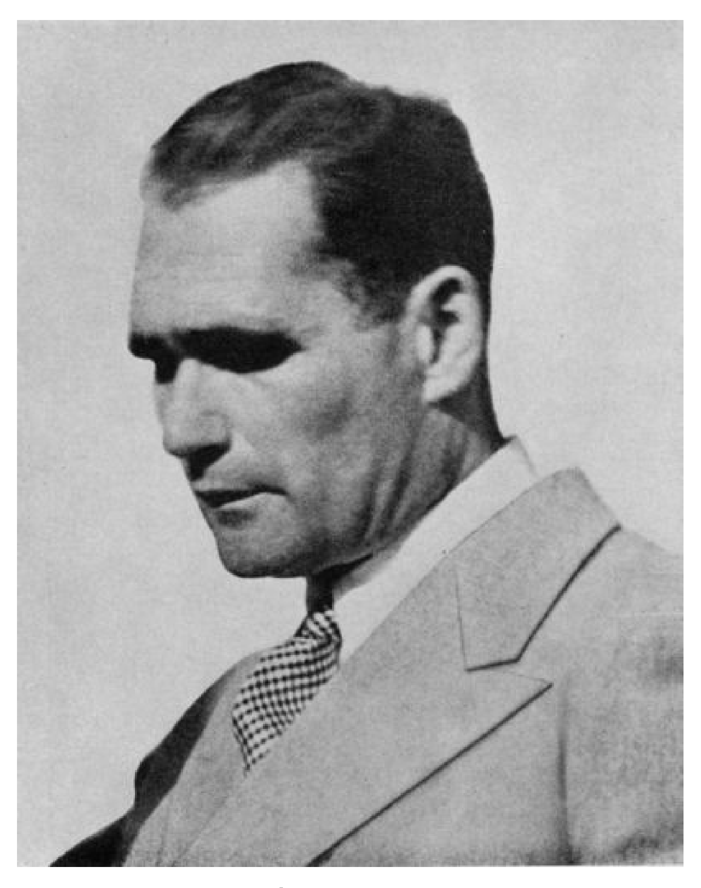


Ilustración 4 - Hess, en 1937.

Estimo la serenidad, al igual que tú, como algo altamente positivo, en nada semejante a un descanso puro y simple, aunque ambas cosas puedan parecer idénticas cuando se efectúa su valoración por una madre nerviosa... quizás innecesariamente nerviosa y apresurada. De todos modos, siempre es mejor este nerviosismo y apresuramiento que la postura contraria. El fundamento principal del carácter resulta decisivo. Si éste se inclina hacia lo justo, hay que sentirse satisfecho, puesto que este rasgo básico no se altera; otros de carácter inferior sí resultan, por contra, influenciables, bien por el paso del tiempo o la suma de circunstancias. Completamente irreemplazable es la serenidad y la calma inquebrantable en las situaciones críticas, en el peligro, aunque sea tan sólo presumible, cuando la lentitud de las reacciones se ve precisada a dejar paso a una acción rápida como el rayo. Esta mezcla define, a mi entender y de manera fundamental, a un buen conductor de automóviles: una calma sosegada y el más breve tiempo de reacción, la más veloz superación del «instante del pánico».

* * *

Al hijo 12.4.1958.

¡Mi muy querido prisionero de primera clase! Tu buen compañero, que ha efectuado la singular comparación —singular comparación para un profano (sonríe)— entre un hospital y una cárcel, no ha debido sentarse nunca entre rejas, incluso en una prisión de primera clase, como es asimismo tu propio caso. De otra manera, me habríais ahorrado a mí, que tengo casualmente algunas experiencias (sonríe), semejante descubrimiento. ¡Cárcel con salida! Por lo menos, os encontráis en una «alegre» cárcel...

Me había imaginado vuestra estancia ahí de una manera totalmente diferente: desterrados en las camas, casi encadenados; puré de avena e infusión de camomilla sin azúcar; así es cómo os lo habíais ganado, por lo menos (sonríe). Que se os quiera incluir en una estadística sobre la hidrofobia, es lo mínimo que puede hacerse (sonríe). De todos modos, ello servirá para que tengas ocasión de familiarizarte con ese mundo de la estadística, que acaso provoque tu entusiasmo, con lo que el secreto trasfondo de los pensamientos de tu padre habría alcanzado así su no menos secreto objetivo (sonríe).

* * *

20.4.1958

«El hombre piensa y Dios dirige», consta en la última hoja de una recopilación de sentencias y refranes, nada joviales v, en su mayoría, amargos, que Olaf Gulbransson ilustró con su lápiz de rasgos firmes e intencionados. En la citada imagen final surge un poderoso brazo y una gran mano de las nubes y un dedo aprieta tan fuerte que casi se dobla sobre la cabeza de un profesor con gafas, rodeado de instrumentos, retortas y toda clase de cachivaches físicos y químicos. Y el hombrecillo no puede obrar visiblemente como le dicta su cerebro con su conocimiento o su error, sino como le inspira otra voluntad, la de «Aquel» de arriba.

* * *

Al hijo. 26.4.1958.

Me has escrito, Buz, que en Hamburgo estuviste en compañía del hijo de un hombre de negocios, de quien aprendiste en conversación muchas particularidades sobre comercio. Que te interesa, es evidente, pues de otro modo no me habrías hablado sobre ello; ha «despertado tu vena comercial», como tú mismo dices. Pero ¿por qué, si una conversación sobre semejantes temas te apasiona y extraes de ella oportunas enseñanzas y lecciones, no coges un libro responsable sobre el tema y sigues instruyéndote en ese campo?

Todo aquello que despierta interés en el curso de una mera conversación merece seguir instruyéndose sobre ello mediante una oportuna profundización en el tema. La lectura no se hace pesada en tal caso, sino que es como si se leyera «voluntariamente» un artículo periodístico. Sólo es fructífero un libro cuando se encuentra en su contenido aquello que se busca, aunque sea de una manera inconsciente. ¡Cuánto más si su tema ha despertado de antemano el interés!

* * *

Hoy he podido contemplar desde aquí una hermosa lucha aérea, con vuelos en picado, enderezamientos, cerradas curvas e incluso «looping»: en pocas palabras: la más alta escuela del arte del vuelo por ambas partes. Fue admirable. Seis contra uno, a pesar de lo cual el último se mantuvo siempre orgulloso y se lanzó a frecuentes contraataques mientras lanzaba su grito de guerra. Era éste un cernícalo y sus oponentes, cornejas. Tuve la sensación, sin embargo, de que ninguna de las partes se tomaba las cosas con demasiada seriedad y obraban más bien como si lo hicieran por deporte, como una especie de ejercicio gimnástico matutino para mantenerse en forma con vistas a futuros vuelos. Cuando hubieron volado bastante y se hallaban visiblemente agotados, hubo entre los oponentes una pausa, una especie de armisticio, y se posaron, amigo y enemigo, uno no lejos de otro.

* * *

¿Has leído la obra de Peter Grubbe, «Callan los lambores. Encuentro con los pueblos del África oriental que despiertan»? Acabo de hacerlo y considero el libro enteramente revelador, por lo menos para mí. No me había imaginado que las cosas ocurrieran así en aquella parte del mundo. Claro que el autor adopta ante los acontecimientos una ingenuidad verdaderamente conmovedora; situado en un punto de vista que aspira a ser positivo, hace votos por la consecución de una trayectoria que acaso prosiga, pero que es dudoso que desemboque en la felicidad y la paz espiritual de aquellos a quienes interesa. Estoy impresionado.

* * *

Al hijo. 22.11.1958.

En tu cumpleaños te deseo de todo corazón lo mejor para tu futuro, sobre todo por no ser un aniversario corriente, sino aquel que te hace mayor de edad. Como hombre plenamente responsable, adquieres así en parte tus derechos... aunque limitados en la práctica por una material falta de iniciativa, hasta que también puedas adquirir independencia en este aspecto. He dicho antes que adquieres sólo en parte tus derechos; en parte, puesto que se circunscriben, claro está, a los deberes y las limitaciones que la propia libertad y responsabilidad establecen, tanto hacia tu propia persona como en lo que atañe al prójimo que te rodea.

¡Que tengas suerte en todos los caminos de tu vida! Pero no confíes en esta ayuda incierta que es la suerte, y harás bien en tener en cuenta que tienen razón aquellos que consideran que sólo los capaces tienen suerte de una manera permanente. Procura así mantener siempre la entereza, que no te falte el valor; haz gala de constancia, tanto en aquellas tareas que la vida te plantee como en aquellos otros deberes que tú mismo te señales.

Que las palabras de Goethe sean siempre tu lema:

Pensamientos cobardes,
vacilaciones constantes,
timideces temerosas,
lamentaciones femeninas,
no te harán dichoso
no te harán libre.
Oponerse con fuerza
a las violencias;
nunca ceder
mostrarse fuerte
Te echarán en los brazos de los dioses.

No olvides las propias violencias a que pueda impulsarte tu propio corazón.

El principio de tan importante época de tu vida me ha obligado a adquirir, en mis felicitaciones de cumpleaños, un tono más grave de lo que hubiera deseado. No tienes que deducir por ello que quiero

coartar con las invocaciones al deber el derecho de la juventud a disfrutar del lado alegre de la existencia. Pero para ese verdadero disfrute se precisa la felicidad; es más, la felicidad aparece como una premisa para que no se altere el goce de la vida. Sólo así puede conseguirse la verdadera dicha.

Esa dicha que es mi más sincero deseo para ti.

* * *

Al hijo. 15.12.1958.

Cuando escribiste tu última carta, te hacías reflexiones sobre la mediocridad del promedio de automovilistas verdaderos pecadores de la técnica, que arruinaban sus hasta el momento cuidados y eficaces «Volkswagen», de tal manera que precisaban constantemente de reparaciones y arreglos. Me detallabas que también te habías encontrado en idéntico caso y mi deseo es que hayas obtenido el necesario equilibrio que tan preciso resulta para conducir un vehículo. Nadie puede prever, en efecto, las reacciones psíquicas que pueden desencadenarse en un momento dado, y lo cierto es que hasta ahora no se ha fabricado automóvil alguno, ni se fabricará nunca, completamente seguro contra las locuras de los conductores. (Sonríe.)

Leía recientemente un libro sobre la invención del automóvil: Gottlieb Daimler fue el primero que consiguió, en el año 1883, mediante el descubrimiento de la compresión, construir un motor cuya relación entre fuerza y peso le permitió su montaje en un coche y que el vehículo recibiera el necesario impulso para su adecuada marcha. De todos modos, el estacionario motor Otto precisaba nada menos que seiscientos sesenta kilos por caballo. Daimler consiguió igualar la fuerza de un caballo a unos cincuenta kilos, aunque, de todos modos, la potencia del motor no sobrepasara los dos tercio'; de caballo.

* * *

El auténtico vehículo automóvil fue construido en el año 1884 por Cari Benz: no era ningún coche con motor, sino un vehículo de concepto enteramente nuevo: con tres ruedas v nada menos que dos tercios de caballo. Pero como el vehículo recorrió más de cien metros por su propio impulso y en ocasiones regresaba a su punto de partida sin necesidad de que le arrastraran caballos o bueyes, pasó Benz por el auténtico descubridor del automóvil. Te escribo todo esto con la esperanza de que encuentres en ello un par de datos que quizá desconozcas; de todos modos, pertenece al campo de la cultura general, sobre todo cuando se es beneficiario dei descubrimiento. (Sonríe.)

¿Qué aspecto tendría en la actualidad el mundo sin los inventos de estas dos ingeniosas mentes? ¿Te imaginas las modernas ciudades gigantescas con medios de transporte tirados por caballos? ¿Y cuál sería su aspecto de no haber descubierto Werner von Siemens la dinamo, es decir, la transformación de la fuerza dinámica en electricidad, puesto que resulta absurdo pensar que hubiera podido crearse la necesaria energía mediante baterías quimicoeléctricas? No existirían en tal caso los transportes urbanos mediante conducciones eléctricas; ni industrias basadas en la electricidad, entre las que hay que contar una buena parte de las químicas; ni la fisión del átomo como base de una futura fuente de energía.

No se habría alcanzado así el «standard» vital de los países industriales. El presente nivel de la civilización tiene que agradecerse, en general, a dos o tres mentes. Muy pocos se paran a pensar en ello.

Mis pensamientos se apartan ahora largamente de la civilización para alcanzar los restos que han quedado de una auténtica cultura: las fiestas de Navidad. ¡Cuántas evocaciones despierta en nosotros el solo pensamiento de estas fiestas! Son las más profundamente amables, las más alemanas de todas las celebraciones, por lo menos tal como aparecen en el recuerdo de tantos y tantos, asociadas a sus años de infancia y juventud: al aroma de los abetos y las candelas encendidas. Considero que deberían seguir celebrándose siempre así esas jornadas: que las antiguas canciones navideñas deberían escucharse, para sosiego y paz de los espíritus, con el fervor prestado a la «Missa Solemnis» o el «Réquiem» de Mozart. De esta manera, la Navidad equivaldría a la unión; a la unión siquiera sea en el recuerdo, tanto vuestro como mío; al recuerdo de todos aquellos que me pertenecen...

* * *

Querida: 25.1.1959.

La breve carta de Wolf —y en esta ocasión tengo toda la razón para calificarla de corta[30] — llegó ayer. Saluda al muchacho y recomiéndale que me escriba y que me informe sobre el principio en que se asienta el llamado «esquí a propulsión» austríaco. No puedo imaginarme siquiera nada <ü respecto. En el caso de que no sea de mucha importancia, no precisa el muchacho coger la pluma de manera extra.

También te voy a hacer un ruego, antes de que lo olvide: pregunta a un librero la lista de obras escritas por el historiador Von Srbik y me lo comunicas; no corre prisa, y cumple el encargo sólo si puedes hacerlo de paso.

No creo que pueda acostumbrarme a las nuevas formas de escribir, puesto que tengo la seguridad absoluta de que cometeré «faltas», es decir, de que escribiré los sustantivos con mayúsculas en vez de hacerlo con minúsculas[31]. Me refiero a las conclusiones redactadas por una alta comisión y que sin duda has leído por tu parte, según las cuales sería deseable que en el futuro se escribieran con minúsculas todos los sustantivos. ¿Razones? En el caso de algunas palabras resulta difícil discernir si coincide la corrección gramatical con su escritura con mayúscula, y en la imposibilidad de establecer reglas para ello (!), es mucho mejor escribir enteramente con minúsculas.

¿Has leído alguna vez algo semejante? La verdad es que debería evitarse que los pedantes opinaran sobre el lenguaje y la palabra escrita vivos en el uso y la práctica. En una abrumadora mayoría de palabras, no existe duda alguna sobre si deben escribirse con inicial mayúscula o minúscula. Pero, como la duda existe en algunas, hay que lanzar, en opi nión de tales gentes, la escritura con inicial mayúscula por la borda... ¡Qué desatino!

En vez de decir: en caso de duda, la elección queda a gusto y opinión de cada uno (o de cada una... sonríe) se prefiere optar por soluciones drásticas, que con toda seguridad tienen una escasa probabilidad de aceptación. No me refiero tanto a la escritura manual como a la impresa. Resultaría afectada su plasticidad y, sobre todo, una de las características que nos diferencian de los idiomas extranjeros. Considero también que se facilita así la lectura de los sustantivos, que son en definitiva los vocablos de mayor importancia, con lo que sale ganancioso el significado de la frase: la vista identifica con mayor facilidad aquellas palabras que merecen el oportuno subrayado y, sobre todo, cuando se trata de impresión en cuerpo de letra pequeño, se facilita el paso de una frase a otra.

Interesaría que me expresaras tu opinión al respecto v también lo que dicen sobre el tema algunos de tus conocidos. Concedo que la supresión de la inicial mayúscula en los sustantivos facilitaría la escritura a máquina. Pero creo que podría llegarse a una solución intermedia, reservando acaso la inicial minúscula de los sustantivos a la correspondencia comercial y continuando como hasta ahora en lo que atañe a la otra; a fin de cuentas, nuestro tiempo es una época de especialización.

De todos modos, y por fortuna, considero que hasta que lleguen a producirse semejantes cambios y alteraciones en la forma escrita del idioma alemán, habrá discurrido mucha agua por el viejo Rhin. Se necesitarán años para que llegue a producirse una rotunda decisión al respecto. Y ello resulta, por lo menos, bastante tranquilizador.

* * *

Ilse Hess a R.H. - Gailenberg, 5.2.1959.

Personalmente, pienso igual que tú: me gusta la expresión viva del idioma con la diferencia entre la inicial mayúscula v las letras minúsculas de los sustantivos. Claro que puede oponerse a ello que el idioma alemán es el único que ofrece esta «dificultad». De todos modos, ello forma parte del idioma en sí. También nos dificultamos nuestra existencia con individualismos parecidos en otros campos que no son solamente los de la escritura y el lenguaje (sonríe). Tengo, precisamente, un invitado en casa, el antiguo director del internado de Buz, un profesor y «maestro de escuela». Le he hecho a él tu pregunta.

En mis primeras conversaciones con este invitado, he podido establecer lo difícil que debe ser para la ciencia histórica llegar a establecer la verdad. Me comunicó, con el tono de quien dice algo de

---

[30] Wolf había informado sobre un entrenamiento de esquí.

[31] En alemán, los sustantivos se escriben con inicial mayúscula.

lo que está absolutamente convencido, de que la posición preminente del «padre Bo» [32] se debía al hecho de que su hijo mayor, mi ahijado Krönzi (que, como debes saber por los periódicos, es hoy misionero católico) no era tal, sino hijo del que luego sería su jefe supremo. Mi interlocutor casi se irritó cuando me eché a reír abiertamente y le afirmé que ese hijo, evidentemente nacido «antes de tiempo», fue causa de que su padre adelantara la boda, pero que todo lo demás eran habladurías producidas por cerebros febriles. Si alguien podía saberlo, era yo, que estaba diariamente en trato, entonces, con todas aquellas familias.

En el transcurso de semejantes discusiones, se obtienen con frecuencia respuestas que llevan a mover con escepticismo la cabeza durante largo rato y que prueban lo que se ha extendido y difundido una deformación que llega a hacerse casi inverosímil. Es evidente que a partir de ahora sólo podrá consultarse con el mayor escepticismo aun aquella obra histórica que parezca más seria.

* * *

Spandau, 8.2.1959

En la polémica sobre «mayúsculas-minúsculas», opinas que los defensores de las últimas pueden oponer que el idioma alemán es el único que aparece con esta «dificultad». Considero que no es ése un argumento válido. Ante todo, no es una dificultad, sino por el contrario, una facilidad, sobre todo para los extranjeros, tal como he exteriorizado en una «carta abierta» y una exposición verbal: aclarar y desembrollar las dificultosas y dilatadas frases alemanas, se ve facilitado para un extranjero que lea nuestro idioma, puesto que los sustantivos aparecen casi siempre como puntos clave de la expresión, y su localización se hace más simple mediante la inicial mayúscula. Creo, inclusive, que incluso un alemán capta por el mismo motivo el sentido de la frase con una rapidez mayor; de una manera completamente inconsciente, el ojo tropieza en los sustantivos escritos con mayúsculas como principales portadores del sentido de la frase. Dicho en otras palabras y con una mayor brevedad: me pronuncio por que todo siga tal como está, aunque en el futuro se indique en las escuelas la opción para los casos dudosos, excluida siempre cualquier pedantería. Por contra, debería progresarse con la simplificación de la ortografía; es algo lleno de sentido, puesto que facilita la correcta escritura en las escuelas primarias y las gentes sencillas y elementales. No deberían oponerse para ello sutilezas filológicas, que obstaculizaran un camino que precisa aparecer siempre despejado. A fin de cuentas, muchas veces se han decretado alteraciones ortográficas con frecuencia a lo largo del tiempo: muy pocos entre muchos millones saben que ésta o aquélla palabra debería escribirse de otra manera, según sus raíces latinas o griegas, y, si lo saben, no se sorprenden mínimamente por ello.

Por mi parte, eliminaría sin la menor vacilación (con la excepción, bien entendida, de los nombres propios alemanes, designaciones originales latinas y griegas, nombres de ciudades y similares) la «y»; escribiría así «Baiern»[33] con «ai». «Hümne»[34], «Hüdrant»[35] y «Zilinder»[36]. ¿Y por qué no «Karakter»[37] y «Korgesang»[38]?

Han sido muy interesantes para mí tus experiencias sobre la deformación y la falsificación a que se ven sometidos los acontecimientos y hechos históricos tan inmediatos. Tienes toda la razón: ¿en cuántos errores se fundamentará una gran parte de la historia que se escriba en el futuro?

* * *

Ilse Hess a R. H. - Gailenberg, 10.2.1959

En mi última carta te prometí compulsar las opiniones de diversos filólogos sobre el tema de la reforma de la ortografía. En una interesante conversación surgió la opinión unánime que la mentada reforma era un problema puramente práctico, que no tenía nada que ver con nuestra «concepción del mundo», «la germanidad», etc. Se recordó que en una época en que ambos conceptos predominaban, se puso en vigencia y por razones prácticas algo bastante similar, como fue el solicitar que se escribiera en caracteres latinos y no en los góticos, que tanto en su versión manual como

---

[32] Se alude al "Reichsleiter" Martin Bormann.

[33] Baviera, que en alemán se escribe "Bayern", "hymne", que significa "himno", (N. del T.)

[34] "Zylinder"

[35] "Hydrant", es tal como se escribe

[36] "Zylinder"

[37] "Charaeter"

[38] "Chorgesang"

impresa resultaban difíciles de aprender por parte de un extranjero. El único punto a tener en consideración estriba en si una reforma de la ortografía facilitaría el aprendizaje del alemán por parte de los extranjeros y se convertiría así en un medio de extender la influencia cultural de los alemanes en el resto del mundo.

Se ha considerado que todo cuanto sirva a este objetivo, incluido el mínimo medio, es de alabar. Se cree saber que al lado de las dificultades de la gramática alemana, la ortografía y, sobre todo, los vocablos que tienen que escribirse con mayúscula y minúscula, son algo que no sólo asusta, sino que ahuyenta a los extranjeros, sobre todo a los principiantes.

Precisamente por tal motivo, se dispuso legalmente, a partir de 1934, que en las escuelas primarias se enseñara en «caracteres latinos» en vez de utilizar los «góticos» o «alemanes». Y esta orden se promulgó precisamente por voluntad expresa y concreta de los más altos poderes. Era ya un hecho positivo que casi todos los alemanes residentes en el extranjero habían escrito corrientemente con caracteres latinos (por lo que pude comprobar en la familia Hess, solamente el padre escribía con su letra picuda en caracteres alemanes, pero también empleaba los latinos). Creo que debe considerarse bajo el mismo punto de vista la debatida cuestión de la inicial minúscula de los sustantivos: como un esfuerzo por integrar a alemanes y extranjeros. Tal fue la quintaesencia de nuestra conversación vespertina.

* * *

Spandau, 15.2.1959.

Con mucho interés leí en tu carta del día 10 la exposición de las opiniones respecto al problema de la ortografía «mayúscula-minúscula». Tampoco he visto nunca en ello, por mi parte, nada sobre nuestro «concepto del mundo», «la germanidad» o algo semejante. Pero no es menos cierto que me niego a considerar tan sólo desde un enfoque puramente práctico, llevar el objetivo hasta sus últimas consecuencias, y lo cierto es que me parece que cada vez es mayor la coacción para que lo haga. Si por ejemplo, la estética o las razones tradicionales obran en favor de la inicial mayúscula, las coloco también en el platillo de la balanza para que recaiga del lado favorable, aunque ello represente una pequeña dificultad para los extranjeros.

Los ingleses mantienen curiosas, inconsecuentes, ilógicas y múltiples formas de escritura —sitúan juntos sonidos idénticos, pero escritos de diferente manera— tan sólo por tradición, a pesar de que ello dificulta el aprendizaje del idioma para los extranjeros e incluso para sus propios hijos. Cito el ejemplo, aunque no lo tomo como modelo, ya que me declaro favorable a una simplificación de nuestra ortografía, a pesar de que no resulta tan difícil como la inglesa. Que no me siento influenciado por sentimentalismos momentáneos, queda patente por el hecho de que incluso en una «altísima esfera» hiciera constar mi opinión de que no debía rechazarse categóricamente la escritura gótica. Quizá no precisaba despilfarrar el tiempo en enseñársela a los niños en la escuela, pero no veía la razón de que se prohibiera imprimir un libro con tales caracteres, cuando así era el gusto del escritor y el editor, sobre todo si se trataba de literatura alemana. Es éste, para mí, uno de los conceptos de la libertad. Si una editorial tiene previsto que los extranjeros leerán el libro y saldrá, efectivamente, fuera de las fronteras, cuidará por sí misma y por razones de interés material en que su impresión se efectúe en caracteres romanos. Si así no lo ha previsto, tampoco es algo que deba considerarse desgracia alguna; tanto menos cuanto tampoco resulta para los extranjeros tan difícil la lectura de la letra gótica impresa: durante una prueba, un extranjero que estudiaba el idioma alemán leyó con corrección un texto, sin haber conocido con anterioridad el alfabeto gótico y a pesar de las dificultades que podían entrañar algunas letras, como la «S» y la «F» mayúsculas. Dificultades que solventó, por otra parte, sin demasiado esfuerzo y en un brevísimo espacio de tiempo. No creo que los alemanes que han aprendido en la escuela a leer solamente los caracteres romanos experimenten mayores dificultades cuando les viene a las manos un impreso en letra gótica.

Los expertos aseguran que, para quien se acostumbra, la letra gótica resulta más fácil de leer que la romana, puesto que las largas extremidades inferiores y superiores de los caracteres hacen más considerable su diferenciación. En cuanto a la belleza de líneas y las variantes estéticas que pueden darse, son también mayores en los caracteres alemanes y góticos. «No sólo de pan vive el hombre», y si se elude considerar las cosas con objetividad, los perjuicios espirituales pueden resultar incalculables.

Para volver, empero, al problema inicial, he de señalar que los componentes de la Bauhaus utilizaron hace mucho tiempo la escritura con iniciales minúsculas; un arquitecto me contaba, como

interesante experiencia, que aquello le había provocado una gran confusión y dificultad en la lectura. Son motivos completamente neutrales los que me impulsan a mantener mi adscripción a la escritura con iniciales mayúsculas. La construcción de las frases es más plástica; se diferencian mayormente unas de otras; las palabras de mayor importancia destacan por sí mismas y facilitan así la comprensión de su sentido, incluso por parte de los extranjeros.

Y al llegar a este punto se me ocurre algo en lo que anteriormente no había reparado y que es precisamente de la mayor importancia para los extranjeros: hay muchas palabras en alemán que, escritas con mayúsculas, tienen un significado diferente que en minúsculas. Por ejemplo: «Reich»[39]. «Arm»[40], «Ahnen»[41], «Schloss»[42], «Dichter»[43], «Laden»[44], «Schiene»[45], «Taube»[46], «Weiche»[47], «Wagen»[48], «Buche»[49], «Feige»[50], «Lache»[51], «Ringe»[52], «Lade»[53], «Pause»[54], etc.

Un principiante en el estudio del idioma alemán, bien extranjero, bien alumno de una escuela primaria, que se esfuerza en descifrar una larga y difícil frase, no acertaría, en el caso de desconocer el sentido, cuál de las dos acepciones tendría que aplicar. ¡Y a eso llaman una dificultad! Y que no se diga que, efectivamente, ocurre con la lectura, pero no con la escritura. Se asegura que el extranjero no sabe cuándo tiene que utilizar la mayúscula y cuándo la minúscula. Tengo la seguridad de que no representa para él la menor dificultad, puesto que no existe ningún género de dudas sobre el vocablo que es sustantivo y aquel que no lo es.

En resumen: tenemos la ventaja sobre los demás idiomas y con la utilización de mayúsculas en el interior de las frases, de que se marcan así los sustantivos, se subrayan los vocablos de mayor importancia y se hace de esta manera más fácil la lectura de nuestro idioma manuscrito e impreso, incluso para aquellos extranjeros entregados a su aprendizaje. ¿Tenemos que renunciar a ello? Porque no es cierto que, como los extranjeros solamente utilizan minúsculas como primera letra en el interior de las frases, las mayúsculas en cada sustantivo les dificultan nuestro lenguaje. Lo cierto es todo lo contrario. Ello me satisface y me alegra, puesto que neutraliza por completo los argumentos más utilizados contra la conservación de la inicial mayúscula en los sustantivos. Se trata, además, de una tradición y también de un elemento en la esencia misma del idioma, cuya importancia no cabe desdeñar. Y al hablar de «esencia», no olvido tampoco cuantos factores externos influyen asimismo en ello. ¿Qué opinan al respecto los honorables miembros del gremio del arte editorial?

* * *

Me han divertido los suizos; es decir, la liga femenina de este país vecino, que ha agradecido a los hombres haberles denegado el derecho a voto. Soy de la opinión de que la mayoría de los hombres, y sea en el país que sea, no es mucho más entendido en política que las mujeres, por lo que da igual que ellas voten o no.

* * *

21.2.1959.

Hubiera añadido de buena gana lo que sigue a la carta anterior[55]. Me interesa saber la razón de que tengamos que impulsar la «influencia cultural del alemán en el mundo», por todos los medios e incluso los menores, como me decías en tu carta del 10.2. al expresar la ilustrada opinión de un filólogo. Encuentro que hay en ello una considerable dosis de excelente voluntad, pero mucho me

---

39 Imperio con mayúscula y rico con minúscula.
40 Brazo con mayúscula y pobre con minúscula.
41 Antepasado con mayúscula y presentir con minúscula.
42 Castillo con mayúscula y cerrado con minúscula.
43 Poeta con mayúscula y más espeso, con minúscula.
44 Cajones o arcas, con mayúsculas y captarse, con minúscula.
45 Carril, con mayúscula y encarrilar, en primera persona del presente, del singular, con minúscula.
46 Paloma, con mayúscula y hacerse el sordo, con minúscula.
47 Hipocondrio, con mayúscula y suaves, con minúscula.
48 Carruaje, con mayúscula y acometer, con minúscula.
49 Haya, con mayúscula y asentar, en primera persona del singular, en presente.
50 Higo, con mayúscula y cobarde, con minúscula.
51 Balsa, con mayúscula y reírse, en primera persona del presente, en singular.
52 Anillo, en plural, con mayúscula y pelear, con minúscula.
53 Cajón, con mayúscula e invitar, con minúscula, en primera persona del presente, en singular.
54 Descanso, con mayúscula y calcar, en primera persona del presente, en singular, con minúscula. (N. del T.)
55 En la correspondencia de Spandau está limitado el número de palabras.

temo que llevados por esa tendencia tan alemana por los extremos, nos dejemos arrastrar una vez más por ella. ¿Tiene que aceptar de nuevo el mundo al genio alemán, tal como aparece hoy en día? ¿O ser nuestro idioma «espejo del alma», de nuestra alma actual, el que despierte en el mundo simpatías? ¿Es acaso susceptible de provocar simpatía ese confuso y tartajeante angloalemán que ahora se habla? Considero que en la mayor parte del extranjero, se conseguiría justamente lo contrario en cuanto unas minorías aplicadas se entregaran a la tarea de profundizar seriamente en el idioma. ¿O es que se trata únicamente de facilitar nuestras exportaciones y se habla de cultura cuando en realidad debería aludirse a los tejidos? (Sonríe.)

En las dificultades de nuestro idioma veo por mi parte una ventaja, puesto que representan por sí mismas una selección para quienes aprenden alemán y con ello entran en contacto con nuestra cultura. Pues soy contrario a arrojar indiscriminadamente perlas a quienes no son joyeros (sonríe) y facilitar, como todo resultado, la lectura de las historietas cómicas.

Las dificultades impiden asimismo que nuestro idioma se convierta en idioma mundial y sea así estropeado e incluso alterado. En mi opinión, es lo que ha ocurrido con el idioma inglés, al aspirar mediante su contracción «básica» a la difusión de la cultura a todo lo largo y ancho del mundo: se ha convertido en la difusión de la cultura de los «comics».

Por otra parte, dudo que esa contracción del inglés para facilitar su utilización por parte de las masas elementales sirviera para consolidar su poder como potencia —una preocupación de la que afortunadamente nos vemos hoy libres— y creo con toda sinceridad lo contrario: al poder balbucear el idioma del extranjero, se le restaba ese nimbo de que estaba rodeado en tanto ese idioma era para aquellas masas algo misterioso y no resultaba fácil de aprender...

Hoy he escuchado la Cuarta de Beethoven. Tengo que confesarlo: no la conocía. Es hermosa. ¿Cómo podía ser de otra manera?

* * *

9.8.1959.

Solamente puedo informar que nos encontramos abiertamente ante otro período de calor, que hoy alcanzaba ya un nivel tropical. Contribuye el sofoco a que se mustien las hojas de algunos árboles, como si se las hubiera sometido al efecto de unas brasas; así ocurre con dos hermosos y viejos tilos y con los grandes nogales. Dan la impresión de que estuvieran hartos de este aburrido mundo y quisieran convertirse en polvo, dando esta última palabra a la arenilla que sin una gota de lluvia sopla de manera casi constante.

Incluso el halcón parece haber perdido el interés de trazar sobre nosotros sus círculos en la atmósfera caliginosa; permanece estático o soñoliento en una oquedad situada bajo el tejado, en la pared. Los gorriones, por contra, no interrumpen sus correteos y sus vuelos, como si el calor no les afectara. Las flores no se esfuerzan en animar el cuadro; dejan colgantes sus corolas y apenas destacan entre el tapiz verde de un césped que diariamente recorta una máquina segadora, a pesar da que también cada día cae sobre ellas el benéfico rocío que proyecta un aparato de riego por aspersión.

A decir verdad, no es muy confortador el cuadro que trazo a una pobre convaleciente necesitada precisamente de ánimo y de valor (sonríe).

De todos modos, no creo que me prodigue con exceso en las elegías a que se presta el discurrir de los acontecimientos, tanto en los pequeños detalles como en los grandes, en los excepcionales como en los corrientes. En sustancia, procuro reír y los tonos graves antes expresados no deben acogerse con tanta seriedad como su sonido parece indicar. Todo sigue el curso previsto, igual si estamos alegres como si nos hallamos tristes... ¡Así es que alegrémonos! (Sonríe.)

* * *

Ilse Hess a R. H. - Gailenberg, 28.9.1959.

Te escribo hoy, con un día de retraso sobre lo previsto: la razón es la esquela de defunción de nuestro viejo amigo Hans Grimm.

No sé si la biblioteca que tenéis a vuestra disposición contiene el libro. Ocurren hoy cosas extrañas e incluso un libro que pertenece a la gran literatura alemana, puede no estar presente por

haberse procedido en su momento al estampillado y la clasificación correspondiente de su autor. Pero los tiempos cambian y, al igual que lo ocurrido con otro gran anciano, Knut Hamsun, así será el caso de nuestro amigo: que se tendrá de pronto conciencia de lo grande que era y la singularidad de su obra poética.

Antes de la incineración, se ha procedido a la lectura del primer capítulo de «Volk ohne Raum»[56], el capítulo de las campanas. Y yo me he sentado al claro y rutilante sol de septiembre y me he unido, desde la lejanía, a la lectura. Quizá puedas obtener el libro en vuestra biblioteca... Lee también, en tal caso, esas dos páginas de las campanas, cuyo sonido parece trascender del propio texto.

Hace dos años, Grimm me remitió la nueva edición de su libro, puesto que por desgracia aquella con que nos obsequiamos mutuamente, por decir así, a raíz de nuestra boda, desapareció; como tantas otras cosas, como también las grandes campanas de la iglesia de Lippoldsberg, con sus tonos graves y sus repiqueteos festivos; como tantos hombres buenos y como ahora nuestro viejo amigo, del que sólo se ha extinguido su humanidad, pero de quien perdurará su espíritu y su obra. Precisamente escribió en el volumen con que me obsequió de nuevo una dilatada dedicatoria y luego volvió a enviarle otro a Buz y dedicado a éste, antes de que emprendiera su largo viaje por África, también con unas graves palabras.

Muchas veces me transmitió saludos para ti, aludiéndote de una manera repetida y soñando y deseando que volvierais a sentaros otra vez juntos aquí, mirando el infinito e intercambiando buenas palabras. ¡Todo eso se ha terminado!

* * *

Spandau, 11. 10.1959

Las cosas tienen siempre sus dos facetas: una carta vuestra, referente a una «personalidad política», resulta sin duda muy interesante; la lástima es que no me la han entregado, ya que no está permitido abordar semejante tema. Os ruego, por tanto, que toméis conocimiento sobre ello para el buen curso de la futura correspondencia.

* * *

Quizás hayáis leído lo que los dioses terrenos de la física han descubierto o mejor aún: de algo que están convencidos de haber hecho surgir de la selva de las formas. De acuerdo con la teoría de la relatividad, un cosmonauta que volviera a la Tierra a los diez años de haber emprendido su viaje, no encontraría una sola persona de las que había conocido. Todo estaría cambiado, puesto que en la Tierra habrían transcurrido mil años, en tanto que él habría envejecido solamente diez. Por lo que a mí respecta, creo que lejos de nuestra medición del tiempo, impuesto por la rotación de la esfera terrestre en torno al Sol, un hombre encerrado en la cápsula de su cohete, tendrá sin duda que esforzarse en mantener la noción cronológica habitual. Pero de ahí a que tenga con ello algo que ver la biología, a que siga siendo un joven después de mil circunvalaciones de la Tierra al Sol, media un trecho. Pueden asegurarlo los señores científicos, pueden explicarlo, según el veredicto de los expertos, los pobladores de la propia Tierra, dando así muestras de una notoria falta de sentido crítico; pueden repetirlo quienes lo deseen y tantas veces como lo crean conveniente... ¡no lo creo!

Por contra, estoy convencido de que acaso tras no demasiadas rotaciones al ardiente centro de nuestro sistema planetario, los físicos considerarán con sonrisas, al mirar atrás, este período en que cayeron por desgracia en un gran sofisma y reconocerán luego que había tenido razón el sano entendimiento humano. No quiero con ello efectuar ataque alguno a la doctrina de la relatividad, puesto que no me considero capacitado para ello por faltarme los imprescindibles conocimientos de altas matemáticas y física. Sí deseo poner en entredicho esas grotescas consecuencias, que no resultan difíciles de enjuiciar incluso por un cerebro no formado técnicamente,

¡Si por lo menos quisieran los acróbatas cerebrales que sutilizan sobre ello no salirse de su terreno y no sostener sus afirmaciones ante la masa de los humanos como una verdad absoluta!

* * *

27.12.1959.

El Oratorio de Navidad de Bach resultó, por desgracia, una desilusión. Pensé al escucharlo, si

[56] Pueblo sin espacio. (N. del T.)

era mi escaso sentido musical el que podía provocar mi aburrimiento. Pero después, uno de mis compañeros, cuyo conocimiento de la música es patente por haber frecuentado una escuela superior y haber estado a punto de elegir la música como profesión, me aseguró que las dos horas —apenas nos separaban unos cuantos sitios— le habían aburrido otro tanto. Es incontestable que este oratorio resulta la obra de Bach en que menos imaginativo se mostró. La composición está prevista, además, para su interpretación en seis partes, en seis domingos diferentes; resulta auténticamente incómodo, y casi insoportable, tener que escucharla a lo largo de dos horas. Sé que todo ello se me considerará acaso como una blasfemia, pero no puedo impedirlo: no hago más que expresar mi propia convicción.

* * *

Estoy leyendo un libro muy interesante: una traducción del francés: «Luis XVI o el final de un mundo», de Bernard Fay. El volumen fue escrito mediante la utilización de un copioso material histórico; sobre todo, cartas de su propio puño y letra del entonces embajador español en París, que se hallaba en Madrid. Be acuerdo con el cuadro que traza, no fue aquel rey el cretino o el débil tantas veces descrito, sino por el contrario, uno de los más hábiles y capaces monarcas de Francia y con seguridad, el de mejor voluntad. Que las circunstancias y las camarillas conjuradas contra él y su gobierno fueran más fuertes que su capacidad y sus buenos propósitos, es algo que no puede reprochársele.

Pero resulta de especial interés para mí que la descripción histórica de una personalidad, tachada con los peores defectos y a la que se atribuyen las máximas debilidades, aparezca radicalmente diversa en un relato contemporáneo. Son muy pocos los casos en que se llega a una rehabilitación y aun en tales circunstancias, por efecto de una conjunción de detalles que los historiadores muy pocas veces valoran debidamente. Todo ello da bastante que pensar sobre el valor de los juicios históricos. Uno de los compañeros que ha leído también el libro, mantiene idéntica opinión, pues también en su caso la imagen que tenía de aquél era totalmente diferente y se vio obligado a rectificarla, así como rectificó igualmente, como yo mismo, la idea tenida del propio abuelo, Luis XV.

Para apartarme de la materia histórica, contemplo entretanto excelentes reproducciones de los «Impresionistas del Louvre», seleccionados por Bazin, el conservador jefe del museo y con la adición de un interesante prólogo. Esta escuela ha sido combatida y no solamente en su época, sino igualmente en la nuestra, al aplicársele el calificativo de «hipermoderna»; en cierta manera, y hasta determinados límites, con razón. Pero sobre cualquier otra cosa me maravilla cómo consiguieron los pintores, con su nuevo estilo, suscitar «impresiones», que en otras formas de pintura no se habían conseguido; sobre todo, cómo esa multicolor manera puntillista produce la impresión de la luz, de la claridad, bien sea en un paisaje primaveral o en una figura humana, pero siempre obrando como conjunto y sin que se identifique el detalle.

Así invierte la posteridad los juicios hacia algo que fue anteriormente rechazado. De todos modos, me resulta difícil pensar que pueda ocurrir igual con el «arte abstracto», del que he tenido ocasión de ver algunos ejemplares.

* * *

Ilse Hess a R. H. - Gailenberg, 10.1.1960

Tus observaciones sobre el Oratorio de Navidad de Bach me han interesado considerablemente, por cuanto en los últimos años, o mejor dicho décadas, me he convertido en una gran aficionada de Bach y por petición de los huéspedes, escuchamos en casa mucho a Bach y en general música barroca en discos. Me gusta mucho el Oratorio de Navidad, aunque de todas las maneras nos hemos preocupado siempre hasta ahora por interpretarlo tal como Bach lo concibió: es decir, dividido en muchos domingos. Concedo, por tanto, que pueda resultar más que aburrido escucharlo durante horas, puesto que los recitativos no tienen ya para nosotros su profundo significado, ya que tampoco vivimos la religiosidad como la generación de Bach y él mismo.

Esta Navidad hemos escuchado, gracias a un joven pianista que estuvo en casa catorce días, mucha música de piano. Y además, algo que resultó encantador: un grupo de músicos populares de la Alta Baviera nos ofrecieron cánticos del Adviento y populares, con la lectura de textos intercalados de Waggerl. Arpa, címbalo, laúd y cítara fueron los instrumentos; a ellos se añadió el canto y la

modulación alpina[57]; pero no una modulación primitiva, sino como melodía de acompañamiento de las canciones al estilo del Adviento y popular. En la gran galería estaba encendido el árbol navideño, con los soportes de hierro que tú ya conoces, sólo velas y casi doscientas personas devotas y piadosas, huéspedes y gentes del país, formando una hermosa y extraña mezcla.

Anteayer asistimos a un concierto de Elly Ney, en Son-thofen, organizado por el coro municipal y los veteranos de la Bundeswehr del lugar. Se celebró en la gran sala de conciertos del castillo, que llenaban unas 1.500 personas..., demasiada asistencia para nuestro limitado lugar.

Esa mujer es un milagro: interpretó la sonata de Walds-tein y dio a la composición su «andante», compuesto por Beethoven y más tarde largamente excluido; luego, la «Walnderer Phantasie», de Schubert y como colofón, un gran Brahms. Antes pronunció unas palabras para recordarnos que había sido un Brahms de dieciocho años quien había compuesto aquella obra; aprovechó la aclaración para hacer una especie de llamamiento a la juventud allá reunida para que no hicieran nunca traición al idealismo y los sueños de los años jóvenes. Y luego, la pianista, de setenta años, interpretó la obra del compositor de dieciocho.

Tras un interminable aplauso se dirigió nuevamente al piano y tocó una canción infantil y, como despedida, el «Gut Nacht»[58], que tanto me gusta hasta el punto de haberlo tocado muchas veces en Harlaching. Se me saltaron las lágrimas cuando entré en el escenario para abrazarla y ella me dio recuerdos para ti. Me dijo que su máximo deseo sería poder verte otra vez e interpretar en nuestra casa, y en nuestro piano, las melodías que sabe por nosotros preferidas.

* * *

Spandau, 24.1.1960

Tu carta en la que me informabas de la velada musical celebrada en la intimidad y aquella otra, bastante más concurrida, que tuvo efecto en Sonthofen, han obrado un gran bien en mi ánimo. No sabes cómo consuela pensar que estos diarios aconteceres vienen a ser, en definitiva, algo así como la repetición de otros momentos semejantes; alejan de mi mente aquello que de vez en cuando se me ocurre pensar: que la vida externa puede ser actualmente algo así como una profanación de la existencia pasada.

Me satisface comprobar que sigue alentando un verdadero sentido popular y que tiene su eco entre vosotros; tal como lo describías, era para mí como si me encontrara allí mismo y disfrutara de aquellos instantes. ¡Qué idea tan consoladora! ¡Volver a deleitarme con la música del más musical de todos los pueblos, en sus versiones e interpretaciones populares! ¡Experimentar en lo más profundo de mi alma las sensaciones despertadas por las sonatas que interpreta una de las más excepcionales pianistas de nuestro tiempo! Resulta algo fenomenal poder tocar a semejante edad y arrebatar a las gentes, como antes. A unas personalidades tan excepcionales el genio no las abandona hasta el final.

Tengo ante mí un libro de fotografías que refleja con bastante precisión el alma popular. Se titula «El año muniqués» y es un libro sobre el mismo ser de Munich. Son sencillamente maravillosas estas fotografías; su autor ha demostrado conocer bien ese «gran pueblo», al que podría calificarse de «gigantesco poblachón». Con toda seguridad, es un muniqués de origen y nacimiento, pues de otra manera no le habría resultado posible penetrar, mediante unas simples imágenes, hasta el fondo mismo del espíritu de una personalidad urbana como él lo ha hecho.

En contraste, hojeo «Ricardo III», de Shakespeare, esa encarnación misma de la maldad. Nos hemos procurado el drama del rey en la biblioteca.

* * *

30.1.1960

Me dices que te has enterado que deberías enviarme camisas que abrigaran. A decir verdad, podemos recibir camisas que abriguen, tantas como deseemos o necesitemos. Me gustaría saber, sin embargo, la razón de que tengan que remitírnoslas desde nuestras casas. El numerario que te gastarías en ello podrías emplearlo mucho más juiciosamente en un disco con una hermosa sonata o en

---

[57] El canto típico alpino, llamado "jodeln", que se practica en Suiza, Austria y Baviera.

[58] La conocida canción.

un libro divertido. Quizá llegue el día en que tenga algo más y más sustancioso que camisas, aunque éstas abriguen mucho y sean de colores especiales. Ello no obsta para que tus buenos propósitos me hayan producido la natural satisfacción. Te ruego que aceptes mi agradecimiento como si hubiera recibido, efectivamente, las camisas.

* * *

¡Cuánto puede emocionar un buen libro! Estoy leyendo ahora «Guerra y paz», de Tolstoi. No sé si conoces esta novela histórica, que es la más extraordinaria en su género, en opinión de uno de los compañeros aquí presentes, así como la más importante, además. Ofrece un cuadro muy vivaz y penetrante de los acontecimientos en tiempos de la era napoleónica; se observan los diferentes hechos desde diversos puntos de vista, bien desde las altas esferas como desde las bajas, de tal manera que viene a resultar una ojeada significativa en los círculos sociales y las relaciones mantenidas en la Rusia de entonces y también en la de épocas posteriores, hasta la catástrofe. Las descripciones se atienen seguramente a la máxima autenticidad, puesto que si Tolstoi, como perteneciente a la nobleza, se encontraba tan a gusto como en su casa en los salones de Petersburgo y de Moscú, conocía también profundamente al «pueblo». La parte histórica se apoya, por otra parte, y según es evidente, en un profundo estudio del momento.

* * *

28.2 1960

Lo que vuestro huésped poeta[59] os ha dicho sobre lo poético corresponde por completo a mi criterio, sobre todo en lo que atañe a la importancia de la lectura en alta voz de verdaderas poesías, como medio y manera de profundizar de una manera «modesta» —no se me ocurre otro vocablo más exacto—, aunque también la declamación puede tener, y en mi opinión posee efectivamente, bastante más arte del que se cree: sin el «pathos», que se hace siempre penoso, suena de una manera sencilla y expresiva. El oyente no debe tener la sensación de que el lector lee intencionadamente, de que coloca los acentos de una manera consciente; tiene que escuchar de una manera fluida, de tal manera que suenen con toda naturalidad en sus oídos las palabras «habladas», tiene, en suma, que «declamarse a sí mismo». Primera condición es que la poesía no lleve en sí misma el modismo o la alteración verbal, como decía tu interlocutor con pleno conocimiento del oficio; creo también que algunas veladas de lectura, además de las de concierto, ofrecería la mejor prueba sobre todo ello.

* * *

Ilse Hess a R. H. - Gailenberg, 5.4.1960

¡Lees sobre el yoga de la India! Mi temperamento, con su tendencia a la agitación, la ira y la explosión, me predispone ya contra esas doctrinas. No sé si su ejercicio resulta posible mientras se está inmerso en el mecanismo de nuestros países de la Europa occidental, donde no juegan su considerable papel el clima, la raza y la veteranía de un pueblo, así como circunstancias ambientales como hereditarias, de tan diverso signo. Por otra parte, compruebo con sorpresa que tu «relajamiento», como en una ocasión lo denominaste, aunque ahora se llama «autoadiestramiento», tan próximo al yoga en algunos aspectos, lo habías practicado por tu parte durante casi toda tu vida. En mi opinión habría que encontrar una denominada forma «europea» del yoga, menormente fundamentada en la profundización pasiva que en la activa voluntad.

* * *

Spandau, 22.4.1960

No te preocupes: la verdad es que no me ha hecho por completo efecto la lectura sobre el yoga. En la práctica, no me falta ocasión para irritarme, para soliviantarme: sobre esto o aquello que aparece en el periódico; sobre la imagen que obtengo del mundo actual. No me ha convencido la for-

---

[59] Will Vesper fue huésped de Gailenberg y entre otras cosas, informé sobre ana conversación tenida con él:

"Es de la opinión, por ejemplo —contrariamente a mí, que no he sido nunca amiga de la lectura en alta voz—, que de esta manera puede reconocerse así la poesía auténtica y clara dotada de aquella "santa sobriedad" de que hablaba Holdelin. También Goethe eligió, por ejemplo, la poesía oriental, puesto que la palabra era todavía en ella una palabra "hablada" y por ello, viva. Precisamente en semejante poesía se encuentra la diferencia entre el auténtico lenguaje y la poetización de las negligencias lingüísticas de los periódicos, las exageraciones de los acróbatas del lenguaje y la diferencia entre la obra maestra del lenguaje y el modismo.

ma india ni tampoco la «europea» del yoga; no basta la lectura sobre el autodominio, sino que precisa, según mi opinión, una práctica de largos años, que hasta ahora no he efectuado a pesar de algunos intentos en mis días pasados. De todos modos, confieso que experimento la necesidad de conseguir un dominio interior, la consecución de un sosiego que no solamente me evite caer en las formas apasionadas de la irritación o la envenenada ira, sino que haga posible la facultad de ese apasionado gozo. Para nosotros, europeos, es esta, y sin ningún género de dudas, la forma anglosajona del autodominio.

Precisamente leía en las conversaciones de Goethe con Eckermann, que aquél elogió con fines de observación a todos los jóvenes ingleses que acudían entonces a Weimar y trataban con él. Observó precisamente que el autodominio, en su aspecto más profundo, estaba unido al aspecto y apariencia contraria, y aún hoy es así: se muestran tan llenos de confianza y su actitud es «tan cómoda», como si fueran los señores por doquier y el mundo les perteneciera a ellos; aquellos muchachos de diecisiete años no se sentían tampoco extranjeros y desplazados en tierra alemana. Tanto era así que causaban estragos en los corazones de las jóvenes damitas de Weimar. A cada aparición de un joven inglés le parecía ver ya deslizarse las lágrimas que provocaría su partida... Eran unos muchachos peligrosos, pero precisamente basaban aquella peligrosidad suya en sus propias virtudes. ¿En qué se fundamentaba aquello? ¿En el origen? ¿En el país de donde procedían? ¿En una constitución libre? ¿Es una sana educación? ¿O acaso tan sólo en que tenían el valor de mostrarse, tal como la naturaleza les había hecho? Nada estaba en ellos oculto o deformado; no había doblez, no tenía su expresión oblicuidad alguna; siempre se mostraban, «en todo, hombres completos». También, en ocasiones «completos locos», como no vacilaba Goethe en conceder. Llegaba así a la conclusión de que los muchachos disfrutaban, tanto en la familia como en las instituciones docentes, de una mayor estima, de un desarrollo más feliz que lo que ocurría entre nosotros, los alemanes. Entre nosotros parece estribar todo en amansar a la juventud antes de tiempo, quitarle toda naturalidad, de tal manera que al final no queda más que el «filisteo».

Igualmente prodigó Goethe las críticas más acerbas a los jóvenes profesores alemanes que le visitaban: miopes, pálidos, con el pecho hundido, espiritualmente triviales, abstractos en su pensamiento y sin una sana sensualidad y sentido de la juventud. En la vida social les faltaba lo que más necesitaban para el trato práctico: energía corporal y espiritual.

Me temo que en los momentos presentes, el panorama no sea por completo distinto; que no se haya conseguido, como Goethe deseaba, que los alemanes sean «no ya profesores y filósofos abstractos, sino hombres».

Aparte de ello, resulta sorprendente todo lo que expuso Goethe, tanto a sus visitantes como a cuantos le rodeaban habitualmente. Tan sólo el «Eckermann» encierra por sí solo la más concentrada sabiduría vital.

* * *

He leído las memorias de Madame de Staël, una inteligente mujer que vivió en la época de Napoleón. Fue maltratada por él, de tal manera llegó a experimentar una mezcla de odio y amor. Lo que me parece lo mejor del libro es su final, en el que critica apasionadamente su salida de la Historia. ¡Tiene tanta razón! Una personalidad histórica de tales dimensiones no tenía que rendirse como un general cualquiera. Napoleón hubiera tenido que caer en la última batalla decisiva y si el destino le hubiera evitado semejante suerte, haber optado por el suicidio. En vez de ello, se dirigió tras su derrota a Inglaterra, su más odiada enemiga, en solicitud de asilo. Aquello no fue muy honroso para él, ni para Francia, cuyo máximo representante era a ojos de todo el mundo.

* * *

24.4.1960

Coincido plenamente con tu opinión de que resultaría más importante librar a la Humanidad de muchos azotes y plagas que volar a la luna. Hay, a mi entender, cosas mucho más importantes, entre ellas cuidar de que nuestra esfera terrestre no esté repleta, dentro de unos decenios, de seres humanos a los que falte lugar y alimentos. En vez de ello se ejercita el costoso «hobby» de emprender un futuro tránsito de ida y vuelta con nuestro satélite, sin duda con el propósito de llegar a una especie de «deportación» de los «hombres peligrosos» al mismo (sonríe).

* * *

Hemos escuchado el «Vesperae solemnes de confessore», de Mozart. Magnífico. Soprano, mezzo-soprano, contralto, bajo, coro y la Sinfónica de Berlín... con la valiosa soprano (Erna Berger) destacando sobre todo. Creo es de lo más hermoso que existe en la música. En segundo lugar: «Exul-tate jubílate». Y en tercero: «Benedictus sit Deus». Como final, la Sinfonía de Mozart en sol mayor. Y luego, «Der Freischütz». El bajo no «sobresalía» en el presente caso, sino que se acompasaba a las otras voces y la orquesta. Pero era una voz masculina de efectos tan mágicos y seguros, que su dominio parecía ejercerse por añadidura.

Según los «expertos», es «Der Freischütz» la más importante de nuestras óperas románticas. La primera fue una «Ondina», de E. T. A. Hoffmann. Desgraciadamente, en el incendio de un teatro en Berlín quedó destruido libreto y composición entre una serie de originales de los años 30 del pasado siglo y no se representó nunca más. La importancia de E. T. A. Hoffmann como compositor fue muy poco apreciada: la crítica de la época consideraba que un escritor tan destacado no podía ser igualmente un buen compositor. Ocurrió igual que a principios del presente siglo, cuando también entre los científicos se decía: «Un gran poeta como Goethe no puede haber sido un serio investigador de ciencias naturales.» Más tarde se le reconoció también por entero aquella cualidad. Quizá la «Ondine», de E.T.A. Hoffmann vuelva así a representarse algún día.

Por lo que a mí respecta, no comprendo semejante «lógica»: considero —si no se trata del resultado de una ciencia «empollada» o un ejercitado saber— que acaso la excepcional capacidad en un campo haga que también en otro, con el que tiene en común ser originarios de la misma mente, un carácter igualmente de excepción. Tan sólo, la inclinación a concentrarse sobre una de las cosas impide que ello se manifieste con frecuencia. En mi opinión, el verdadero genio es polifacético por naturaleza.

¡Qué cautivadora es la II Sinfonía de Beethoven! ¡Tan alegre, tan primaveral, aun cuando contenga una tempestad con intensa lluvia..., una tempestad primaveral, por demás! En conjunto, el contraste con sus otras sinfonías resulta considerable. Llega más directamente al corazón. ¿La escucháis alguna vez? ¿La tenéis en vuestro repertorio? En caso negativo, acordaros de ella en cuanto tengáis que encargar un nuevo disco.

* * *

Al hijo 1.5.1960

Me hablas de un «cerebro electrónico», diciendo que es la usual expresión con que se denomina, sin duda para que no ironice sobre el uso que de ella haces. Sabes igual que yo lo poco apropiada que resulta. Ese «cerebro» —sorprende que haya gentes que aludan con toda seriedad lo que se refiere al suyo propio— es y sigue siendo un mecanismo, aunque quiero creer que lo hayan construido otros excelentes y hasta destacados cerebros. Pero no es capaz de crear nada, ni de «curarse» cuando le ocurre una avería, como es el caso de una criatura orgánica.

Cuando se le entrega un «programa» erróneo, no piensa siquiera en corregir el «trabajo», precisamente porque no piensa y ejecuta con la frialdad más absoluta el máximo desatino. Hace muy poco leí una hermosa definición de uno de esos dispositivos electrónicos: «Un idiota completo, con algunas aptitudes especiales.»

He leído con sorpresa y regocijo que el famoso matemático francés, Poincaré, un genio en su especialidad, decía de sí mismo que no había efectuado en su vida el menor cálculo, incluso el más sencillo, sin haberse equivocado primeramente. Se trata abiertamente de lo contrario del «idiota», que nunca se equivoca. Quizá no estés de acuerdo, pero soy de la opinión de que nosotros —padre e hijo— somos genios a lo Poincaré (sonríe). Claro que no todo estriba, ay!, en equivocarse en los cálculos...

* * *

Ilse Hess a R. H. - Gailenberg, 5.5.1960

No sé, pues nunca me lo has dicho, si has recibido las tarjetas con los programas de nuestro último concierto casero: la destacada pianista se trazó la tarea de darnos a conocer los modernos compositores e interpretó dos de estas obras.

No puedo pensar otra cosa: o bien se ha traspasado la sesentena y se está uno atrasado en dos generaciones del sentido de la existencia y las formas de expresión del tiempo presente, o existe una

frontera entre lo que es soportable y lo que no lo es..., sea en música, pintura o poesía. Claro que no dejo de sentir cierta desconfianza hacia mí misma, puesto que es algo evidente que el propio Beethoven fue para su propio mundo circundante un «innovador», sin hablar de Brahms, Wagner y Reger.

Las formas expresivas del arte moderno, en cualquiera de los campos, son ya indudables espejos del «homo sapiens» de nuestro tiempo, internamente desgarrado consigo mismo y divergente y desarmónico del mundo... me siento en absoluto capacitada para comprender esto, igual que comprendo un retrato de nuestra antigua amiga Elly Ney, que pintó aquí un gran y capacitado artista (sobre lo que no abrigo duda alguna es de que quisiera ser dueña Je cada una de las acuarelas que de él conozco), hace bastante tiempo, cuando tocaba ya en esta casa: el entero cuadro está compuesto por manos, manos, manos y una cabeza casi diabólica. Sé lo que el pintor quiso representar en primerísimo lugar: la pianista. Pero por aquella misma época, un artista también residente aquí, gran entendido, trazó un retrato al carbón de la Ney: era también, y muy destacadamente, Ja pianista. Y nadie precisó ante este segundo cuadro una larga explicación de lo que se había querido expresar: era la gran artista Elly Ney. El primer cuadro lo entenderán los intelectuales y los eternos seguidores, que tratan de vestirse siempre con plumas ajenas, lo encontrarán «grandioso», porque acaso no lo entienden mínimamente. Pero, por mi parte, me niego a gozar de una obra de arte basándolo en el puro intelecto.

Igualmente debería tomar sobre mí la función de aplicar más frío intelecto para valorar las modernas piezas de los conciertos de nuestras veladas musicales, cuyos intérpretes merecen todo mi considerable respeto... respeto, nada más.

Así pienso y siento; no puedo evitarlo. No pertenezco a los muchos que por temor a aparecer «poco modernos» dicen que sí y amén a lo que sea, aunque no les guste. Claro que no paro de pensar y meditar sobre la posibilidad de que se trate de una insuficiencia; de la insuficiencia correspondiente a una diferencia generacional.

* * *

Spandau, 15.5.1960

El arte de hoy es, ciertamente, un problema, en tanto no sea posible escribirlo de antemano entre comillas. Lo que piensas sobre ello se lo he leído a uno de mis colegas, con quien habíamos sostenido alguna conversación sobre el tema.

Está de acuerdo contigo, aunque mantiene ligeras dudas sobre si estriba todo en un asunto de generaciones. Cierto que hubo en tiempos de Beethoven personas que le llamaban «innovador», pero gentes de seguro sentido musical lo consideraron ya a la sazón con sus dimensiones actuales; avasallador en su grandeza y situada más allá de toda crítica la belleza por él creada. Contestó negativamente, con la mayor decisión, a mi pregunta sobre si consideraba de que a pesar de nuestra repulsa actual, a nuestra incomprensión, las generaciones musicales de dentro de cien años apreciarían la música actual como nosotros a la de Beethoven. Me pareció comprender que su posición no era, sin embargo, tan rotundamente negativa en lo que atañe al arte moderno. Su propia hija pinta cuadros «abstractos» y en el transcurso de la última visita tuvo ocasión de ver un par de docenas. De todos modos, no me pareció que se sintiera demasiado satisfecho por ello, puesto que la hija, que con anterioridad había pintado buenos retratos y paisajes, en los que era identificable algo o alguien (sonríe) y a pesar de hacerle reflexiones y recibir encargos para efectuar trabajos en su anterior estilo, no ha sido posible apartarla de lo que considera actualmente como adecuado a su temperamento artístico. En opinión de su padre, el arte y la cultura occidental han llegado a un punto en que resulta inimaginable un ulterior progreso y tan sólo aparece patente un deslizamiento incesante hacia el abismo.

Estoy, por mi parte, plenamente convencido sobre ello.

Creo ciertamente que también hoy surgirán grandes artistas en nuestro ambiente cultural; que existen ya. Pero que se dejan arrastrar por ideas descarriadas; que ofrecen inexcusablemente algo «nuevo», que tratan de ser originales «a la fuerza» y que aspiran a crear con el intelecto en vez de con el alma y el sentimiento; se dejan arrastrar por impulsos internos, sin tener en cuenta la tradición establecida durante un milenio por artistas con tanta ansia creadora como la que ellos puedan experimentar. De haber deseado estas generaciones artísticas no haber creado nuevas obras, sino algo «fundamental» en su misma esencia, se habrían agotado desde hace tiempo todas las

posibilidades, se habría efectuado desde hace largo tiempo el «salto atrás» o la pura y simple «interrupción».

Sobre todo, tengo que reprochar al arte moderno su falta de armonía; considero pura y simplemente que «arte inarmónico» es una contradicción. Ello no significa que no dejen de interpolarse en la música disonancias, pero tienen que resolverse luego en consonancias, puesto que de otra manera deja de ser música.

Tienes razón, con toda seguridad, cuando opinas que las formas expresivas del arte moderno son el espejo del hombre de nuestro tiempo, internamente desgarrado. Por mi parte, voy más allá, puesto que considero que se da en parte un círculo vicioso: la inarmonía en que se encierran las construcciones inarmónicas; las obras inarmónicas de las artes plásticas; la música inarmónica, produce paulatinamente un espíritu inarmónico, un alma inarmónica, con una profunda insatisfacción, un desgarramiento interno y la descomposición de la cultura como definitiva consecuencia.

El concierto para violín número 3 de Mozart lo tenemos aquí, aunque en otra edición, con Schneiderhahn como solista; nos lo «darán» un día de estos. Escuchamos el concierto para violín número 2 de Chopín, cuyo segundo tema está compuesto por un «larghetto» rematado por un vals Infinitamente melodioso y tan dulce —el pianista que lo domina tiene que restar algo de esta dulzura—, que puede llegar a hacerse ramplón. Pero Askenase —que así se llama el que estaba sentado al piano— lo dominó. Experimento, además, tal necesidad de algo melodioso y armonioso que no me habría disgustado que hubiera acentuado algo más la «dulzura» (sonríe).

* * *

21.5.1960

Un maldito mundo es éste, tanto en las cosas pequeñas como en las grandes. Lutero no se equivocó tanto al considerar que estaba repleto de diablos, a pesar de que Goethe se tomó muy mal la afirmación. Pero lo cierto es que resulta fácil condenar semejante pesimismo cuando se tuvo suerte durante la vida, cuando la fama, el amor y el bienestar le rodearon largamente, cuando el Enemigo permaneció alejado... No había entonces motivo alguno para caer en «la maldita imaginación demoníaca de nuestro reformador». Claro que tampoco le faltaba razón a Goethe cuando consideraba que la religión protestante de Lutero había cargado, con todo ello, un considerable lastre sobre la individualidad.

Anteriormente —y en la actualidad, entre los católicos todavía— podía librarse la conciencia de ese lastre mediante la ayuda de una segunda individualidad; un protestante tiene ahora que llevar por sí mismo la conciencia cargada y encontrar además las fuerzas para volver a restablecer la armonía consigo mismo. No se hubiera tenido que quitar nunca a los humanos la confesión auricular. Creo con sinceridad que viene a dotar de considerable fortalecimiento a la mayoría de los hombres ese sacudir las preocupaciones de su corazón sobre otra persona, sobre todo cuando esta otra se muestra benevolente —aunque no sea más que por su dilatada práctica en ese humano arte— cuando se sabe de él que guardará por obligación el secreto y cuando tiene la autoridad para impartir el perdón. Es tan inteligente esa Iglesia católica, que aplica algo lleno de psicológica penetración y considerable caudal de experiencia. Cuando a mí, que he vivido alejado de la religión y que en la juventud pertenecí al protestantismo, me atrae más la coloreada y alegre belleza de una iglesia católica que la fría sobriedad de una protestante, mucho más será el efecto que obre sobre aquéllos que a lo largo de toda su vida han pertenecido a ella. ¡Con qué extraordinario sentido se ejercita la influencia sobre la receptividad del ser humano! Mediante antiguos y venerados cánticos, con los sones del órgano, con altares barrocos y adornados de figuras y alumbrados con hileras de cirios y envuelto todo ello en el ambiente en una mística semipenumbra... El sacerdote celebra, mientras, con sus revestimientos valiosamente bordados y el olor a incienso llena la atmósfera; de esta manera, el sentido del olfato obra con mayor fuerza sobre el espíritu, despierta lejanos recuerdos de la niñez. Hasta la propia capacidad sensitiva de la piel no permanece ajena al acto y es rociada con agua bendita. Tan sólo al evocar los ventanales polícromos me siento profundamente conmovido. Resulta muy comprensible, por tanto, que el catolicismo tenga una superior fuerza de atracción y fascine a las gentes hasta el punto de tener que lamentar menos apostasías que el protestantismo.

Goethe hizo sus críticas observaciones cuando leyó, estando enfermo, los escritos de Lutero. Muy pronto se cansó y se entregó de lleno a las novelas de Cervantes, que le procuraron un extraordinario goce espiritual.

Considero del mayor interés que en las «Conversaciones con Goethe» haga constar en una de ellas su autor que no se atreve a repetir las anécdotas que Goethe contaba, pues faltaría lo más simpático y gracioso, que eran sus ojos, su voz y el conjunto de sus gestos; puesto que no se limitaba a explicar algo, sino que lo representaba mímicamente. Hasta su final, que fue cuando había cumplido los ochenta y tres años, conservó su gran fuerza vital y su frescor espiritual. Quizás estribó ello en que se mantuvo alejado de la nicotina. Descargaba toda su irritación en el vicio de fumar: según él, al cabo de dos o tres generaciones, ya se vería lo que aquellas «barrigas» henchidas de cerveza» y aquellos «majaderos fumadores» habían hecho de Alemania. Se advertiría primeramente en la falta de espiritualidad, la pobreza imaginativa y la deformación de nuestra literatura. ¡Y lo que costaba aquel vicio! Ya en aquellos momentos —según escribía— se iban en humo de tabaco unos veinticinco millones de táleros en Alemania y la cantidad podía elevarse a 50 ó 60 millones. (¡Si hubiera podido prever lo que iba a ocurrir en el transcurso de dos o tres generaciones!) ¡Cuántas cosas podrían hacerse con aquel dinero! Y también había que contar luego con el problema de la falta de educación. Los fumadores apestaban la atmósfera y asfixiaban a cada honesta persona que no se atrevía a fumar a su vez para defenderse. ¿Quién podía entrar en la habitación de un fumador sin sentir náuseas o sin desmayarse? Te escribo esto para que lo utilices amistosamente con los queridos huéspedes que echan demasiadas bocanadas de humo (sonríe).

* * *

Ilse Hess a R. H. - Gailenberg, 15.6.1960

En el último número de «Sammlerlupe»[60] se reproduce un bonito sello de Grillparzer, emitido recientemente por Austria. Junto a estas reproducciones, el periódico ofrece con frecuencia datos biográficos y además algunas citas características. Bajo el sello de Grillparzer aparecía la siguiente frase: «Cuando coinciden un talento y un carácter, surge un genio».

He meditado sobre ello y no sé si resulta exacto: habría que entender el vocablo «carácter» de una manera diferente a la acepción que corrientemente acostumbramos a darle: de otra manera, se cae en la expresión de «buen» y «mal» carácter, es decir, en un sentido corriente y hasta si se me permite la expresión, enteramente burgués. Y aun según este sentido burgués, mi concepto difiere radicalmente: no tiene carácter, sino más bien lo contrario. Carácter, tal como lo entendemos, presupone mucho dominio, forma y dignidad: no creo que sean las características típicas de un genio. ¿O no es acaso así?

* * *

Spandau, 25.6.1960

Quieres saber, por tanto, cuál es mi comentario a la frase de Grillparzer: «Cuando coinciden un talento y un carácter, surge un genio.» Efectivamente: como a ti, me ha sorprendido esta afirmación. Tengo que confesar que hasta ahora había considerado el genio sin asociarlo al concepto de carácter; la aparición de una predisposición genial o mejor dicho, que un individuo esté anticipadamente dispuesto para el genio es precisamente lo que lo hacía, a mi entender: del carácter dependería la amplitud que esta gracia, por decir así, podía alcanzar, una vez aplicada a la tarea creadora. Quizás estriba la esencia del genio tan sólo en la capacidad de obrar de manera completamente extraordinaria en aquello que para otros resultaría por entero ordinario.

De todos modos, no te falta razón cuando opinas que los caracteres tienen, en la acepción corriente de la palabra, en la expresión precisa de «tener carácter» un sentido totalmente contrario a las peculiaridades que acostumbra a darse al genio. Y es mi opinión de que esta contraposición se ofrece con frecuencia, ya que en ella aparece para muchos genios el impulso para llegar a las últimas consecuencias y convertir la fuerza creadora en capacidad de creación. Su impulso acostumbra a ser tan fuerte que, bien de una manera escrupulosa, bien de manera desquiciada, contrarresta cuanto se opone en el camino; situándolo más allá de lo bueno y lo malo y más allá, sobre todo de toda ética.

Pero tampoco podría decirse que sea esto lo característico del genio; también existe con toda seguridad lo contrario: la silenciosa discreción, el mantenerse oculto, la entrega hasta extremos de sacrificio. La intensidad de los diferentes caracteres, eventualmente inherentes al genio, es por tanto ingente y a mi entender, es lo que hay que unir en el sentido dado por Grillparzer con el concepto

[60] Publicación filatélica

«genio».

Mediante el índice ideológico he buscado en las «Conversaciones con Goethe», lo que éste dijo para las ocasiones sobre genio y carácter. Extraordinariamente, «genio» no aparece en la lista y por lo tanto no exteriorizó, en las conversaciones allá reseñadas, nada especial al respecto. Quizás tuviera conciencia de que él mismo era uno de los más destacados y acaso polifacéticos genios que habían vivido Y una vez reconocido esto, rehuyó hablar sobre el fenómeno propio: también esto sería característico de su persona.

Respecto al carácter, dijo empero: «Todo cuanto tiene que imponerse a nosotros debe tener carácter.» El vocablo aparece aquí utilizado en un sentido de particularidad, de individualidad. Según ello, sería exigible también para el genio y Riemer, el maestro de la casa, define carácter como la mezcla de los primeros impulsos fundamentales, el instinto de conservación, la autovaloración, etc. De este trasfondo surgen los rasgos peculiares del carácter sobre los que se asienta el genio o para precisar más, las líneas fundamentales capaces de delimitar dicho genio. Hasta aquí los conceptos expresados sobre genio y carácter, difíciles de relacionar, según ha quedado ya visto.

Bastante menos interesante, desde semejante punto de vista, es la afirmación hecha a Boisserée, de que una de las expresiones del carácter es la resignación. Al considerarla de menor interés tengo en cuenta, sobre todo, la época en que vivimos, cuando precisamente la rebeldía contra todo cuanto constituye el curso de la existencia aparece poco menos que de rigor. La resignación se considera, por contra, como expresión de «poco carácter», en el sentido más lato y absoluto de la palabra.

No faltaba, ciertamente, entonces como ahora un pesimismo. Sin embargo, a poco que se examine es posible encontrar con que este pesimismo tenía unas raíces menos profundas que el actual y a pesar de cuanto se habla de «impulso vital» de nuestra época, era como se ha visto al hablar de «resignación» bastante menor que en la actualidad.

* * *

23.7.1960

De uno de los más hermosos libros sobre Mozart tengo que llegar a la conclusión de que solamente en los años de juventud era sereno y jovial; cuanto más se fue acercando el prematuro final del genio, mayor fue su melancolía y su caída en la hipocondría. ¿No habrá que relacionar acaso su temprana muerte con el hecho de que desde la más corta edad, su padre le presentara como un niño prodigio, de que emprendiera muy pronto y con breves intervalos viajes a lo largo y ancho de toda Europa, de que interpretara un concierto tras otro, residiera en diversas y variadas cortes principescas, de que gradualmente se viera impelido a la composición desde óperas y sinfonías (la primera, la «holandesa», con nueve años apenas) oratorios (el primero, con once) de tal manera que pronto quedó cerrado, si se me permite la expresión, su ciclo vital?

Claro que sin todas estas particularidades no habría sido acaso «Mozart»; con su mente ocupada enteramente por música y más música, dominando como un virtuoso el piano y el violín antes de alcanzar la madurez escolar y muy pronto llevado por un impulso creador. Lo sorprendente es que dominaba enteramente por sí mismo las raíces de la composición, sin haberlas siquiera aprendido; raíces y fundamentos que otros astros en el cielo de la música habían tenido que dedicarse a estudiar. Sólo hay una excepción, según se me ha dicho: el único paralelo al respecto es Richard Strauss. Pero que Mozart, que desde los tiempos primeros de su vida, era un gran hombre, tuviera que ser llevado, casi sin acompañamiento, a una tumba de pobre, hace tiempo desaparecida, es una vergüenza para la Humanidad en conjunto y para Viena en particular.

La «Humanidad» o los hombres, son tal como son, hoy igual que hace dos mil años: he leído hace poco los discursos de Sócrates, en la traducción de Matthias Claudius, en «El mensajero de Wandsbeker». También actualmente y entre nosotros, alguien daba vueltas y aconsejaba a viejos y jóvenes: no preocuparos primeramente por el cuerpo y la riqueza, sino por algo tan importante como la perfección del alma; a este uno colocado por Dios, la Sociedad —que Sócrates comparaba con un enorme caballo de buena raza, algo apático y holgazán porque nada le faltaba en las cosas de este mundo— le colocó el látigo en torno a la cabeza.

Pero tarde o temprano terminaría como Sócrates, aunque no en el aspecto de su vida, sí en cuanto a la importancia entre sus conciudadanos. Seguirá sonando en el tiempo lo que dijo a sus jueces: que se avergonzarían más que él mismo. El nombre de Sócrates no habría adquirido la

resonancia en las épocas siguientes, de haber muerto de vejez, en vez de víctima de la bajeza humana o si hubiera huido, eludiendo la sentencia de los jueces, como acaso estos hubieran visto sin duda bien, puesto que hubieran quedado libres de su perplejidad y su cobardía, presentida por sí mismos.

He leído los discursos de Sócrates, en parte a media voz...

* * *

31.7.1960

El problema «genio» no me deja un instante de reposo, de tal manera que sigo pensando en las palabras de Mozart: el genio sin corazón es absurdo. No sólo la razón, no sólo Ta imaginación, no sólo ambas conjuntamente hacen el genio. ¡Amor! ¡Amor! ¡Amor! Tal es el alma del genio.

De ello podía deducirse que en lo que atañe a los genios interesa, sobre todo, el amor entendido en el presente caso como amor a su propia predisposición genial, a las obras que el genio crea gracias a tal predisposición. Pero Mozart no lo entendió así. Su amor fue amor en el sentido corriente, como se exteriorizaba en la bondad de corazón que era el rasgo más profundo de su carácter. Cuando todavía era un chico pequeño, cuando sus piernecillas apenas alcanzaban los pedales del piano, preguntó a los oyentes «¿Me amáis?» y sólo después de la respuesta afirmativa, tocó.

Más tarde escribió su padre una carta al joven de veinte años que entonces era: reprochaba en ella a su hijo que creyera a las gentes a la primera palabra, que su buen corazón llevara a ofrecer a cuantos se acercaban a él en petición de algo, las ganancias y la fama propias.

Pero sin estas «faltas» no habría sido Mozart el propio «Mozart»; sin aquel corazón no hubiera inundado los corazones con su música; una música tan poco artificiosa, tan sencilla que en algunos momentos llega a resultar ingenua.

* * *

Tengo en las manos un libro muy satisfactorio: «Ciudades en el agua» de Lemke, en gran formato y con muchas excelentes vistas de todas las partes de Alemania. Bajo el lema de Moritz von Schwind: «Lo hermoso es lo más preciso del mundo», sus páginas revelan, en efecto, una gran belleza. En su mayor parte las vistas proceden de tiempos pasados. Apenas podía ser de otra manera, pues me parece que en nuestra actual patria no se tiene demasiado sentido para esto, «más preciso» que cualquier otra cosa.

* * *

7.8.1960

Considero que tratar de explicar que la repulsa a lo que se hace pasar actualmente por música —la última conquista que se ha logrado, por lo que he leído, es la música mecánica, es decir, compuesta electrónicamente— como falta de comprensión hacia los «contemporáneos» y que esta música será tan reconocida y sobrevalorada por las próximas generaciones como en la actualidad las creaciones de los compositores de los siglos XVIII y XIX; que esta opinión no puede sostenerse, es algo que se desprende de lo celebrados que Mozart, Haydn, Gluck y Beethoven fueron por sus contemporáneos.

Sólo resulta incomprensible que el reconocido genio de Mozart permaneciera sin apoyos materiales, aunque sus obras fueran interpretadas, en especial las óperas. Le perjudicó considerablemente que no hubiera entonces derechos de autor. De no haber faltado tan poco para su final «el gran Mozart» hubiera muerto de hambre. Esta penosa miseria llevó a su prematuro final. Cuando estaba ya en su lecho mortuorio recibió la noticia de que finalmente algunos nobles húngaros habían decidido facilitarle anualmente una cantidad que le libraba de todos los agobios y al mismo tiempo llegó un donativo, creo que procedente de Inglaterra, de un montante no inferior. Cuando hubiera podido dedicarse a la creación, en la abundancia y sin tener que perder tiempo en dar lecciones para ganarse el pan diario, falleció. ¡Qué tragedia! ¡Qué jugarreta del destino!

Resulta característico que su última gran obra, el Réquiem, significara un gran triunfo; tanto como que fuera impulsado, por decir así, a escribir su propia misa de difuntos. Cuando sentía llegar su final, apareció un hombre de baja estatura, vestido con un severo abrigo gris, que le encargó de parte de alguien que no quería dar su nombre, aquel Réquiem; pagó al momento unos considerables

honorarios, en piezas de oro, que dejó sobre la mesa. Pero tenía que darse prisa, mucha prisa. Y Mozart se dio prisa y casi finalizó por entero el Réquiem. Tan sólo en una voz quedó algo esbozado y un alumno se encargó de terminarlo.

En la biografía no se da respuesta al enigma del hombrecillo vestido de gris y su encargo del Réquiem. Me han explicado que tras renovadas investigaciones se ha sabido que un acomodado noble que conocía su inminente muerte, aspiraba poder ofrecerla como una composición a él dedicada. En tal caso, habría representado sin saberlo el papel del destino: sin él, la Humanidad estaría falta de una de las más sublimes creaciones de la música.

Dada mi posición ante el enigmático poder llamado «destino» creo indudablemente que el misterioso desconocido creyera quizás después del hecho haber «jugado» a destino, cuando en realidad había sido, sin suponerlo siquiera, un instrumento del destino.

* * *

21.8.1960

Que no me olvide de esto: las fotografías que acompañaban a vuestra última carta no las recibí en mano, pues solamente están permitidas aquellas en las que aparecen miembros de la familia, pero no cualquier clase de edificios, aunque estén habitados por estos. Otra cosa es cuando además del retrato de la familia, en último término o junto a ellos, aparecen casas en el campo visual aunque no estén habitadas por los que aparecen en la fotografía. Así es que tomad nota de todo ello y ateneros a estas normas en el futuro. De otra manera, optar por lo más sencillo y barato: conservar las fotos en vuestro poder (sonríe).

Admirado y maravillándome acabo de leer un libro, «Millones para una construcción», que trata de la organización social de las hormigas; el considerable número de grupos ciudadanos, con sus tareas ineludiblemente establecidas: obreras en una construcción gigantesca en relación con su tamaño, en cuyos pisos más altos llevan las «niñeras» a las larvas y los pequeños, que cuando necesitan calor los descienden a los pisos intermedios y más bajos cuando el tiempo es bueno. También existen las pastoras, que guardan a los pulgones, mientras las ordeñadoras extraen de ellos el dulce jugo para alimentar a jóvenes y viejas y en primer lugar, la reina, de la que depende en primer término el progreso del Pistado. Como es natural, tampoco falta para el acto carnal de la reina, la necesaria población masculina, entre la que escoge mediante la aparición de las alas en su debido tiempo y el correspondiente vuelo nupcial, al más hábil y capaz. Su acto reproductor es agradecido por la soberana a lo largo de toda su existencia, poniendo durante años huevos fecundos, que en total ascienden a millones. También aquí obra la Naturaleza como una despilfarradora respecto al número luego superfluo de los «señores de la creación». No hay que olvidar, asimismo, a la casta guerrera, que libra de vez en cuando enconadas batallas con otros hormigueros próximos. La lucha es tan enconada que incluso las hormigas más gravemente heridas, incluso amputadas de la mitad de su cuerpo, prosiguen la lucha y siguen mordiendo con sus tenazas hasta que las fuerzas les faltan y perecen.

Lo que aparece como más extraño entre lo que las inexorables leyes del instinto dicta a las hormigas es lo que llevan a efecto determinadas especies asiáticas, que al principio fue objeto de debate y polémica por parte de numerosos científicos hasta que pudo establecerse de una manera fehaciente la acción: tejen hilos y utilizan las larvas como navetas que van aquí y allá, tal como es necesario para que se forme un tejido... larvas que se autoprensan, por cuanto segregan el hilo de una glándula especial.

Como es lógico, estas hormigas no saben porqué hacen eso; al igual que otros «trabajadores especiales» y «funcionarios estatales» tampoco saben porqué llevan a efecto sus diferentes tareas. Obran según su instinto, con cuya explicación no se ha solucionado gran cosa la explicación del enigma, puesto que tampoco se sabe de dónde procede este instinto o mejor dicho, esos instintos diferenciadores que las llevan a ejercer funciones tan diversas unas de otras. Como no poseen el raciocinio humano, un misterioso poder las dota, por tanto, del instinto tan práctico y ordenado, de una manera que resulta inconcebible para las mentes humanas.

Porque los humanos pensantes estamos rodeados por doquier de maravillas e incluso completamente formados por ellas, desde los principios en el claustro materno al final convertidos en un puñado de tierra; esos milagros o maravillas son secretos en los que nunca trascendemos. O en los que nunca deberíamos desear trascender, ya que todo ello reside fuera de nuestra razón. Y si

algunas veces se consigue superar una cima que se alza sobre los misterios, aparecen otras tan altas y escarpadas que parecen constituir precisamente un castigo para nuestro anhelo de saber.

* * *

16.10.1960

El compañero de mis paseos por el patio me ha formulado la pregunta sobre si escucho la música con los ojos abiertos o cerrados. Él, por su parte, los mantiene cerrados. En Viena se celebran, al parecer, unos «conciertos a oscuras», que son del gusto de muchos, aunque la mayor parte de las salas de audición permanecen iluminadas. No acierto a comprender la razón de este detalle, puesto que personalmente me impide la luz que escuche perfectamente. Así es que cierro los ojos cuando presto oído a una música de alto nivel; solamente en tal caso puedo concentrarme de una manera adecuada y tan sólo así extraigo el máximo deleite. Pero con toda seguridad, el sexo femenino es opuesto a un total oscurecimiento de la sala en el transcurso de los conciertos. Quieren mostrar sus «toilettes», pues de otra manera encontrarían solamente la mitad del placer a su asistencia. Nada tengo en contra a que durante las pausas se ilumine por completo la sala; todo lo contrario, pues la vista de las hermosas mujeres con sus bonitos vestidos me complace. Pero mientras suena la música, sólo deseo escuchar música y considero que incluso las mujeres deberían en tal caso aislarse por completo del mundo exterior y prescindir de cuanto no fuera los sonidos (sonríe). En una palabra: me pronuncio por los «conciertos a oscuras», si bien al principio, en las pausas y después, pueda convertirse la sala en una revista de modas.

* * *

30.10.1960

Conjuntamente con el libro del filósofo español Ortega y Gasset, «El signo de nuestro tiempo» y una historia de la evolución de las carreteras desde las antiguas rutas a las modernas autopistas, leo en la actualidad el librito de una austríaca, Margarete Rohrer, titulado «Ca c'est París». Dando muestra de una extraordinaria facilidad de pluma, escrito en un estilo ligero y esforzándose en resumir literariamente el extraordinario encanto único de la ciudad, el libro resulta en todo momento de una gran sugestión. Y sin embargo, al leerlo, me planteo un problema que no me atrevo a contestar: ¿cuánto tiempo podrá seguir conservando la ciudad ese encantador atractivo, esos barrios recoletos, las múltiples pequeñas librerías, los anticuarios con sus viejas ediciones, sus grabadores, los innumerables hoteles de ambiente y aspecto pequeño burgués pero espléndida cocina v donde el huésped recibe unos cuidados cuyas formas parecen subsistir desde el pasado siglo? ¿Cuánto tiempo podrá resistir todo ello los embates de nuestra época y sus cambios? Ahí reside el problema.

Concedo que soy una especie de pesimista de la cultura. ¿Pero quién puede reprochármelo? Para llegar a idénticas conclusiones a las que yo he alcanzado, basta hojear un periódico; tanto los textos como las fotografías que aparecen en cada página invitan al pesimismo, sobre todo cuando se está enraizado en lo que yo denomino «auténtica cultura». En tal sentido experimento de vez en cuando el tormento de pensar que la actual civilización podría verse desplazada un día; suplantada por otras formas, maneras y expresiones. En tal caso no quedaría más que la huida a la mayor soledad posible, tan lejos como se pudiera de cada una de las grandes ciudades creadas por esa otra civilización que habría suplantado la actual.

De todos modos, me parece que personalmente estoy bastante a salvo de semejante peligro (sonríe).

* * *

Ilse Hess a R. H. - Camino de Bederkesa, 15.11.1960.

Camino de la cura de aguas de Bederkesa seguimos por la autopista hasta Bremerhaven, atravesamos allá por la aduana del puerto y Buz, el frescales, silbaba, mientras yo a medias temblaba, a medias encontraba magnífico, recorrer los caminos prohibidos para los automóviles particulares a través de toda la zona portuaria hasta el más alejado extremo del muelle de Colón. A nuestra derecha, un hermoso buque noruego estaba atracado al espigón y ante nosotros, de un color grisáceo, aparecía agitada pero hermosa en su atractivo, la extensa desembocadura del Weser. A nuestro alrededor, flotaba el intenso olor a alquitrán, agua y buques, que evocaba la lejanía... todo

aquello significaba un hermoso colofón a nuestro breve viaje común. Una vez más me sorprendió, ai pensar en ti y en mí, no haber efectuado juntos un largo viaje, a pesar de haber experimentado ambos muchas veces la necesidad de hacerlo. ¿Por qué? Nunca tuvimos tiempo. ¿Crees acaso que la vida nos permitirá algo semejante al finul de nuestros días?

* * *

El domingo tuve una visita de Inge; las dos hermanas circulamos alegremente por Cuxhaven y fuimos a «Alten Liebe»[61]. De la bruma surgían un gran carguero tras otro y la pequeña embarcación de los prácticos los llevaba hasta el muelle; olía de nuevo a mar, alquitrán y algas... no me fue posible encontrar el lugar exacto donde antes te esperaba, pero era efectivamente «el viejo amor» (Sonríe)[62].

No sé si en vuestra biblioteca disponéis de una antología de poesía alemana. Cuando efectué esta mañana mi primer paseo y me adentré por el bosque donde crecen preferentemente encinas, alerces y hayas recordé el verso de Gottfried Keller «Brazo a brazo y copa a copa, es devorado el bosque de encinas; hoy ha cantado con buen humor su vieja canción...» Soplaba el viento del oeste y resonaba su ráfaga en las cimas, mientras abajo, en el dorado follaje, se caminaba como en el interior de una habitación cerrada.

* * *

Bederkesa, 24.11.1960.

Soy con toda seguridad una tonta, que acaso no hago más que aburrirte con mi vena «poética», al describirte con mezcla entre lírica y romántica, la visita al muelle de Colón y luego, la presencia en el «Alten Liebe» con Inge y el paseo por el bosque...

¡Si pudiera estar tan cerca de ti como antes!

* * *

Spandau, 4.12.1960.

No; no eres ninguna tonta; ni tu descripción «lírica y romántica» de vuestra visita al muelle de Colón, ni la mirada al «Alte Liebe» me han impresionado tanto como crees. No tienes que hacerte reproche alguno por tal razón. El destino ha cuidado de que esté más insensibilizado de lo que puedes suponer. Incluso la más triste de todas las estaciones, el tardío otoño, sombrío, húmedo, en el que tan sólo aparecen excepcionalmente unos rayos de sol que se apagan en cuanto comienza la tarde, cuando la Naturaleza parece extinguirse sin fuerzas y los árboles, sin hojas, se balancean al soplo del viento; cuando todo parece preparado para provocar la melancolía y el mundo circundante semeja símbolo del propio yo; incluso todo ese desconsolado paisaje no me causa efecto alguno. ¡Tus recuerdos me han alegrado!

No me gustaría vivir en una zona meridional, en la que no hubiera otoño ni invierno; ni se produjera una resurrección en primavera, cuando soplan las primeras brisas tibias y el cielo aparece perennemente azul. A pesar de haber nacido y crecido en un clima semejante, prefiero el norte a cualquier otra cosa. Quizás por ser, en definitiva, un nórdico —nórdico desde incontables generaciones— me han repelido siempre los climas moderados y me ha atraído en todo momento el norte con tanta intensidad.

* * *

5.2.1961.

No tengo nada que oponer a que me hayas remitido una camisa con semejante cierre delantero, al que se añade esa especie de corbata y que según tus precisiones, corresponde a las últimas orientaciones de la moda. Considero importante estar al corriente de la moda actual (sonríe) pero aparte de ello, despierto con la camisa la envidia de los dos compañeros (sonríe muy intensamente). No resultará difícil imaginaros que doy por aquí vueltas ataviado como un «dandy» y que ello me impulsa a mirar desde las alturas a los que no visten con tanta elegancia, ni mucho menos (sonríe). ¿Tiene que lavarse por razones de higiene la corbata cada semana como es el caso de la camisa?

[61] Viejo amor.

[62] Recuerdo al encuentro en Cuxhaven, en el año 1936 y juego de palabras con la referencia anterior.

¿O acaso la moda de la corbata incluida hace innecesario el lavado? (sonríe). Lo cierto es que deja tranquilamente que pase algún tiempo hasta remitirme otras cosas; frecuentes envíos quitan sugestión y a la larga significan gastos inútiles que no merece mi elegancia (sonríe).

* * *

En las «Conversaciones con Eckermann» leo que Goethe era de la opinión de que cada criatura estaba aquí independientemente de su voluntad y que «el alcornoque no crecía para que nos fuera posible poner un tapón a nuestras botellas.» Goethe había coincidido en ello con Kant (conversación del 18.4.1827). Y sin embargo, es mi opinión de que puede considerarse al revés: que las criaturas solamente existen porque han existido otras cuya nidada hizo posible su desarrollo y su subsistencia.

En idéntica línea de pensamiento se encuentra —aunque no se trate en ese aspecto de un presupuesto para la continuación de la existencia— lo que voy a exponerte a continuación: uno de los colegas me llamó la atención cómo las hormigas hurgaban en torno a las plantas que aparecían negras de pulgones; cómo apretaban el bajo vientre de éstos con sus patas y succionaban una especie de jugo que surgía de allá. Así me lo dijo el otro, aunque lo cierto es que no me resultó posible ver exactamente lo que los pulgones tienen delante y detrás (sonríe). Cuando hace mal tiempo y en invierno, las hormigas se llevan consigo a aquellas «vacas lecheras» al interior de la tierra. ¿Acaso han sido creados estos pulgones para las hormigas?

Se conoce la explicación dada a la formación de nuestro planeta, cuyo origen habrían sido unos gases hirvientes, que fueron experimentando transformaciones de una forma a otra hasta alcanzar todo ese vario conjunto que hoy conocemos como tierra y como seres creados en torno a nosotros, incluidos nosotros mismos: seres «construidos», mediante sutiles procesos biológicos en nuestro interior, extraordinariamente complicados y cuyo mecanismo viene a resultar de considerable precisión. ¿Puede alguien defender seriamente que de las originarias materias gaseosas surgió causalmente esa transformación del caos en algo con fines propios o para ser todavía más precisos, en individuos, capaces de atenerse a las máximas sutiles reglas espirituales? No es posible atribuir todo ello más que a la obra de un espíritu, por todos desconocido y cuya misma magnitud escapa a nuestra noción. Un espíritu que precisamente por ello, no reconoceremos ni comprenderemos jamás y al que presentimos solamente por sus obras. Los intentos para profundizar hasta sus misterios, sus originarios misterios —según me atrevería a llamarlos— resultarían mortales para la Humanidad.

* * *

25.6.1961.

Muy interesante tu información sobre el comportamiento material de los pájaros: ante todo, su instinto de extraer el polluelo muerto para poder sacar así al que quedaba con vida, actos enteramente lógicos ambos, como siempre que aparecen dictados por el instinto. ¿De dónde procede la «consigna» de que todos los individuos de la misma raza llevan a cabo lo que es instintivo, en una completa coincidencia desde hace millones y millones de generaciones?

Contemplamos y meditamos sin cesar sobre las maravillas de la Naturaleza que nos rodea; no puede ser de otra manera, puesto que no salimos así de la sorpresa y la meditación, tanto si miramos al cielo como si contemplamos una mosca.

Los mahometanos no carecen de razón cuando en la formación de la juventud sitúan una divinidad que lo rige todo en el centro de sus enseñanzas. Goethe le decía a Eckermann que fortalecían así en las almas juveniles la más firme de las convicciones, pues al hombre no puede ocurrirle otra cosa que lo que ha sido largamente previsto por Dios. Con ello, los alumnos quedan «equipados y tranquilizados para toda su vida». Sin duda, en el fondo de todos nosotros resta algo de esta fe, incluso en el caso de que no se nos haya enseñado; en el propio Goethe aparecía este aspecto fuertemente desarrollado.

Los musulmanes comienzan la instrucción de la filosofía con la lección de que no existe nada que no tenga su parte contrapuesta. Ejercitan así espiritualmente a la juventud, al facilitar la posibilidad de encontrar los argumentos contrarios y los alumnos profundizan más y más en ellos hasta conseguir la certidumbre sobre lo que es exacto y verdadero. Con la certidumbre como objetivo, el resultado obtenido es la más completa paz.

Según Goethe no hemos progresado con todos nuestros sistemas y nadie podría «progresar más allá.» También las tragedias griegas nos llevan, a través de la duda, final y definitivamente a la

certidumbre: es el hado «que se pone al lado de lo ético y cuyo partido toma». Lessing expresó en una ocasión que si Dios quería darle la verdad, le rogaba que la dejara buscar con sus medios. Algo correspondiente, como se comprueba, al sistema filosófico de los mahometanos. Al contrario de Lessing, que se movía bien en la región de las contradicciones y las dudas, no se dejó él —Goethe— abandonar por las vacilaciones, trató de nivelar las dudas en su interior, y sólo después expresó los resultados obtenidos.

* * *

Hemos escuchado la «Misa de la Coronación» de Mozart, con espléndidos coros. En conjunto, resulta de una belleza indescriptible.

* * *

20.8.1961.

Hacerte «sugestiones» sobre la cocina no es —de ello puedes estar segura— nada fácil para mí[63]. Para darlas me falta experiencia; podría adquirirla, sin duda, en el caso de que me ocupara personalmente de ello. Pero aquí no tengo preocupación alguna por lo que respecta a la cocina... ¡eso me faltaba! El destino me ha ahorrado semejante prueba, que también habría sido una prueba no menor para las pobres víctimas que tuvieran que sufrirla (sonríe). Debe haber hombres que son aficionados a los fogones, pero yo no me cuento entre esa variedad. Mis «experiencias» se limitan tan sólo a lo que leo en los periódicos, por lo que rechazo de antemano toda responsabilidad sobre lo que pudiera decirte. En cuanto a los argumentos que por tu cuenta esgrimes, los conceptúo de antemano como enteramente plausibles; como procedentes de una persona entendida y técnica, como eres —«desgraciadamente»— según debo deducir por lo que escribes y a pesar de las repetidas peticiones de socorro que lanzas y que luego aparecen desmentidas por la expresión de tu propia experiencia.

* * *

Supongo que para vosotros ha terminado también la «era tropical». He leido algo sobre nevadas en los Alpes, en puntos situados por debajo de los 1.800 metros. Si continúan las cosas así y el verano adquiere este cariz, tus huéspedes no podrán dedicarse a la natación, sino que tendrán que practicar el esquí. Todo está revuelto en este mundo, incluido el tiempo... acaso como consecuencia de la alegre e inconsciente experimentación a que se entregan los expertos. Porque lo cierto es que no entienden nada de las últimas o penúltimas causas en las que creen haber profundizado científicamente.

La Naturaleza mantiene rodeados sus profundos misterios con un círculo mágico y no es de creer que deje meter impunemente la nariz en ellos. Pero todas las experiencias que son ese jugar con fuego —¡ay, si fuera solamente fuego y no algo peor!—, ese jugueteo con lo inaclarado, lo invisible y To siniestro; todas esas consecuencias que sin duda se harán patentes cuando sea ya demasiado tarde; todo cuanto parece desgraciadamente presentirse, no sirve para apartar a los interesados de un camino que en mi opinión, llevará a la catástrofe.

Si por lo menos se limitaran las experiencias e intentos a los que cabe considerar necesarios; si por lo menos se esperara a ver las cosas claras y se hubieran estudiado las necesarias técnicas de prevención. Pero no... cada pequeño «Estado», recién salido muchas veces del estadio más primitivo, cuyos «ciudadanos» desconocen, en sus chozas de paja de la selva lo qu.e es una conducción de agua y cuya minuta diaria no varía entre las bananas y el maíz, pone su prestigio en llegar a ser, por lo menos en el día de mañana, una potencia atómica.

¿Pero qué utilidad tienen todas las protestas sobre semejante abuso? ¡Volvamos a la Naturaleza viva! Me preguntas si un pequeño cachorro puede intuir que será un día de estos un pequeño angelito de los perros, puesto que su estado y su actitud en los últimos tiempos así lo da a entender. ¿Qué puedo decir a ello? ¿Qué sabemos, en el fondo, del proceso experimentado por las almas entre los hombres? ¿Por qué iba a estar excluido en los animales, si los humanos experimentan el presentimiento del final?

Como es natural, no puede un animal tener la conciencia de un inmediato «final», pero sí el instinto que le impulsa hacia sus más «allegados». Y el instinto resulta con seguridad en el animal más intenso y seguro que en el hombre, puesto que es por completo independiente de una gran inte-

[63] Respuesta a una anterior discusión epistolar sobre problemas domésticos y de cocina planteados en el "Bergherberg".

ligencia. Quizás se siente tu vieja perrita «basset» solamente débil,. enferma, tiene necesidad de alguna compasión y de un calor tanto corporal como espiritual, que busca y encuentra en su dueña.

* * *

3.9.1961.

El verano parece haberse decidido a calentar no solamente como verano, sino haberse comprometido también a mostrarse cuanto más agresivo posible. Así es que concentra en estos días últimos toda su intensidad y yo maldigo de ello, deseando encontrarme en el polo norte o aún más al norte (sonríe). Mi nacimiento e infancia en África no significaron para mí una aclimatación, sino todo lo contrario: me resulta un pensamiento angustioso imaginar la necesidad de vivir en un hirviente lugar del sur. Haberme ahorrado esta circunstancia es una de las fortunas —las pocas— que me ha deparado el destino. ¡Con tal de que Buz sea menos sensible a las temperaturas tropicales!

Tendría que escribirme alguna vez para decirme si conoce detalles y datos sobre el puente, que está planeado o en construcción, en Duisburg, del que leí algo hace poco. Tiene que ser el puente de tránsito más largo de la Europa occidental, con sus 1'8 kilómetros y tras pasar por encima del puerto y un canal.

Lo que se consigue en el terreno de las construcciones —estoy hojeando ahora una revista de las construcciones— es verdaderamente asombroso. Claro que también asombra en parte su aspecto y apariencia; mentiría si dijera que todo me satisface con respecto a la estética. Resulta casi imposible poder admirarlo en su aspecto plástico.

Muy interesantes son los anuncios de nuevos materiales, entre los que hay algunos indudablemente muy bonitos...

* * *

Otra cosa: ¿habla Buz un dialecto, es decir, domina alguno? Se me ocurre preguntarlo porque he leído una hermosa frase de Goethe en «Fantasía y verdad»: «Cada provincia ama su dialecto, pues es precisamente el elemento por medio del cual crea el alma su aliento». Goethe dominó, por tal razón y asimismo, el hermoso bajoalemán, al que tenía gran estima. Según consta en un artículo recién leído, es cada vez menor el número de gentes que saben hablarlo. Creo que deberían enseñarse los dialectos en las escuelas; sólo respecto al sajón mantengo mis escrúpulos (sonríe).

Escuchamos recientemente dos sonatas para piano (Opus 109 y 110), compuestas por Beethoven en su último año; muy melancólicas, en parte muy características y que recuerdan directamente la música más moderna; hay que escucharlas con atención, compenetrarse con ellas y sólo entonces se consigue valorarlas por entero. Siguió una bella y melodiosa sonata para violoncelo y piano de Schubert; la única que escribió para dos instrumentos, según puede leerse en el texto que acompaña la cubierta del disco (detalle que hago constar para que no vayáis a creer que lo sabía... (sonríe).

* * *

Al hijo 18.11.1961

Eres mayor en un ciclo solar, en cuya efemérides te felicito de todo corazón. A tu edad, resulta todavía posible alegrarse por semejante día de júbilo. Con los años, la alegría va desapareciendo; generalmente, se exterioriza satisfacción hacia afuera, pero nada hacia el interior. Más aún: se considera penoso verse arrastrado de una manera tan desvalida por la fuerza del destino; una fuerza contra la que no se ha encontrado remedio alguno. Finalmente, cuando se es un «viejo carcamal», como yo, preferiría no recordarse que han vuelto a transcurrir otra vez doce meses. Que en este caso alguien se atreva a expresar una felicitación es raro y más se debe a descuido que a otra cosa. ¡Bonita carta de cumpleaños viene a resultar este conjunto de dolorosas filosofías! Quizá se deba al humor de noviembre, al hecho de que la naturaleza externa penetre hasta nuestro interior.

Por contra, tú, que estás a punto de llegar a ser un hombre maduro..., aquí exagero, sin duda, algo, lo admito (sonríe)..., celebrarás el día de una manera amablemente distraída.

En realidad, importa poco que recuerdes lo aprisa que pasa el tiempo y no por propia experiencia, sino por la que tiene y ha tenido tu viejo padre; puedes creerme, pero hay que cumplir los setenta para comprenderlo con toda su crudeza e intensidad. Se comprende así que hay que

aprovechar intensamente los años, tanto en el trabajo como en el disfrute de aquello que es digno de disfrutarse.

* * *

He leído que se han ideado dos automóviles cuya propulsión se atiene a nuevos principios que acaso sean más antiguos, pero que han sido objeto de perfeccionamiento: uno generado con electricidad y otro con un superóxido de hidrógeno carbónico. No sé si se encuentran en un período de experimentación o circulan ya en práctico uso. Una de sus ventajas sería que no envenenarían y contaminarían la atmósfera de las ciudades; en el caso de la electricidad, su utilización me parece plausible, pero el otro sistema produciría, en mi opinión, de que el resultante de la combustión fuera agua; es decir, que por el escape saldría vapor de agua, que una vez condensado dejaría caer al suelo pequeñas gotas que las bajas temperaturas se encargarían de convertir en una capa deslizante, con el máximo riesgo para conductores y vehículos.

* * *

En el Polo Norte, 17.12.1961

He fechado la carta en el Polo Norte porque la pasada noche marcaba aquí el termómetro los 17 grados bajo cero. Compruebo por el boletín del tiempo, que la noche pasada «disfrutasteis» vosotros de 23 grados bajo cero y en las alturas del Gailenberg debió ser, sin duda, más frío.

Leo que los pobres pájaros cantores de la tundra huyen de sus regiones árticas hacia aquí porque allá tienen una temperatura de veinte grados bajo cero, con lo que salen del lodo para caer en el arroyo, como vulgarmente se acostumbra a decir. Especialmente, hermosos son los blancos cisnes cantores, que penetran en grandes formaciones y emiten su característico grito al posarse sobre los acantilados de nuestras costas. No sé si en su huida del frío, los pobres locos llegan hasta los mismos Alpes.

A propósito de locos: veo en un periódico la fotografía del edificio de las colecciones alemanas, en el Museo de Arte Moderno en Nueva York, construido en 1949. A primera vista me pareció contemplar una barraca de maderos, que se utilizara como almacén de enseres y tampoco más grande que las habituales destinadas a tal menester. Pero lo cierto es que no se trata de nada pensado con aire provisional. El diseño está considerado como una obra importante, puesto que se cita el nombre del arquitecto. A la vista de ello, podría ponerse en duda el sentido de responsabilidad de tal «artista»..., así como el de aquellos que toman en serio sus obras. ¡Qué es lo que ha imaginado este hombre! Aquéllo por él «creado» no tiene ninguna relación con cualquier cultura determinada existente en parte alguna del mundo. Y a mi entender, todo arte verdadero está enraizado en el pueblo y el país al que pertenece el artista; de otra manera, no se trata de un verdadero arte, y el edificio concebido como representación de la exposición artística de una nación adquiere el aspecto menos adecuado de lo que debería construirse con tales fines y su carácter resulta así totalmente neutro y nada significativo.

Trasladado este concepto al terreno del lenguaje, me encuentro con que Herder escribió que sólo en el idioma materno, solamente en éste podía surgir un espíritu original. Todo autor original es un autor nacional; quien desea dominar la expresión, tiene que permanecer fiel a su tierra. Por medio del idioma se forma y educa a una nación. Consideradas así las cosas, podía ponerse, ciertamente en duda, la formación y educación de nuestra nación en estos momentos.

* * *

20.12.1961

Hemos escuchado el maravilloso «Tedeum» de Bruckner en la hermosa interpretación de la Orquesta Sinfónica de la Emisora de Munich; hemos escuchado el concierto de Mozart en do mayor para flauta y arpa y luego, el bellísimo concierto de piano número 2 de Beethoven en sí bemol mayor, con Kempff como pianista y los sinfónicos de Berlín, bajo la dirección de Van Kempen. Como impecable colofón, una serenata (op. 48), de Tchaikowsky, con un vals incluido, melodioso hasta los límites del sentimentalismo patético, casi rozando con la cursilería... Por una vez, no tengo nada en contra (sonríe).

* * *

Día de San Silvestre, 1961

Querida: aquí me encuentro de nuevo al final de un año..., dentro de tres horas, las campanas y los disparos de morteros y otros ruidos similares anunciarán la llegada del nuevo... Os expreso mi felicitación, deseoso como vosotros de que en el próximo final nos sea posible echar juntos «un buen trago». ¿Quién puede predecirlo? ¿Los astrólogos acaso?

Es mi deseo que acudan los jóvenes amigos esperados y alegren vuestros momentos con su música. Aquí hemos escuchado la Misa en sí menor de Bach, por lo menos en parte, pues seguirá la continuación. La Schwartzkopf cantó las canciones de Mozart, con el delicado acompañamiento de Gieseking al piano. No sabía que existieran «lieder» de Mozart fuera de la ópera. La más hermosa fue para mí «La separación», que me reveló un Mozart completamente desacostumbrado y melancólico.

* * *

25.2.1962

Disponemos en la actualidad de un librito de seductor contenido: «La cocina rusa». Seductor solamente en su presentación, aunque no en la práctica. Nosotros, los tres últimos mohicanos, no pasaríamos ni por esas nuestro tiempo, en turnos o conjuntamente, en un fogón de casa de muñecas condimentando platos populares rusos según el libro de recetas, por mucho que ello llegara a interesarme.

* * *

22.3.1962

Recibí tu carta culinaria y sobre economía doméstica. Tienes razón: me interesa semejante descripción que me facilita un cuadro vivo sobre tu diario trabajo. No te equivocas cuando temes que tus enumeraciones de recetas de primorosos platos y pasteles puedan hacerme la boca agua. ¡Hubo auténticas cascadas! (sonríe). De no haberme ocurrido así es que me hubiera transformado en un asceta, aunque me pregunto si la palabra «transformado» está bien utilizada en este caso: sería más adecuado la de «contraído» (sonríe).

Es una lástima que no pudieras llevar a la práctica las buenas ideas; prolongar la serie de libros de cocina en algo semejante al «arte de utilizar las sobras de una manera original y buena»..., una lástima para las amas de casa y la economía. Que se trate de improvisar constantemente de nuevo, con el objetivo de conseguir cada vez nuevas creaciones, no tendría que ser causa de inhibición alguna para conseguir los mejores resultados en este arte. Las reglas comunes, combinadas con recetas que, por ejemplo, pueden aprenderse mediante la práctica, facilitarían, como ya ocurre, el estímulo de los propios descubrimientos. Mucho más para quien posee, además, esa «veta genial», que no puede adquirirse y que se tiene desde la cuna (es también una imagen..., sonríe), como mi hábil esposa.

En conjunto, has pasado con toda seguridad, y de la manera más brillante, el examen de la vida, como tú le llamas; tanto en su conjunto como en el detalle de todas sus asignaturas.

* * *

Uno de Höfinghausen uber Elze, en la región de Hannover, escribió hace poco en un periódico: que el principio básico fundamentado en el racionalismo, según el cual la pretensión de que la verdad solamente era comprobable según reglas causales y todo cuanto se dejaba enmarcar en dicha forma, pertenecía al gabinete de curiosidades de la moderna locura. Se refería para ello a la microfísica: el aspecto de las más pequeñas partículas de la energía en el núcleo del átomo no ha podido, ni acaso pueda nunca, ser definido en unas leyes causales; a pesar de ello, la fisión del átomo es una realidad.

* * *

Algo interesante y horrible en el terreno de la medicina: tras la escarlatina, que es en sí una enfermedad leve, pueden nacer, cuando la sufre una embarazada, niños con deformaciones. Y esto aparece tan probado, que en Canadá y Australia está autorizada en tales casos la interrupción de la maternidad.

¿Has leído la atroz noticia de que en Inglaterra fallecieron seis lactantes y una larga serie lucha todavía con la muerte, porque una enfermera del hospital echó a la leche sal en vez de azúcar? Una única cucharada de sal común obra sobre los pequeños como un veneno mortal.

* * *

Para no terminar con algo trágico, transcribo una nota de humor procedente de las memorias que estoy leyendo. Los cortesanos del príncipe regente bávaro, Luitpold, invitaron a Berchtesgaden a unos diecisiete o dieciocho montañeses para que él —viejo, pero fundamentalmente sano— se complaciera con su buena constitución física. Cuando preguntó a uno de aquellos venerables ancianos cómo se sentía, opinó éste: «El cuerpo se porta bien, pero la mente está siempre a estos años algo trastornada.» «Yo no siento nada de eso», repuso algo picado el príncipe regente. «Yo tampoco», dijo a su vez el buen viejo. «Pero los demás, sí. Los demás sí se dan cuenta, créame.» No fue invitado nunca más a presencia de Su Alteza Real. La anécdota me ha divertido, aunque no haya dejado de considerar con tristeza la edad propia y lo que puedan pensar «los demás». Aunque no creo que, por de pronto, noten nada (sonríe).

Uno-que-todavía-no-tiene-ochenta-años.

* * *

25.3.1962

No sé lo que te hace ser contraria a que Buz se haya convertido en un apasionado y furibundo jugador de bolos. Jugar a los bolos es una magnífica manera de distraerse y distenderse, mejor todavía que el tresillo —que sirve para lo mismo— y con más ventaja en los trabajadores intelectuales, puesto que los juegos de cartas de alto nivel exigen una concentración y una viveza de espíritu, cosa de lo que no puede acusarse a los bolos (sonríe), que en vez de ello exigen un cuerpo sano, por lo que puede considerarse «deporte de compensación». Definición, ésta, del juego de los bolos que quizás acojan con sonrisas compasivas los deportistas de «alto nivel»...

* * *

Trataré de conseguir el libro de Rehmann sobre la visión o concepto del mundo físico del mañana[64]. Resulta incomprensible para mí, hasta qué punto es válida una discusión sobre la prioridad del espíritu y la materia. ¿Qué tiene que ver la materia con la estimación o el desprecio? ¿Cómo pueden emplearse tan valiosos conceptos en la realidad sobre la composición de la materia? Si así fuera, podrían considerarse estimación y desprecio como elementos insustituibles para la subsistencia de la esfera terrestre.

No me parece mucho más lleno de sentido el problema sobre situar a mayor nivel el espíritu o la materia: como la materia, el espíritu está presente; pesar ambos comparativamente, sería, a mi entender, tan poco lógico como preguntar qué tiene más valor, si el agua o el triángulo isósceles.

Tengo mis dudas de que pueda llegar a ser decisiva la idea sustentada por Rhemann de que la materia es el principio del espíritu. Se podría aquí formular el aserto contrario: es decir, que el espíritu es la premisa de toda materia, por lo menos, si se acepta un acto creador como origen del ser en cualquier forma..., pero esto tampoco podría, en realidad, probarse.

Por lo que atañe a los fundamentos de la física, es tan indiscutible que la física se ocupa de lo material como el hecho de que el hombre tropieza en su investigación con fronteras que no son investigables, o mejor dicho, que se escapan a toda investigación y que seguirán escapando aun cuando se consiga llevar aquellas fronteras más allá, Y es precisamente ahí donde obra o comienza el choque con el desconocido —eternamente desconocido— espíritu... Espíritu en el sentido de una fuerza espiritual, por lo menos para mi. Bajo esta consideración, ciertamente, es el espíritu entonces lo primario, pero sin que ello quiera significar una valoración, puesto que tal valoración carece aquí de lugar alguno.

Transcribo del libro «Mil y una sabiduría», con sentencias recogidas por Rolf Italiaander en Arabia:

«Colocad vuestras tiendas muy separadas, pero acercad vuestros corazones.»

«Quien gusta de la miel tiene que tener paciencia con el aguijón de las abejas.»

---

[64] "Das physikalische Welt von Morgen" (El mundo físico del mañana), de Günter Rehmann.

«La herida hecha con el hierro, cura; la herida hecha con la palabra no cura nunca.»

Entre estos aforismos, bastante válidos en general, surgen muchos exóticos y extraños para nosotros; pero esto contribuye a aumentar el encanto.

* * *

Muy rápidamente otra nota divertida: la esposa de un ministro de Ghana compró en Londres, sin mucha discusión, una cama de oro puro. Su precio: 32.000 marcos. ¿Tienes tú una cama de oro puro? (muchas risas).

* * *

31.3.1962

Un pintor extendió en Londres, en un patio trasero, un lienzo de unos diez metros de largo y distribuido por el mismo 142 tubos de óleo, además de diez litros de pintura líquida. Luego circuló arriba y abajo por el lienzo con un viejo automóvil. Apenas efectuado esto, vendió ya dos metros de la «obra» a un «aficionado al arte», por valor de 1.760 marcos. ¿Por qué no? El alma creadora no necesita utilizar imprescindiblemente un pincel como instrumento para su expansión. Cilindros, mazas, ejes de cigüeñales, ruedas dentadas, ejes y cámaras de goma son únicamente medios algo más complicados y detallados; así, algo a lo que se califica de pintuia aparece tal como se ve. Más abstractas que algunas pinturas hechas a pincel es imposible llegar a ser. Poseedores de almas sensibles: así progresa —con o sin automóvil— y se fabrica a metros el arte moderno.

Peores son acaso los no-deseosos-de-ser--abstractos, sino de expresar-algo-concreto; he visto la reproducción de un cuadro de Henri Matisse de principios de siglo, que fue incluido hace poco en colección pública, es decir, readmitido, pues el director de la galería, hombre de la «vieja escuela», lo había vendido arbitrariamente, para cólera de los partidarios de las «nuevas escuelas», ahora triunfantes (sonríe). Lamentablemente, los «grandes sacerdotes», que son los entendidos, no estuvieron unánimes en el algo circular que aparecía en la mitad superior, libre en el espacio; durante muchos años se consideró como «gorra»; ahora es cada vez mayor la tendencia a considerarlo como algo «cerámico». Un periódico desplegado de la cerámica-gorra que tiene —según se asegura formalmente— que derivar hacia el jarrón, identificable con gran precisión, que contiene —según se afirma— la esencia filosófica. Esta obra, abiertamente expresión de una época, fue comprada por la pequeñez de 500.000 marcos (250.000 fueron dotados por un entusiasta y los restantes 250.000 proceden de los fondos públicos).

* * *

Al hijo 31.3.1962

Con respecto a la construcción de casas, he tratado de hacerme una idea de lo que se realiza en este campo de actividades. Es para mí enigmático que desde hace mucho tiempo, es decir, desde el principio de la construcción en la Alemania Occidental, no se haya utilizado la construcción mediante elementos prefabricados. Al decirlo, pienso menos en las casas individuales, en las que, como muy bien opinas, queda expresada la intensa tendencia germana hacia lo individual, sino en los bloques de alquiler de múltiples pisos en las grandes ciudades, que, montados por elementos prefabricados, hubieran sido construidos con mayor rapidez, reduciéndose asimismo los costos. En tal case, \ tendencia individualista no hubiera jugado papel alguno, ya que las viviendas por pisos hubieran podido ofrecerse, en todo, caso, una vez terminadas y construidas según una norma preestablecida. Otros países así lo han hecho; de esta manera han construido los suecos bloques de diez y más pisos, según me ha sido dado leer recientemente. Para el ensamblamiento de las diversas partes se utilizan grúas y otros medios especiales. También en la Alemania Oriental, o por lo menos en Berlín-Este, se han construido estos bloques, cada uno de diez pisos y formados de elementos de cemento armado. He visto una fotografía muy impresionante de la fabricación en serie de estas partes: en el centro, dos raíles para la grúa, que corren con el transporte de la carga hasta el lugar de construcción. Si los habitantes de estas construcciones prefabricadas están satisfechos o se quejan, por el contrario, de algo, es cosa que lamentablemente no consta en el texto. De todas maneras, tales lamentos no podrían, de producirse, afectar en lo fundamental las ventajas de semejantes construcciones. Otra ventaja podría introducirse especialmente en las mismas, que no ofrecen siquiera las viviendas individuales: el aislamiento contra el ruido, que es algo que jamás se atenderá bastante, dada su repercusión sobre el sistema nervioso del hombre de hoy. Por tu parte, pareces

interesarte especialmente en esto último. No cabe duda de que suscitará sus problemas, sobre todo si se prevé una variable conjunción de las partes para complacer las diferentes apetencias individuales..., pero poner toda la razón y reflexión al servicio de las soluciones, produce en definitiva mayor satisfacción y complace a quien efectúa la tarea.

* * *

8.4.1962

Sí; es bonito el humor, el humor en todas sus variedades: aquél que tiene su carta de naturaleza aquí, en el norte, aunque de vez en cuando se mezclen en el mismo unas cuantas gotas ácidas..., y el meridional, que con frecuencia es más amable, que no hiere con tanta facilidad, acaso por las propias formas de su juego. Que te haya ganado tan completamente el alemán del sur me complace, aunque haya sido, como supongo, un tanto contra tu voluntad. Tan sólo me apenan los hombres enteramente impermeables al humor: tienen dificultades en la vida y dificultan, asimismo, la existencia de quienes les rodean. Su ser aparece como de hojalata, semeja a un tambor con la piel rota, incapaz de dar un tono cálido. Son la propia sobriedad en persona y presumo que les ocurre lo que corre parejas con la falta de humor: ser incapaces, también, de cualquier apasionamiento.

* * *

22.4.1962

Te felicito por el diploma de ingeniero.., Sí; a ti, a ti en primer lugar. Te agradezco de todo corazón que hayas hecho posible los estudios del retoño y que alcanzara el final de esos estudios, a pesar de todas las dificultades y obstáculos. Aunque no conozco con detalle los varapalos recibidos a io largo del camino, puedo perfectamente imaginármelos.

Me decías en la carta precedente que el muchacho tenía el plan de combinar el tiempo de prácticas que deberá pasar en una construcción con la estancia de un año en África, en el marco de los programas de ayuda al desarrollo. Al parecer, estás muy poco entusiasmada con la idea de tan larga separación, si bien el alejamiento resulta un tanto relativo en este mundo de los aviones a reacción.

Observado desde el punto de vista de la actividad profesional, aliento bastante comprensión por su marcha a lejanos países y el deseo de dejar allá profunda huella. Le felicitaré cuando este anhelo se haga realidad. Pero se precisa para ello haber llevado a cabo un completo aprendizaje, reunir experiencias, seguir formándose en la práctica además de efectuar los ejercicios teóricos, superar lo poco habitual y lo desconocido, tratar con gentes de otra completa formación v vencer considerables dificultades y obstáculos; todo ello en una escala mucho mayor a la que tendría que superar en su país.

* * *

Al hijo 22.4.1962.

¡Mi querido ingeniero diplomado! Ahora eres uno de ellos. Has plantado así un hito en el camino de tu vida; has alcanzado un hermoso título, que no solamente suena bien al colocarse antes del nombre, sino que es un certificado de capacitación con firma y sello.

Uno de aquí, que frecuentó él mismo la Escuela Técnica Superior y en ella ejerció la actividad de ayudante, me aseguraba que el examen, con sus exigencias, no es ciertamente fácil, pero que vale la pena pasarlo, por lo considerable que es la reputación del título.

Con mis felicitaciones por la terminación de los «años de aprendizaje» van mis mejores deseos para la aplicación con el mayor éxito de lo aprendido a lo largo del extenso camino de la vida. t

* * *

29.4.1962

Para mí resultaría una idea insoportable asentarme un año en el África tropical o subtropical, como Buz desea; por desgracia soy «un poco» mayor que él. Respecto a tales intentos, estoy leyendo con renovado interés un ensayo sobre los «ovambos», una tribu negra del África del

sudoeste: los extranjeros se sintieron a primera vista muy horrorizados por la miseria y el primitivismo de sus viviendas, sus vestidos, de las propias personas... pero no menos sorprendidos sobre sus incansables cantos, sus risas y sus juegos; en suma, sobre su auténtica alegría de vivir. Se comprobaba que aquellas gentes eran profundamente felices. Pronto intuyeron que a los blancos les ocurría otra cosa, bajo el peso de sus muchas ideas y experiencias, dependientes en todos los casos de la posesión del dinero y los bienes. Se dieron cuenta cuando el «gran padre» y la «gran madre» —como llamaban a los dadores de trabajo alemanes de acuerdo con los viejos términos paternalistas, aparecían agobiados por las preocupaciones. Se esforzaron así en inculcarles su alegría de vivir, de no pensar en mañana y gozar del día presente con todas sus alegrías. Aquellos nativos tenían un mundo de ideas completamente infantil, mezclado con la sabiduría de viejas tradiciones y experiencias y su vida transcurrida en las fragosidades de la selva virgen.

Pero la labor de los misioneros, tanto evangélicos como católicos, quitó gradualmente a los «ovambos» este asidero interno. Con anterioridad habían vivido para la progenie y para el linaje. No conocían el egoísmo. Pero las iglesias colocaron al individuo en el punto central; el hombre tomó una esposa, los hijos pasaron a pertenecer a los padres; se desintegró la parentela, que abarcaba bastante más que la estricta familia y se abandonó a los viejos, que murieron de hambre. Los misioneros quemaron, como si fueran «ídolos», a las figuras talladas en madera en las que los «ovambos» veneraban el alma de los muertos (¿cómo pudieron hacerles creer que las imágenes de Cristo no eran «ídolos», me pregunto?), se destruyeron los tambores y los adornos corporales y prohibieron asimismo la celebración de las fiestas ancestrales.

Todo esto tenía que tener un civilizador final... «¡Tenía!» Pero cuando en medio de una gran sequía comenzó a caer un aguacero solicitado por el mago, aquello significó «el triunfo del mago sobre Cristo». Durante cien años habían acudido los «ovambos» a los templos; un solo aguacero lo borró todo; los viejos «ídolos» se tallaron de nuevo; se sacrificaron carneros para obtener el beneficio de la lluvia y se hicieron las antiguas invocaciones. A pesar de ello, el antiguo orden social no volvió a imperar con sus bendiciones; el individualismo había dejado su influencia y aquellas gentes son hoy mucho menos felices que anteriormente. (Me temo que cuanto con la mejor intención les fue clasificado como pecado, no lo entendieron más que unos pocos).

Uno de los «ovambos» había estudiado en Europa, exigió que tras la «independencia» no les dieran tractores, nada de máquinas complicadas ni caros bienes de equipo; mucho mejor era obtener consejos para una adecuada utilización de la tierra; aperos sencillos, abonos, un mercado para el ganado... aquello beneficiaría conjuntamente a todo el pueblo. El autor del libro que leí, comprobó como trabajaban pieles *y* pellejos para su ulterior suministro a la industria europea. Ajustada así a las características de los distintos países debería suministrarse toda la «ayuda para el desarrollo»; solamente de esta manera se evidenciarían sus posibilidades y límites en las experiencias prácticas.

* * *

20.5.1962

He visto la fotografía de una moderna «torre de iglesia», por cierto construida no lejos de aquí, recubierta con figuras trazadas sobre el cemento armado, semejantes a los jeroglíficos y sin duda con idéntica finalidad que estos ¿Pero qué significado tiene eso entre nosotros?

En Egipto lo considero válido. Aquí, en nuestro paisaje, me parece tan a contrapelo como si se elevara un templo griego o cualquier otra construcción inspirada en su norma arquitectónica. La diferencia estriba en que los modernos jeroglíficos tienen que ser originales, mientras que el constructor del templo griego debería cultivar la antigua tradición constructora clásica. Porque en mi opinión, tan sólo el cultivo de las formas de la tradición propia justifica la innovación, siempre que se mueva dentro de una evolución prudente. Sólo así podrán conservar los paisajes civilizados su propio aspecto individual y los pueblos, su peculiar característica personal.

Si se elevan por doquier los mismos rascacielos, con o sin jeroglíficos; circulan las gentes idénticamente vestidas; se habla el mismo y mal inglés básico y en idénticas calles y con los mismos medios publicitarios, aparecen los mismos anuncios del Coca-Cola, suena el mismo jazz por altavoces y en todos los lugares se degustan los mismos menús; en los hoteles, no creo en tal caso que alguien sienta necesidad alguna de viajar todavía a países extranjeros.

* * *



Ilustración 5 - Hess, a la derecha de Hitler, en el «Día de la juventud» en 1938.



Ilustración 6 - Hitler, es recibido por Hess, a su llegada al estadio de Nuremberg.



Ilustración 7 - Puerta de la cárcel de Spandau.



Ilustración 8 - Galería de la cárcel de Spandau y en cuya celda n.° 7 cumple su condena Hess.

3.6.1962

Las opiniones sobre el fumar difieren sorprendentemente cuando no se contraponen. No puede discutirse el hecho de que existan fumadores que alcanzan una edad fabulosa aunque lo cierto es que tampoco se sabe a qué años hubieran podido llegar de no haber fumado (sonríe). Pero también es indiscutible que la «condición» física es mejor sin nicotina. Lo prueba el hecho de que todos los deportistas que se preparan para una importante prueba, futbolistas, remeros, etc., son obligados por sus entrenadores a renunciar durante meses enteros al alcohol y el tabaco. No se les exigiría tanto a los «pobres» en el caso de que no entrañara evidentes riesgos.

Exceptuados estos luchadores por los laureles del triunfo, soy de la opinión de que debería dejarse a cada cual en libertad para que obrara como quisiera. Comprendo perfectamente que alguien diga: prefiero seguir en el deporte algo rezagado o mantenerme por completo apartado del mundo de las competiciones que renunciar a fumar, cosa que me proporciona un placer incomparado a cualquier otro.

Pero muchos otros mantienen un punto de vista que difiere considerablemente de este: leí recientemente que un gran director de orquesta, Furtwängler, consideraba el fumar como una falta de autodominio, como la expresión de una mínima fuerza de voluntad. Al leerlo pensé que los artistas necesitan casi siempre de estos estimulantes y son débiles en las cosas de la carne, por lo menos en su mayoría. Quizás fuera el caso de Furtwängler completamente contrario, ya que era un apasionado y excelente esquiador, que deseaba con toda seguridad mantener una excelente forma física... era esquiador, aunque es seguro —por desgracia— que dada su edad, no puede ya serlo. (Por desgracia, porque también «otros» han alcanzado esa edad).

Po lo que atañe a tu sospecha de que la confusión en los períodos de lluvia y calma tiene su relación con las últimas explosiones experimentales atómicas, es algo que considero posible. No doy por válido el argumento de que en comparación con la atmósfera total de la Tierra, es muy débil la exhalación de calor o la expansión radiactiva para que obre efecto alguno. ¿Por qué no podría producirse, a escala mundial una dosis apenas mensurable, algún efecto, tal como lo producen en el campo de la medicina las dosis homeopáticas ? Pero a pesar de que no son solamente los profanos quienes relacionan causas y efectos, sino también altas autoridades en materia científica, que han reiterado una y otra vez sus advertencias, se sigue comineando, hurgando y provocando el fuego por doquier[65].

Y ahora, algo divertido para terminar: el Papa León XIII, que sabía alemán y poseía una vena de originalidad, tenía un ayuda de cámara llamado Alois, que era bávaro de naturaleza y nacimiento. Todas las mañanas cuidaba de despertarle con la siguiente frase: «Vuestra Santidad, son las ocho y brilla el sol». A lo que el Papa respondía con la frase estereotipada: «El Señor y el Santo Padre lo saben.»

Un día, Alois repitió: «Son las ocho y brilla el sol». De nuevo se escuchó la respuesta: «El Señor y el Santo Padre lo saben.»

A lo que Alois repuso: «¡Qué van a saber esos dos! Está nublado y lloviendo.» El representante de Cristo no pudo contener las risas... y con toda seguridad, también el Señor (sonríe intensamente.)

Dado el carácter de aquel Papa, no dudo sobre la veracidad de la anécdota. (Es equivocado creer que «anécdota» se trata solamente de una ocurrencia. En el diccionario «Duden» consta: «Anécdota: una historieta característica». Claro que la mayor parte de las veces tiene que fundamentarse en una faceta humorística, pero si se acentúa pertenece, a mi entender, al concepto «chistes».)

* * *

Al hijo 24.6.1962

Que hayas atravesado conjuntamente con un amigo el bosque bávaro, «para serpentear con toda lentitud por los senderos más apartados», fue una buena idea y lamento tan sólo que el tiempo hiciera que la empresa se quedara en su mayor parte en idea. Aunque no comprendo exactamente la razón: vestido adecuadamente, es decir, con un grueso impermeable y un sombrero idéntico, se puede andar horas y días enteros bajo la lluvia. Por otra parte, no todo el tiempo caen torrenteras,

[65] Escrito antes de llegarse a la suspensión de pruebas nucleares. (N. del T.)

sino que se producen de vez en cuando algunos claros. El panorama que se tiene en un valle o desde una elevación sobre los picos y las cimas —por doquier surge el vapor y la niebla se rasga en jirones— resarce con su peculiaridad las muchas horas de humedad y limitada visión. El aire, saturado por la lluvia, es más agradable, precisamente cuando se trata de efectuar largas excursiones y, por lo que a mí respecta, lo prefiero al tiempo claro y el calor.

Me hago perfecto cargo de lo agradable que es hoy en día, cuando las carreteras principales y hasta las secundarias, están llenas de automóviles, con sus gases y su ruido, disfrutar de la atmósfera límpida de los solitarios y reposados senderos del bosque, recorriéndolos con el andar rítmico de la marcha y bajo el techo de las copas de los árboles; los trinos de los pájaros hacen todavía más intenso el silencio circundante... Según puedes comprobar, tan solo el pensamiento despierta en mi interior la vena lírica (sonríe).

El placer de la marcha a pie parece haberse acrecentado en los últimos tiempos. El hijo menor de uno de mis colegas —está a punto de obtener el título— organizó con uno de sus compañeros y durante las vacaciones, un «Paseo a Sira-cusa», impulsado por el relato de viajes de Seumes, del mismo título (el encantador librito se encuentra en nuestra biblioteca familiar); Seumes lo escribió a finales del siglo XVIII y principios del XIX, pero podría parecer en parte de hoy, tan moderno es su estilo de expresión.

Los viejos consideramos que la idea de recorrer diariamente treinta kilómetros por las carreteras de Italia, no dejaba de resultar peregrina. Pero los dos, en cambio, anduvieron por caminos secundarios, con pocos automóviles, aunque soportando, eso sí, un calor agobiante, con el polvo hasta los tobillos y no sin sufrir extensas llagas en los pies. El padre recibía puntual información sobre tan singular viaje, pero absteniéndose en todo momento de expresar cualquier pensamiento o dar un consejo, puesto que aunque se den con toda cautela, basta exteriorizarlos para que los señores hijos hagan justamente lo contrario (sonríe intensamente). No me cabe la menor duda de que eres por tu parte la excepción de los señores hijos (sonrisas más intensas todavía).

Una prueba como ejemplo: tu carta demuestra que has escrito sin comas. O bien has olvidado que existe semejante signo de puntuación o la máquina utilizada carecía del mismo (sonríe). ¿Qué ocurriría si la utilizaras de vez en cuando? Ayuda a la claridad. No usarlas puede parecer más moderno, si bien puede inducir también a errores por parte de los lectores rápidos. En tu carta leí algo sobre una catedral «que a los veintidós años de su destrucción en un ataque aéreo fue solemnemente consagrada en presencia de la reina inglesa.» Faltaban todas las comas. En el caso aludido se comprendía lo que había querido decirse, pero no ocurre igual en todos. ¡Vuelve en ti! (sonríe).

Estoy leyendo o mejor dicho, estudiando, un libro por encima de todo elogio: es «El arte del estilo. Un manual de la prosa alemana.» El libro está escrito con tanta claridad como viveza y resulta ejemplar por sí mismo. Es una antología de frases y párrafos que pueden considerarse positivos o negativos, la mayor parte procedentes de las obras de grandes escritores, y todo ello salpicado de divertidas anécdotas (de allá procede la de León XIII y su ayuda de cámara Alois).

La lectura es un puro deleite desde principio hasta al fin.

Me han impresionado especialmente las opiniones que se expresan sobre el problema de los vocablos extranjeros y sobre todo, sobre la germanización de aquellos a los que no puede renunciarse; en estrecha vinculación con este tema se aborda asimismo el de su inclusión precisa en nuestro idioma. Tan sólo si escribimos esos «vocablos huéspedes» como palabras alemanas, quedarán legitimados para adición a nuestro acervo lingüístico, puesto que sólo así le resultará posible al hombre sencillo escribirlos acertadamente, hablarlos y comprenderlos.

Si se quisiera escribir una historia de la tontería, la manera con que incluyen actualmente en el idioma alemán los vocablos extranjeros ocuparía un lugar de honor. En el bajo latín se escribió el sonido «ph» de los vocablos griegos sencillamente con una «f». En la actualidad, italianos, españoles, escandinavos y eslavos proceden idénticamente. En los países latinos «philosoph»[66] es «filósofo». Escribimos de una manera completamente ilógica «Fasan»[67], «Elefant»[68] y «Efeu»[69], prescindiendo de la «ph», a pesar de que son vocablos originarios del griego, pero quien escribiera

---

[66] Se conserva obviamente la palabra alemana para que el lector entienda el sentido de la reflexión. (N. del T.)

[67] Faisán.

[68] Elefante.

[69] Hiedra.

«Filosof»[70] pasaría por un iletrado cretino.

El sonido «o» lo escribimos en ocasiones con «ow», «oa» o «au». ¿Quién tropieza hoy con «Büro»[71] en vez de «Bureau»? ¿Por qué no «Kor», en vez de «Korps»[72] ya que la antigua «C» fue cambiada en «K»? ¿O «Kakau»[73] o «Klaun»[74]. En la palabra «Schokolade»[75] hemos antepuesto Ta «S» a la «ch». ¿Por qué no decimos, por tanto, «Scheff»[76] o «Scharm»[77].

¿Qué podría oponerse a que se escribiera «Tron» o «Teater»[78] cuando nadie comete ya la tontería de escribir «Hausthor»[79] como hace sesenta años?

Los griegos conocían solamente un sonido de «i»: la «y». Sería, por tanto, más lógico escribir «Hüdrant» y «Hüazinte»[80]. Quien considere esta propuesta un tanto singular, debería tener en cuenta que la manera con que escribimos y hablamos los vocablos extranjeros, es por completo arbitraria, falta del mínimo rigor científico y contradictoria. Todos los grandes lingüistas alemanes se muestran favorables a la germanización de semejantes vocablos mediante su escriture: y su pronunciación a la alemana. (Reiner justifica esto enteramente).

También estoy de acuerdo con su propuesta de simplificar la palabra «Elektrizitát»[81] por «Elk», puesto que su origen se encuentra en el «electrón» griego. Y celebro la posibilidad de cambio que Reiner no señala pero que resulta a mi entender completamente lógica: en vez del desagradable vocablo «Elektrifizierung», se trataría de decir simplemente «Elking»[82].

* * *

8.7.1962

En la crítica de un libro veo que el autor —él mismo diplomático de uno de los dos países anglosajones— se pronuncia decididamente contra la formación como juristas de las jóvenes promociones de su carrera, puesto que «la diplomacia es un arte».

Pienso que esa advertencia atañe a todas las profesiones, es decir, aquellas que requieren de los actuantes en sus altas esferas (y el comercio no es una excepción) efectuar tareas de dirección y tomar decisiones para las que se requiere intuición, es decir, capacidad para obrar de acuerdo con la misma, complementada por tacto y «olfato». Esto aparece, empero, en contradicción con el pensamiento y obra que preside habitualmente la formación de los juristas y se desarrolla su espíritu, que más tarde tendrá que habérselas con párrafos y rígidas normas, así como con estrictos clisés que serán las herramientas manuales —o mejor dicho, las herramientas espirituales— de su trabajo.

No significa lo antedicho que una mente rectora deba carecer de conocimientos jurídicos, puesto que más bien podría decirse lo contrario, aunque solamente fuera para independizarse de los expertos juristas y poder formarse una opinión propia en los asuntos concernientes a este campo. Pero lo cierto es que no debería efectuarse en el caso de los diplomáticos el estudio del derecho, contenido principal de su formación; no deberían ser unos «juristas por entero». Que ello podría servirles como elemento auxiliar, es evidente; pero tan solo en un sentido de apreciación y consejo, nunca como algo decisivo: las decisiones ejecutivas pertenecen al «artista».

Como siempre, también aquí hay que hacer las correspondientes excepciones: hay personalidades dotadas de una capacidad destacada, acreditada en todos los aspectos, diplomáticos de éxito y sobresalientes estadistas, cuyo espíritu subsiste soberano y agudo, que conservan una «sana comprensión humana», a pesar de tener tras sí una rígida formación jurídica. Pero a pesar de estas famosas excepciones que confirman la regla... nada queda alterado en lo fundamental.

---

70 Filósofo.
71 Despacho.
72 Corporación.
73 Cacao.
74 Zarpa.
75 Chocolate.
76 Jefe.
77 Encanto.
78 Trono y teatro, respectivamente.
79 Puerta de la casa.
80 Jacinto.
81 Electricidad.
82 Electrificación.

* * *

29.7.1962

Sigue asombrando la previsión con que obra la Naturaleza. Un ejemplo: un insecto pone los huevos en los guisantes mientras estos son suficientemente tiernos para dejar penetrar el aguijón ponedor. Del huevo se desarrolla una larva, que a su momento justo, antes de que el guisante endurezca, consigue abrirse, devorando el alimento que se le ofrece en abundancia, un paso hasta la pared externa; en esta pared externa abre un orificio enteramente redondo. Ambas cosas son necesarias para que la larva opere su metamorfosis en gusano y a pesar del endurecimiento interno del guisante le sea posible salir al exterior; el último cierre del corredor salta gracias a la menor presión como una tapa o rebanada. La larva ha recibido, pues, como herencia el impulso para comportarse así. En la naturaleza organizada el ser se desarrolla por tanto de una manera constante y preestablecida, enteramente discreta; tan solo en casos idóneos resulta de carácter espectacular. Cada célula lleva desde el principio de la trayectoria de su desarrollo, si es que puede decirse así, un programa trazado en sí, orientado en determinado sentido y con ello se diferencia del desarrollo de las otras células, que originariamente no guardan ninguna diferenciación en sí mismas. Y hasta en sus mínimas particularidades, el todo está constituido por esta legión de diferentes células, conjuntadas desde un principio para el mantenimiento y la armoniosa progresión de lo que aparece como necesario. ¡Enigma sobre enigma! ¡Milagro sobre milagro!

* * *

Al hijo 19.8.1962

Reiner emplea en su «Arte del estilo» frases corlas. No quiero desaprovechar la ocasión para expresar la prevención sobre ello; Reiner denomina «frases asmáticas» a las que son muy breves y aparecen colocadas unas junto a otras, a pesar de que exista una relación interna entre sí, expresada en las frases siguientes mediante una coma o un punto y coma. El estilo asmático se hace a la larga —hay escritores que lo utilizan fluidamente— penoso, aburrido y ofrece una especie de resplandor siempre idéntico, sin claroscuros. Ejemplo:

«Ningún hombre sabe porqué el castillo está en silencio. Donde celebran los señores su ruidosa caza.» (Agnes Günther).

«Nadie nos molestará. Hasta que llamen a la puerta.» (Novack).

«Me asustan las ratas. Siento asco.» (Ganghofer).

Las dos últimas frases están conceptuadas por él como faltas de sentido; la separación es inconcebible.

Y lo que no carece de menor valor: a mi entender el esfuerzo de expresión significa un entrenamiento de la voluntad, ejercitar el dominio de sí mismo y disciplinarse espiritualmente.

Goethe llamaba la atención sobre la influencia que el lenguaje ejercía sobre «el concepto científico del mundo». No cabe duda de que las cosas hubieran sido muy diferentes si en vez del latín hubiera perdurado en la ciencia el griego. El griego era «más ingenuo y mucho más adecuado para una exposición más natural, más serena, espiritualmente más rica y más estética.» No se «determinaba, comprobaba y evidenciaba nada, sino que evocaba una significación de la materia en la fuerza de la imaginación.» Es interesante comprobar en este sentido que Herder calificaba al idioma alemán de un «hermanastro» del griego.

Por mi parte considero que precisamente por lo que Goethe asegura sobre las características del griego y lo que reconoce en la esencia del latín, que la lengua de Roma es la más apropiada para la ciencia. Facilita las más severas formulaciones, con la consecuencia inmediata de obtener una idea mucho más clara.

Esto abonaría en pro de la continuación de la asignatura de latín en la escuela o bien por restablecerla de nuevo en aquellas de las que se hubiera suprimido. Lo que antecede no obsta para que me pronuncie contrario a que los alumnos lean muchos autores latinos en su idioma original y se les obligue a su traducción. Considero esto como un exceso, tanto más cuanto según lo que leo o escucho de mis compañeros, se exige demasiado a los cerebros que todavía se encuentran en un franco período de desarrollo. Traducir idiomas extranjeros significa para los medianamente dotados —ya que lo que excede a la media no debe ser considerado como norma— tan intensa concentración

que apenas resulta posible la exacta trascripción del original. Encima de ello, hay que considerar que con eso se desnaturaliza el gusto hacia semejantes lecturas, quizás para toda la vida; igual ocurre con la mala utilización de obras de literatura alemana para su análisis o como tema de composición. La formación humanística mediante la apropiación de aquello que nos legaron los más significados espíritus de la antigüedad, se consigue mucho mejor mediante buenas transcripciones en la propia lengua materna. Es posible comprender así con precisión lo que quisieron decir, tiene su razón meditar en ello, trabajar sobre aquellos textos y considerarlos vigentes, por lo menos en algún determinado aspecto. Sólo ocasionalmente debería procederse a la lectura de algún fragmento en idioma original para tener una idea de las particularidades del estilo, puesto que especialmente en lo que atañe al latín, con sus formas susceptibles de concentración en pocas palabras, difícilmente puede verterse con exactitud y corrección a otro idioma.

Con gran placer leí últimamente la edición alemana de los diálogos y las cartas de Cicerón y sobre todo, la «Guerra de las Galias», de César. ¿Recuerdas —estoy seguro de que las has leído— la descripción del puente que los romanos tendieron sobre el Rhin? Como ingeniero de obras subterráneas y también constructor de puentes, te habrá interesado aquella labor tan gigantesca para aquellos tiempos: en Neuwied, de cuatrocientos metros de longitud, con pivotes apuntalados para rechazar los troncos de árbol que los germanos arrojaban corriente abajo. En conjunto, el trabajo se llevó a efecto en el plazo de diez días. Con el paso del río por su ejército, consiguió César imponerse a los germanos e impresionar a cuantos, tanto en la antigüedad como en la época presente, han tenido noticia de su construcción.

* * *

28.10.1962

Cuanto informas a los visitantes sobre la historia de la familia de pintores Modersohn, tanto en general como en lo que se refiere a las obras de que consta vuestra galería, me interesa extraordinariamente y puedo hacerme una idea exacta. Me he permitido buscar algo sobre ellos en la Historia del Arte de Springer. No consta demasiado; ni siquiera se menciona a la señora Paula Modersohn-Becker, cosa que no resulta sorprendente puesto que la obra data del año 1907.

Ante mí tengo un nuevo libro de fotografías: se trata del titulado «El hermoso paisaje de las siete Suavias; Allgäu y el Lago de Constanza.» Espléndidas fotografías en grandes reproducciones, pero lo más apropiado para producirme dolor en el corazón. Entre otras cosas, una «Vista de la carretera del Joch desde Hindelang, en el valle del Ostrach; en el fondo, el grupo de los Hörner y los montes del Nagelfluh, en Immenstadt.» O también «Herreros en el valle del Ostrach; durante siglos, el oficio solamente se practica en invierno, puesto que durante el verano son los artesanos, pastores o queseros en los pastos alpinos.»

Compruebo asimismo en el libro algo que no sabía: que la segunda sílaba de «Allgäu» era originalmente «geäu». ¿Un vocablo compuesto, como «Gebirg»[83], «Gefild»[84] o «Gebüsch»[85]? ¿Una acumulación de «Auen», en la que los agos taderos o los pastos[86] sirven para la sílaba All»? ¿Sabíais algo sobre ello? Pues ya era tiempo de que lo supierais.

* * *

Al hijo 4.11.1962

En el prólogo del libro de Vershofen, «Economía como destino y tarea», escribe el autor que la mayoría de las personas se encuentran respecto a la economía en la situación de un semisalvaje que estuviera en posesión de una dinamo y solamente hubiera aprendido las imprescindibles nociones, que no tuviera la menor idea de la propia esencia de este suministrador de energía, sin aludir a la de la propia energía en sí, es decir, la electricidad. Mientras no ocurren averías, todo funciona bien, pero lo malo es cuando se producen y se hace necesario entender el mecanismo mismo del funcionamiento.

Pero es el caso que esos «semisalvajes» tienen que tomar decisiones cada vez más frecuentes

[83] Montaña.
[84] Campiña.
[85] Maleza.
[86] Agostaderos y pastos son "Alpen", palabra que da su nombre a la cordillera alpina.

en lo que respecta a los dominios de la economía, puesto que presuponen haber entendido estos organismos, tan complicados hoy en día. Claro que es tan solo mientras no se producen averías, puesto que de otra manera, etc., etc.

Mediante oraciones y fórmulas mágicas, una dinamo defectuosa no vuelve a ponerse en marcha y mucho menos mediante la violencia, puesto que ello haría que algo fundamental volviera a romperse. Llevado, pues, del propósito de hacer comprensible el mecanismo de la «dinamo» y evitar de esta manera las consecuencias fatales de su ignorancia, se ha tratado de hacer del libro en cuestión una especie de «breviario para legos» de la ciencia económica, «tan sencillo y comprensible como sea posible».

La realidad es totalmente diversa: abstracto y árido hasta el máximo, sin que se haya extraído ninguno de sus ejemplos de la vida cotidiana; también ha olvidado el autor su facilidad, manifestada en el prólogo, para conseguir imágenes de fácil comprensión. A pesar de que no puedo considerarme como absolutamente lego en la materia, tengo que confesar que los poco o nada versados en la materia cerrarán pronto el libro... cosa que pienso hacer, con toda seguridad, también antes de llegar al final. Y de esta manera se habrá frustrado antes de nacer el intento de civilizar a los «semisalvajes».

* * *

Desde el punto de vista de la difusión, la novela histórica tiene una cierta justificación, en especial cuando los lectores se ven estimulados por la misma a penetrar en una obra puramente histórica, que no precisa ser imprescindiblemente árida para dar un contorno exacto de una personalidad o una época histórica. Un buen novelista, que se adentra minuciosamente en un tema y lo desarrolla entre las figuras de una época, tiene que facilitar a los lectores medios un cuadro mucho más comprensible que un historiador, que se mantiene en un plano objetivo y aborda únicamente aquellas cuestiones cuya veracidad ha sido suministrada por las fuentes informativas de la historia. Un escritor artísticamente dotado, por poco que posea capacidad de comprensión y fantasía, podrá dotar, basándose en exactos estudios, de tanta vida real a lo expuesto, que los lectores que tengan bastante adiestramiento y escasa fantasía propia para vivir la reconstrucción histórica, extraerán de ello más provecho. Lo mismo, aunque en mayor grado, es válido para las adaptaciones dramáticas de un genio como en el caso de Shakespeare.

Personalmente, me molesta de la novela histórica que no sé nunca con exactitud aquello que es auténtico y aquello que no lo es.

* * *

He leído un artículo sobre el problema de los viajes espaciales como posible amenaza de la investigación. El autor finalizó hace cinco años un artículo con estas palabras: «Los viajes espaciales son un triunfo de la inteligencia, pero un trágico fracaso de la razón.» En la actualidad es cada vez más de la opinión de que los resultados obtenidos y obtenibles tienen, sin duda, alguna importancia para ramas especiales de las ciencias naturales, pero no corresponden de ninguna manera a los medios invertidos; existen otros mil problemas •científicos y humanos que resultan indudablemente mucho más importantes. También científicos británicos de primera magnitud han formulado su advertencia ante una asamblea de investigadores celebrada este año: el poder tecnológico ha ganado y obtenido la supremacía sobre el impulso de conseguir un más profundo conocimiento; uno de los signos más característicos son los viajes espaciales. Los investigadores exigen que no prosiga la perturbación científica del cinturón de radiaciones de la Tierra sin un estudio fundamental de las «consecuencias posibles. La prevista distribución de trescientos cincuenta millones de pequeñas agujas a algunos centenares de kilómetros de altura producirían un anillo reflectivo que —iluminado en la oscuridad— harían invisibles para los astrónomos los objetos más débiles e interesantes y al reflejar las ondas de radio de la Tierra, dificultaría la investigación por medio de radiotelescopios.

En otro terreno, pero idéntico en su sustancia, aunque acaso de consecuencias más graves, resulta lo expuesto en un artículo del «Deutsche Atomforum»: nada se sabe sobre las posibles consecuencias nocivas de las radiaciones. Es difícil establecer la comprobación de consecuencias genéticas; podría ocurrir que se hicieran patentes tan sólo después del transcurso de generaciones.

Pero a pesar de todo ello, se sigue experimentando alegremente..., eso lo digo yo, no el «Atomforum» (sonríe).

* * *

17.11.1962

No me parece bien que tengas que ganar por ti mismo la subsistencia. Puedo acusarme de no haber provisto a ella, como tiene que hacer un honrado padre de familia. En caso de un normal desarrollo de las cosas, los míos hubieran estado cuidados, tal como correspondía a un hombre de mi situación, para el caso en que me ocurriera algo. ¿Pero, quién podía prever que iba a desencadenarse semejante catástrofe? ¿Hubiera tenido que concederme verdaderamente una pequeña duda, una falta de fe? Lo cierto es que nunca llegué a tener un pensamiento de semejante tipo.

Algo más: aun en caso de haber suscrito un seguro o haber estado en la situación de abrir una cuenta bancaria con muchos ceros, no habría servido de nada. Tras la reforma monetaria, apenas habría quedado un resto. ¿Tenía que haber contado con una inflación? ¿Quién podía dejar de tener confianza en nuestro dinero, si no era uno de nosotros? ¿Hubiera tenido que comprar fincas para efectuar de esta manera inversiones seguras y dar con ello un mal ejemplo? ¿O habría debido situar fondos en el extranjero, por desconfianza a nuestra propia economía y nuestra moneda y nuestro mismo Estado? Tengo por seguridad de que tú mismo no habrías deseado semejante cosa...

Es muy diferente lo que ocurre con los jóvenes de hoy. Han vivido o han oído hablar de que todo puede derrumbarse contra las previsiones hechas, han comprobado las consecuencias y las han experimentado en su propia carne. No hay que sorprenderse, pues, de que se les haya esfumado el impulso de asegurar los fundamentos de sus existencias. Leí hace poco un largo artículo sobre la falta de ilusiones y la indiferencia de nuestra juventud... resulta fácilmente comprensible.

Aunque consideradas las cosas de una manera global, tampoco creo que la juventud persista en el extremo en que se encuentra actualmente. Conforme se alejen los tiempos vividos y se ingrese en los normales, se aproximará cada vez más a una posición que corresponda a la nuestra. Las raíces tradicionales de nuestro pueblo no pueden quedar destruidas por las circunstancias, que pueden ser más o menos duras, mejores o peores... ¡Es ésta mi más sólida convicción!

No sólo hay que tomar a los individuos, sino también a los pueblos tal como son; en el fondo, muy pocos se dejan cambiar en el mismo núcleo de su carácter.

* * *

25.11.1962

Hace algunos días ha comenzado aquí a hacer frío y nevar; ha caído nieve durante cuarenta y cinco horas ininterrumpidamente. No he contado las horas por mí mismo, sino que lo he leído en el periódico. Nos rodea un paisaje completamente invernal; una gruesa capa blanca cubre los arbustos y los árboles. Un par de rosas, las últimas flore;-, lucen todavía bajo las blancas tocas; están heladas y tan pronto como el frío termine, la Naturaleza les mostrará que su vida era solamente aparente..., que se encontraban en estado de hibernación y se derretirán antes de terminar el año. Como puedes comprobar, este otoño francamente invernal hace que me sienta elegiaco.

«Se levanta la niebla, caen las hojas; echa el vino, pues queremos dorarnos los días grises; sí, dorarlos.» Así aparece escrito en una antología de poemas en la que también consta Storm. Espero que tengáis en las bodegas el vino que es propicio y os doréis con el mismo la existencia, olvidando las miserias del mundo.

He leído en los últimos días algo sobre estas miserias, como se demuestra en el lago de Constanza: el lago apesta, con sus aguas grasientas y turbias. El amigo[87] cuyo libro, «Una vida para el paisaje», que me recomendaste y que trataré de obtener, se alegrará muy poco de cuanto tiene que ver, sin poder cambiarlo. En vez de unos paisajes bucólicos aparecen unos paisajes civilizados, entendida la expresión en su peor sentido. En el Rhin, apenas resulta posible practicar la natación, sin olvidar lo que se refiere a la potabilidad de sus aguas... —echa el vino, que es propicio—, que pronto dejarán de serlo, puesto que cada vez es mayor su inmundicia, por causa de los residuos que se vierten en la corriente. (Sonríe..., sonríe para no gritar.)

De haber nacido una generación después, habría emigrado a la luna antes de que los queridos humanos consiguieran ponerla también perdida; me despediría desde allí de la escasa partícula de tierra que me habría quedado.

---

[87] Profesor Alwin Seifert.

La luna, nuestro más próximo cuerpo giratorio del macrocosmos y una información sobre la muerte de un investigador atómico me han inducido a la comprensión del microcosmos: es una concepción particular que aparece clara cuando se tiene, por ejemplo, un pedazo de granito en la mano. En esta masa aparentemente rígida e inmóvil, miríadas de sistemas planetarios invisibles incluso para el más potente microscopio, dan vueltas... desde hace millones de años y seguirán dándolas durante millones de años. Y en nuestro propio cuerpo, en el organismo vivo, cambiante, acoplado, perecedero, se repite el mismo espectáculo..., o mejor dicho, puesto que no resulta visible, el mismo proceso. Cada célula de nuestro organismo está compuesta por átomos, en los que gravitan los electrones en torno a un núcleo. Materia prima, por decir así, que se conjunta en diversas materias, de tal manera que aquí crece un periostio, allá una glándula que genera determinada secreción, y así sucesivamente. Todo armonizado por un designio superior, desarrollándose según unos «programas» que se complementan, se cumplen y se completan hasta que de este organismo que se perfecciona a sí mismo queda formado el cuerpo humano. Una vez formado, no deja de cambiar ininterrumpidamente, a la vez que pone al unísono las diferentes partes y fragmentos.

Pero también en su existencia procedente de una célula, en el desarrollo de las diversas fases, se obedece a un determinado «plan» establecido por un gran desconocido. Plan que se corona con un cerebro —en el que también, como por doquier, es patente el torbellino del impulso planetario—, que alcanza una perfección y le permite —por lo menos en las criaturas superiores—, echar «una mirada detrás de los bastidores» y tratar de llegar hasta «las últimas consecuencias», ideal y experimentalmente. Quizás antes de que se consiga, la Humanidad y su fundamento, la esfera terrestre, se habrán aniquilado. Pero en aquello que quede —quizás un gas ardiente —seguirán dando vueltas los sistemas planetarios en miniatura, siempre dispuestos para una nueva estructura.

* * *

12.1.1963

Según las informaciones de los periódicos, en la Alemania meridional no hace tanto frío como aquí —por la noche, el termómetro desciende hasta 20 bajo cero—, pues «corrientes procedentes del Mediterráneo» os rozan, aunque temo que, dada la altura en que habitáis, sirvan de poco.

En conjunto, el presente invierno es una pequeña muestra de cómo puede descender la temperatura, en la Europa central y las latitudes que corresponden a sus grados, a causa de alguna alteración solar, que solamente alcanza unos pocos grados. Una nueva época glacial se anunciará con idénticos detalles a los que ahora son ya advertibles: en las regiones interiores, los canales y ríos helados obligarán a volver al transporte mediante trineos, pues solamente es posible mantener abierto un camino en la desembocadura, como medio de tener libres los grandes puertos. ¿Por cuánto tiempo se conseguirá?

Si subieran, por el contrario, las temperaturas, serían tan sólo precisos unos pocos grados para que en verano se evaporara el agua, los cauces se agotaran, las corrientes caudalosas se convirtieran en secos regueros, se secaran los campos y los prados, los bosques se convirtieran bien pronto, con sus árboles secos, en focos de incendio y no saliera una sola gota de las conducciones de agua. Pocos días bastarían para que los humanos murieran de sed; no sin haber luchado ferozmente con anterioridad para conseguir los últimos restos de humedad subsistentes.

Nuestra civilización, nuestra existencia inclusive, está fundamentada en un par de grados más o menos. Este par de grados no son una simple mención teórica, fuera de toda posibilidad. Por lo menos, la congelación de la Europa septentrional y central, cuyo recubrimiento con bloques de hielo de las dimensiones de una casa, es en cierta manera una posibilidad; significa una pequeña tranquilidad el hecho de que la época glacial no advendrá súbitamente y tampoco en el transcurso de unos pocos meses, sino que su predominio requerirá un largo y dilatado período de tiempo. Los habitantes de las zonas amenazadas podrían ponerse así en seguridad, dirigirse al sur en nuevas migraciones de pueblos, aunque con toda seguridad no serían acogidos muy amistosamente por los indígenas, tanto de África como de la América Central y del Sur, o de las regiones de Asia climáticamente más adecuadas, que están ya superpobladas. Que los emigrantes llevaran consigo la ciencia y la potencialidad desarrolladas en tierras más frías y, sobre todo, la técnica, difícilmente resultaría una compensación para aquellos aborígenes.

¡Pero basta de predicciones apocalípticas! En contraposición, he aquí algo capaz de inspirar confianza: el historiador Heinrich von Treitschke, dijo, en su calidad de diputado del Reichstag, en noviembre de 1871, es decir, también después de una guerra, que a cada cual, incluidos los de

ánimo más esforzado, se les estremecía el alma al ver cómo en las jóvenes generaciones se acrecentaba el afán de lucro, el materialismo y el alejamiento de todos los ideales de la existencia.

Es, por tanto, un consuelo por completo autorizado, no mirar al futuro de una manera absolutamente sombría, puesto que ya entonces aparecía la juventud como la de hoy y como entonces —o mejor dicho, las generaciones siguientes— se «recobraron», hay que creer que nuestros jóvenes o sus descendientes volverán a encontrar un sistema de vida y una situación que nosotros, «los viejos», consideramos más noble..., pese a todos los augurios de los pesimistas de la cultura.

* * *

Hemos escuchado la «Missa solemnis» con la Filarmónica de Londres, bajo la dirección de Karajan y con la Schawtzkopf como soprano. ¿Tenéis la «Missa» entre vuestros discos?

Reparad, de todos modos, en que es mucho más hermoso, mucho más alegre con la flauta jovial, el concierto de Mozart en do mayor para flauta, arpa y orquesta, que consta con el número 299 en el catálogo Kloppel, en la serie «Artistas famosos y música inmortal». En la funda aparece una opinión de Feruccio Busonis sobre Mozart: «La más completa aparición del talento musical..., juvenil como un joven y experimentado como un viejo..., nunca envejecido, nunca moderno.»

* * *

7.4.1963

Leí en la descripción de una velada de piano la «aparición singular en la vida musical», de Elly Ney. Con una gran «fuerza impulsiva» interpretó, entre otras, la marcha fúnebre de las variaciones en la bemol de Beethoven (Opus 26), con toda su «completa grandeza».

Hemos tenido aquí, aunque solamente en disco, un extraordinario placer: escuchar el excelso concierto para violín de Beethoven, con Oistrach como solista y la orquesta de la radio parisiense. No puedo recordar haber escuchado a un violinista que haya superado a Oistrach en tocar este instrumento; fue especialmente singular en las posituras medias y profundas. Fue algo semejante a un canto, interpretado por el más hermoso «instrumento» que existe: la voz humana, desarrollada hasta su más alta perfección.

* * *

¿Habéis estado alguna vez en Kaiserstuhl? En caso negativo, no desaprovechar la ocasión si llegáis al lugar, de dar un paseito por allá; debe reinar un silencio extraordinariamente sugestivo y resultar por ello sumamente encantador; si se siguen solitarios senderos de a pie, se dominan encantadoras vistas sobre Vogesen y la Selva Negra oriental. Muy interesante desde el punto de vista geológico (terreno neo-volcánico), con la temperatura media más alta de Alemania y también dotado botánicamente con flores que no se dan entre nosotros, entre las que hay que contar las violetas blancas y las maravillosas lilas salvajes. En cuanto a los vinos de Kaiserstuhl, es mejor guardar silencio (sonríe).

¡Ay! ¡Querría poder recorrer de nuevo uno u otro rincón del Santo Reich, aunque no sea en la actualidad tan santo, pero sí capaz de ofrecernos, para nuestro goce, aquello de lo que Dios le ha dotado, en especial los vinos. (Sonríe intensamente.) Acudid en representación mía y acordaros de mí al degustar el vino. Pero pongo rápidamente punto final para no sentirme tan sentimental como si me hubiera bebido un cántaro de vino (sonrisas).

* * *

24.5.1963

Lo que me has explicado de ese encantador huésped más viejo, «Aionsieur Emile», es en verdad la mayor novela que la vida ha podido imaginar...

Antes de que llegara tu carta hablamos precisamente aquí de lo frecuentes que eran en nuestra generación, o media generación, estos tipos que alcanzan una edad alta y aparecen hasta el final satisfechos, austeros consigo mismos y con los demás, un poco toscos pero dotados de una gran firmeza. Nombraste algunos de tu familia y la mía. Alguno, a sus ochenta años, dirige todavía su institución fabril, fundada por él y llevada adelante, incluso en los momentos de mayores dificultades. Dirige todo de una manera tan personal, que incluso aquellos que aparecen como presuntos

herederos, sólo realizan funciones auxiliares, no tienen intervención en nada decisivo..., para su pesadumbre, ya que los jóvenes son mucho más cautos y escépticos que los viejos. Comentábamos también cómo efectúa viajes a través de medio mundo —¡él, un anciano!— tan sólo para ampliar sus conocimientos técnicos y sus relaciones comerciales. Pero no le basta con ello: muchas veces vuela, «para reponerse», a África, con el solo objetivo de dedicarse a la caza mayor, o también a Groenlandia para disparar contra las focas.

A la misma generación pertenece el anciano que estos días quiere apartarse de sus altas funciones o, para ser más precisos, no desea en realidad hacerlo[88]. Es del mismo corte y ley, tenaz como un jefe indio e incluso cada vez más parecido físicamente. Originalidad tampoco le falta.

* * *

De acuerdo con la edad, Picasso pertenece también a este grupo. Si se acepta o no su labor creadora o, para decirlo mejor, su actividad —«creación» resulta, a mi entender, una palabra de demasiada altura—, es cuestión de concepto y gusto.

Hace un día leí que había inventado una máquina de pintar..., ¡Por fin! Hacía posible, mediante la simple presión de los dedos sobre una tecla y por medio del tacto, llevar colores y formas al lienzo, según la inspiración del artista. Hay gentes que consideran que se trata solamente de un estafador y quiere divertirse con ello a costa de las gentes que le toman en serio. Quisiera creerlo si no aparecieran en todas sus «obras» un espíritu tan semejante. La masa de los que escriben en periódicos, así como los críticos de arte, mantienen, de todos modos, una ilimitada posición admirativa ante estas producciones. En la materia estoy de acuerdo con Hebbel, que hacía constar en su diario que había que encarcelar a todos los periodistas, pues entonces habría bien pronto muchos menos otros inquilinos de la cárcel..., opinión que sacaba del olvido un periódico, precisamente estos días.

La admiración de los escritores de periódicos y críticos de arte se amplía también en el presente momento a las «pinturas abstractas» de un chimpancé. Creo que pueden extraerse del hecho —he visto reproducido el cuadro del mono— menos consecuencias sobre la genialidad del animal que sobre el estado anímico de los humanos que pintan como él o valoran parecidos cuadros. Valor que se refleja en los precios pagados por estos cuadros, sin dejar de incluir los producidos por la genialidad del mono.

Pero éste se ha hartado de la pintura, para desgracia de sus dueños y los marchantes. Impelido a proseguir su producción, arrojó en torno a sí pinceles y tarros, con lo que demostró tener bastante más entendimiento que lo que hasta entonces hubiera podido admitirse de su condición animal.

* * *

Algo más divertido para terminar: en América se han suscitado dudas sobre si la ayuda al desarrollo y fondos similares se utilizan apropiadamente, y para ello se han decidido a efectuar las correspondientes pruebas. Así es que antropólogos, lingüistas, etc., se establecieron, con permiso de los correspondientes gobiernos, en los poblados nativos, muy bien cuidados, con conservas, baños y aparatos climatizadores. En diversas conversaciones con los habitantes de los poblados se convencieron de que los fondos llegaban, efectivamente, a sus objetivos. Hasta que ocurrió lo lamentable: antes de la llegada de los comisionados había sido evacuado el pueblo, estableciéndose allí familias de funcionarios gubernamentales que, debidamente instruidos, declaraban lo que tenían que declarar. ¿Ocurre solamente esto en lo que se refiere a los fondos de ayuda americanos y similares? (sonríe).

* * *

Ilse Hess a R. H. - Gailenberg, 11.6.1963.

Cuando recibas esta carta, te sorprenderá sin duda su brevedad. Créeme: te he escrito doce cartas y he destruido cada una de ellas.

Es estúpido utilizar muchas palabras para tener que escribir lo mismo: nuestro Afried[89] partió el pasado domingo por la mañana, tras un infarto de corazón, brevemente y sin dolor, a sus eternos cazaderos, donde sin duda su pequeño perrillo saltará gozoso delante de él.

---

[88] Referencia al entonces canciller Adenauer.

[89] Alfred Hess, nacido el 29 de marzo de 1897 en Alejandría y fallecido el 9 de junio de 1963 en Reicholdsgrun, en los montes Fichtel.

Todos tuvimos un único pensamiento: hemos pensado en ti. En los últimos años, estaba sobreexcitado por razones de salud y ahora disfruta ya de la paz que le envidiamos. El vacío subsiste y será para ti tanto más sensible puesto que en el pensamiento le echarás de menos como a todos los tuyos, como a padre y madre...

* * *

Spandau, 23.6.1963.

Tú sabes mejor que nadie lo querido que me era. Por ello has escrito y destruido las doce cartas. La última —la recibí ayer— era la justa: la simple noticia con unas cuantas palabras entrañables. Sé lo bien que lo conocías y que era para ti algo más que un cuñado.

¡Cuánto dolor tiene uno que soportar en este mejor de los mundos!

Hubiera deseado poder ver otra vez al hermanito. Temida la noticia día tras día, llegó finalmente, como hacían esperarlo sus años y su quebrantada salud. Y ahora experimento singularmente un sentimiento en el que se mezcla el dolor y el alivio; el temor ha cedido al final...

* * *

18.8.1963.

¿Tenéis un nuevo «Duden»? El nuestro es algo antiguo y para mi sorpresa, no se establece en éste diferencia entre «so wie» y «sowie»[90]; consta tan sólo «sowie» en una única palabra. Pero a mi entender, la lógica da a ambas formas una importancia diferente, es decir «so wie» en sentido igualatorio y por contra «sowie» en temporal.

Hay algunos casos en los que no se sabe en qué sentido hay que tomarlo. Así es que he leído la frase siguiente: «Fracasó su ejemplo.» O bien fracasó como su ejemplo (en cuyo caso, según mi ejemplo, debería haberse escrito «so wie») o fracasó en el momento que fracasaba su ejemplo (también yo escribiría en tal caso «sowie).

* * *

Brahms no es en especial mi favorito, pero su 2º Concierto para piano es muy hermoso, sobre todo el adagio. Escuchamos también su cuarteto de cuerda Opus 67, así como el cuarteto de cuerda de Dvorak Opus 96; ambos interpretados por el Amadeus-Guartett. Fischer-Dieskau cantó canciones de Goethe-Schubert. Furtwängler dirigió la 3.ª Sinfonía de Beethoven con la de Berlín, a la que cabe situar por encima de toda crítica.

* * *

14.12 1963.

Celebrad la fiesta como os resulte posible hacerlo. Yo obraré igual (sonríe, en especial respecto a las posibilidades). De todos modos, la buena música nos alegrará.

Por adelantado suenan «cantos gregorianos», la música sacra más antigua llegada hasta nosotros, la primera que fue transcrita y así permanece. Quizás es el canto muy monótono, pues uno de mis compañeros considera que en la alta Edad Media eran los hombres, incluso los monjes recluidos en conventos, mucho más sensibles a los mínimos efectos del arte, mientras que nosotros, los actuales, como victimas de la civilización con su aluvión de sugestiones, hemos perdido la receptibilidad para las más suaves y necesitamos algo bastante más burdo para que llegue a nuestro interior.

Hay que escuchar también tan primitiva música en su más adecuado marco; es decir, en una catedral católica, al resplandor de las velas cuyas llamas apenas se mueven; mientras todo permanece envuelto en la paz y lleno de incienso.

En contraste considerable con la dificultad de los cantos gregorianos aparece —aunque también conservada en conventos —el texto medieval de la «Carmina burana», con su desbordamiento de alegría espumeante. La música de Orff corresponde a esta alegría, pero es moderna; una música extrañamente moderna que me gusta especialmente, en contraste con la mayor parte de cuanto en la

[90] Puede traducirse por "como", "tan pronto como", "cual", "así que".

actualidad se califica como moderno y no solamente en el campo de la música.

Ante mí tengo fotografías del nuevo teatro de Frankfurt; en mi opinión, un edificio monumental debe dar en su aspecto externo la impresión de aquello para que sirve. En el presente caso hay que admitir que parece la fachada de cristal de unos modernos almacenes y en nombre del cielo, ni siquiera bonitos. Mi presente compañero no está menos entusiasmado, aunque opina de todos modos que semejante caja de cristal tiene unas excelentes proporciones. ¡Vaya! ¡Es lo que faltaba: que ni siquiera se respetara la mínima exigencia de un edificio «representativo»!

¡Y el interior! En el vestíbulo, una espantosa confusión bajo una especie de latas de conserva superdimensionales, que son sin duda los elementos de iluminación; no he tenido ocasión de disfrutar la contemplación del patio de butacas, pero estoy seguro de que no desmerecerá de lo demás.

¡Vaya humor de Adviento en el que me encuentro! (sonríe). De todos modos, quiero esforzarme en mantener hasta las fiestas la «paz en la tierra»... por lo menos en mi interior y respecto a los modernos artistas y otros muchos, aunque se merezcan enormes cantidades de irritación, ironía y desprecio...

¿Habéis visto fotografías de la «obra maestra» de la nueva Filarmonía de Berlín, en su interior y su exterior? En la arena circense de la «solemne» sala se aplaudirá y en cuanto a los grupos de espectadores, amontonados confusamente, en grupos que ascienden por las rampas, recuerdan por su colocación las viñas en los viñedos. Aceptaría esto si supiera la relación que tienen los viñedos con los conciertos. Quizás suministre un ligero indicio el hecho de que el arquitecto se sintiera impulsado por el jugo de la vid cuando se le ocurrió la idea del proyecto.

Alabo así a mis muniqueses, que no se han dado punto de reposo hasta que la antigua Opera del Estado ha quedado reconstruida, tanto en su exterior como en su interior, con el brillante aspecto de otro tiempo.

* * *

Al hijo 12.1.1964.

La historia del túnel «vuelto a emerger» en Munich —¿puede decirse así? (sonríe)— la he leído o escuchado ya una vez; corresponderá, por tanto, a la verdad[91]. Es una lástima que los zapadores dirigidos por los ignorantes «padres de la ciudad» no cayeran de improviso, sorprendidos por el milagro de la naturaleza, en la cueva del dragón bajo la calle así denominada y que estaría llena de hongos, pues este dragón moderno parece ser vegetariano. Es bueno que existan las no menos modernas organizaciones de la consulta de opinión, pues de otra manera hubiera permanecido en la oscuridad, por lo menos para el consejo municipal del capitalino pueblo con millones de habitantes (sonríe).

Tu otra «divertida historia» de la construcción de una carretera, tiene por su parte un serio trasfondo: el problema de los exámenes en general y en especial del bachillerato. Por lo que respecta a este último, leí recientemente el «pro» y el «contra» que un consejo sobre estudios superiores envió a un periódico y donde no se mencionaba el punto que considero en relación con tu historia. Me refiero al papel que puede tener la suerte y la mala suerte y que es capaz de llevar a cometer grandes injusticias, tanto en los trabajos escritos como en las preguntas orales. Sabes muy bien lo que hubiera ocurrido de haberte contado entre los examinados a los que se les puso como ejercicio el trazado de una carretera sobre el Gailenberg, pues conoces y has cruzado arriba y abajo esta montaña como tu propia casa. ¡Qué privilegiado hubieras podido aparecer ante los condiscípulos! Por el contrario, puede ocurrirle a uno recibir un suspenso en la especialidad de que se examine, quizás como resultado de un promedio de asimilación efectivamente inferior, o acaso por efecto de una simple casualidad que le haga vacilar en el momento de expresar determinado punto de la materia solicitada; no cabe duda de que esto último puede ocurrir. Puede ocurrir también que se encuentre bajo el signo de una «estrella nefasta» o perseguido por un momentáneo fluir de la mala suerte. Puede pasar que en muchas materias aparezca brillante y falle en alguna en la que sobresalgan otros compañeros que sepan bastante menos que él. ¡Qué injusticia.' Por lo menos no debería ser decisivo un ejercicio o no tan sólo los ejercicios efectuados en un sólo día, sobre todo por lo que se refiere a los períodos de suerte y desgracia en la vida de un hombre (que científicos «serios» discutan sobre ello significa ya algo) así como también acerca de los distintos estados de ánimo y las cambiantes

[91] En Munich fue "descubierto" de nuevo un trayecto de túnel para metro, construido antes de 1945.

disposiciones espirituales, en especial entre los más dotados, que son con frecuencia los más sensibles.

¿No sería más justo, en vez de efectuar los exámenes de la titulación en el transcurso del último año y también de los dos últimos cursos, redactar una entera serie de trabajos como exámenes y sacar de ellos la consecuencia? En lo que concierne a la cultura general —considero que los exámenes sirven también para establecer el nivel de la misma— podría un grupo de examinadores plantear problemas decisivos a los examinados o mejor, discutirlos con ellos para examinarlos con todo desahogo. De ello saldría efectivamente la impresión que plantea la madurez espiritual: pensar con aptitud, resolver problemas y no atenerse tan sólo a datos y cifras. En lo que atañe a esto último, soy de la opinión de que en la extensión de la materia general se exige demasiado. Ello lleva a la sobrecarga y el cansancio del cerebro, a costa de la agudeza del pensamiento y la paz interior como premisa para la meditación de los problemas y el ejercicio del dominio creador.

¿Irás a Munich? ¿Tendrás esa dicha? No me refiero precisamente al carnaval (sonríe). Leí casualmente que se representaría allá el «Príncipe de Homburg» y ello me hizo recordar que tenemos las obras completas de Kleist en la biblioteca de nuestra casa. Ver una buena representación del «Príncipe» —y con seguridad se ofrecerá— será un verdadero placer...

* * *

A la cuñada, señora Irmgard Beinert. - Spandau, 8.3.1964.

Te agradezco las hermosas y consoladoras palabras sobre las ventajas de la edad —«madurez», dices con más exactitud y sé honrarlo como se merece (sonrisa discreta)— sobre las ventajas de la madurez, repito, en «el tranquilo reino psíquico», en contraposición a la juventud que da elasticidad a los músculos y los huesos.

Como no me queda otra cosa que esa «madurez» estoy de acuerdo contigo, aunque algo «a la fuerza», admirando tu filosofía, que resulta tanto más admirable por cuanto al igual que yo, solamente ves la madurez desde lejos. (He leído que los biólogos colocan el principio de la vejez con los setenta... ¡voto al diablo! (sonríe). O dicho con mayor franqueza: daría de buena gana algo del «tranquilo reino psíquico» para conseguir una vuelta a una correspondiente dosis de elasticidad; no solamente se limita a los músculos y los huesos, sino que incluye también la esfera espiritual y aún aquello que se encuentra entre ambas (sonríe). Resumiendo: no estoy tan lejos de la madurez psíquica, a pesar de mi próximo cumpleaños en cifras redondas, para no sentir nostalgia de la juventud.

* * *

14.3.1964.

Me alegra, como a vosotros, que para mis setenta años y después, podáis aprovechar la libertad en el envío de libros[92]. Y acepto que ello alegra a cuantos afecta la decisión. Por lo que todos irradian alegría. Tan sólo se echa a faltar un celeste coro angélico que añada sus aleluyas. Quizás encuentre alguno el camino hasta aquí el día de mi cumpleaños... no son imposibles semejantes mensajeros. Aunque sea mediante un disco (amplia sonrisa).

Aunque alegre, no he dejado de pensar en esta fecha en que se cumplen casi tres cuartos de siglo del principio de mi peregrinar por el mundo. Y no acierto a comprender la razón de que los humanos adopten una actitud regocijada y de fiesta ante las efemérides. Si me miro en el espejo como Narciso, no pienso en los narcisos, sino más bien en una viejísima y arrugada tortuga (sonríe, porque en definitiva, es lo mejor).

Hubiera sido, como es natural, algo sorprendente haber «escogido» aquí lo que ofrecen las bibliotecas de préstamo. Pero no es así: desgraciadamente, he leído lo que parcialmente podía satisfacer mis deseos... de lo otro había, como es natural, a porrillo.

* * *

[92] Por vez primera desde la reclusión de los condenados en Spandau (verano de 1948) se permitió el envío de libros a los reclusos.

20.3.1964.

Aunque me alegra saber que has publicado libros[93] no comprendo hasta qué punto las cartas recibidas de mí, mis opiniones, pueden interesar a un mundo situado fuera del estrecho círculo familiar. Releer tales cartas escritas en la cárcel cuando sigo siendo un preso y volver a recordarlas... ¡no, muchas gracias!

Incluso las más hermosas imágenes que puedan trazarse de ello, no consiguen hacerme grato el pensamiento. Si saliera de aquí y dejara todo a mi espalda, sería entonces diferente. Puedes por tanto guardar tus libros como un regalo que hacerme a mi regreso... con tal de que no hayan amarilleado hasta entonces.

* * *

Al hijo 28.3.1964.

¿Has oído hablar del nuevo método con el que se obtiene un nuevo material si se baña la madera con un líquido determinado y especialmente compuesto y luego es sometido a la acción de los rayos gama? El resultado parece ser un aumento de la resistencia y la dureza en muchos grados. Esta nueva materia puede trabajarse como metal, pero conserva las deseadas propiedades de la madera, su hebra, etc. Pero en confianza: todo ello es muy hermoso, aunque cabe preguntarse ¿para qué quitar a la madera sus fines específicos? He leído en Demolí[94] algo sobre eso. Sobre eso y sobre otras cosas. Entre ellas, sobre el agua.

He adquirido así la convicción de que el problema principal ante el siniestro acrecentamiento de la población terrestre no estribará en la creación de nuevas fuentes de alimentación, sino en la producción de suficiente agua, tanto por la creciente industrialización en sinnúmero de países en desarrollo —la industria precisa la máxima cantidad de agua y se ceba en ella— como para la transformación de numerosas materias primas.

La lucha por la posesión de estos fundamentos de la civilización será, con toda seguridad, el origen de nuevas guerras. En conjunto, el libro resulta muy interesante y también puede calificarse de depresivo, pues prevé que muchas cosas no tienen solución... no tienen solución por la imprudencia y la insensatez de la masa humana.

No pertenezco a los que «leen aprisa», por lo menos en los libros de cierto nivel, en los que no resulta posible si se quieren comprender bien y trabajar sobre ellos. Además del volumen a que me he referido, estoy leyendo otra cosa, bastante más ligera en general. Se trata de las «Memorias de la duquesa de Abrantes», la esposa de un general de Napoleón I. En los años juveniles, Napoleón frecuentaba ya la casa de los padres de ella. Y por lo que dice de él en aquella época, queda su figura bastante mejor que después. Tenía a la sazón todavía corazón y dignidad.

He encontrado algunas otras noticias algo más antiguas referentes a su final y de las que no sé si anteriormente os comuniqué ya. En caso afirmativo, la reiteración no es ninguna desgracia: uno de mis compañeros defiende a Napoleón de mis reproches de no haber buscado la muerte en el campo de batalla o, de no haberlo querido el destino, habérsela dado por sí mismo, ya en 1814 o bien en 1815, tras la catástrofe de Waterloo. Mi opositor asegura que gracias a haber seguido con vida le fue posible, en Santa Elena, escribir y ampliar la «leyenda», la exposición de su historia y sobre todo, de sus campañas, tal como él las veía o creía verlas. Esto ayudó considerablemente al acrecentamiento de su fama en todo el mundo y no solamente entre el pueblo francés»

Yo sostuve mi punto de vista: Napoleón era ya una personalidad histórica como emperador de una orgullosa nación. Resultó por tanto completamente deshonroso entregarse in-condicionalmente a sus enemigos para poder dedicar luego su reclusión, no a «forjar una leyenda» —como opuse de una manera mucho más realista— sino a tratar de engañar a los suyos y contrarios con falsificaciones históricas que cargaban las propias faltas a los demás, en la creencia que con ello servía a su propia gloria. Aunque por lo pronto alcanzara sus objetivos, a largo plazo se volvería todo ello contra él, pues una seria investigación haría que surgieran las falsificaciones y se ensombreciera la imagen de su carácter.

---

[93] El libro "Inglaterra-Nuremberg-Spandau. Un destino en cartas", apareció en el año de 1952 y la obra "Prisionero de paz. Nuevas cartas de Spandau", en el año 1955.

[94] Reinhard Demolí: "¿Contra la Naturaleza o en su favor?"

En un momento de especial lucidez opinó en la propia Santa Elena que acaso hubiera sido mejor para su gloria póstuma haber caído en el campo de batalla, bien en Rusia, bien en Leipzig.

Por eso prefiero detenerme mayormente en el joven y resplandeciente héroe que era al principio de sus victorias, en el Napoleón de la duquesa de Abrantes. Resulta mucho más hermoso que pensar en el posterior y juzgar cómo tenía que haber obrado.

* * *

2.5.1964.

Se me ha dicho que el libro de Schelky, «La generación escéptica» no se me podía facilitar, sino que os sería luego reexpedido, puesto que en el mismo se nos nombraba a nosotros, los aquí presentes; no sé en qué aspecto, pero tampoco le doy al detalle demasiada importancia. Por ello os transmito el ruego de que no me remitáis libros en los que se mencione algo que ataña a nosotros, los que estamos aquí y otros de «nuestro tiempo», que es «aquel tiempo», si se exceptúa la crítica negativa... contra ésta no hay nada que objetar, pero sí sobre aquellas que incluso son neutras; ahorraréis a la censura un trabajo inútil y a vosotros, los portes.

* * *

10.5.1964.

Por lo que respecta a los retratos, todavía no enviados de madre e hijo, dadme la alegría de creer en vuestra buena intención para remitirlos. Cuidad que el rostro aparezca bastante ampliado. ¡Que no sea un obstáculo tu vanidad femenina! Que todos hemos envejecido, incluso considerablemente, es cosa que sé por mí mismo, puesto que cada mañana se encarga de recordármelo el espejo cuando me afeito.

Me imagino cuál será tu aspecto y el de los demás después de los veintitrés años transcurridos. Pero se ha afinado tanto mi espíritu en la valoración de las cosas que considero de la menor importancia el aspecto exterior y ya tan sólo creo el alma como más importante; que el alma apenas ha variado, es cosa que sé. Apenas ha variado: pero sí en algo, en el desarrollo vertical, hacia arriba, tal como corresponde a la madurez.

Existe un vocablo procedente del griego, que saltó a mis ojos en el diccionario filosófico de la biblioteca, pero que ya he olvidado. No quiero buscarlo de nuevo, aunque no dejaría de causar su impresión que me sacara de la manga semejante vocablo técnico, procedente de las altas regiones de la especulación científica (sonríe).

Como una mínima compensación —no puedo, en definitiva evitarlo— algo que se refiere a la lingüística. «Un sinnúmero de hombres gritó «hurra»; es correcto según la gramática alemana, pero a mi entender y según propia lógica debería decirse «gritaron»; puesto que no gritó el sinnúmero, sino los hombres. Veo hombres, masas de hombres ante mi, que gritan, pero no un sinnúmero; algo abstracto que no puede verse. «Un montón de patatas estaba podrido.» Imagino las patatas podridas, no el montón. Montón, sinnúmero y similares viene a significar simplemente «muchos» para mí. ¡Dad-me la razón! (sonríe).

Leo con frecuencia y con el mayor gusto un artículo del redactor Karl Korn. Remitir rápidamente su pequeño volumen «Lenguaje en el mundo», puesto que me interesan mucho los conceptos que expresa. Como en su caso y en el vuestro, no deja de expresar sus reservas cuando una palabra, como «Phrase»[95] y «These»[96], que tienen una raíz bien concreta, se modernizan para convertirse en «Frase» y «Tese». Y sin embargo, yo creo que no pasará mucho tiempo sin que se generalice este uso, dejando a un lado la cuestión de su raíz.

Cuando tanto se truena contra la reconstrucción o mejor dicho, la construcción de los edificios que fueron destruidos, leo que la Opera estatal Unter den Linden, destruida enteramente en 1843, al parecer por causa de un incendio, fue reconstruida por Karl Ferdinand Langhans, hijo del constructor de la Puerta de Brandenburgo, idéntica a la anterior exteriormente y en su interior, con un aumento de los asientos, añadiendo una fila más. ¿Se irrita alguien en la actualidad contra esa «barbarie cultural?» Unos pocos, evidentemente. Pero arman mucho ruido.

---

[95] Frase.

[96] Tesis.

* * *

24.5.1964.

También tenemos aquí ahora el encantador color verde de los alisos y un alegre césped. Sobre el mismo aparecen, en vez de vuestras pequeñas estrellas blancas de las margaritas, las doradas manchas de las flores de los dientes de león... a los que prefiero especialmente. Pero el bárbaro del «jardinero» los descabeza siempre implacablemente con la máquina de podar al cuidar de «su» césped. Pero no puede desautorizar a los arquitectos, que aunque pertenezcan a la especie de los artistas, odian a los árboles más hermosos y quisieran talarlos cuando crecen ante sus construcciones y estorban las claras y netas líneas. Con excepción, acaso, de los modernos del gremio, que no conocen línea alguna (sonríe).

Tengo que admitir empero que su césped forma una espléndida alfombra, no tan «inglesa» como las inglesas, no completamente lisa, aunque las desigualdades y ondulaciones formen un juego de luces y sombras que hagan el cuadro todavía más encantador; a ello hay que añadir el aroma de los saúcos... en suma, un paraíso (sonríe de una manera comedida pero irónica),

* * *

Al hijo 9.8.1964

Creo que la más efectiva solución intermedia, aunque no sea la solución definitiva del problema del tráfico en las grandes ciudades es modernizar los transportes públicos, haciéndolos cuanto más cómodos sea posible y dotándolos del máximo número de asientos, de tal manera que los pasajeros permanezcan sentados el mayor espacio del tiempo que empleen en desplazarse. Igualmente debería aumentarse su velocidad, con preferencias de paso y tráfico, de tal manera que se llegara con mayor rapidez a la meta que en el vehículo propio.

De igual manera, autobuses de gran tamaño recogerían a los usuarios en grandes aparcamientos situados en los extremos de la ciudad, donde les dejarían de nuevo al término de la jornada de trabajo. El trayecto de estos autobuses discurriría por unas determinadas calles que quedarían libres del tránsito principal, y en los puntos de cruce con la masa de automóviles privados se les concedería una más amplia señal verde que a estos últimos.

Si con ello aumentaban las dificultades para los conductores de vehículos privados, que apenas pueden ya hoy moverse, mucho mejor. Pues de esta manera terminarían por descender de sus automóviles para utilizar los vehículos públicos, ahorrar así tiempo y energía nerviosa, leer en paz y tranquilidad y relajarse simplemente, sin tener que preocuparse del volante y el acelerador, del coche que les precede y del que les sigue.

Cuanto mayor fuera el número de los que utilizaran los vehículos públicos, más despejadas quedarían las calles y mucho más utilizables por parte de aquellos que optaran, por las causas que fueran, por el uso de los vehículos privados; los camiones de reparto comercial no serían los últimos en beneficiarse de estas medidas.

Lo mucho que podrían quedar despejadas las calles queda de manifiesto si se tiene en cuenta el espacio que ocupa en el río del tráfico un autobús, con capacidad para cuarenta pasajeros, unos pasajeros que no se sientan ahora en su interior, sino que utilizan su propio vehículo y en la mayor parte de los casos, se desplazan solos.

El coste que representaría aumentar el número de vehículos públicos y dotarlos de mayores comodidades se vería compensado, con toda seguridad, por el ahorro en la construcción de túneles urbanos, pasos elevados, aparcamientos subterráneos, etc. Igualmente mejoraría el problema de la contaminación de la atmósfera por los gases desprendidos de los motores, pues en vez de emanar de los tubos de escape de treinta o cuarenta vehículos privados, saldría solamente al aire el gas desprendido por uno, aunque fuera procedente del motor algo más grande de un ómnibus.

En idéntica medida se reduciría el ruido, por lo menos en lo referente al producido por el tráfico. Por lo que parece —y según me ha sido dado leer— representa el ruido un gravísimo problema en el momento actual. Pero aunque se escribe y se maldice mucho, apenas se progresa nada en su resolución. La policía de Zurich representa una elogiable excepción, especialmente desde la creación de un grupo especial para la lucha contra los ruidos; se trata de una especie de «comando» de ataque contra los ruidos de toda especie, compuesto por un oficial y tres sargentos especialmente

adiestrados y con los que es posible establecer contacto telefónico día y noche.

Los habitantes de Zurich se pronunciaron mediante consulta popular en favor del traslado de su aeropuerto comercial. En algunas ciudades, tal como París-Versalles, ha tenido que prohibirse el funcionamiento de los transistores. ¿Pero qué viene a representar el sonido de estos en relación con el estrépito general? Una pequeña acción práctica para aquellas gentes que desean huir del ruido, por lo menos cuando están de vacaciones, la ha llevado a efecto una «Liga para la lucha contra el ruido» de Dusseldorf: se ha redactado así una lista de hoteles y lugares libres de ruido.

También parece representar un problema el torrente de prospectos y anuncios de las más variadas especies que «cada mañana aparece en los buzones». En una carta dirigida a un periódico leí la pregunta de por qué no se tomaban algunas medidas legislativas al respecto. Ya en Babilonia, una ordenanza de policía prescribía que «quien valorara sus mercancías con demasiado estrépito de gritos, se vería obligado a venderlas a mitad de precio porque una buena mercancía también puede venderse en voz baja (sonríe) y por tanto, tenía que ser necesariamente mala aquella que estuviera unida al ruido...

* * *

Aquí se está agradablemente fresco, gracias a Dios. Por la mañana, alrededor de las diez y media, disfrutamos de diez a doce grados. Para dar rienda suelta a tu propensión a disfrutar del calor, ve a África. Construye para un presidente negro una moderna carretera de acceso a su palacio y la recubres de oro y ónice. Regresarás luego con la dignidad de «Sir Buz» y colgará de tu cuello la orden «del Rinoceronte Blanco». Quizás pertenezcas al grupo de limitados blancos, que se han hecho allá más «sabios» con su actividad y han creado un más «blanco»[97] conocimiento de sí mismos. Quizás haya que atribuirlo al sudor producido por algunos meses a cuarenta y cinco grados a la sombra (sonríe). Quieras o no, ejercitas ya en estos momentos lo que es asarse por tu obligada estancia veraniega en el mar de asfalto y piedra que es Munich. Aprovecha la «única oportunidad» (sonríe). Nunca se sabe de antemano lo que es bueno. Haced siempre lo mejor para no-tener-que-cambiar-nunca. Por lo menos, en lo que al espíritu se refiere.

Y con este consejo de filosofía práctica (sonríe) termino ya...

* * *

A la cuñada Ingeborg Pröhl. 22.8.1964.

Soy partidario de que se enseñen nuestros dialectos en la escuela, tal como es práctica corriente en Suiza; claro que no hay necesidad alguna de llevar las cosas a aquellos extremos, pues leía no hace mucho que para la mayoría es el suizoalemán[98] la única lengua que dominan, que el altoaleman se considera un idioma extranjero de difícil comprensión y que incluso escritores conocidos e importantes como Durrenmatt, tienen dificultades en hablarlo y escribirlo. Contra esta perspectiva, existe en nuestro caso el peligro de que se extingan muchos dialectos populares.

Ha sido especialmente valioso para mí tu indicación sobre los ejercicios gimnásticos que debo practicar[99]. Sin tu autorizada opinión, algunas singularidades se me habrían pasado por alto, por lo que vuelvo a agradecerte tu atención y me dispongo a seguir entusiásticamente los ejercicios. Tengo, sin embargo, la seguridad de que el equilibrio no es cosa muy sencilla para «un viejo caballero». En conjunto —y esto es lo más doloroso para mí— pertenezco a los «débiles básicos»—, como algunos de tus niños. Como en tantas otras cosas, el viejo y el niño o por lo menos, una parte de los niños, vuelven a aproximarse aquí. Me esfuerzo en «mantenerme», haciendo gala de una gran fuerza de voluntad, pero sin gran éxito, según puedo comprobar. No creo que en este sentido puedas prestarme una gran ayuda; ni el lúpulo ni la malta, ni nada semejante podrían obrar eficazmente en este caso: no lo puedo evitar.

* * *

Al hijo 26.12.1964.

El estimado señor arquitecto me ha comunicado con gran satisfacción que el señor arquitecto

[97] Hay aquí un juego de palabras intraducible. "Weis" significa blanco y también sabio. (N. del T.)
[98] "Schwyzerdütsch", dialecto que se habla en la Suiza germana, (N. del T.)
[99] Ingeborg Pröhl es profesora de gimnasia terapéutica.

estatal ha pasado el examen de asesor y entrado así en posesión del preciado título. Tomo al mismo tiempo conocimiento de que el señor arquitecto estatal no experimenta el menor deseo de poner sus nunca bien estimados conocimientos al servicio de un gobierno que —al parecer con razón— goza del mayor prestigio en el interior y el exterior y en vez de ello, el señor arquitecto estatal quiere poner su capacidad y su ciencia a disposición de la economía privada. Decisión que tendría que considerarse incomprensible al ser de sobras conocido el mayor volumen de esfuerzo y trabajo que requiere semejante puesto, comparado con el del Estado... Detalle éste que el señor arquitecto estatal me permitirá que graciosamente le subraye, aunque siempre con la mayor de las diligencias y respetos. Pero como la voluntad humana es como se sabe, su reino celestial, prescindo del sumiso intento de convencer a Su Excelencia para que salga de su cielo y me permito al tiempo desearle por lo menos dicha y felicidad durante la estancia en el mismo... Con el máximo respeto, señor arquitecto estatal... (abundantes sonrisas).

Recibirás abundantes cartas de este tono, o mejor dicho, las recibirás en el caso de que no quisieras apartar tu camino del Estado. Claro que tengo —hablando con seriedad— la máxima comprensión para ello, como puedes suponer. Te felicito de todo corazón por el fructuoso examen que ha facilitado el título y te deseo en el momento de colocar el importante hito, mucho éxito y satisfacción en tu profesión. Creo que te sentirás magníficamente bien cuando des principio a tu actividad. Puedes creerme si te digo que la noticia de tu éxito ha significado para mí una gran alegría navideña. Tanto más cuanto llegó con sorpresa, ya que uno de mis colegas afirmaba que no sólo transcurrían semanas, sino meses, hasta que se sabía el resultado del examen. Pero quizás ocurra con los arquitectos asesores algo diferente al de los asesores de justicia, que es para lo que quería examinarse su hijo. Que a última hora ha renunciado, según parece, a ser funcionario y se contenta con ser abogado en Munich.

Dudo que la profesión de abogado llegara a satisfacerme... ese prolongado trato con disputas, bajezas, estafas y crímenes; ese desear, en el fondo, que los hombres acentúen lo máximo posible esa desagradable faceta del carácter del «homo sapiens» sobre el que florece el negocio. Mejor ser juez que abogado. Pero eso cae ya dentro de las filas del funcionario, del que tanto tú como el hijo de mi colega habéis querido huir.

* * *

Ante mí brillan, destacándose en la semioscuridad del fondo, vuestras ramas navideñas con las hojas del abeto, una cinta dorada y al lado los mazacotes de cera —apenas pueden llamarse «velas» —sobre unos platillos de madera. Huele a árbol de Navidad, cera y agua de Colonia. Os doy las gracias por los regalos visuales y aromáticos y sobre todo, por los regalos más trascendentes: los libros, ocho en total, llegados para conmemorar la fiesta. Los recibí todos, quizás hasta «Contra el oleaje» de Röpke, con el que la censura ha querido ocuparse un poco más, tal como tú habías ya previsto con bastante clarividencia.

La Nochebuena y el día de Navidad cogí de nuevo a Lorenzen, el observador de los animales[100] y disfruté considerablemente. ¡Qué hermoso es tener un libro que leer, con el que sé que os habéis regocijado vosotros con anterioridad!

Como música de fiesta escuchamos de nuevo los cantos gregorianos, así como los «Concerti grossi» de Haendel; canciones navideñas por coros de muchachos, así como canciones populares interpretadas por Fischer-Diesku y la Schwartzkopf, sin olvidar las sonatas para piano y violín de Beethoven y Chopin.

El día 24, el tiempo nos obsequió por lo menos con una delgada capa de blanco azúcar, que se mantuvo el primer día de fiesta; hoy, el tiempo es enteramente navideño: diez centímetros de nieve polvo y seis grados bajo cero de temperatura cuando salimos, al mediodía, unas dos ha:"as para pasear por la deslizante alegría.

* * *

7.2.1965.

El tesoro del 25 de enero está ante mí… aunque no por todos así considerado y con algunos huecos. Según lo que se ha comunicado oficialmente, habías escrito algo sobre la censura que

[100] "Al habla con el ganado, los pájaros y los peces", de Konrad Lorenz.

parecía algo así como un «acertijo»[101]. Tengo que conseguir que obres con la delicadeza que es siempre mi norma. Por lo que conozco de mi querida mujer deduzco que acaso se ha dejado llevar por su temperamento al opinar sobre la censura. Según puedo deducir, no dispone de la sabia clarividencia y el razonable autodominio, que en cambio llenan en estos momentos a su esposo (sonríe). ¡Cuando seas tan vieja como yo...! (sonríe) Además, te falta un adiestramiento de tantos años, dominio de tu carácter, como es mi caso. Dicho en pocas palabras: te falta bastante para alcanzar mi perfección. Pero lo que todavía no has conseguido, podrá llegar algún día. Es así de desear... en interés de las cartas que llegan hasta mí (sonríe).

¡Con qué satisfacción he acogido la noticia de la controversia sobre la situación del proyectado acelerador de protones, tan genuinamente bávara y que ha puesto a contribución con mal uso las cosas más santas —como el baile típico— pero al mismo tiempo, con que irritación el atentado en el Ebersberger Forst, de Munich! Claro que no es muy grande mi preocupación por el desarrollo de la cosa, ya que conozco muy bien los cerebros y su efecto sobre las masas. Supongo que siguen acogiendo con toda frialdad los conceptos de «retrógrado» y «enemigo de la ciencia» cuando se trata de defender un pedazo de bosque.

* * *

«¿Demuestra tu cabriola hacia extraños afecto o desvío?» En el libro de Brauer, «Al servicio de Bismarck», leo que cuando «Tiras» recibía a las visitas gruñendo o saltando amistosamente o incluso, en algunas ocasiones, de la manera más aduladora, Bismarck creía con toda la seriedad que aquélla era, no la del «pueblo», sino la voz instintiva del «animal» y adquiría incluso una predisposición en buen o mal sentido con respecto al visitante. ¿Qué puede opinarse ante ello? Quizás tenía razón. Si alguna vez tuviera que volver, ¿qué cabriola me recibiría? (sonríe).

* * *

13.2.1965.

Recibí tu carta de Bremen. Falta la mayor parte de la segunda página. Comprendo que te has dejado llevar otra vez por algo en lo que eres de otra opinión que la censura. Pues tu carta aparece todavía junto a la mía de la semana pasada, en la que te rogaba que guardaras para tus adentros opiniones semejantes, por difícil que te pareciera (sonríe). La censura tiene sus ciegos preceptos, de los que no puede variar nada y tanto tú como yo, todavía podemos menos, nos guste o no. Si das rienda suelta a tus irritaciones, nada aparece entonces ante mí, veo solamente vacío y la carta se hace mucho más corta. Pero quienes aquí lo leen se irritan considerablemente y la irritación no es nunca positiva, sea cual fuere el terreno de la vida en que se desencadena. Si no te resulta posible contenerte, si sientes la inexcusable necesidad de expresarte, escríbeselo ferozmente a Buz, que tiene comprensión para semejante desencadenamiento temperamental.

* * *

Es una lástima que durante la época napoleónica no existieran las cintas magnetofónicas. Estoy leyendo precisamente las conversaciones con Napoleón. En semejantes informaciones de segunda mano, nunca se sabe si se entendieron y se transcribieron las cosas bien. Algunas veces surgen vacilaciones y dudas. Así también con las conversaciones de Goethe con Eckermann y otros, de las que disponemos aquí. No fueron estenografiadas palabra por palabra, sino escritas de acuerdo con lo evocado por la memoria y con frecuencia solamente quedó constancia de lo que era más importante. Pero mucho se olvidó o se dijo de otra manera, aparece mucho menos vital o lleno de espíritu. Las observaciones marginales se obvian y, en general, se prescinde de cuanto no concordaba con la opinión del transcriptor. ¿Cuántos fueron suficientemente amplios de miras para transmitir al mundo circundante cómo el espíritu destacado rechazaba aquello que ellos mismos expresaban?

Hudson Lowe, el gobernador inglés que tenía que custodiar a Napoleón en Santa Elena cuenta que antes del regreso de éste desde la isla de Elba a Francia, los embajadores y plenipotenciarios de los monarcas en el Congreso de Viena habían tratado de su traslado a la solitaria isla situada en pleno océano. Es decir, que su destierro allá no fue consecuencia de su nueva ocupación del poder y castigo por aquella acción. El gobernador Lowe sabía aquello «de buena y alta fuente para poder dudar un sólo instante sobre ello.»

---

[101] Tras la no admisión del libro de Ropke ya mencionado y como el censor de allá no se manifestara dispuesto a devolver los libros, aunque se le hubiera enviado el importe para ello, hice esta pregunta con espíritu crítico: "¿Y no sería posible recortar por lo menos el artículo sobre la inflación que deseabas?"

Fue Wellington quien propuso la isla de Santa Elena, que había conocido en los tiempos de su regreso de la India.

Si se exceptúa la privación de la libertad, al prisionero de las potencias no le fue demasiado mal. Tenía una corte consigo, su propia servidumbre con cocineros, su vajilla de plata. Podía recibir dilatadas visitas de curiosos viajeros, sin que se ejerciera sobre él vigilancia alguna. Podía pasear o cabalgar donde deseaba, pero le molestaba que en las excursiones largas (solamente en éstas) le acompañara un oficial inglés. O se mostró airado porque en una ocasión, el gobernador —que en cierta manera era el director de la cárcel— apareció ante él en el transcurso de una inspección, sin haberle preguntado con anterioridad a qué hora y en qué momento le parecía oportuno recibirle al alto prisionero.

Resulta extraño, por tanto, que ante una reclusión tan suave, incluso que por parte de una personalidad tan entera y reflexiva se adquiriera psicosis de reclusión, como lo demuestra el hecho de que Napoleón sufriera hasta su final una «sospecha fuertemente enraizada en su ánimo» de que querían asesinarle. Y que Lowe era un «apuñalador o envenenador enviado por el ministerio inglés». Este pensamiento era «la materia habitual de sus lamentaciones y la causa de sus temores que le atormentaban con exceso».

* * *

27.3.1965.

Muy interesante ha resultado para mí la información que me remites procedente de «La Historia de los pueblos alemanes», del profesor Helbok, sobre el perfecto arado de hierro de los antiguos germanos, que estaba en posesión desde muchos siglos antes de las emigraciones hacia el sur y les permitió unos cultivos agrícolas altamente desarrollada. Yo también había sido de la opinión de que la cultura de nuestros antepasados había estado situada muy por debajo de la romana. Y ahora se pone de manifiesto de que en un terreno, que en aquel tiempo era de tan destacada importancia —la agricultura mediante las herramientas más importantes para ello— eran ejemplo para los romanos, a pesar de la alta cultura que estos poseían. Creo inclusive que el arado, según su primitivismo o su perfeccionamiento, puede tomarse como nivel para medir la altura cultural de los pueblos.

Lo que me has escrito me ha venido muy bien al sostener un debate con uno de mis compañeros, que consideraba a los germanos en tiempos de su colisión con los pueblos mediterráneos, como ejemplo de su opinión de que los pueblos de baja cultura precisaban el contacto de otros superiores para alcanzar un más alto nivel.

A esta opinión he opuesto la convicción de que existen pueblos con tendencia al desarrollo cultural y otros en que ésta no existe. Si fuera de otra manera, algunos primitivos de hoy deberían haber alcanzado una mayor madurez cultural; también ellos han tenido miles de años a su disposición para ello. A pesar de ello, no han salido de un módulo mínimo y permanecido sencillamente al mismo nivel. Muchos no han conseguido pasar al siguiente: cavar para conseguir agua y crearse fuentes. Con la aparición del agua, hubieran tenido que conseguir los recipientes para guardarla, con lo que hubieran ascendido al siguiente estadio cultural. Hay claros ejemplos, sin embargo, de que en el mundo actual existen pueblos primitivos que desconocen la búsqueda del agua y cuando ha dejado de funcionar la conducción construida para ellos, se han sentido desamparados. Al exigírseles algo más que la simple repetición de lo aprendido, ha quedado demostrada la falta de habilidad creadora, revelándose su esterilidad cultural.

Casualmente, antes de esta polémica, leí un largo ensayo sobre este tema y llegué a dudar, pese a lo que habitualmente había creído, que la cultura de los germanos fuera tan baja como la de los pueblos primitivos de la actualidad, en tiempos de las emigraciones. De ahí mi alegría por tu casual información sobre los resultados de las investigaciones referentes al arado.

* * *

11.4.1965

Sería hermoso que pudiéramos palear la nieve acumulada bajo el peso del invierno..., es lo que me ha revelado muy sugestivamente «Entre nosotros en Allgäu»[102]. Quería ejercitarme primeramente en el autodominio y no abrir el libro hasta el día en que lo hubiera conseguido. Pero me he debilitado,

[102] Alfred Weitnauer: "Entre nosotros en Allgäu". Ver la carta del 13.12.1965

según tengo que confesar para mi vergüenza: antes de que hubiera podido tomar decisión alguna, el libro aparecía tentador ante mí, con sus encantadoras fotografías en color de las vertientes cubiertas de margaritas y las veraniegas montañas como fondo. Es en todos los conceptos un volumen extraordinariamente hermoso: las extraordinarias fotografías conseguidas —respecto a las de color dejo todas las prevenciones hasta ahora mantenidas, pues las reproducidas aquí están fuera de toda crítica— los encantadores dibujos, los textos amenos y hasta humorísticos, divertidos y al mismo tiempo instructivos, que aciertan a destacar lo más interesante. Un arte que resulta entre nosotros un tanto singular; los anglosajones lo dominan con más frecuencia y constancia. Consiguen que lo científico no tenga que ser por ello pesado y aburrido; los editores alemanes eliminan, por contra, el riesgo de ser acusados de «anticientíficos» por escribir de una manera comprensible y amena. En resumen: leo sus textos con mucho placer y siempre con una sonrisa de satisfacción, reponiéndome de los difíciles y tan sólo muy pocas veces amenos tratados económicos. Tan sólo Gailbraith[103] aporta alguna nota de humor, incluso en sus temas más prosaicos: se revela en ello por entero anglosajón.

Volviendo a las fotografías del libro sobre Allgäu: aprecio sobre todo, cuando las contemplo, la amplia perspectiva que poseen. En el caso de que lo desconocierais, he aquí un «truco»: toda fotografía puede adquirir una mayor plasticidad cuando se la contempla solamente con un ojo y desde determinada distancia. Esta distancia depende del tamaño de la ampliación y también del foco de la cámara; hay que experimentarlo previamente y en las grandes fotografías de Allgäu bastan cuarenta centímetros. Una vez conseguido el alejamiento necesario, la sensación de profundidad es mucho mayor, en especial en las fotos interiores de templos y monumentos. No puedo dejar de insistir en el encanto de los colores, especialmente al contemplar el paisaje teñido de los colores otoñales; es al mismo tiempo una excelente ejercitación... para el endurecimiento del alma (sonríe).

* * *

Un endurecimiento del alma será también una condición previa para un largo viaje espacial, dejando a un lado el físico no menos necesario. La incertidumbre misma sobre las posibilidades de regreso, la visión de los cuerpos celestes y la lejanía de aquello que hasta aquel momento había sido base misma del ser, sin sentir siquiera su fuerza de gravedad como último vínculo de unión..., todo esto tiene que llegar a los límites de lo espiritualmente soportable e incluso trasponerlos.

Al parecer, uno de los problemas estriba en recobrar en el más corto espacio de tiempo, una vez perdida la fuerza de gravedad en el transcurso del viaje al espacio, las condiciones que ésta supone, sin que se produzcan alteraciones susceptibles de dejar consecuencias posteriores. Con toda seguridad, el problema se solucionará antes que los posibles efectos psicológicos que el largo recorrido pueda producir.

¿Habéis leído que los dos cosmonautas soviéticos —uno de los cuales «descendió» en el espacio—, han traído consigo una película, de tan considerable metraje, que su proyección dura de quince a veinte minutos? Con toda seguridad, se proyectará también en Occidente, como primera de su estilo. Si tenéis la oportunidad de verla, no la desaprovechéis. Significa la participación —aunque sólo sea por medio de la imagen, si bien en colores y animada— en un acontecimiento para el que la expresión «de los que hacen época» es tan sólo muy débil: se trata de la realización de algo que ha excitado la fantasía del hombre, sin que creyera siquiera posible su materialización. Vosotros podréis decir, sin embargo: ¡estábamos presentes!

* * *

Al hijo 25.4.1965

Es muy sugestiva la comparación de las predisposiciones latentes en el hombre con lo que en la placa fotográfica espera el revelado. ¡Cuan claro consigue mostrar semejante paralelo lo que es fundamental!

Muy interesante resulta también la indicación de que en el continente africano eran desconocidos la rueda, el arado y el velamen hasta la aparición del hombre blanco.

A mi entender, hay que clasificar como «hombre blanco» a la casta dirigente de los antiguos egipcios, que llegaron a África unos mil años antes de los que ahora se entiende como tales. Pues también los egipcios de entonces conocían rueda y arado; por lo que atañe al velamen, no lo puedo

[103] John Kenneth Gailbraight: "La sociedad de la opulencia"

asegurar. Pero esta anticipación cronológica no altera en nada lo que se deduce del hecho: que los primitivos habitantes no habían conseguido estas sustanciales ayudas por sí mismos, que no se les ocurrieron estas ideas y que fueron precisamente los representantes de una raza creadora —unos como otros indogermanos o de origen indogermánico—, es decir, los «colonialistas» quienes se los aportaron (sonríe).

Cuanto en otro estadio cultural, por lo menos abierto desde los tiempos de la Edad de Piedra, alcanzan hombres de nuestras latitudes en determinados campos —en el caso presente, la medicina, la cirugía— lo comprobé estos últimos días en la información sobre el hallazgo de un cráneo de aquel período en la Baja Sajonia: la tapa del cráneo había sido levantada para efectuar algo de tanta importancia como una trepanación. Tengo que añadir, empero, que a la vista de las fotografías consideré mucho más probable que un querido antepasado se hubiera hecho una copa con el cráneo de un adversario vencido; es decir, que la «operación» fue culturalmente poco elevada (sonríe), aunque los investigadores sean, naturalmente, de otra opinión. He tenido ocasión de avergonzarme de mi primitivismo al leer los últimos detalles sobre el tema. Los médicos consideran, a la vista del desarrollo de los bordes del hueso craneal, que el «paciente» había vivido por lo menos dos años, y en otro ejemplar —se habían encontrado con anterioridad otros cráneos en los que aparecían huellas de intervenciones quirúrgicas—, pudo establecerse una longitud de vida de veinte años. Pero a pesar de todo, subsisten en mí considerables dudas: semejantes operaciones requieren hoy unos conocimientos considerables e incluso, en tales casos, no puede garantizarse su éxito. ¡Instrumentos de astillas de piedra! ¿Cómo podían esterilizarse? Hay que tener en cuenta las minuciosas medidas asépticas que deben tomarse hoy en día para que la cosa no resulte de antemano sin esperanza. No; pensándolo mejor, no me avergüenzo de la teoría de la copa y en cuanto al «crecimiento» de los bordes aserrados de la masa ósea, podrían ser alteraciones producidas en el curso de los milenios transcurridos y susceptibles de considerarse como un proceso de crecimiento. Ello no obsta para que entre los antiguos egipcios se practicaran semejantes operaciones. Hay que considerar, de todos modos, que vivieron posteriormente a nuestros hombres de la Edad de Piedra y estaban culturalmente y en todos los aspectos, mucho más adelantados que estos.

* * *

Contemplo en fotografía el hermoso parque de vuestro balneario de Wiesbaden; aparece una laguna con un espejeante juego de luces y delante, las ramas en flor de un tulípero de Virginia. «Aspira la brisa de la primavera», dice el proverbio árabe. Aspíralo y disfruta de la existencia tras el trabajo del día y entre las agrias semanas. Lo que se tiene, se tiene, aunque llegue más tarde de lo deseado (sonríe)

* * *

16.5.1965

Hay que darte toda la razón cuando opinas que el carácter incomparable de Walter Gieseking como pianista está en relación con la época de su juventud, cuando disfrutó en plena libertad. La libertad en la Naturaleza aparece así como determinante para el genio en mayor grado que el asfalto y las exigencias de la civilización ciudadana, que no deja escapar a los hombres del gregarismo y les impide profundizar en sí mismos. En la frecuentación de la escuela aparece un detalle también decisivo: alguna clase diaria, pero en el campo, de tal manera que fuera posible absorber todas las esencias del mundo circundante. «Formado» fue también, con toda seguridad, en su casa, por un padre que sólo por su ejemplo y sus sugestivos intereses —la ciencia de las mariposas— obró sobre la mentalidad y el espíritu de su hijo. No escribes nada sobre la madre. Con toda seguridad, ejerció igualmente su influencia con el sentido de la prudencia y la práctica sabiduría que debió caracterizarla.

* * *

23.5.1965

Hay que contemplar —en el parque zoológico o la Naturaleza abierta— cómo los animales apacibles del parque se comportan entre sí, cómo se juntan y cómo sufren visiblemente, gritando desesperadamente, cuando uno de ellos se aparta. Asistimos a semejantes escenas aquí, en el jardín, entre los pajaritos. Y vemos cómo las parejas de tórtolos se arrullan, precisamente ahora —se aman «como los tórtolos»—, aunque acaso mañana falte uno de los miembros de la pareja, porque

un asado de tórtola es cosa buena. Una pareja de patos salvajes atraviesa con frecuencia el terreno para dirigirse a un rincón del cetario, porque allá disfruta de una tranquilidad mayor que en el parque abierto. Un día apareció también por allá una familia prolífica: seis crías iban detrás de sus padres, aunque pronto fueron solamente tres...; aquéllo motivó una gran agitación entre nosotros. Pero nos consolamos esperanzados muy pronto, comprobamos que la falta de papá ánade se debía a que había precedido a parte de su prole para poder cogerles luego por el ala y transportarles al otro lado de la tapia, en busca de un mayor espacio vital. Si este espacio se ofrecía allá realmente, es cosa que no sabemos. De todos modos, es un hecho que mamá ánade acabó por trasladarse, asimismo, con sus tres restantes pequeños, al lado opuesto también. Quizá buscaban un espacio más amplio para poder mejor escapar al acoso de los halcones, que llevan a efecto, sin el menor estorbo, su carnicería entre la restante población alada.

Hace unos días me fue posible observar cómo un halcón volaba en círculo en torno a un matorral —de tal manera que la víctima sólo pudiera verlo cuando fuera demasiado tarde para la huida— hasta caer sobre un inadvertido gorrión. El pajarillo comenzó a piar empavorecido. Pero aquéllo no pareció impresionar a su verdugo en lo más mínimo; visiblemente indiferente al sufrimiento de la criatura que tenía debajo de él, miraba unas veces hacia aquí y otras hacia allá, como si quisiera prevenir la acción de alguien más fuerte que, a su vez, pudiera reservarle idéntico destino. El acongojado piar del pajarillo que había sido su víctima provocó una conmoción en el mundo alado del jardín. Hubo un revoloteo entre los demás gorriones, que se apresuraron a la huida. Cuando la víctima quedó inmóvil y silenciosa, el halcón alzó el vuelo con la presa asida entre sus afiladas garras. Tan quedamente y con tan escasa «mala conciencia» como lleva un cazador su recién capturado conejo para degustarlo luego con el mayor placer.

Pero ahí estriba, precisamente, la máxima diferencia: el halcón y los restantes animales de presa no tienen «mala conciencia», porque carecen de conciencia; el hombre, por contra, aparece agobiado por este milagro, si es que así puede llamarse. Cuando se para a meditar en lo que hace, no puede ocurrir otra cosa que el remordimiento de su conciencia.

Y a pesar de ello, ocurre con frecuencia que no se para siquiera a meditar o inclusive, que ante escenas como la del halcón, establece un paralelo con su propia actuación y se muestra «indignado». Como acude sólo de mala gana a un matadero, donde diariamente son sacrificados centenares y millares de seres vivientes para que pueda disfrutarlos como alimento. Si en alguna ocasión, y a pesar de su interna resistencia en hacerlo, se para a pensar en semejante carnicería en masa, procura alejar cuanto antes el pensamiento, ya que le quitaría así el gusto de comer una carne que tanto placer le proporciona. Porque la realidad es que nada le obliga a comer carne; podría alimentarse de los vegetales. En ello se diferencia, asimismo, de los animales de presa: a éstos les impulsa la Naturaleza hacia la carne y ni siquiera les pasa por la cabeza buscar su alimento en las plantas. Y, sin embargo, precisamente porque el hombre tiene la capacidad de opción y podría meditar sobre el hecho de que degüelle —o peor todavía, hace degollar por otros— numerosos animales para alimentarse, sin precisarlo; precisamente por ello, el hombre carnívoro es, a mis ojos, éticamente inferior al animal que come carne.

Sin embargo, no me resulta posible, por desgracia, llevar esta conclusión a un terreno práctico, puesto que no soy vegetariano..., aunque no excluya el reconocimiento de la barbarie que significa comer carne. Respecto a esto último soy, por lo tanto, peor todavía que los otros (sonríe).

* * *

29.5.1965

Leo el resultado de una estadística sobre el prestigio de las diferentes profesiones entre la población de la Alemania Occidental. El setenta y siete por ciento de los consultados colocaba a los médicos en cabeza; inmediatamente después seguían los ingenieros con un sesenta por ciento; los clérigos, con un cuarenta y siete; los mineros, con un cuarenta y dos; los magistrados, con un treinta y nueve, y seguidamente la serie con promedios más bajos: directores de escuelas superiores, artistas, oficiales, altos funcionarios bancarios, fabricantes, políticos y redactores. Los grandes comerciantes alcanzan —en la Alemania septentrional— un dieciocho por ciento. Hubiera esperado un porcentaje mayor entre estos últimos; faltan también profesores universitarios, los abogados y algunos otros. Lo más interesante —y satisfactorio— fue para mí la alta categoría alcanzada por los ingenieros, una de las mayores. No me figuraba que así fuera, pues colocaba, por ejemplo, al juez en un lugar bastante adelantado sobre el ingeniero. ¡Nuestro hijo puede ponerse, por tanto, bastantes

plumas! (Sonríe.) En lo que atañe a la importancia que el ingeniero tiene en el mundo actual, las plumas están más que justificadas.

En conjunto, resultaría acertada la encuesta sobre profesiones siempre que no se tratara de algo político. Con respecto a eso leí una información tan característica como divertida: dos partidos acudieron cada cual a un instituto demoscópico para determinar lo querido que era el presunto representante del pueblo entre éste y cómo, según ello, se presentaría un eventual resultado electoral en el momento actual. Sorprendentemente, una de las empresas se encontró con que «su» partido obtendría por encima del cincuenta por ciento de los votos, mientras que la otra «destiló» idéntico resultado cerca del partido que le había encargado la consulta. La probable solución del enigma está acaso en el hecho de que las dos quisieron complacer a su cliente (sonríe). ¡Viva la verdad... y los beneficios! (sonríe).

Aunque lo cierto es que acaso no resulten ya necesarios tan dudosos institutos con sus humanas debilidades, para conocer la opinión de la gente: en los Estados Unidos, un científico ha construido un aparato que recoge las más débiles corrientes eléctricas, que son transformadas —mediante una cadena de resistencia, supongo— en un impulso que consigue provocar una reacción mecánica. Gracias a este aparato consiguió que sus pensamientos encendieran una luz eléctrica. De todos modos, no puedo imaginarme la escena —solamente contenía el informe lo antedicho—, más que como una potencial amenaza para los científicos. ¿Qué ocurrirá con aquéllos que, al ejercitar su pensamiento, no consigan más que liberar mínimas cantidades de energía?

Hablando con seriedad, es evidente que reside ahí la principal explicación de la transmisión de pensamientos; más aún: por vez primera fue comprobada, de manera experimental, aunque solamente en principio. Que en la emisión y recepción de comunicados e ideas hay algo más que iluminación de una luz eléctrica, es indudable. El conocimiento de la existencia de corrientes cerebrales basta; la segunda fase "del proceso estriba en transformar estas ondas en una especie de emisión radiofónica.

Y al llegar a este punto hay que volver al de partida: quizá no se precisen en el futuro institutos demoscópicos; quien quiera saber lo que piensan los ciudadanos no precisará más que meterse en el bolsillo el aparato inventado por el profesor y convenientemente perfeccionado, quedando así informado de las opiniones que irradia el cerebro. ¡Qué espléndida perspectiva!

* * *

A la madre política, señora Else Horn 12.6.1965

Querida abuela: no le es concedido a muchos acercarse tanto a los cien años como tú y encontrarse —considerada la edad—, tan sana de cuerpo y espíritu.

¡Cuánto daría por poder hallarme ese día a tu lado! He estado a punto de solicitar aquí autorización para ello. Pero como no tenía la menor probabilidad de éxito, me he reprochado a mí mismo haber tenido una idea tan sensacional (sonríe).

Casi al mismo tiempo que tú celebrará vuestro Bremen un cumpleaños, también redondo, aunque un poco más antiguo (sonríe). Nada menos que mil años. He leído hace poco lo que uno decía con tal motivo sobre el Bremen de hoy. Algo que exteriorizó al asegurar, como si lo hiciera a media voz: «Bremen no es aburrido», aunque añadiendo acto seguido: «a pesar de que no haya nada especial.»

Cuando me enteré por los periódicos de lo que ocurre actualmente donde «ocurre algo especial», hay que valorar la felicidad que representa poder vivir en una población que no está cortada por ese patrón. El autor decía que faltaba en la ciudad «las detonantes, fachendosas y estridentes maneras modernas». ¡Qué hermosura! Si no pudiera ir a vivir al Gailenberg, a Reicholdsgrün o cualquier lugar alejado del tráfago, si tuviera que habitar en una ciudad de grandes dimensiones, quisiera dejarme caer por Bremen.

No hay siquiera «audacias arquitectónicas», con excepción del «Stadthalle», del que los habitantes de Bremen dicen: «Por fuera, ¡ay!; por dentro, ¡bah!» He visto una fotografía del «Stadthalle» en cuestión y me digo cómo debe ser por dentro, cuando por fuera se rechaza solamente con «¡ay!» y no también con el rotundo «¡bah!»..., precisamente por estar situado junto a las venerables construcciones históricas de la vieja «Markplatz». Claro que, por mi parte, soy una persona pasada de moda, con un horrible gusto anticuado, aferrado al pasado y sin remisión posible en este aspecto. Creo que tendrás toda la comprensión debida hacia ello, pues apenas puedo

imaginarme que hayas conseguido adaptarte a lo «nuevo».

En el texto antedicho se ensalza la vida teatral de Bremen y se dice que grupos acometedores llegados de fuera han conseguido arrancarla muy recientemente de su «profundo sueño provinciano». Esto me hace sentir cierta desconfianza...

Creo que para que no hubiera duda alguna resultaría útil colocar bajo las pinturas abstractas la puntualización: «Esto es un cuadro»..., un cuadro y ningún bosquejo para una alfombra (como tal lo utilizaría, aunque no para mis suelos). Debería así imprimirse en el programa de un concierto de la música más moderna, atonal, dodecafónica y electrónica, en caracteres bien grandes: «Esto es música»; por lo que respecta a la edición de discos, sería más sencillo que las empresas compusieran por sí mismas la música mezclando diversas, sinfonías de Beethoven sobre una misma cara, lo que les resultaría también más barato, pues se ahorrarían así compositores y orquestas. También podrían formarse así pinturas abstractas, sin esfuerzo alguno, reproduciendo y sobreponiendo fotografías en color a gran formato. Claro que tendría que cuidarse en estos retratos que los ojos no quedaran tapados, sino que uno se emplazara en la barriga, una nariz ocupara el lugar de la oreja, mientras las orejas, libres en torno a la cabeza, adquirirían su mejor aspecto. Sólo de esta manera se conseguiría un mayor efecto artístico y el más profundo impacto anímico (sonríe).

No tiene nada que ver con el arte moderno lo que voy a decir, pero lo considero igualmente un sacrilegio: disponemos aquí de un disco con el soberbio concierto para violín interpretado por el altamente apreciado Oistrach. Pero se prodiga en cadencias que Beethoven no escribió..., cosa que, por otra parte, hacen muchos virtuosos para que pueda apreciarse enteramente todo su virtuosismo. Según me han dicho, estas cadencias proceden de Kreisler. Nunca hubiera supuesto que un músico de alta categoría «mejorara» a Beethoven. O para decirlo con su palabra exacta: lo falsificara. ¡Qué falta absoluta de piedad y veneración!

Muchas veces se dice que no existió el «buen tiempo antiguo», que solamente creen en ello los viejos de cada generación.

Creo que los viejos de hoy, como tú y yo, tenemos, por el contrario, toda la razón. No es un engaño que nos hacemos a nosotros mismos: era mucho mejor, efectivamente, en el campo del arte por lo menos; en el campo de la cultura en su sentido más estricto ¿Que algo hemos progresado, especialmente en el aspecto social y el bienestar de las grandes masas? ¡Quién podría discutirlo!

Aunque con todo el desazón de hoy en día, sigo siendo un optimista en muchos aspectos. Considero que la cultura también progresa en movimientos ondulatorios. Estamos ahora en la parte inferior, pero luego nos elevaremos y volveremos a lo mejor, a lo más hermoso, acaso en un nivel y grado más alto que el alcanzado anteriormente.

Es mi deseo que llegues a verlo.

* * *

11.7.1965

Experimento un gran interés al leer la noticia sobre la distancia a que pasó la sonda espacial americana de Marte, de tal manera que le fue posible hacer y transmitir fotografías suficientemente claras como para sacar nuevas conclusiones sobre dicho planeta. Soy de la opinión —desgraciadamente, poco difundida— de que los cuantiosos medios que se dilapidan en cada una de estas operaciones destinadas más que nada a saciar una curiosidad científica, podrían emplearse en tareas de mucha mayor importancia. Pero puesto que a pesar de ello, las sondas son proyectadas en el espacio, me interesan los resultados, por pequeños que sean, con relación al gasto efectuado. Y prescindiendo de las dudas sobre la justificación de la cosa, no puede dejar de maravillar el rendimiento del espíritu humano que en ella se manifiesta con evidencia. Son necesarias tantas operaciones, la aplicación práctica de los resultados de la investigación en tantos campos, que los propios expertos se ven dificultados para enumerarlos. Claro que se precisó también la labor y el esfuerzo anterior de muchas generaciones, especialmente —para dar un ejemplo entre muchos— en el campo de la metalurgia. De no haberse conseguido aleaciones susceptibles de resistir el indescriptible calor que se genera en las cámaras impulsoras y reactores y también, en el caso de regreso a la Tierra, la frotación con la atmósfera, el sondeo en el espacio habría resultado imposible. Resulta diminuto, visto desde aquí, un objetivo como Marte, un punto de luz que tan sólo mediante un telescopio puede aumentarse en escasas proporciones. Pero este objetivo se mueve a una gran velocidad en su órbita alrededor del Sol. ¡Cuántos cálculos son necesarios para que la sonda pase a

la suficiente distancia para emitir las fotografías necesarias, sin estrellarse contra la superficie del planeta o pasar a gran trecho en el espacio! La alta matemática y la alta física desarrollada por generaciones y generaciones, hasta penetrar en la Antigüedad, la han llevado al punto expansivo en que ahora se encuentra. Y aún esto tampoco habría sido posible sin el milagro constantemente renovado de las computadoras electrónicas, que permiten seguir todas las características del vuelo y darle las correcciones precisas, mediante unos cálculos complicados que se efectúan en el transcurso de unos segundos. Sin la ayuda de las computadoras se precisarían meses antes de que fuera posible transmitir las correcciones necesarias, cuando ya la sonda se hallara en una trayectoria equivocada que la llevaría a través del sistema solar hacia los espacios siderales, tal vez en ruta hacia la nada. Pero el espíritu creador del hombre consigue enviar a los cuerpos espaciales por él creados y por él dirigidos, hacia el camino deseado. ¡Qué grande puede ser el hombre, por lo menos al reflejarse esta grandeza en la obra de sus más selectos espíritus!

* * *

19.9.1965

¡Qué cosas hacen los «artistas» actuales!; he visto los proyectos para la nueva Opera de Madrid. De no constar en el pie lo que quiere significar, habría tomado el conjunto por un montón de peñascos artificiales destinados a una de esas instalaciones de los modernos parques zoológicos, donde los leones se encuentran en libertad. Hablando con toda seriedad, no sé en qué se diferenciaba el proyecto de esto último. Jamás se me habría ocurrido que aquéllo era un edificio y, mucho menos, una ópera. El crítico que hacía el comentario del proyecto, no había podido tampoco relegar hasta lo más profundo los «anticuados» conceptos, ya que se permitía decir que solamente el corte longitudinal descubría las instalaciones teatrales. Como es natural, el proyecto ha obtenido el primer premio.

* * *

¡Un libro sencillamente sorprendente! Se titula «Nuestra herencia árabe» y tengo que confesar que por los conocimientos que tenía del tema, había esperado algo, pero no esto. Se trata de algo en verdad apasionante.

Además de las matemáticas —con los importantes quebrados 1/4 = 0'25), tenemos que agradecer a los árabes la astronomía. En cuanto a la Medicina, no habría creído posibles los adelantos a que llegaron y que sólo en muy pequeña parte llegaron a Occidente, tras recoger el legado de los griegos. Incluso los médicos del emperador Maximiliano I eran impotentes contra las enfermedades infecciosas, que se creían contagiadas por la mirada del paciente y en conjunto, un castigo de Dios. Solamente hacia el final del siglo XVIII se abrió camino entre nosotros la vacuna contra la viruela que los árabes habían llevado ya a la práctica en los tiempos preislámicos.

Conocían desde 1200 el cáncer local como una enfermedad general del organismo. Operaban ya entonces con anestesia (haschisch) y desinfectaban con alcohol (vino). Hacían historiales médicos en hospitales ejemplares, con jefes médicos y auxiliares, que iban de enfermo en enfermo seguidos de los estudiantes, al igual que se hace hoy en día. Además, conocían y trataban enfermedades de las cuales no tuvimos nosotros conocimiento hasta bastantes centenares de años después.

El inglés Harvey pasaba hasta ahora por el descubridor de la circulación sanguínea, pero en el año 1924 y en una disertación pronunciada en Freiburg, un joven árabe dio la noticia, luego confirmada, de que en el siglo XIII, el médico árabe Ibn-An-Nafis, había examinado a fondo y descrito la circulación de la sangre, así como las funciones de las cámaras cardíacas, el papel del pulmón y el proceso de su oxigenación.

Unos mil años antes de Darwin habló un científico árabe sobre la evolución de las especies mediante su funciona] adaptación al medio ambiente (!). Rectificaron a los griegos en sus errores, efectuaron diagnósticos diferenciales sobre la meningitis cerebroespinal, las cefalitis infecciosas, así como aquellas de carácter secundario, todo ello «de una manera clara y plena, como no se podría hacer hoy mejor». Escribieron también gruesos libros; en el siglo X apareció una obra colosal de Medicina, que sirvió de texto durante siglos al arte médico europeo. Pero también se publicó un «Libro de los primeros auxilios», útil cuando no se tenía médico alguno a mano, con el uso y la aplicación de elementos coquinarios y extraídos de las plantas. Fueron los primeros que utilizaron la química en Medicina-No creo que todo ello sea conocido por nuestros médicos.

Diversas cortes europeas, entre ellas la del emperador Federico II, tenían médicos árabes. Su

Sicilia constituía, con España, un puente de la cultura árabe.

Os escribo todo esto para que sepáis en qué atmósfera me crié en mis años infantiles y juveniles (sonríe).

* * *

25.9.1965

Tengo ahora la comprobación científica de lo que siempre había sospechado y no me había cansado de expresar estos días he leído un informe sobre el III Coloquio de la «Sociedad Internacional de la Psicopatología de la Expresión», que —dicho sea de paso— se ha celebrado por vez primera en un país de habla «anglogermana» en vez de, como hasta ahora, en uno de lengua románica, como hacía notar uno de los participantes. Sobre si considera este hecho como algo fundamental para su ulterior desarrollo o simplemente accesorio, es cosa que no queda expresado en el texto.

Entre otros, presentó su ponencia el profesor Walter Winkler; en su época de joven psiquiatra de Tubinga publicó un libro titulado «Psicología del arte moderno», que motivó a su aparición, en 1949, «una considerable sensación». Los muy «cuidados análisis» de Winkler culminaban en la clasificación del arte moderno en una «forma existencial de carácter psicopatológico», llamado «esquizotimia». La pérdida de la integración definía al arte moderno y su esencia. Bajo la influencia de su gran maestro Ernst Kretschmer, encontró Winkler características de esquizofrenia en los modernos pintores, de Kandinsky a Klee, pero también las encontró entre los surrealistas, que ilustraban su íntima desintegración.

En la actualidad se distancia Winkler de sus «pecados juveniles», se sigue diciendo en el texto. Supongo, por mi parte, que tal distanciación es fruto de la intensa ofensiva desencadenada contra él por los airados partidarios del arte moderno; pero no por ello deja de prestar atención máxima a esta orientación artística. Apareció en Freudenstadt, el lugar de la asamblea, con un «análisis modificado», en el que se refería a Freud y C. G. Jung. Con toda probabilidad, la «desintegración» resulta identificable con la «pérdida de los medios», el «controvertido concepto» de Sedlmayrs. Y la comunicación aporta, como disculpa por el «antiguo error», lo que a mi entender resulta más decisivo en cuanto a la conclusión: Winkler es hoy en día director del hospital del «Land», de Westfalia (que es con toda claridad el decente eufemismo para nombrar un manicomio), situado en Gütersloh; cuando se profundiza en el arte de los esquizofrénicos se encuentran «todos los elementos del arte moderno». Pero lo que en los modernos es deseo e intención, resulta en los esquizofrénicos casi un impulso. Aunque es mi opinión que el «deseo» puede estar originado también por un desconocido impulso que consigue «obras de arte» que en su esencia se identifican con la de los enfermos mentales.

Tuve al mismo tiempo un revelador ejemplo de lo que es capaz de hacer un periódico con el contenido de una información que no le resulte grata dar a conocer a los lectores, en este concreto caso, por la razón de que el venerado arte moderno aparece como una consecuencia de alteraciones mentales: un periódico resumía el entero informe con el concepto de que Winkler había iniciado una aproximación profundamente psicológica al arte moderno con ayuda de los esquemas de la desintegración, la regresión y la introversión. ¡Así puede callarse la verdad con la utilización de toda una serie de vocablos!

Claro que luego, en el transcurso de la misma información, se escapaba la verdad por las mismas líneas. En el sanatorio se había efectuado la exposición de los cuadros pintados por los enfermos, aunque tan sólo visitable por los participantes en la asamblea. Con idénticas finalidades se proyectó allá una película en color titulada «El poeta y el unicornio», aunque también, de manera estrictamente privada. Idea, dibujo, esbozos y filmación, habían corrido enteramente a cargo de los enfermos de un establecimiento psiquiátrico de Lausana, con el resultado de una indescriptible «fantasía surrealista» y «extraordinaria simbología». Aunque se deseara —según quedaba dicho— hacer visible el filme a todos, con la finalidad de desterrar los prejuicios sobre los enfermos mentales, la responsabilidad que se tenía hacia el arte moderno exigía discreción, «con el fin de impedir unas controversias demagógicas y prevenir confusas analogías» (!). (¡Cuánto regocijo por mi parte! ¡Ciertamente, es evidente que las analogías saltan a la vista!)

En la segunda de las informaciones se decía que tomadas las cosas en su estricto sentido, no podía hablarse de un arte de los esquizofrénicos, puesto que las obras de arte sólo podían crearlas

los artistas, que, como todos los restantes humanos, pueden estar enfermos también. Con esta audaz maniobra trataba el crítico de salir de la tenaza: cuando los locos crean obras de arte, no están locos y, por tanto, su arte no puede ser enfermizo, con lo que mediante la inducción del hecho posterior al anterior, el penoso adjetivo no podía aplicarse al arte moderno.

Pero mis conclusiones son contrarias: las obras de arte sólo pueden crearlas los artistas, pero los locos consiguen obras que los sanos no consideran obras de arte, sino reflejo de su enfermedad. Y cuando gentes que se denominan artistas crean obras que se parecen a las de los locos, no son por analógica conclusión artistas..., son enfermos como aquéllos, por lo menos en lo que atañe a ese capítulo llamado «arte».

* * *

3.10.1965

Me ha entusiasmado vuestra postal del Weiseensee en Füssen. No podían mejorarse, ciertamente, las fotografías en color que ahora se consiguen. La enviada por vosotros es un pequeño cuadro, en el que aparecen las finas tonalidades del lago, con las sombras de las nubes detrás y la pátina otoñal suavemente dorada sobre árboles y praderíos. Dejando a un lado la técnica fotográfica: ¡qué magnífico es este paisaje! He colocado la foto a la altura de mis ojos y e« como si fuera una gigantesca ventana por la que tuviera una vista abierta sobre un espléndido pedazo del mundo, sobre una naturaleza pura y llena de profunda paz.

* * *

Con los libros pienso en mis queridos árabes, que se hacen cada vez más apreciados; cuanto más leo sobre estos testadores de Occidente, mayor es el aprecio que siento hacia ellos. Hoy he recaído en los libros de aquellos «locos» arábigos, si es que así pueden denominarse en el sentido amistoso y cordial de la expresión. Era un tiempo en que los monjes —los únicos que se ocuparon a la sazón del legado cultural dejado por los griegos, que cuidaron de su perduración en escritos y traducciones, revisando sus aspectos científicos y procurando, incluso, acrecentarlos— tuvieron la prohibición de su Iglesia de «contaminarse» con los libros «paganos»; cuando algunos monjes llegaron inclusive a quemar la «materia del diablo» —¡es completamente cierto!—, destruyendo así lo único e irrecuperable; por aquella misma época eran recogidos por los árabes, que armaban expediciones para explorar los lugares donde se suponía que había textos griegos, pagándolos a alto precio o exigiéndolos como contribución bélica. Los limpiaron y protegieron contra cualquier otra deterioración, pero sobre todo, los vertieron a la lengua arábiga y los incluyeron en las grandes bibliotecas —y también en bibliotecas privadas—, pues el nivel espiritual de los hijos del Islam se sentía halagado con la posesión de los libros. Posesión que no era en ningún momento pasiva, puesto que estudiaban en sus textos estableciendo con ello los fundamentos del progreso científico.

En al año 963, un visir legó una biblioteca compuesta por 117.000 libros. La del califa Al-Asis, en El Cairo, agrupaba un millón seiscientos mil volúmenes, entre los que se contaban seis mil quinientos de matemáticas y dieciocho mil de tema filosófico. No puedo alejar de mí la sospecha de que haya alguna exageración en estas cifras, pero incluso si se reducen a la mitad o aún a un cuarto, el número resulta sorprendente. La biblioteca de Nisamija, la famosa escuela superior de Bagdad, contaba tan sólo como fondos de adquisición con un presupuesto anual que alcanzaría en la actualidad un millón de francos oro. Las traducciones hechas en los hermosos caracteres arábigos y transcritos al más fino papel —poseían molinos papeleros— o pergamino (piel de gacela), estaban valiosamente encuadernadas y ornamentadas.

«De los libreros» se denominaba una parte del bazar. Uno de los más famosos de estos libreros, a quien cabe dar inclusive el calificativo de científico, es autor de una compilación de títulos de las traducciones hechas al idioma arábigo y obras originales, un «Catálogo de las Ciencias», al que se añade a cada título una referencia bibliográfica. ¡Y todo ello en el siglo X!

Tan sólo trescientos años más tarde llevó un emperador alemán una biblioteca de viaje consigo, transportada en camellos. Era Federico II, como es natural, que no en balde se había rodeado de sabios y científicos arábigos. Entre los libreros había anticuarios, especializados en la compraventa de valiosos ejemplares para bibliófilos.

Todo ello demuestra que debe valorarse lo que tenemos que agradecer a los árabes, tan sólo en el campo de la transmisión de escritos de la Antigüedad y agradecerles el alto nivel espiritual que les inspiró tales iniciativas. (Por contra, la Humanidad agradece a unos fanáticos cristianos que entre-

garan a las llamas la biblioteca palatina fundada por Augusto y que los cien mil pergaminos y papiros de la mayor biblioteca de la Antigüedad, en Alejandría, fueran convertidos en cenizas; ¡hay para aullar de dolor al pensarlo!)

Detrás de todo aquello estaba Mahoma, que ordenó a cada musulmán, tanto hombre como mujer: «Busca el saber desde la cuna al sepulcro; quien busca el saber, reza a Dios.» (Por lo que respecta a las mujeres, no creo de todos modos en un estricto cumplimiento de este mandato; no puedo imaginarme que las paredes de los harenes estuvieran recubiertas con los libros de la sabiduría. Y los hombres no daban gran valor, a decir verdad, en pasar allá el tiempo en sostener profundas conversaciones de filosofía y astronomía... con lo que no se diferenciaban gran cosa, a decir verdad, de los hombres occidentales. Así son siempre los hijos de Adán, éstos y aquéllos.)

La inteligente combinación de estudio y religión por parte de Mahoma tuvo como consecuencia que a la sazón estuviera la lectura y la escritura mucho más extendida entre los pueblos islámicos que entre los cristianos. En la Europa central había en los siglos IX al XII por lo menos un noventa y cinco por ciento de analfabetos; no se deseaba la formación del pueblo y la lectura de la Biblia, el Libro Santo, estaba prohibida. En 1291, en el entero capítulo del convento de St. Gallen no había un solo monje que supiera escribir, según se informó debidamente (!). Cada musulmán creyente tiene que aprender, por el contrario, el Corán de memoria y releerlo constantemente. Para ello existen «miles y miles» de escuelas en los pueblos y ciudades arábigas, en las que los muchachos trazan los caracteres escritos, descifran las suras y cantan a coro a la gloria de Alá y en honor de su profeta. Frecuentan estas escuelas niños de todas las clases sociales y los maestros se hallan a cargo del Estado. Los que carecen de medios tienen plazas gratuitas.

¡Pero basta ya de alabanzas a los árabes! Me faltaría para ello el espacio suficiente.

* * *

Deseo que disfrutéis unos días de otoño tan hermosos como los nuestros; casi veraniegos y, sin embargo, sin la amenaza agobiante del calor; alhamul allah (gracias a Dios). Un arbusto de saúco había perdido ya sus hojas por efecto de una tempestad; es curioso comprobar que le han brotado nuevamente y está ahora en plena floración...

Pensé que acaso era aquello una indicación de que los saúcos tenían una segunda floración anual. Pero inmediatamente me resultó desagradable el pensamiento de que un ser vivo, aunque fuera un vegetal, tuviera que perder las hojas, por las que respira, tan sólo para obtener de nuevo el placer de la floración.

¡Se os saluda y es mi deseo que lo paséis bien, con y sin saúcos!

* * *

Al hijo 23.10.1965.

Hoy he leído en un periódico algo que me ha alegrado: en el África sudoccidental habitan en la región de Rehboth —que visitó un reportero— los «basters», que es como se denomina a esos mestizos de blancos y negros. Rechazan la discriminación racial porque desean ser equiparados a los blancos. Pero en el territorio donde ejercen su poder ejercitan esta misma discriminación, de la manera más rígida y severa, sobre la minoría negra.

Hace algún tiempo, el «Volksraad» o parlamento exigió del gobierno la prohibición de los casamientos entre «basters» y negros. No consideran a los queridos hermanastros de color más que como un peonaje barato que pueden utilizar de cualquier manera. Los negros se resisten a quedar relegados a tal condición, por lo que sus quejas no se dirigen contra los blancos, sino conta los bastardos, cuya sangre es a medias la propia.

Como se comprueba, también aquí adquiere la cosa un aspecto diferente, según se observe desde arriba o desde abajo.

* * *

6.11.1965.

Dices que te desconcierta mi interés por los «casos criminales»[104]. Aseguras que no pasan de

[104] Entre los libros citados se encuentra la colección Jacta: "Famosos procesos criminales."

ser para ti más que unas novelas policíacas relativamente buenas. Para mí en apariencia también. Y este es el sentido de la cosa. Así como uno, tras una jornada de fatigoso trabajo mental, lee de buena gana para su distensión una de estas o contempla la proyección de un filme, así debe ocurrirte tras tus terribles lecturas de ciencias económicas y similares, al coger una novela policíaca. Con la diferencia de que en mi caso no se trata de algo imaginado, sino real, tomado de la vida y que contiene, aquí y allá, algo jurídicamente interesante.

Para ello hojeo previamente los volúmenes y me formo una previa idea de su contenido. Un compañero, buen conocedor de la literatura, opina que la mayor parte de semejantes descripciones de casos procesales se deben la mayor parte de las veces a famosos escritores; en el viejo «Pitaval», asoma repetidamente la pluma de un conocido Friedrich Schiller (sonríe); de un Willibald Alexis (director de una audiencia) y también del catedrático de Derecho, Feuerbach. Tengo que añadir que en el «Neuen Pitaval» (el nuevo Pitaval) del que hemos recibido dos tomos procedentes de la biblioteca de préstamo, la mayor parte de los textos son en su promedio literariamente buenos, con algunas escasas excepciones.

* * *

Al hijo 6.11.1965.

En tu mesa de cumpleaños aparecerá un pequeño regalo en mi nombre: un librito de prosaico contenido, pero que acaso no resulte tan prosaico como parece por el título principal: «El carácter antieconómico de nuestras ciudades», por Alexander Mitscherlich. No tan prosaico, afortunadamente, porque el autor no es un urbanista, sino profesor de «psico-somática». Lleno de promesas sobre ese escaso prosaísmo es ya su subtítulo «Incitación a los insatisfechos» y bajo el cual se hace constar que el autor ha redactado su texto «a la manera de los antiguos panfletos» es decir, como un deliberado desafío.

Tenemos aquí el libro —el compañero arquitecto lo ha recibido, afortunadamente, estos días— pero todavía no lo he leído. Te hago esta precisión para que no te sorprendas en el caso de que encuentres en su interior algo que no concuerde con tus puntos de vista; no tiene mi aprobación. En conjunto, empero, me parece escrito con el alma. Sospecho esto de una conversación sostenida sobre el libro y de un impreso de una conferencia del planfletista sobre el mismo tema[105].

* * *

Creo que la Revolución Francesa es para ti y a pesar de la lejanía de las horas escolares en la que «se daba», «algo» que permanece en tu memoria (sonríe). Supongo que recuerdas, por tanto, a uno de los genios de los primeros tiempos, al conde Mirabeau. He leído hace poco una biografía escrita por el duque de Castries. Mirabeau fue un fenómeno curioso. Se planteó una tarea imposible; imposible, al menos, bajo las condiciones de una avanzada revolución: salvar la monarquía (cosa que deseaba con toda sinceridad). Para ello tenía que adquirir la confianza, tanto de la Asamblea Nacional como de la corte y renovarla constantemente. Pero sin demagogia no podía dirigirse al pueblo y la representación popular, con lo que provocó de nuevo la desconfianza del rey y su círculo y sobre todo, de la reina, «la austríaca». Así es que se esforzó en disipar estos sentimientos en su favor de tal manera que pronto se encontró empeñado en un proceso de tira y afloja con el «peuple» y los diputados. Pero cuando estaba, pese a todo, a punto de conseguir su objetivo, cuando se hallaba al filo de asumir la dictadura, en nombre del rey y como presidente del Consejo de ministros, fue envenenado. Esto último no ha podido probarse con exactitud, pero todo hace suponerlo. ¡Qué tragedia!

* * *

Al hijo 21.11.1965.

He leído en gran parte el libro de Mitscherlich, convenciéndome de que no es una lectura edificante y fácil.

A pesar de que corresponde a la profesión del autor, parece no entender gran cosa de psicología, pues en otro caso no hubiera redactado un escrito pensado como panfleto, es decir, para una extensa masa de lectores, con un estilo de comprensión tan difícil, con palabras extranjeras y expresiones técnicas que solamente conocen las gentes de su oficio. Que es un hombre culto, aparece con claridad sin necesidad de esto (sonríe).

---

[105] Ver la carta del 21.11.1965.

Cometí una «pifia» al escribirte que no había leído el libro, pero que tras una conversación sostenida sobre el mismo, me parecía bueno. No había podido suponer que en su texto se encontrarían esas exteriorizaciones de odio y esos falseamientos de la realidad llevados hasta extremos verdaderamente infantiles. Aunque al fin y al cabo, no me causó irritación este último extremo, sino tan sólo risas y entretenimiento. En una palabra, digo que ese libro no me lo he tomado en serio. Tampoco la lógica sale muy bien parada; en unas ocasiones, las construcciones son demasiado altas y con ello expresión de una megalomanía o delirio de grandezas; luego, calificadas de «pequeño burguesas». Esta última es una expresión hoy muy de moda, de la que hay que precaverse. Porque se emplea de una manera completamente equívoca. Es precisamente todo lo contrario: «pequeño burgués» procede del «buen tiempo antiguo» y representa, sobre todo, lo decoroso, o seguro, lo sólido, lo sólidamente-anclado-en-sí, libre de «agitación» y de histeria. Es decir, precisamente lo contrario de aquello que encarna en el momento actual la masa urbana. En conjunto y ahora que caigo, no me satisface en lo más mínimo el conjunto de cosas que te expreso con ocasión de la felicitación por tu cumpleaños. Ello prueba una vez más la regla de que no hay que regalar libro alguno sin haberlo leído previamente.

* * *

Leo que en Estados Unidos se ha proyectado un tren rápido subterráneo, que circulará por túneles en los que previamente se habrá hecho el vacío y que será susceptible de alcanzar los seiscientos kilómetros por hora. Calculando el tiempo de sus paradas en las estaciones, el promedio de velocidad que se alcance será de trescientos veinticinco kilómetros efectivos. Se calcula conseguir este resultado mediante el establecimiento de un vacío en la parte anterior de los trenes y su impulsión por aire en la posterior. Es decir, mediante la aplicación del principio del tubo neumático. Será así una especie de tubo neumático humano. Como los vagones ajustarán con exactitud a los túneles, quedará excluido cualquier peligro de descarrilamiento en las curvas, con lo que su seguridad será bastante mayor que la de los trenes terrestres o los aviones. Están previstos trenes de varios centenares de metros de longitud, con millares de pasajeros y calculada una frecuencia de diez minutos, se podrán transportar cada hora unas treinta y seis mil personas por cada túnel.

A este plan hay que añadir una idea muy original: construir los túneles entre las estaciones con grandes pendientes —descender hasta cuatrocientos metros en un trecho de trece kilómetros— de manera que se llegue a un considerable aceleramiento para recorrer el trecho siguiente, empinado hacia arriba, con la fuerza de la impulsión obtenida durante el descenso. Serán una especie de montañas rusas racionalmente utilizadas. Según los presupuestos efectuados, el establecimiento de una red que abarcara la ciudad de Nueva York alcanzaría un coste de cinco mil millones de marcos, pero también está prevista la construcción de vías de unión entre las grandes ciudades.

En mi ignorancia sobre estas cuestiones, consideraba que los costes debían ser incalculablemente mucho más altos que los de los trenes que circulan sobre la tierra. Pero para mi sorpresa, constaba en el texto que la construcción de los dobles túneles se elevaría a de diez a doce millones y medio por kilómetro, mientras que el tren rápido Tokio-Osaka, que alcanza una velocidad de doscientos cuarenta kilómetros por hora llega al coste de quince millones de marcos por kilómetro. A ello hay que añadir el detalle de que la estabilidad de las temperaturas bajo tierra hace que el desgaste del material sea menor que en la superficie.

Ante tales perspectivas, resultaría mucho más conveniente la construcción de semejantes enlaces subterráneos entre nuestras grandes ciudades o por lo menos, tenerlos en estudio, en vez de tender, como parece que se va a hacer, la de trenes elevados capaces de alcanzar una velocidad de doscientos kilómetros por hora. Claro que antes hay que esperar que los estudios preliminares pasen a una fase práctica. Cuánto durarán estos trabajos previos, cuándo se construirá el primer trayecto y cuáles serán los resultados efectivos que dé el tren proyectado; he aquí tres problemas que atañen en primer lugar a quienes han proyectado tan revolucionario medio de transporte, pero que en último término nos interesan a todos.

* * *

4.12.1965.

Critico con indignación el hecho de que se llegue a la fórmula expropiadora de terrenos urbanos para abrir calles y no para la construcción de jardines para que jueguen los niños de las ciudades. Los pequeños carecen de suficiente espacio en las actuales viviendas, por lo que no pueden desbravarse como quisieran. La carencia de esta posibilidad, tanto al aire libre como en la casa, así como la

falta de contacto con otros escolares de su edad, no dejará de tener sus repercusiones psíquicas, en algunos casos para toda la vida. Pues son los años tempranos aquellos que determinan el ulterior desarrollo. En el caso de que se impidan los juegos y el movimiento, de que se dificulte el establecimiento de amistades durante esa época, desemboca con frecuencia en la psicosis. Psicosis de la que pueden verse afectados en la actualidad centenares de miles, cuando no millones de niños. ¿Qué resultado podrá tener todo ello sobre el conjunto de una población cuando estos niños crezcan? Es cosa que no puede preverse todavía, pero cabe pensar que su incidencia no será buena.

Voy todavía más allá: también la falta de posibilidades para los adultos de practicar el deporte activo no lejos de su casa, puede tener con el tiempo funestas consecuencias, tanto corporales como espirituales. Una buena parte de estos adultos sufren, en medio de las ciudades, soledad y aislamiento; no es menor la necesidad para la juventud, para la que resulta primordial tanto la práctica del deporte como establecer y aunar relaciones.

Por ello habría que mostrarse generosos a la hora de trazar planos y no reservar tan sólo jardines de juego para los niños, sino espacios libres de los que pudieran servirse asimismo los mayores.

Es general el lamento de que el ciudadano de la República Federal efectúa pocos ejercicios corporales. Estoy convencido de que muchos los harían del mejor grado en el caso de que se les diera ocasión para ello. Pero pedirles que los practiquen tras la ida y la vuelta al trabajo, en vehículo propio a través del caos circulatorio o apretado en un medio público de transporte, es solicitar demasiado. La administración ciudadana no debería mostrarse, por tanto, avara a la hora de arbitrar los fondos necesarios para la adquisición de terrenos destinados a tan «improductivos» fines. Es cierto que dado el precio del suelo, alcanzarían estos unas considerables cantidades. Pero no es menos verdad que en la actualidad se destinan sumas elevadas para cosas bastante menos importantes.

Suecia demuestra que son éstos unos problemas a resolver. Los dos tercios de la población de edad media practica, durante el verano y el invierno, el deporte; en la federación de asociaciones deportivas se agrupan nada menos que nueve mil, con un total de un millón trescientos mil miembros. ¡Todo esto en un país relativamente pequeño, con una población menor que la de la República Federal! Todos los escolares saben nadar y, en cambio, en nuestro país se ahogan todavía adultos por no haber aprendido este «arte».

* * *

Según lo que escribes, me darás una gran satisfacción en Navidad con el libro de Peter Bamm, «Alejandro el Grande o la transformación del mundo». Leo a gusto algo de la presente generación de escritores, cuando la redacción es perfecta y su texto está escrito en un «excelente alemán». Seguramente me lo entregarán por las fiestas, pues puedo entonces recibir regalos suplementarios.

No hace mucho recibí «Esquizofrenia y arte» de Navratil. Gracias. Siento una gran curiosidad.

Cuanto escribe Röpke en su obra «Medida y medio» sobre el arte moderno en el contexto de su crítica de la civilización, es tan certero, que por ello le disculpo de otras muchas cosas. Desde siempre se han podido dividir los hombres en aquellos que atesoran en su corazón «Hermann y Dorothea» como imagen ideal y los otros, que tan sólo experimentan compasión ante semejantes supuestos sentimentalismos y adocenamienos. ¡Esto es para un economista asimismo aplicable al tecnificado mundo actual!

Pero cuando se pronuncia en favor del intercambio comercial a escala mundial hasta las últimas consecuencias, e inclina hacia algo que en la práctica será exactamente lo contrario de la imagen ideal también evocada por él, pues lleva a una tecnificación cada vez mayor, al desarrollo de la producción y el comercio a escala gigantesca, con el consiguiente aniquilamiento de los pequeños y los medios, más próximos de todos modos al «adocenamiento» que a otra cosa.

Y con el comercio mundial se dilata asimismo una civilización, que termina con todos los «supuestos sentimentalismos» de los pueblos y culmina en una general mezcla cultural, aunque aquí «cultural» resulte una expresión apenas aplicable. Un desarrollo que Röpke no puede dejar de fustigar severamente, pues se trata «del empeño de (transformar) el mundo en una única fábrica, en una única ciudad, en un único parque de atracciones.»

A la general «desnaturalización», a la violación de sus elementales necesidades, reacciona el humano, sintiéndose desdichado e intentando atolondrarse con el vacío. Sentimiento de desdicha

que es clasificado por el crítico como una reacción consoladora, que entraña por sí misma la convalecencia.

Así lo deseo con él.

* * *

13.12.1965.

Escribo a mis dos más queridos seres una «carta navideña», a medio mes de las Navidades y con un temple de ánimo que puede llamarse festivo... afuera, en el jardín, cieno pardo y dentro, pálido furor, pues estoy aquí y no en cualquier otro lado (sonreír). Es tan difícil que renuncio a forzar mi ánimo para situarme en un estado de cristiana humildad, resignación y perdón (sonríe).

Por lo menos, he conseguido situarme en el mundo que os rodea. Lo he logrado con ayuda del hermoso libro que hace tiempo me remitisteis: «Con nosotros en Allgau». Me he extasiado ante las espléndidas fotografías en color y he releído con apasionamiento, casi con arrobo, los textos que las acompañan. Tanto ha sido el efecto que han obrado sobre mí, que casi me falta el tiempo necesario para escribir esta carta.

Con toda seguridad volveré a hojear el libro en la Nochebuena. Con mis pensamientos, mis mejores deseos van hacia vosotros... viejos y no satisfechos deseos. «Todavía no satisfechos», pues aunque tarde mucho, mi fe en su cumplimiento final sigue inconmovible. Estos deseos son poder estar juntos vosotros y yo...

* * *

Las fotografías del libro sobre Allgäu significaron un alivio de algo que anteriormente me había afectado: la reproducción de cuadros modernos, seleccionados y comentados por Gaiser; «afectado» no es exactamente la expresión... resulta mucho más exacta, sacado de mis casillas. Puesto que el sentimiento no entra en juego a la vista de estas obras, con algunas excepciones, entre las que hay que incluir «Vista sobre el Walchensee» de Lovis Corinth y algún impresionista francés del siglo X[X. Estos últimos siguen siendo para mí las únicas obras en las que mediante la técnica de las manchas, los pintores han conseguido captar la brillante luz meridional.

Pero hay muchas otras cosas, contra las que se resiste todo, incluida la frialdad de un análisis. Y sin embargo, tengo interés hacia estos —¿cómo los llamaría, ya que «cuadros» no es lo exacto?— hacia estas pinturas», desde que estudió estos últimos días el libro de Navratil, «Esquizofrenia y arte.» Volví a hojear la selección de Gaiser. Avasalladora, llevada hasta un extremo de manierismo, están las constantes que Navratil comprueba conjuntamente en los «modernos» y los esquizofrénicos. No sólo presenta pruebas en los dibujos de los enfermos mentales. En Gaiser, las pruebas están también en el otro lado, entre los artistas «normales». Gaiser no ha efectuado su selección según las indicaciones de los médicos psiquiatras; se ha limitado a subrayar aquello que considera lo mejor en las modernas tendencias, prescindiendo de cualquier extremismo. ¡Y a pesar de todo, sigue surgiendo esa sorprendente comprobación!

Muy interesantes y reveladoras considero las analogías que se encuentran entre los manieristas y los esquizofrénicos; entre estos surge tan sólo cuando se encuentran en una aguda psicosis, que desaparece con su expresión en dibujos. Así, la tendencia a los «signos misteriosos»; son simbólicas al respecto las cifras y letras que aparecen asimismo en las «obras» de los artistas modernos, incluso en tan conocidos como Picasso y Paul Klee.

Igualmente aparece en los locos y los «artistas» el «perfil mezclado». Es decir, una cabeza representada al mismo tiempo de perfil y desde delante (como es frecuente en los dibujos de los niños pequeños).

Ambos tienen asimismo la tendencia a la impudicia y el exhibicionismo. Ambos muestran una afición a lo desacostumbrado, fuera de lo normal, abstruso y monstruoso. Los manieristas y los esquizofrénicos, pero también los primitivos y los niños se entregan con gusto a las deformaciones; los dos primeros hasta la fragmentación, de tal manera que los retratos aparecen dispersos en distintos elementos. También es mencionado Henri Moore, que ha dividido una escultura femenina... Ya conocéis tales «obras de arte», que toda persona normal y desprovista de prejuicios considera producto de enfermos mentales. Los psiquiatras tienen su explicación sobre ello.

También es común la tendencia a calificar o definir obras abstractas con títulos o nombres, sin consideración a la similitud... una tendencia que se manifiesta asimismo en los primitivos y los niños.

Quiero hacer constar en especial a los discípulos y cultivadores del arte abstracto que no tengo nada contra el mismo y hasta puedo encontrar estéticamente atractiva la combinación de colores en la que no es identificable ningún objeto. Pero en tal caso tendrían que denominarlo «sinfonía de colores» o algo por el estilo, pero no «Niño ante el Sena». Aquí es donde la cosa pierde la gracia o para ser más exactos, donde comienza a tenerla.

«Niño en el Sena» es como se titula uno de los cuadros comentados por Gaiser. Está compuesto por un sinnúmero de finos rectángulos alargados, idénticos en su dimensión y de diversos colores, colocados en diferentes posiciones. Me dio la impresión de una bonita «alfombra de fantasía.» Mantuve al respecto una discusión con uno de mis colegas. Sostenía con toda seriedad —al principio lo consideré una broma, una ironía— que en un extremo era identificable una pequeña figura y que en otro lugar se veía la torre Eiffel. Con toda la buena voluntad y obligándome a la objetividad no me fue posible distinguir nada. La controversia sobre el arte moderno se hizo al respecto cada vez más encarnizada, aunque terminó en bromas e íntimo regocijo por ambas partes.

* * *

24.12.1965.

Nochebuena. Afuera suenan las campanas. Ante mí arden vuestras velas, y las ramas de pino, unido al olor de la cera, forman un aroma de Navidad. Pero a pesar de todos estos ingredientes, no se crea la atmósfera de fiesta. Sorprende hasta qué punto se ha acorazado mi ánimo. ¡Por fortuna! De otra manera, sería una noche insoportable.

Por lo menos hojeo un libro apropiado a las fiestas, enviado por la biblioteca de préstamo. «Navidad: culto y costumbres ayer y hoy.» Hermoso y poético texto, información sobre costumbres de otros tiempos, así como reproducciones de imágenes y esculturas de las diversas épocas referidas (Editorial Marión von Schróder. Hamburgo). Compruebo que el árbol de Navidad es más antiguo de lo que suponía. El arbolito ¡aparece ya en un grabado, cuyo autor vivió en los años 1697-1777. Es una típica muestra del arte de Ludwig Richter, enteramente dentro de su ingenua profundidad: Jas muchachas adornan el árbol y el padre, anciano, trabaja en un rincón. Aparece una habitación navideña en grabado polícromo de Heinrich Hoffmann. Grabados en madera, también coloreados, procedentes del siglo XIV. Entre otras reproducciones consta la fotografía de uno de los belenes más antiguos y al mismo tiempo más hermosos de Alemania: el del convento de los benedictinos de Frauenwórth, en el Chiemsee, que con seguridad se encuentra ahora en un museo. También se muestran los usos y costumbres más antiguos en sus modernas versiones: en fotografía de color aparecen niños cantores el día de Reyes, de casa en casa y pidiendo dinero. Estoy seguro de que muchos de ellos irían ese día hasta el interior de África, si allá lo encontrarán. Pero sí... hoy lo encontrarían gracias a la ayuda a los países en subdesarrollo (sonríe).

El librito de Navratil sigue siendo inapreciable para mí; contemplo las obras de arte moderno desde otro punto de vista.

Cuanto desorden se ha importado entre nosotros, que la gran masa ha admitido sin pensarlo demasiado. De todos modos esa «gran masa» es en todas sus capas, más delgada de lo que yo había supuesto.

Y con estas pocas consideraciones festivas, que corresponden sin embargo a mi humor actual (sonríe), ¡basta por hoy!

* * *

Al hijo 24.12.1965.

Tienes toda la razón al decirme que tras el «tubo neumático» se enconde sin duda —tal como es objeto de descripción— un reportero dotado de una buena dosis de fantasía, que ha informado sobre algo ideado en principio, pero que no obstante no ha sido objeto de ningún estudio serio todavía.

Me has convencido sobre su posible utilidad en el tráfico urbano. En lo que respecta a su posibilidad en los grandes trechos, de ciudad en ciudad a través de centenares de kilómetros, estamos también de acuerdo. Te doy toda la razón cuando dices que un viaje de Munich a Wiesbaden bajo tierra, resultaría muy poco sugestivo. Pero lo cierto es que sí sería útil para aquellos que desearan efectuarlo en el espacio de una hora, es decir, puramente para los desplazamientos rápidos como en la actualidad el avión, aunque posiblemente más seguro.

Si se sumara lo que se concede en subvenciones para el tráfico aéreo y los presupuestos de la constante construcción y readaptación de los aeropuertos, así como el coste de un ferrocarril capaz de alcanzar los doscientos kilómetros de velocidad, es posible que se obtuviera una buena parte del capital necesario para el tráfico subterráneo. No hay que olvidar que gracias a este alivio tendrían que construirse menos carreteras suplementarias y nos veríamos liberados —cosa que a mí me parece por lo menos tan importante— de la necesidad de utilizar un terreno, en definitiva escaso, para la construcción de redes de carreteras.

Me ha alegrado la observación marginal que haces en tu carta: «no hay que viajar, acarrear y transportar a cualquier precio»... Me ha alegrado por el modo de pensar que la observación revela.

* * *

15.1.1966.

En el «Apolo asesinado» de Senger[106] he encontrado un capítulo sobre Tristán Tzara que resulta a mi entender especialmente revelador, en relación con el arte de los esquizofrénicos y su parentesco con los artistas modernos «normales». Aquí se trata de un paralelo entre el arte poético y el plástico. Que en este caso resulta completamente loco aquello que sus partidarios consideran normal, es cosa sobre la cual no cabe abrigar duda alguna cuando se «disfrutan» tan sólo un par de frases: «... la mancha claroscura que nada en la gran boca llena de miel y excrementos.» «Mediante el pegado de etiquetas se desencadenó la lucha de los filósofos y se comprendió por segunda vez que la compasión es un sentimiento como la diarrea con referencia a la náusea, que afecta a la salud, impura mancha de carroña que afea el sol.» «Yo destruyo los compartimientos del cerebro y la organización social, que arrojan la mano del cielo al infierno... Quizás deseaba con odio instintivo otros compartimientos mentales por rabia de que los propios estuvieran ya destruidos.» Esto diagnosticó un psiquiatra de Zurich consultado al respecto: «Dementia praecox», locura juvenil. No valdría la pena ocuparse de este hombre y sus «creaciones», de no haber sido fundador del movimiento artístico «Dada», al que dio nacimiento con un manifiesto generado en estado de evidente demencia, en el que aparecen frases como las mentadas. Pero tampoco esto sería digno de mención, que un loco hiciera locuras, de no haber tomado parte los modernos artistas en la fiesta, aplaudido frenéticamente y prodigado las máximas alabanzas al movimiento y su creador.

* * *

Al hijo 22.1.1966.

Compruebo —según lo que estoy ahora leyendo— que una gran parte de las gentes se sienten todo, menos felices, aunque sin saber exactamente porqué. Igual que —reducido a lo individual y en cortos lapsos de tiempo— como si alguien tras una serie de «excelentes días», en que han gozado de todo lo que les apetecía y no solamente en «alimentos espirituales», los buenos burgueses de la sociedad del bienestar quisieran, como los encadenados, salir de su situación si supieran cómo hacerlo.

Tú indicas, sin embargo, el camino: el desarrollo de aquello que es contrario a cuanto resulta en el día de hoy. El problema estriba en la aplicación de esta terapéutica; quien lo intenta se hace detestar, como todo aquél que prescribe una amarga medicina complementada con una dieta de abstinencia de las habituales y diarias golosinas. Hasta que las gentes lleguen a darse cuenta de que a la larga sabe mejor el pan negro que los pasteles constantemente degustados y que la disciplina espiritual reporta mayores satisfacciones que un dejarse llevar por sí mismo. Es posible que se desarrolle finalmente un proceso de recuperación natural impulsado por la propia Naturaleza (como los que luego niega el médico, precisamente por haberse efectuado sin su participación y en contra de todas sus teorías... sonríe.)

Los así curados tendrían luego que dejar de producir y consumir todo lo superfluo... tan superfluo que basta un avasallador reclamo para obligar al hombre masificado a su consumo. Deberían cumplir estos condicionamientos para convertirse en los «perfectos ciudadanos», como presupuesto, a su vez, de una perfecta Constitución, de acuerdo con la cita de Schiller hecha por ti[107] (y que yo no conocía siquiera).

---

[106] "Apolo asesinado" por Alexander von Senger. Capítulo 14; "Tristán Tzara"

[107] "Habrá que empezar en crear ciudadanos adecuados para una Constitución, antes de poder dar una Constitución a los ciudadanos y será ésta una labor para más de un siglo."

* * *

Claro que es más importante concentrarlo todo en la cons-[…]social, que arrojan la mano del cielo al infierno...» Quizás […] ción y la higiene que en la creación de nuevos bienes de consumo... Por lo pronto, más importante que esa constante carrera consumista que amenaza con anegarlo todo. Pero llegará sin duda el momento —yo no viviré para verlo, pero tú acaso sí— en que mediante una racionalización progresiva, las necesidades sociales se cubrirán con creces y dejando a un lado la carrera del consumo, se prestará la atención debida a lo que es necesario, sin tener en cuenta su elevado presupuesto. Y al decir esto, pienso por ejemplo en el «tubo neumático». Sería una bendición que el puro tránsito utilitario desapareciera bajo tierra, al igual que las locas velocidades, que tendrían allá dentro ocasión de desarrollarse al máximo. Las calles superiores quedarían así libres para la gente que se tomaría su tiempo para el indolente tránsito, disfrutar del paisaje, preservar los nervios y volver a ser «humanos», en una palabra.

* * *

Ilse Hess a R. H. - Gailenberg, 25.1.1966.

En las últimas cartas has evocado con frecuencia el tema del arte moderno; quiero informarte lo que he leído en los últimos días de involuntario ocio: que Plutarco nos cuenta que los trabajos de la Acrópolis no fueron proyectados tan sólo por Pericles; en el curso de una generación, cuando Péneles murió tempranamente, se llevaron a cabo «en breve tiempo y para toda la eternidad». Con su belleza era portadora entonces cada construcción de Atenas del frescor, florecía eternamente su juventud; intangibles por el tiempo, las obras eran tan bellas como el primer día, como si fueran portadoras de un eterno aliento, para el que no pasaban los años.»

Y como contraste presente con ello —de todos modos, no vivimos en la época de un Pericles— la significativa atribución por parte de un jurado (11 de los 15 miembros se pronunciaron favorablemente) del «Premio del Arte juvenil 1965» a la «selecta» obra «Sterco d'elefante». Ahí se reconoce el espíritu de la plástica actual. Pero lo que los críticos de arte han olvidado decir es que la expresión plástica, antes de llegar a ser «obra de arte» estuvo en el trasero de un elefante. Los expertos pasaron por alto, al husmear y olfatear en torno a esta obra, la traducción de su nombre italiano al alemán. Se habrían enterado de que «sterco d'elefante» significa, excremento de elefante. ¡La coronada «obra de arte de la juventud» no se trataba de otra cosa que de una vulgar deyección del proboscídeo!

Este ejemplo completa todos los anteriormente expuestos por íi.

* * *

Spandau, 29.1.1966

Leo en un artículo que ha aparecido un nuevo libro de Navratil, éste titulado «Esquizofrenia y lenguaje. Hacia una psicología de la poesía». Las observaciones que se hacen en este terreno tienen considerable semejanza con las efectuadas anteriormente en el campo del arte. En sus ataques producen los enfermos mentales llamados «artistas modernos», en ocasiones ejemplos tan absurdos y faltos de coordinación como los producidos por los «dadaístas», que están representados con sus excrementos en el libro de Senger. La palabra «excrementos» no tiene que admitirse solamente como secreción de su espíritu, sino también en su significado más lato; no es posible públicamente que continúen utilizando las expresiones correspondientes al lenguaje vulgar alemán, lanzadas a diestro y siniestro; pueden soportarse en boca de un apacible campesino, pero resulta intolerable que aparezcan escritas. Escritas, además, por supuestos poetas y unidas a los vocablos de Dios, Jesús y los ángeles. Y todo ello amparado bajo la capa del arte expresivo. En el «diálogo» sobre el tema se me han opuesto fuertes argumentaciones: una de ellas, la principal, que esa gente odia el arte, que desean aparecer precisamente como el «antiarte» —hablan ellos mismos de su antiarte— y que no pretenden, por tanto, presentarse como artistas. Dejando a un lado que no comprendo cuál es en tal caso el sentido de su actividad —una actividad incesante, dotada de carnavalescas características pero presentada como un contenido vital— hice la pregunta de que en tal caso, porqué estos textos y pinturas que no son arte, aparecen en periódicos y revistas que hablan de arte y cómo no solamente se las clasifica como obras de arte, sino que como tales son también objeto de la mayor valoración. Nadie se vio capaz de explicarme tan tamaña contradicción. El diálogo finalizó pues, con el silencio. Así van las cosas (sonríe). A pesar de la vejez, sigo manteniendo el autodominio suficiente para

guardar silencio cuando el momento lo requiere (sonríe).

Por ello me han llenado de satisfacción tus observaciones sobre la construcción y coronamiento de la Acrópolis en el espacio de una generación; tan acabada que se conserva su belleza por toda la eternidad. Este es el criterio del verdadero arte —pienso—, que no debe ser otro que conservar eternamente su concepto de la belleza. No sólo las construcciones, las pinturas, sino incluso las ánforas y las llaves de los griegos nos aparecen todavía hoy estéticamente perfectas hasta en sus últimos detalles. Y tras milenios, los humanos que posean todavía una sana sensibilidad, que hayan conservado un sentimiento de belleza natural, experimentarán idéntica sensación de arrobo y maravilla.

* * *

12.2.1966

He oído hace poco que Röpke ha muerto. Lo siento mucho, a pesar de su complejo de odio. Se puede lamentar el complejo, pues la enfermedad no cuenta; en conjunto era una mente importante, un rígido pensador que dedicó su atención a la vida económica. Su crítica de la cultura fue lúcida, de una ética elevada, con un profundo sentido por las verdaderas palabras, por la limpieza y la belleza, precisamente como contrapeso a lo puramente material de la economía. En su libro de título revelador, «Más allá de la oferta y la demanda», exige «resistencia contra la destrucción de la dignidad y la poesía». En el pueblo existe todavía una noción de ello. Quien quiera remitirnos postales navideñas que, sentimentales como siempre, hablen al espíritu, que nos envíe pueblecillos ensoñados y alegres trineos arrastrados por caballos o un paisaje nevado, pero nada de automóviles y garajes como reclamos de una ciudad formada por cuadriláteros de cemento armado. ¿Y no sería posible recordar el conocido cuadro de Segantini, de la Pinacoteca de Munich, «Labranza en la Engadina», antes que representar los caballos de un tractor?

* * *

19.2.1966

Puedo recibir libros sobre la primera guerra mundial. Ante mí aparece ya un libro sobre Verdún. He leído al mismo tiempo, en el periódico, un recuerdo de aquella cruel batalla, de cuya iniciación mañana se cumplen los cincuenta años. Del mejor grado pienso leer el libro de recuerdos de aquel «magnífico tipo»[108] que me has remitido. Déjame tiempo en los envíos hasta que los libros que he encargado hayan llegado a mi poder. Como «lectura de distracción», tengo aquí todavía los libros de Hamsum y el de Fontane, "Antes de la tormenta». El último me lo ha regalado nuestro capellán, tras haber sostenido con él una conversación muy profunda sobre temas de su ministerio (sonríe).

* * *

Se ha informado de que cuarenta habitantes de la isla Tristan da Cunha, en el Atlántico meridional, se han puesto de nuevo en camino hacia Inglaterra. La pequeña población entera fue evacuada, a causa de una erupción volcánica, a la metrópoli británica. Tras haberse acallado el vómito de fuego, volvieron a su destino de robinsones, fundamentalmente hartos de civilización, para expresarlo en términos vulgares. A una parte, sin embargo, no le fue posible adaptarse de nuevo a la existencia primitiva. Habían sorbido una dosis demasiado fuerte del dulce veneno y no podían soportar la existencia sin televisión, sin automóviles; las amas de casa, sin agua corriente y cocina eléctrica. Creo que fueron los más jóvenes quienes apresuraron primeramente su vuelta a la civilización. Sin embargo, dudo que vayan a ser más felices una vez reinsertados en los modernos mecanismos —pienso al decirlo en lo que escribe Albrecht von Haller en su libro, «Los últimos quieren ser los primeros»—, puesto que según el citado autor, no ha visto seres humanos más felices y satisfechos de sí mismos que los pobladores de los poblados africanos todavía vírgenes, en el interior de la selva. Una gran parte de esta dicha está dada por su confianza en los demonios, los buenos, que vencen inexorablemente a los malos. Estas criaturas se sienten desvalidas precisamente cuando el «desarrollo» y la «civilización» destruye su propio mundo. Y los portadores de tal civilización, ignorantes de ello, se sienten todavía orgullosos de su obra, sin que quepa excluir entre ellos a los misioneros. Pero hay que ser justos: consiguen en ocasiones, y ello no puede alabarse bastante, que los hasta entonces paganos cubran con hojas sus vergüenzas. ¡Viva el

[108] Se trata de Cordt von Brandis, autor de la obra "Douaumont ante nosotros. De la vida de un viejo soldado."

progreso! (sonríe).

* * *

6.3.1966

No me hables de la justicia suprema cuando alguien, por efectuar una labor de samaritana y cuidar tres enfermos de gripe, cae ella misma afectada por la misma dolencia. A Scho-penhauer no le fue posible ocuparse bastante del tema, para escarnio de los filósofos que despotricaban de los mejores mundos posibles. No se necesita verdaderamente filosofar demasiado para establecer una lista interminable de aquéllo que podría ser mejor en el mundo circundante sin por ello solicitar cosas imposibles a la concepción de su Creador.

Cuando esto ocurre, no hay que ver en ello inexorablemente la mano del diablo. Ahí tenemos, por ejemplo, la constante utilización de medios insecticidas y contra la maleza, sin hablar de la utilización de la fuerza del átomo como medio de hacer la vida más cómoda.

* * *

Anota, por favor, el nombre de Harold Percy Romberg, autor del libro «Los jueces de Su Majestad». Una comparación entre Alemania e Inglaterra. Muy interesante resulta que en Inglaterra, los jueces son extraídos de la élite de los abogados, en conjunto no más de doscientos. Su sueldo es de 7.460 marcos mensuales y en la República Federal, hay doce mil jueces de carrera con mil trescientos marcos mensuales (!); los tribunales ingleses fallaron en 1959 unos treinta y tres mil juicios y la República Federal, ciento cincuenta y cuatro mil. En Inglaterra, por contra, se ha llegado al millón trescientas mil sentencias emitidas por jueces de paz.

La obra está escrita en un lenguaje ligero y salpicado de anécdotas. El autor deja abierto el interrogante sobre la bondad del sistema, adecuada a las diferentes características de los pueblos.

* * *

12.3.1966

Creo que hay que plantar tan sólo aquéllo adecuado al terreno y el clima. Ello coincide con mi manera de ser; voy tan allá en semejante pensamiento, que cuanto puede considerarse como típicamente exótico, en un jardín, aquí, en nuestro paisaje, me molesta, aun cuando esté bien cuidado y resulte especialmente bello. Así las palmeras: a mi entender, las palmeras solamente pueden destacarse sobre un cielo azul, bañadas en un intenso sol. Por ello no querría palmeras en mi jardín..., en el caso de que tuviera uno (sonríe). Tampoco me gustaría ver alzarse un templo griego a orillas del Königsee. Y cuando veo una planta que solamente puede crecer en climas y terrenos adecuados colocada por manos del hombre en los que no le corresponden, experimento compasión hacia ella. Sí; compasión. Auténtica compasión por el hecho de que no puede huir como es el caso de un animal. Compasión por no saber ciertamente si puede experimentar auténtico dolor, como las criaturas superiores.

* * *

Al hijo 21.3.1966

Volviendo a la cuestión del lenguaje: ¡qué placer causa la lectura de Schopenhauer, aunque sea tan sólo desde un enfoque puramente estilista! ¡Cuánta claridad, cuánta precisión en las expresiones, tan llenas de temperamento y tan vivas! Algunas veces ingenioso, cuando no abiertamente cáustico, corrosivo con sus enemigos, los «filósofos de cátedra». Posiblemente no se merecían enteramente lo que les da. Por lo menos, en lo que atañe a su lenguaje. Pero éste contiene en sí mismo una gran belleza formal, especialmente en el capítulo final de su obra principal. «El mundo como voluntad y concepto».

Lo que me has escrito sobre la mencionada charla sobre arte[109] es, indudablemente, muy notable. Lo que más me interesa sobre ello es que lo dicho allá «corresponde» a tus opiniones..., correspondiendo también a mis propias concepciones. Puede asentirse tristemente a ello, sobre todo al leer la frase :«Material o espiritualmente, se encarnan en ellas (las expresiones más elevadas de la

[109] Wolf Rudiger Hess había citado en una carta numerosos conceptos expresados en una charla sobre arte celebrada de Nuremberg.

vida cotidiana) y con frecuencia, la profunda esencia espiritual de un pueblo.» Si se considera lo que aparece en nuestro tiempo como elevada expresión en el campo del arte, sea en escultura, pintura o arquitectura; sea en arquitectura, música o literatura y hay que extraer de ello lo que encarna la profunda esencia espiritual de nuestro pueblo, no puede por menos que sentirse frío en el corazón. Incluso las mentes más inteligentes parecen haberse sumido en la confusión a la hora de expresar un juicio y no hace mucho leí en el texto de un crítico reputado como «conservador», que Picasso era un genio. ¡Picasso! Con sus necedades, sobre las que incluso parecen querer disculparle aquéllos mejor predispuestos en su favor, trae al retortero a sus contemporáneos, divirtiéndose con aquéllos que toman todo ello por el verdadero arte.

* * *

Al hijo 27.3.1966

He recibido tu carta con la ampliación de los conceptos expresados en aquella conferencia sobre el arte. Me interesaría saber quién la dio. Menos el nombre —sobre el que no tendría idea alguna—, me gustaría saber si se trataba de uno «del oficio»», es decir, historiador del arte o catedrático de alguna escuela superior o academia de arte. Quizá fuera «solamente» un artista o forma parte de algún sector profesional como puede ser el de los arquitectos.

Puedes imaginarte el eco que ha tenido en mí lo que ha dicho tu conferenciante sobre los dadaístas, cubistas, futuristas o los «presuntuosos» impresionistas. Por lo que deduzco, no son representaciones de unas generaciones por sus obras, sino por sí mismos. Difícilmente puedo imaginarme que sus producciones puedan proceder de mentes sanas. Así como las grandes creaciones de la Humanidad son expresión de un alma colectiva —cosa que también se dijo en la conferencia—, hay que considerar la obra personal como expresión de un alma propia. Dime lo que pintas, dime cómo pintas... y te diré quién eres.

«Agita las inmundicias para que las deseen», podría ser el lema de una determinada orientación, en la que se mueve en la actualidad el llamado arte. En algunos casos, al contemplarla llego a experimentar la sensación de una náusea física. Aquí trazaba Schopenhauer un límite: el arte tiene que representar también lo feo, pero no ir hasta el punto de mostrar lo repugnante, lo repelente, puesto que en tal caso estaría en contradicción consigo mismo, no sería por tanto arte alguno.

* * *

Leo como un paréntesis en mis otras lecturas las cartas de María Luisa, la segunda esposa de Napoleón, escritas a éste entre los principios de 1813 y su regreso de la isla de Elba. Constan conjuntamente —y son más interesantes— las cartas de Napoleón a María Luisa. Los originales aparecieron recientemente en Suecia. Las cartas ofrecen una impresión de esta mujer muy diversa a la que nos daba la historia escrita hasta ahora. No solamente parece haber admirado a su gran esposo, sino haberle amado asimismo realmente. Su preocupación por él llega a hacerse entrañable y adquiere con frecuencia unos rasgos maternales, con notorio olvido de la grandeza que rodea a la figura. Mientras guerreaba al frente de sus tropas, sosteniendo batallas decisivas por toda Europa, le escribía cosas como: «Abrígate bien.» «No te resfríes.» «Trata de cuidarte y no fatigarte demasiado.» «No te expongas demasiado, quién sabe si lo has hecho ya estos días.» Es tan candorosa como para confesar —y ello ilustra bastante sobre su carácter— que no entiende nada de cuestiones militares y deja entender que no le interesan en lo más mínimo.

Pero su amor no era unilateral. Una prueba está en que el nacimiento del hijo fue difícil y los médicos creyeron estar ante la necesidad de tener que decidirse entre el sacrificio de la madre o el ser que iba a venir al mundo. Quien tenía que decidirlo era el propio Napoleón, que respondió inmediatamente: había que salvar a la madre, aunque fuera a costa del niño. Y, sin embargo, no se trataba de un niño cualquiera, sino del tanto tiempo anhelado heredero del trono. Su actitud en el caso añade unos toques de nobleza en la figura de Napoleón y da ocasión para revisar algo los conceptos hasta ahora mantenidos sobre la misma.

* * *

3.4.1969

En «Inglaterra II», de Jacta, encuentro entre los procedimientos judiciales sobre «El amante de Lady Chatterley» algo de lo más sorprendente. No conozco el controvertido libro, pero tras lo que dice

el acusador y tras las protestas que la obra suscitó por doquier, puedo hacerme perfectamente una idea de lo que se trata.

No soy de la opinión, empero, de que tuviera que prohibirse. Los adultos que están tan faltos de gusto como para encontrar en el mismo complacencia, no deberían hallar impedimentos para leer el libro. Pero con la precaución siempre de que no cayera en manos juveniles.

Los especialistas que declararon ante el tribunal —una larga serie— fueron, por contra, de la opinión de que no afectaría, sino que resultaría incluso deseable que cayera en las manos de una muchacha de diecisiete años. Todos los testigos que comparecieron fueron de aquella opinión, incluidos clérigos de ambas confesiones. Uno de ellos encontró inclusive que era «un libro que tenían que leer todos los cristianos». Estaría menormente de acuerdo con la moral teológica —dijo respondiendo a la oportuna pregunta— si algunos párrafos fueran objeto de supresión y tachadura. En conjunto, era una novela «moral e incluso puritana» (!). Y esto, en Inglaterra, que está considerado como un país donde triunfa el más rígido de los puritanismos. Prescindiendo de las particularidades, de los vocablos utilizados, lo cierto es que el entero libro es el relato de un adulterio cometido por una mujer a espaldas de un marido, herido de guerra, que no puede cumplir ya con sus deberes conyugales. Indiferentemente a cuáles puedan ser las reacciones estrictamente humanas ante un caso semejante, los fundamentos de la Iglesia descansan sobre los «diez mandamientos», uno de los cuales se quebranta constantemente a lo largo de la acción. Y fueron precisamente los representantes de la misma quienes se manifestaron durante el proceso favorables a la difusión del libro, llegaron a calificarlo de educativo y casi llegaron a adjetivarlo como cristiano. Poderosas razones hacían suponer que lamentarían la tendencia de los tiempos, clamarían contra la «iniciación» de una parte de la juventud, casi niños, de una manera baja, despojada de todo lo hermoso. En vez de aprovechar la oportunidad de semejante proceso sensacional para poner en guardia contra las consecuencias que podían derivarse del embrutecimiento que se revelaba cada vez más creciente; en vez de dejar sentado que la difusión de semejante novela podía fomentar perniciosas costumbres, al menos entre los jóvenes, para quienes el matrimonio aparece como algo sublime y santo; en vez de aprovechar esta oportunidad, hicieron justamente lo contrario. ¿Qué ha ocurrido en este mundo para que incluso los «cuidadores de almas» secunden al diablo? Cierto que escritores y poetas no se arredraron tampoco con anterioridad ante esa faceta de la vida. Pero se mantenían todavía dentro de los límites de la estética, daban a entender más de lo que decían con sus palabras o sus cuadros y, sobre todo, ponían cuidado en no tropezar con la Iglesia. Cuando se trataba de pornografía, que como es natural también existía, no era valorada pública y mucho menos por aquéllos obligados a celar sobre la moralidad y las costumbres.

¡Vaya! ¡He vuelto a dejarme arrebatar otra vez por la irritación! Es muy fácil para mí (sonríe).

* * *

El Krüger reclama más tiempo del que suponía; no tan sólo debido al volumen, sino a que el contenido no es excesivamente fácil de leer. Esta composición en frases donde el sustantivo tiene su puesto preferente, tal como gusta el gremio de los juristas, es terrible. Con frecuencia se tiene que traducir una frase a un alemán normal antes de comprenderla.

A pesar de ello, penetro en la obra con deleite. Tanto más, cuando el autor se deja llevar por el temperamento —y no ocurre en raros casos—, y se olvida de la jerga jurídica y se expresa con una renovada claridad. Dice las cosas «como son», al igual que lo hace con el derecho a la opinión, que cuanto más perturbado en las existencias individuales como en las colectivas, más necesario se hace, como una compensación de las crisis, es decir, como seguridad de un «Estado benéfico». Pero cuanto más fuera reclamado por los «beneficiados» para que cuidaran de su mantenimiento y cuanto más tiempo libre tuvieran los ciudadanos, más imperativo resultaría este «Estado benéfico». En la discusión sobre una «segunda televisión», los periódicos, los políticos e incluso los juristas, se lanzaron a exponer sus argumentos. Se habló, inclusive, del «derecho del pueblo alemán» a semejante segunda televisión. Daba la impresión de que la existencia de este pueblo dependía y estaba asegurada por aquéllo. Y nadie se atreve a llevar la contraria cuando se exige una costosa instalación lumínica para un estudio. Algo así solamente se había conocido en la Antigüedad tardía.

* * *

30.4.1966

La obra «Das edle Blut»[110], de Wildenbruch, es conocida «naturalmente» por mi compañero literario. Cuando le expliqué tu llanto al leer «Das edle Blut», me aseguró que nadie podía leerla sin aullar (sonríe). Es, sin embargo, la mejor de Wildenbruch..., por lo menos, tras las primeras líneas de su poema hasta el relevo de Bismarck. De ello puede deducirse que no es tan despreciable para él ese «estilo florido»; trata incluso de encontrar libros de esa especie entre los anticuarios, no porque le signifiquen un puro placer, sino por interés literario respecto a la gran difusión que alcanzaron en su momento y, naturalmente, por divertirse, con lo que se tomaba con tanta seriedad en aquel tiempo y hoy produce efectos enteramente cómicos. Así, es que obtuvo algo de la Courths-Mahler, de Marlitt, de Ganghofer. Algo no es tan malo como generalmente se considera.

«Das edle Blut» se encuentra, como tú misma haces constar, en este nivel, Que vertieras lágrimas, como una niña, al leerlo, no me sorprende. ¡Feliz el que todavía es tan ingenuo —en el mejor sentido—para dejarse arrebatar por lo que lee y sentirlo como propio! Incluso yo, vieja hierba de otro sexo, experimento en ocasiones esta dicha, tanto en lo sentimental como en lo alegre, aunque en esto último me ruedan las lágrimas por las mejillas «de abierta risa».

* * *

De que «al otro lado» hay una constante deformación en la que la educación es especialmente rígida, me lo confirmó mi interlocutor medio americano. Allá se va incluso a un «super-prusianismo», cosa que un visitante de la actual Alemania comprobó, sorprendido, hace poco tiempo. Le causó especial sorpresa ver un gran retrato de un jefe militar alemán en las historias recientes; sus desconcertadas preguntas, en las que latía un soterrado tono crítico, fueron respondidas con bastante dureza...

No tengo nada contra la educación espartana... ¡Todo lo contrario! Los límites deben trazarse allá donde en lo material, en la comida, la salud puede resultar afectada y en lo espiritual, allá donde el carácter pierde el orgullo, la seguridad y la confianza en sí mismo.

* * *

Me he convertido en un partidario del Papa Pablo VI, por mucho que esto pueda sonar herético en un evangelista (sonríe); a primeros del pasado año les dijo a los miembros de una escuela de arte romana que tenían que permanecer fieles al camino principal del arte cristiano, que buscaba cada vez expresar nuevas bellezas. Al mismo tiempo les advirtió las «locuras irracionales que hoy agostan el jardín de la estética humana y religiosa». Pero desgraciadamente, la jerarquía de la Iglesia católica entre nosotros no mantiene estas mismas orientaciones; deja elevar templos que son algo así como el dechado de la enajenación del nuevo arte..., más vale silenciar lo que los evangélicos hacen al respecto. Ambos no dejarán de arrepentirse en un tiempo no lejano, cuando el péndulo vuelva a oscilar, la moda actual quede sobrepasada y nadie quiera volver a verla.

* * *

Al hijo 7.5.1966

Tu carta del día 4 se tropezó con la censura, puesto que su contenido era diferente al esperado. Me había ya surtido de Schopenhauer para la gran discusión..., como sucedáneo de un acuerdo enteramente fracasado entre arte y «arte», que ha resultado fallido, por lo que me quedo con la filosofía del viejo gruñón y tú, con tus argumentos propios.

Un concepto tan confuso como preciado y completamente indefinido es el «tiempo», que corre cada vez más aprisa y, por desgracia, indetenible, cuanto más viejos nos hacemos; que está constantemente con nosotros —donde nos escondamos o nos hallemos—, aunque sea en una aislada y hermética celda (sonríe).

Ese tiempo lo he utilizado hoy de una manera completamente diferente a la que en un principio había pensado.

* * *

He dejado a Krüger, que es de mucho peso y he echado mano de Cordt von Brandis, a quien leo con tanto apasionamiento que no puedo soltarlo de las manos. Es verdaderamente un libro preciado.

---

[110] "La sangre noble".

Ofrece un cuadro viviente de un período cultural no muy lejano pero que está, sin embargo, totalmente sobrepasado. Y entonces, cae uno —«uno» que todavía lo vivió— en la transformación operada en el transcurso de unos decenios, un cambio como no se ha operado en generación alguna y en casi todos los campos, además. Impresionante también en la descripción de aquel círculo de jóvenes, que no toman la vida en su aspecto más difícil, sobre todo Holdrio, en quien se expresa siempre la subconsciencia, al que atormentan presentimientos de hechos terribles que sobrevienen, implacables. En algunos casos, ello va unido a una penetrante consideración de la situación auténtica; una situación pesimista, ciertamente, pero que como no puede alterarse, hay que sobreponer con insolencia. Es deliciosa la mano leve con que se ha descrito todo ello: los diversos temperamentos, las gentes y su comportamiento, como hablan, igual que se acostumbra a hablar en el cuerpo de cadetes, como se comportan los componentes del círculo de los jóvenes oficiales. Todo ello vivaz, como un buen filme con unos diálogos llenos de humor.

Y, al igual que una buena película, para apartar después de la jornada el peso de los trabajos y las preocupaciones, te recomiendo que devores el libro. ¡Yo también lo devoro! Lamento que no sea un mamotreto y que pronto esté acabado.

Como es natural, no sé cuál es su efecto sobre alguien que no estuvo «allá». Pero pienso que al cabo de cien páginas tendrá una idea de la primera guerra mundial en todas sus fases: en una perspectiva situada un punto muy bajo y visto hacia adelante, como apenas es posible verlo mejor. La mezcla es típica: gravedad mortal, crueldad y, por encima de todo, un desaforado disfrute de la existencia, como cabe al pensar que al cabo de pocos días, en lo más recio del combate, podrá ponerse punto final a todo aquéllo. Y así es, efectivamente, en el instante siguiente, cuando una granada estalla precisamente donde tres se han sentado para jugar a las cartas. Y estúpidamente se es uno de los tres.

¿Estúpidamente? Por dos veces, Brandis tiene el pensamiento salvador en medio del sueño: «...como electrizado salté de la cama y escribí y dibujé. Hizo que rodaran hasta la posición enemiga apenas ocupada, en el fondo del barranco, oyó la detonación que no había causado pérdidas propias y se hizo el silencio de los disparos enemigos. Aquéllo que «el Señor le había dado en sueños», alcanzó el éxito.

Poco antes había leído en otro lugar que es típico de las inspiraciones que se representen en el sueño. Las cosas situadas entre el cielo y la tierra acuden así a nuestra mente cuando nos hallamos entre el estado de conciencia e inconsciencia.

* * *

Ilse Hess a R. H. - Gailenberg, 11.5.1966

Me sorprende que tuvierais en vuestro poder «Das edle Blut», aunque sea en una vieja edición de los años 30, con ilustraciones para uso de escolares. Pero lo que más me sorprendió y lo que consideré como un gran vacío en mi formación fue el hecho de no saber que Bildenbruch descendiera en línea directa del príncipe de Prusia, Luis Fernando. ¡No lo sabía y me ha interesado mucho! ¡Cuántas cosas hay escondidas en esa estirpe de los Hohenzollern, tan endiabladamente activa siempre! La elección del nombre no es tan inexacta, pienso yo: «el «wilde Bruch»[111] de esta estirpe parece haber tenido predisposiciones artísticas a lo largo de sus representantes. Creo que es esto lo que el sobrino del viejo Fritz describió: la acción militar y artística en uno de sus aspectos, aunque se hubiera producido un declive en otros. Según mi memoria histórica, fue precisamente el príncipe Luis Fernando quien intentó, por intermedio de la reina, impulsar a su tío, eternamente irresoluto.

Me interesaría saber, desde el punto de vista ideológico, si existe una especie de regla por la cual las estirpes dominantes efectúan siempre hechos sobresalientes: los ejemplos podrían darse a millares. El porcentaje de la sucesión de generaciones prueba que una figura destacada surge casi siempre de una línea también preeminente.

* * *

Spandau, 14.5.1966

He terminado de leer «Das edle Blut»; no quise apartar a esa «Rosina» de mi lado, tanto más

[111] Hay un juego de palabras intraductible. El apellido Wildebruch significa "ruptura salvaje".

cuanto sabía que no era dulce, sino que por contra, resultaba bastante amarga. Y aunque no lloré acerbamente, se me han puesto las carnes como madera (sonríe) y he llegado a estar a punto de ello. Me han producido una gran satisfacción como está escrita la pequeña narración; el extenso prólogo; el viejo camarero de la cómoda taberna; la atmósfera de la pequeña ciudad que lo envuelve todo y sus recuerdos del cuerpo de cadetes. Los dibujos son enteramente candorosos y emocionan hasta en sus pequeños detalles: me he detenido también mucho tiempo en ellos. Corresponden, como el estilo del conjunto, a la «buena vieja época».

El librito es, de todos modos, un buen pequeño complementó para el principio del libro de Douaumont. Puedo representarme al propio Brandis con el espíritu del «pequeño L». Se hubiera precipitado en Verdún a la batalla con idéntica pasión y la fe puesta en los altos designios.

No me sorprende que en las estirpes señoriales aparezcan con frecuencia figuras que no solamente se denominan «reyes», sino que asimismo lo son. En un principio, al iniciarse la línea de sus antepasados, fueron los padres de la estirpe, elegidos cabecillas o se hicieron a sí mismos, lográndolo por la materia prima que había en ellos. Lo tenían en la sangre y transmitieron aquéllo por herencia, después de lo que se extendió, complementó y reforzó por las propiedades esencialmente idénticas de las otras estirpes con las que establecieron relaciones conforme a su calidad.

La aptitud para obsequiar a sus pueblos con personalidades destacadas, decayó gradualmente cuando este «sistema» se desarrolló con las uniones consanguíneas de las casas principescas de Europa. Y fue, por tanto, una fortuna para sí y sus descendientes cuando un «salto colateral» aportaba sangre nueva a la antigua, sobre todo cuando estos saltos colaterales eran suficientemente responsables para aportar propiedades de mando o inclinaciones artísticas, cuando no ambas. En las cortes había suficientes ocasiones para una elección; jóvenes oficiales y descendientes pertenecientes al campo de los estadistas o incluso muy «eficientes» (sonríe), a pesar de que habían salvado de manera expeditiva el escalafón. El esposo, acaso algo idiota, se maravillaba luego del príncipe heredero que había ayudado a traer al mundo. Biológicamente puede considerarse como regla que los genios dilapiden proporcionalmente sus dotes, en tanto que sus descendientes descienden del nivel corriente. Por otra parte, el «wilde Bruch» no era un descendiente de Federico el Grande, sino de uno de sus hermanos. No sé ningún otro detalle sobre él. Artista como era, se sentía acaso atraído hacia sus parientes espirituales, de tal manera que se potenciaran así los talentos.

* * *

Al hijo 28.5.1966

Es ciertamente tranquilizador que no solamente se esté con facultades para aprender el «puro diccionario del saber», sino que se esté asimismo dotado para que el cerebro siga elaborando y aprovechando, de una manera creadora, el material del saber acumulado. El material puede también obtenerse de manuales —para eso existen—, aunque de costumbre, lo que consta en uno aparece también en otros, pues todo no puede conservarse en la mente, sobre todo dado el número de materias actuales, que aumentan constantemente.

Las «piedras de construcción», se obtengan de donde se obtengan, tienen que utilizarse de una manera adecuada, ponerlas en relación y armonía unas con otras, de manera que puedan seguirse nuevos caminos y obtenerse nuevos conocimientos. Y si las utilizadas como fundamentos ofrecen otras opiniones al colocarlas y plantean otros problemas, demuestra esto que existe la correspondiente aptitud. La dimensión muestra siempre lo grande que es la capacidad de los contrincantes, hasta qué punto hay que mantenerlos a raya o incluso hasta qué punto se les puede superar. Compiladores de material hay muchos; auténticos creadores son muchos menos. Bien sabes tú, perfectamente, que los mayores y más perfectos «cerebros electrónicos» no pueden sustituirlos. Les falta lo que hace más característico y decisivo el cerebro del hombre: lo creador, que produce algo nuevo que surge de sí mismo, que en caso necesario emprende otros rumbos, sin que tenga que ser alimentado por otros «datos», sin que sean oprimidos otros botones o accionadas otras palancas efectúa su labor ese «computador» que es el cerebro humano.

* * *

29 de mayo: un radiante domingo de Pascua de Pentecostés. Celebro la solemnidad que hoy tiene efecto en Douaumont. Considero seguro que en la misma, el entonces capitán herido en Verdún

y hoy jefe del Estado francés[112] otorgará su perdón a su comandante en jefe de entonces[113], que tras las faltas por nuestro lado, impidió el triunfo alemán. Perdón por lo que cree que tiene que reprocharle, ya que su rehabilitación como soldado no es necesaria.

Me satisface que hayas «devorado», tú también, el libro sobre Douaumont y en no menor grado que leas las sagas heroicas alemanas como complemento de aquel canto a los héroes.

* * *

Al hijo 2.7.1966

Gracias por tus explicaciones sobre la práctica actual en la construcción de carreteras y la distribución de los medios de transporte.

Es lamentable, aunque comprensible, que en nombre del egoísmo de la economía de mercado sin cortapisas, los municipios construyan carreteras donde deberían dar la preferencia a los medios de transporte masivos, porque para las primeras reciben subvenciones del Gobierno federal y para los segundos no. Pero que los resultados de esta política no lleven a una modificación de las subvenciones federales, es lamentable y completamente incomprensible. Quizás esté tras de ello la influencia de los intereses de las empresas dedicadas a la construcción de carreteras y de los que quieren impedir una emigración de los usuarios de automóviles a los transportes masivos, porque éstos no precisan ninguna o muy poca gasolina.

Sobre el tema de los ingresos por el impuesto sobre los automóviles y su empleo, leí una opinión con una serie de puntos de vista que eran nuevos, y resultaron muy interesantes para mí. Los señores usuarios de automóviles no deberían echar pestes de que pagan más impuestos que lo que se gasta en su favor. No hay que olvidar que las autopistas no fueron financiadas en principio con el producto de los impuestos sobre los automóviles —ese hubiera resultado mínimo en la ocasión— sino que estas pistas de circulación que hoy atraviesan y se entrecruzan por todo el territorio de la República Federal, fueron construidas con el dinero de todos los contribuyentes, es decir, de los que no estaban directamente interesados en todo ello. Además, los ferrocarriles del Reich tuvieron que contribuir a la construcción de lo que podía representar una considerable competencia, con sus superávits. Resulta, pues, enteramente justo que el tráfico automovilístico compense al Estado de todos estos desembolsos, bien por medio de impuestos, bien mediante cualquier otra fórmula, puesto que se ha beneficiado y sigue beneficiándose de una red viaria excepcional. Cabe preguntarse, a la vista de todo ello, cuál sería el aspecto actual del tráfico en el caso de que no existieran las autopistas que ya estaban construidas con anterioridad a la guerra.

Y aún queda una segunda cuestión: entonces tenían los ferrocarriles un superávit. Si esto no ocurre en la actualidad, se debe a que buena parte de sus usuarios se han desviado hacia la carretera. Los ferrocarriles y el correo son objeto de inversiones cada vez más crecientes por parte del Estado. Por ello —escribía aquel que expresaba su opinión— deberían aumentarse los impuestos que gravan cuanto concierne al automóvil y el tráfico automovilístico para compensar de esta manera el déficit existente en el sector ferroviario. El conjunto de la cifra impositiva de nuestro país en el tráfico automovilístico se cifra en un total de treinta y tres mil millones. El aumento no sólo representaría la eliminación de las subvenciones, sino el acopio de medios para un incremento de los transportes públicos. Si mediante unas contribuciones más altas, el incremento del tráfico en las calles aminora algo, representará una ventaja para todos... con excepción de las empresas petrolíferas (sonríe).

Coincido en tus apreciaciones de que los impuestos no deberían estar destinados a una determinada finalidad, sino disponibles y aplicables según la perentoriedad de la misión encomendada al Estado. En el caso de que los impuestos obtenidos por el tráfico fueran invertidos fundamentalmente en beneficio de este tráfico, los impuestos procedentes del placer y la diversión deberían aplicarse a la diversión y los impuestos que graban los cigarrillos, en interés de los fumadores... No cabe duda de que he llegado ahora a mostrarme casi cínico (sonríe).

* * *

[112] De Gaulle.
[113] Petain.

9.7.1966

En un libro sobre Suiza he encontrado una serie de detalles interesantes sobre la leyenda de Guillermo Tell: sin ningún género de dudas, falta al hecho una base histórica, puesto que los gobernadores austríacos ejercían un poder suave y beneficioso, por lo que no dieron motivo alguno a la «acción liberadora».

El propio Guillermo Tell no es a pesar de mis mejores deseos un «héroe» para mí. Si en vez de poner en peligro la vida de su hijo hubiera disparado sobre Gessler, sacrificando según todas las probabilidades la existencia propia, hubiera sido otra cosa. Pero tender emboscadas a los «tiranos» es y significa un asesinato. Nada cambia sobre ello cualquier explicación dada por Schiller.

¿Has estado alguna vez en un «Planetarium»? He leído que algún nuevo Estado africano tiene una perentoria necesidad del mismo y que se le ha prometido su entrega... con toda seguridad, de acuerdo con la ayuda para el desarrollo (sonrisas significativas). Dejando ello a un lado, considero la edificación de esa bóveda celeste de carácter artificial como un juguete caro, incluso para nosotros. Los adultos que contemplan las estrellas que ascienden y descienden y los planetas que se mueven entre ellas, dicen: «¡Qué interesante!» y se quedan tan listos o mejor aún, tan tontos como antes. Por otra parte, es dudoso que acudan allá más de una vez. En cuanto a los niños de las clases escolares llevadas allá, exclaman: «¡Qué bonito!» y no son por ello tan listos como los adultos.

Sería mejor que se les colocara bajo el fenómeno que viene a ser una auténtica noche estrellada y clara de invierno y se les mostrara en la escuela buenos modelos movibles de las órbitas de los planetas. Resultaría más ilustrativo, más pedagógico y más barato. Lo que se ahorrara en la construcción del firmamento artificial podría invertirse en facilitar a los interesados buenos libros de enseñanza a precios baratos. Esto resultaría mucho más provechoso, tanto para los adultos como para los niños.

* * *

31.7.1966.

Referente al «tercer gol» de los ingleses[114]. Cuando una pelota da a la portería y llega incluso a rebotar, de tal manera que después de tocar al suelo vuelve a saltar fuera de la portería —fue allá impulsada por la cabeza— mal puede haber estado enteramente dentro, tal como determinan las reglas. Esta es mi opinión. ¿Mantienes tú otra? ¡Atrévete! (sonríe). De haber caído la pelota perpendicularmente ante el larguero, habría saltado asimismo perpendicularmente a lo alto, pero no hacia afuera; de haber rebotado hacia afuera, no hubiera penetrado en el interior y, de haber rebotado hacia adentro, tenía que haber tropezado en el ángulo de incidencia. No hay justicia en este mundo... ni siquiera en el fútbol (sonríe).

* * *

Al hijo 5.8.1966.

He leído un libro breve, tan humorístico como en el fondo deprimente: «Brillo y ninguna gloria», de Studnitz. Viene a ser una especie de espejo para los ciudadanos de la República Federal, como hasta ahora no se había efectuado. En especial para los habitantes de Bonn. Como es natural, se generaliza, aunque no deja de resultar consolador que existan algunos que no puedan verse reflejados en el mismo. No tan divertido, por cuanto resulta bastante deprimente, es el último capítulo sobre la nueva construcción alemana, sobre la nueva destrucción de nuestras ciudades por causa de su «reconstrucción» por los arquitectos. Nadie se atrevió a expresar una opinión, nadie estableció una reglamentación al respecto. Cuanto procedía de Alto, de Mies van der Rohe o de Le Corbusier, era admitido como el Evangelio. La Filarmonía de Berlín: ni una sola administración de puertos se habría atrevido a autorizar la erección de un «granero» de tan absurda fealdad; a ello hay que añadir el «horrible» barrio de la Hansa, en Berlín. La planificación del tráfico y la concepción de la construcción urbana son dos cosas diferentes. Si hay que construir edificios funcionales, ¿por qué no hacerlo en la periferia de las ciudades? Grupos de edificios inarmónicos pueden soportarse, siempre que estén aislados de un contexto diverso. Bañera y ducha, bidet y water closet pueden reunirse en un cuarto de baño; el bidet en el salón, la bañera en la biblioteca y el retrete en el comedor serían

[114] Se refiere a los campeonatos del mundo, en el partido Alemania - Inglaterra.

absurdas disonancias. El dueño de la casa que ordenara esta disposición precisaría un profundo examen sobre su salud mental. Ningún espíritu ciudadano se ha sentido desafiado, ninguna resistencia se ha elevado contra lo monstruoso. Por excepción, sólo sucedió en una ocasión, como en el caso de la Plaza del Mercado de Bremen, que se solicitara la expresión de la voluntad popular.

* * *

Considero disparatado que alguien que está dotado para las letras, para la filología y la historia, tenga para estudiarlas en una escuela superior en unión de la química y la física en unas dimensiones que exceden en mucho lo que puede solicitarse en el marco de una buena cultura general. Y que a pesar de no tener vena alguna para estas asignaturas, sea su sufrimiento mucho mayor y tenga que derrochar muchas energías, con el resultado de un cerebro sobrefatigado a la hora del bachillerato y la escuela superior.

Soy de la opinión de que en las escuelas superiores deberían los requisitos de las diversas asignaturas no ser superiores a lo que requiere una ponderada cultura general. Para ello, el propio catedrático debería establecer sus propias reglas en relación con la capacidad de cada alumno. En la Universidad y las Escuelas Superiores se podría profundizar, por contra, en los estudios técnicos. Lo que faltara podría recuperarse rápidamente, puesto que se trataría de estudiantes dotados vocacionalmente para la especialidad, interesados por ella y no rendidos por una concentración de asignaturas, como es el caso del bachillerato.

* * *

6.8.1966.

La palabra «discriminar» puede pasar, pero leo en la utilización de nuestro idioma vocablos como «essentials», «presence», «nonproliferation» y «contingency planning». Hay que añadir que hace algunos años publicó el «Times» un artículo de fondo sobre el alemán con el titular significativo de «Linguistic submissiveness». Es decir, «Vasallaje lingüístico».

Creen, sin duda, quienes hablan semejante jerigonza angloamericana que ello causa especialmente una buena impresión en el extranjero, como signo de «apertura». Pienso, por mi parte, en el alemán de Lutero y en una frase que te complacerá especialmente a ti, vieja amiga de los perros. Mostar[115] en su «arca construida por él mismo», dice que Lutero, teología aquí, teología allá, un día dio de sopetón con la hermosísima frase: «Creo que también los ladradorcillos van al cielo y que cada criatura tiene un alma inmortal».

¿No es primorosa la palabra «ladradorcillos»? Al pequeño cachorro se le oye ladrar suavemente y gruñir. Alguien me ha enterado de que el clero protestante hizo desaparecer esta frase. ¿Perros en el cielo? ¿Criaturas con alma inmortal? ¡Monstruoso! En tal caso tendrían que hablar desde todos los pulpitos, amonestar una y otra vez a los fieles, atosigar a las pobres criaturas con interés en el espíritu del Reformador... ¡ también reformador en esto!

* * *

Wolf Rudiger Hess a R. H. - Wiesbaden, 15.8.1966

Gracias por tu carta del 31 del 7 que me ha regocijado con la indicación de que el apasionamiento por el fútbol ha llegado a Spandau. Alegrado porque el moderno «panem et circenses» ha hechizado inclusive a quien por razón de sus inclinaciones y su circunstancia, no parecía predestinado; por otra parte, había proclamado de antemano su desinterés y luego se ha visto cogido en la trampa. Me preocupé de enterarme por la mañana, en la oficina, de los resultados v echar, aquí y allá, una mirada en el periódico. Contemplé la final en la televisión; son estas las únicas transmisiones en las que dejo de negar el derecho a la existencia de ese medio de entontecimiento de las masas. No faltó la emoción y cuando en los últimos momentos del tiempo de juego cayó el empate, nos arrancó materialmente dé las sillas. Y volvimos a sentarnos, naturalmente, con el «tercer gol» de los ingleses, que pudo comprobarse perfectamente en las pantallas que no era tal. Entretanto, se ha aclarado el estado de este asunto en innumerables fotografías y filmes, lo que ha llevado a Ale-manía a obtener, para la opinión pública, el título de "campeón moral del mundo». También en la oficina y en el trabajo, en los que hablé el lunes siguiente, se evocaron como apoyo las leyes de la física: la pelota no podía haber estado dentro (sonríe).

---

[115] Gerhard Hermann Mostar. "El arca de Mostar construida por él mismo."

* * *

Ilse Hess a R.H. - Gailemberg, 16.8.1966

Que Lutero opinó un día que también los «ladradorcillos iban al cielo y tenían un alma inmortal», lo sabía ya y me había alegrado sobre ello. Creo que una personalidad tan gigantesca como Lutero vivía por encima de todas las limitaciones teológicas y cristianas, aquello que calificamos como misteriosa unidad de todo lo creado, sean los «perrillos», un árbol, una flor o nosotros mismos y los calificaba, según los conceptos de su tiempo, como aptos para entrar en el cielo.

* * *

Quizás pueda disculparse algo la tendencia alemana a la confusión babilónica del lenguaje con nuestra inextirpable necesidad de la «linguistic submissiveness», puesto que en una esfera superior tenemos el impulso, asimismo insoslayable, de proyectar nuestro ser espiritual sobre el mundo circundante, lo que acaso lleva obligadamente a semejante confusión lingüística. En el caso de que se eliminara radicalmente de las escuelas la enseñanza del griego y el latín, cosa sobre la que no están unánimes los catedráticos ni mucho menos, se echaría un cerrojo a la posibilidad de seguir utilizando estas lenguas, pues la gente no los entendería. De todos modos, encuentro que no deberían eliminarse el latín y el griego. Y desde que Buz lleva a cabo un trabajo mental tan intensivo como hace algunos años, lamenta de pronto su pereza escolar y de que en la clase de latín —nunca cursó griego— hiciera un esfuerzo mucho menor que lo habitual (sonríe). También tú demostraste irritación de que Papá Hess rehusara dejarte frecuentar un instituto humanístico, cosa que hiciste constar como insuficiencia en ti mismo, de tal manera que ya de niño habrías desobedecido aquella imposición. Claro está que si examino tu capacidad de lectura desde hace veinticinco años, no cabe duda de que has superado esta «insuficiencia» —si así puede calificarse— de una manera plena.

* * *

Spandau, 19.8.1966.

En uno de nuestros periódicos apareció una espléndida caricatura del gran dibujante Köhler, llena de ironía enconada pero justa. Representa el recibimiento de los futbolistas en Frankfurt: un aeropuerto en el que los miles se agrupaban, cabeza junto a cabeza, formando una multitud, las banderas ondeaban y las bocas abiertas gritaban de entusiasmo; saludaban los policías, la «Televisión Alemana» accionaba sus manivelas y un par de hombres descendían de un aparato especial recién aterrizado. Debajo podía leerse: «Recibimiento del equipo de científicos alemanes que quedó en segundo lugar en una competición mundial celebrada en Oxford.»

¿Hay que reír o llorar? Mejor reír, porque el llanto no ayuda a nada y mucho menos con este calor, (sonríe)

* * *

Al hijo 21.8.1966.

Me dices que presenciaste el partido final del campeonato mundial por televisión. Que hiciera saltar a ti y a otros de la silla cuando se produjo el gol del empate, puedo imaginármelo con facilidad, tras haberme emocionado también por mi parte después de haber leído la reseña periodística. Y para mi oprobio debo confesar que también en mí toda razón y prudencia se fueron al diablo y hubiera deseado con el mayor ardor un gol de la victoria, aunque ello hubiera representado la ruptura de relaciones entre nosotros y nuestros «primos» del otro lado del Canal (sonríe).

Como atenuante y justificación de semejante monstruosidad ante mí mismo, pensé inmediatamente que no hubiera durado eternamente, puesto que la gente olvida en la actualidad muy pronto. Y el nacionalismo tan maldecido, es en el fútbol un fenómeno que abarca todo el mundo, hasta llegar al chauvinismo más craso. Como está permitido y es legal, ¿quién iba a hacerme reproches por ello? (sonríe). Por lo que atañe al «tercer gol», aparece perentoriamente claro que fue uno. Pues nuestro padre de la patria lo vio «muy exactamente»... aunque no fuera el único. ¿Qué honrado ciudadano se atrevería a dudar? (sonríe).

* * *

3.9.1966.

Admito que una buena novela histórica puede conseguir interesarme, puede sugestionarme y hacerme vivir el tiempo descrito, pero que tal gozo se ve afectado en cuanto me planteo la pregunta: ¿alude ello a una realidad o se ha dejado volar la fantasía, aunque basada en los fundamentos que pueden proporcionar la propia historia?

Concedo que un espíritu poético y sensible puede dar de una época de la historia o una importante personalidad una imagen relevante y un cuadro más próximo a la verdad que un historiador, en especial cuando ha transcurrido el tiempo suficiente para ver las cosas en perspectiva. Lógicamente, no es éste el caso de los escritores modernos, historiadores o no, que escriben sobre su propio tiempo.

Lo que haces constar sobre nuestros contemporáneos, la caricaturización y la crítica mutua llegan tan lejos, que ni siquiera puede justificarlo la falta de perspectiva. No conozco las obras por mí mismo, pero lo que puedo extraer de la lectura de las secciones literarias de los periódicos, me basta. Si los historiadores futuros o los escritores de novelas históricas, se apoyan en semejantes publicaciones, resultarán, indudablemente, «novelas» de todo ello.

* * *

¡Qué hermosas son las fotografías en color con la pompa de las flores en el balcón y cuánto me he alegrado al ver todos los que aparecen! Un cuadro veraniego, que no parece captado este verano. El otoño vuelve a estar en puertas. Los tilos amarillean ya, los vencejos han abandonado nuestra campiña y las moscas han desaparecido. Pero quizás tengan esta vez razón los agoreros del tiempo y nos aguarde un hermoso otoño y el final de septiembre resulte sea contrario de lo ocurrido hasta ahora. Pongamos así nuestra esperanza en octubre, al que deseamos por lo menos que sea claro y tibio durante unas semanas. Me gustaría por vosotros... y también por mis dos compañeros, que un día de estos también se irán hacia el sur, como las golondrinas...

«Y UNO MANTENÍA VIVA LA LLAMA»

«...Pongamos así nuestra esperanza en octubre, al que deseamos que sea claro y tibio durante unas semanas. Me gustaría por vosotros... y también por mis dos compañeros que un día de estos, se irán también hacia el sur, como las golondrinas...»

Así terminaba la carta procedente de Spandau, fechada el 3 de septiembre de 1966.

Mi hijo y yo no esperábamos solamente un octubre tibio; esperábamos los días de octubre que pondrían fin a una separación de veinticinco años; de nuevo recordaba aquel décimo día de mayo de 1941, en Munich; también era «tibio y claro» y en la puerta abierta al jardín florido y oloroso del mes de mayo, estaba mi marido para despedirse «por pocos días».

Veinticinco años y cuatro meses han transcurrido desde entonces y una vez y otra vez, las leves esperanzas se han convertido en desengaños. Pero por vez primera desde la sentencia de Nuremberg me parece que la liberación de Albert von Speer y Baldur von Schirach debería tener como consecuencia lógica y humana (sobre una legal más vale —tras 25 años de cárcel— guardar silencio) el cierre definitivo de la cárcel de Spandau y con ella, la puesta en libertad de mi marido.

Pero a esta comprensible esperanza no dejaba de unirse en mi subconsciente una preocupación: sabía que la actitud de las cuatro potencias custodiantes, que se arrogan el nimbo de Estados progresivos y equitativos, no era mensurable con la escala de la razón y la prudencia humanitaria. Así es que si el día 1 de octubre de 1966 llegaba a transcurrir sin que se cumpliera la esperanza de la liberación y mi marido seguía entre los muros sombríos de la cárcel de Spandau, como el prisionero más solitario del mundo, aquello representaría para él una nueva, una suplementaria carga, difícilmente soportable.

Meditaba sin cesar cómo podríamos aliviarle aquella —a nuestros ojos— amarga desilusión.

No es desconocido que mi marido, durante todo su cautiverio, ha venido rechazando una visita de la más próxima familia. Ya en Nuremberg consideró que aquello sería tanto como una contemporización moral con aquellos que se arrogaban el derecho de juzgarle.

Tras cuarenta años de conocer su manera de ser, inconmovible en lo fundamental, dudaba que renunciara a su negativa a recibir mi visita durante su cautiverio. Pero deseosa de demostrarle, en los primeros días de quedarse solitario en Spandau, nuestro cariño, tan intenso como posible, le propuse a primeros de septiembre, en coincidencia con la visita del abogado Dr. Seidl, que permitiera la presencia de mi hijo. Tanto más cuanto el doctor Seidl (cuyas visitas, regulares desde hacía algún tiempo, agradecía y le distraían) contó que mi marido quería «reflexionar otra vez» si permitiría la presencia del hijo.

Casi avergonzada, tuve que colegir de las cartas de respuesta del 15 de septiembre y el 1 de octubre, que había mostrado muy infundadas dudas sobre su inflexibilidad:

«Claro que me alegra que me visite el doctor Seidl; también soy de la opinión de que hay algo que hablar. Por lo que atañe a tu deseo de que Buz debería acompañar al doctor Seidl, tengo que decir lo siguiente: mi posición sobre el problema de vuestra visita no debería ser desconocida por vosotros. Asimismo, lo escasa que es en mí la tendencia a alterar resoluciones tomadas de antemano... por lo menos mientras no haya variado su aspecto fundamental.

Así es que el doctor Seidl o el hijo del abogado deben haber comprendido mal algo sustancial en mi predisposición comunicada al «camarada a. D,»[116]: nunca aseguré un recibimiento. Es posible, en cambio, que dijera que lo pensaría otra vez. Cuando se apremia tanto en alguna cosa, se puede huir con una evasiva o una fugaz promesa: no es un medio muy heroico, pero sí bastante eficaz (sonríe).

Pero tanto antes como después, no deseo volver a verte a ti y Buz tras los muros de la cárcel y en presencia de otras personas. Dejando a un lado la emoción: se trata aquí de dignidad.

Como es natural, he podido imaginarme lo que pensáis, a través de vuestras «secas líneas». Pero no obstante, os agradecería que me ahorrarais en el futuro colocarme en la penosa situación de tener que rechazar vuestras peticiones... rechazarlas en nombre de una posición más alta y ética; es para mí mucho más difícil de lo que podéis suponer.

[116] Se trata de Baldur von Schirach.

Vosotros no podéis saber lo que significa una cárcel y las relaciones en su interior... pero yo lo sé...

Puesto que yo también había cumplido con mi «detención automática» en los calabozos del palacio de Justicia de Sonthofer antes de mi traslado al campo de trabajo de Göggingen, en el año 1947 comprendía claramente la actitud de mi marido que —sensible, orgulloso y justiciero— no deseaba plegarse nunca, hasta la muerte, a una injusticia o aceptar un deshonor.

Después de que hubo transcurrido el 1 de octubre de 1966 sin que tuviera efecto su liberación, nos quedaba tan sólo un camino: abandonamos el pudor que durante décadas nos había contenido y nos dirigimos a todos los organismos y personalidades mundiales con una «Declaración» sobre el caso de mi marido. Remitimos esta «Declaración», fechada el 3 de octubre de 1966, a la prensa interior y exterior y la remitimos, acompañada de una carta y como «Petición de atención», al Papa Pablo VI, a los jefes de Estado de las cuatro potencias, al Consejo Mundial de las Iglesias y a la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, en Estrasburgo[117].

Entregamos un ejemplar de la «Declaración» al Dr. Seidl, que por voluntad de mi marido había aplazado su visita a Spandau hasta el día 10 de octubre. Con gran sorpresa por su parte y para tranquilidad de la nuestra, encontró al «último preso de Spandau» lleno de una tranquila serenidad, de humor muy vivaz e interesado por los acontecimientos del mundo, de los que se enteraba cada día por los cuatro periódicos que llegaban a sus manos. Planteó así al doctor Seidl, desde el principio de su conversación «cómo había ido el viaje de placer por la caja embrujada de la China y las civilizadas regiones del Este[118].

Unas modificaciones en el régimen de censura no sólo privaron a mi marido de información sobre la puesta en libertad de los «camaradas a. D.» —como denominaba humorísticamente en sus cartas a Speer y Von Schirach desde el 1 de octubre de 1966— sino que le omitieron igualmente las referencias a sí mismo. Así es que no se enteró más que al leer las conferencias de prensa que los recién liberados dieron la misma noche de su salida de Spandau. En una carta del 8 de octubre hacía unos comentarios marginales intensamente irónicos a aquella lectura:

«Es incomprensible haber pasado «tres horribles días», «desde que supe que los otros dos recogían sus cosas.» En realidad, supe «algo» antes de los tres días en que los dos me abandonaron infielmente (sonríe) y ello por referencia, precisamente, el empaquetado de las cosas y efectos. No

---

[117] Esta "Declaración" decía lo siguiente:

"Tras muchas semanas de esperanza sobre una posible puesta en libertad de Rudolf Hess, nuestro esposo y padre, se ha hecho realidad en la fecha de hoy, 1 de octubre de 1966, de que seguirá preso por parte de los aliados, como único recluso. Estamos convencidos de que esta situación, hasta ahora desconocida por la moderna historia del Derecho, no fue prevista ni deseada en su momento por el tribunal de Nuremberg.

En su sentencia del 1 de octubre de 1946, el tribunal declaró inocente a Rudolf Hess de los cargos de crímenes de guerra o crímenes contra la humanidad. El veredicto se fundamentó en la acusación histórico-política de que había colaborado en la preparación y desencadenamiento de una guerra de agresión. Durante el juicio, Rudolf Hess no tomó posición; nosotros, como sus más próximos allegados, exponemos nuestra argumentación.

Incluso quien reconozca la sentencia, aceptará la circunstancia de que Rudolf Hess, por la acción personal de su vuelo a Inglaterra en la noche del 10 al 11 de mayo de 1941, aspiraba a poner un fin a las circunstancias bélicas. Desde entonces —es decir desde hace más de un cuarto de siglo— se encuentra encarcelado: el tribunal de Nuremberg no quiso condenarle a la máxima pena. En todos los Estados civilizados, una condena a "cadena perpetua" se considera condonada tras un plazo de tiempo que oscila entre los quince y los veinticinco años; también la práctica liberatoria llevada a cabo en Spandau no ha prescindido de los aspectos humanitarios. Tanto el gran almirante Raeder como el ministro de Economía del Reich, Funk, —ambos condenados por el tribunal de Nuremberg, al igual que Rudolf Hess a reclusión perpetua—- fueron devueltos en los años 1955 y 1957 a sus familias para que pudieran pasar en libertad sus últimos años; el antiguo ministro del Exterior del Reich, Von Neurath, condenado en Nuremberg a quince años de reclusión, fue puesto en libertad en 1954.

La etapa de absoluta soledad que acaba de iniciar el preso de Spandau es a nuestro entender un agravamiento adicional de la sentencia y acaso un más espantoso proceso de muerte que las sentencias capitales ejecutadas en Nuremberg, teniendo en cuenta, sobre todo, que se ejerce sobre un septuagenario. Apelamos a la conciencia de la Humanidad para protestar contra este martirio para que termine lo antes posible."

La Comisión Europea de Derechos Humanos me comunicó el 14 de octubre de 1966 que sólo podía operar dentro del marco de la convención de derechos humanos y libertades básicas, que ni Estados Unidos, Francia y la Unión Soviética se habían adherido y a la que Gran Bretaña había hecho, a su ingreso, notables reservas restrictivas.

El 9 de diciembre de 1966 me informó la embajada británica en Bonn que el gobierno de Su Majestad había considerado el asunto de mi esposo y estaban previstas al respecto negociaciones de las cuatro potencias. Idénticamente respondieron las embajadas de Estados Unidos y Francia. El embajador francés, Excelentísimo señor Seydoux, tuvo el tacto de firmar personalmente la comunicación.

El 28 de diciembre de 1966 me comunicó la cancillería de Bonn que el gobierno federal se ocupaba por motivos humanitarios de la liberación de mi esposo y ello "de entero acuerdo con los EE. UU., Francia y Gran Bretaña".

Ninguno de los gobiernos responsables pareció considerar la posibilidad de interrumpir la colaboración en el ejercicio de la vigilancia carcelera de Spandau y poner este punto final —como propusieron algunos periódicos ingleses— en uno de los meses en que la administración recaía en manos occidentales.

Del Consejo Mundial de las Iglesias, el Vaticano y por parte del gobierno de la URSS no se ha recibido, hasta el momento de la impresión de este libro, ninguna respuesta a la "Declaración".

[118] El abogado Alfred Seidl efectuó en septiembre de 1966 un viaje por China y la URSS.

puede hablarse, pues, de «días horribles». Estaba, por el contrario, equilibrado como nunca.

Uno de mis «camaradas a. D.» me preguntó si el tráfago no repercutía sobre mis nervios. ¿Sobre qué?, le pregunté. No es ciertamente un placer ver que los demás recogen sus cosas mientras las mías se quedan sin empaquetar. Tienen que preocuparse ustedes de salir cuanto antes, para que vuelva a restablecerse aquí la paz... de otra manera me contagiarán su nerviosismo (sonríe).

Asimismo supo por informaciones de prensa algo sobre nuestra «declaración». No conocía todavía el texto completo, que el doctor Seidl había llevado pero sin poder entregárselo. Le inquietaba así el pensamiento de que aquella «Declaración» pueda considerarse una «petición de gracia».

«He leído la noticia de que habéis enviado un llamamiento al Papa Pablo VI, al Consejo Mundial de las Iglesias, a la Comisión de Derechos Humanos de la ONU y a los jefes de Estado de las cuatro potencias, para que consideren llegado el momento de poner término a mi reclusión, tras veinticinco años de internamiento. No tengo nada que objetar a que os hayáis dirigido a los tres primeros organismos, pero sí contra los emitidos a los jefes de Estado. Hay que temer en este caso de que a pesar de las fórmulas cautelosas y a pesar de que haber eludido el ominoso vocablo, pueda deducirse que he cursado una «petición de gracia» para conseguir mi liberación. Y que hubiera colocado como intermediaria a mi familia, para no colocarme en una postura contradictoria con anteriores declaraciones.

Como si hubiera sido por encargo, estuve leyendo los últimos días que el barón Von Stein fue proscrito por Napoleón y expulsado de Prusia. Desde su asilo de Bohemia dirigió su esposa una petición de gracia a Napoleón. La investigación histórica ha demostrado que fue el propio barón quien impulsó a ello a su esposa, llegando inclusive a dictarle el texto. Para los historiadores, es eso «inconcebible» y lamentan intensamente la mancha caída sobre la figura de aquel gran hombre.

Vosotros sabéis que no tengo nada que ver con vuestra acción. ¿Pero conseguiréis demostrárselo al mundo? ¿Cómo podría disiparse la sospecha de que mediante la utilización de cualquier medio de enlace, he puesto mis manos en el juego? Se dirá que la verosimilitud habla sobre ello; se dirá. Además, ha constado así en tal y tal escrito aparecido en tal y tal periódico. La prensa es utilizada solamente en raras ocasiones por los investigadores históricos como fuente... por más que parezca esto incomprensible a quienes consideran que el deber primordial de quienes informan a la opinión pública es la veracidad.

Comprendo vuestra acción y me doy cuenta de que no os concedéis un momento de paz. Pensáis cosas nuevas, no queréis dejar nada por hacer que pudiera representar finalmente la solución... la solución para vosotros y para mí.

¿Pero es acaso vuestro deseo que entre también en la historia con una mancha en la imagen de mi carácter?

No; eso no lo deseáis. Y por tanto, tenéis que comprenderlo: el honor es para mí algo superior a mi libertad [119].

* * *

El recuerdo del barón Von Stein no lo tuvo mi marido de una manera ociosa. También en aquel caso se trató del problema de un voluntario sometimiento a una decisión soberana extranjera. Mientras comprendía el trágico papel que el destino le había asignado en la celda siete de Spandau, daba soterradamente paso a la esperanza. Estaba convencido de que la historia del pueblo alemán no había llegado a su fin.

A algún hombre de nuestro tiempo se le atribuye, con razón, haber conseguido salvar la sustancia del pueblo alemán de la catástrofe del siglo XX. Estoy segura de que la actitud impertérrita de mi marido —desde los días del tribunal de Nuremberg hasta hoy— encontrará su justificación en la supervivencia de nuestra fuerza espiritual. ¿Son acaso y en definitiva aquellas potencias que colaboran en el mantenimiento de la prisión especial de Spandau los involuntarios ejecutores de un alto destino que Rudolf Hess cumple moralmente, veinticinco años después de la fracasada misión política de su vuelo a Inglaterra?

---

[119] Seis semanas después, cuando obtuvo el texto original de la "Declaración", entregado en propia mano, escribió mi marido el 26 de noviembre de 1966.

"De haber tenido en mi poder el texto cuando se lo entregasteis al doctor Seidl, todo lo que escribí acerca del asunto hubiera sido completamente diferente. Pero en realidad, quizás haya sido mejor así. La investigación histórica no abrigará así duda alguna de que deseché en todo momento los pensamientos de solicitar una gracia incondicional.

Parece que el poeta Joseph Weinheber, que en abril de 1945, cuando los diques del Reich cedieron, no quiso seguir viviendo, hubiera presentido al solitario preso de Spandau:

Entre los pueblos acostumbrados
A luchar, pueblo valeroso, acrisola
Siempre uno el sueño y
Uno mantiene la llama viva.

El sacrificio es difícil.

En ocasiones aparece en las cartas una frase, que se muestra como una luz relampagueante en el extenso y tranquilo mar, como la expresión de la dificultad con que acepta su destino.

Pero lleva a efecto su sacrificio tan imperturbable como Sócrates vació el vaso de cicuta.

Gailenberg sobre Hindelang. — Allgäu

Enero de 1967

I. H.

OTRAS OBRAS PUBLICADAS SOBRE EL NACIONALSOCIALISMO

Diño Alfieri
DOS DICTADORES FRENTE A FRENTE

Ernst Hanfstaengl
HITLER, AÑOS DESAPARECIDOS

Adolfo Hitler
CONVERSACIONES SOBRE LA GUERRA Y LA PAZ

Heinrich Hoffmann
YO FUI AMIGO DE HITLER

Paul Serant
EL DESTINO DE LOS VENCIDOS

William L. Shirer
AUGE Y CAÍDA DEL TERCER REICH

Jurgen Thorwald
LAS MUERTES MISTERIOSAS DEL TERCER REICH

Jan Valtin
LA NOCHE QUEDO ATRÁS

Edouard Calic
HIMMLER Y SU IMPERIO



OBRAS PUBLICADAS

Dino Alfieri
Dos dictadores frente a frente
E. M. Almedingen
Amanecerá
Ermanno Amicucci
Los 600 días de Mussolini
Anónimo
Noche tras noche
Geoffrey Bailey
Los Conspiradores
Diana Barrymore
Demasiado... demasiado pronto
Jhon Barthlow Martin
Mi vida criminal
Karl Bartz
Cuando el cielo estaba en llamas
J. M. Bauer
Tan lejos como los pies me lleven
Cajus Bekker
Lucha y muerte de la Marina de Guerra alemane
¡Atención, hombres K!
Charles Bignier y Pierre Humbourg
Kravchenco contra Moscú
Lesley Blanch
Las riberas salvajes del amor
Georges Blond
Los príncipes del cielo
Geoffrey Bocca
Reyes con y sin corona
Burnet Bolloten
El gran engaño
Erich Brauchlacht
El espejo de la justicia
Roberto Cantalupo
Embajada en España
Alexis Carrel
Día tras día
Elisabetta Cerutti
Los conocí de cerca
Conde Ciano
Diario 1937-1938
E. H. Cockridge
Nuevas Dalilas
Noel Coward
Presente de indicativo
León Degrelle
La campaña de Rusia
Karl Doenitz
Diez años y veinte días
Edwin Erich Dwinger
General Wlassow
P y E. Erizzo
La vida del abogado

Robert Fabian
Fabián, de Scotland Yard
Londres de Noche
Jack Fishman
Los siete hombres de Spandau
Riccardo Galeazzi-Lisi
A la luz y bajo la sombra de Pío XII
General De Gaulle
Memorias:
I. «El Llamamiento»
II. «La Unidad»
III. «La Salvación»
Walter Goerlitz y Herbert A. Quint
Adolfo Hitler
Charles Gos
Tragedias alpinas
Rocky Graziano
Marcado por el odio
General Guderian
Recuerdos de un soldado
Ernst Hanfstaengl
Hitler, años desaparecido
Jack Henry
El precio del crimen
Adolfo Hitler
Conversaciones sobre la Guerra y la Paz (1941-42)
Conversaciones sobre la Guerra y la Paz (1942-44)
Heinrich Hoffmann
Yo fuí amigo de Hitler
Cliff Howe
Delincuentes, demonios y monstruos humanos
Douglas Hyde
Yo creí
Princesa Ileana de Rumania
Memorias
Estes Kefauver
El crimen en América
Peter Kemp
Legionario en España
Erich Kern
La danza de la muerte
Mariscal Kesselring
Reflexiones sobre la Segunda Guerra Mundial
Alexander Klein
Grandes decepciones, engaños y mixtificaciones
B. H. Liddell Hart
El ejército soviético
Curzio Malaparte
Picotazos
El Volga nace en Europa
Mariscal Mannerheim
Memorias

Mariscal von Manstein
Victorias frustadas
De la vida de un soldado
Elša Maswell
He conocido al gran mundo
Raquel Mussolini
Benito, mi hombre
Alfred Neubauer
Hombres, mujeres y motores
G. Palmer
La resistencia de Dios
Almirante Erich Raeder
Mi vida
Cecil Roberts
América
Vivo en el campo
Una excursión maravillosa
Roma
Un año de mi vida
La Puerta del Paraíso
Mariscal Rommel
Memorias
Gorge Sava
El cuchillo que cura
Ronald Seth
Servidores secretos
Luis de la Sierra
Buques suicidas
Kurt Singer
Grandes historias de espionaje
El libro de oro del espionaje
Mikhail Soloviev
Mis nueve vidas en el Ejército Rojo
Williard Spidllard y Pence James
Morfina
Jurgen Thorwald
Las muertes misteriosas del Tercer Reich
Comenzó en el Vístula
Y terminó en el Elba
Jan Valtin
Las fronteras del miedo
Daniele Vare
El ocaso de las monarquías
Alexander Weissberg-Cibulsky
Aquelarre trágico
Siegfried Westephal
Batallas cruciales de la Segunda Guerra Mundial
Príncipe Félix Yusupof
El esplendor perdido
Georg Zachariae
Confesiones de Mussolini

T. G. Soler - Barcelona